

# **problemas sociales**



# **PROBLEMAS SOCIALES**

Henry George

Prólogo y Traducción  
de  
Baldomero Argente del Castillo

**OCTAVO EDICION EN ESPAÑOL**

ROBERT SCHALKENBACH FOUNDATION  
41 East 72nd Street, New York, NY 10021  
1995



## **OBRAS DEL AUTOR**

*PROGRESO Y MISERIA*, LA OBRA  
MAESTRA DEL AUTOR QUE HA  
SIDO TRADUCIDA Y PUBLICADA EN LOS  
PRINCIPALES IDIOMAS EUROPEAS (ALEMÁN,  
BULGARO, CHECO, DANÉS, ESPAÑOL,  
FINLANDÉS, FRANCÉS, HOLANDÉS,  
HÚNGARO, ITALIANO, POLACO, PORTUGUÉS,  
RUSO Y SUECO), Y EN ÁRABE, COREANO,  
CHINO, JAPONÉS, Y HEBREO.

### **OTRAS OBRAS**

*¿PROTECCION O LIBRECAMBIO?*

*UN FILOSOFO PERPLEJO*

*LA CIENCIA DE LA ECONOMIA  
POLITICA*

*LA CUESTION DE LA TIERRA*

*PROBLEMAS SOCIALES*



# INDICE

<i>Capítulo</i>	<i>Págs.</i>
NOTA PRELIMINAR .....	9
PROLOGO DEL TRADUCTOR .....	13
I. LA CRECIENTE IMPORTANCIA DE LAS CUESTIONES SOCIALES .....	19
II. LOS PELIGROS POLITICOS .....	27
III. PROGRESIVO AUMENTO DE LA PRESION SOCIAL .....	35
IV. DOS TENDENCIAS OPUESTAS .....	41
V. EL CURSO DE LA CONCENTRACION .....	49
VI. LA INJUSTICIA DE LAS CONDICIONES SOCIALES EXISTENTES .....	55
VII. ¿ES ESTE EL MEJOR DE TODOS LOS MUNDOS POSIBLES? .....	61
VIII. QUE TODOS PODEMOS SER RICOS .....	69
IX. PRIMEROS PRINCIPIOS .....	77
X. LOS DERECHOS DEL HOMBRE .....	85
XI. ARROJANDO BASURA .....	95
XII. SOBREPDUCCION .....	103
XIII. TRABAJO SIN EMPLEO .....	111
XIV. LOS EFECTOS DE LA MAQUINARIA .....	119
XV. ESCLAVITUD Y ESCLAVITUD .....	125
XVI. DEUDAS PUBLICAS E IMPUESTOS INDIRECTOS .....	135
XVII. LAS FUNCIONES DEL GOBIERNO .....	143
XVIII. LO QUE DEBEMOS HACER .....	159
XIX. LA PRIMERA GRAN REFORMA .....	165
XX. EL LABRADOR AMERICANO .....	177
XXI. LA CIUDAD Y EL CAMPO .....	187
XXII. CONCLUSION .....	193
Apéndice I. CONDICION DE LOS TRABAJADORES AGRICOLAS INGLESES .....	197
Apéndice II. UN PEDAZO DE TIERRA .....	201



## NOTA

### PRELIMINAR

*Al honrarme la dirección de la Escuela Henry George de Nueva York para que escribiera estas breves líneas preliminares, me ha dado gran satisfacción estar más cerca de las ideas redentoras del insigne autor y, poder declarar una vez más, mi firme posición con su amplísima doctrina.*

*Vivía en Nueva York, cuando leí por primera vez a "PROGRESO Y MISERIA". Trabajaba y estudiaba en la llamativa metrópoli, cuando un día cayó en mis manos, la obra maestra. Su lectura me impresionó de tal manera, que me apresuré a destruir un manuscrito donde había trabajado a brazo partido durante varios meses.*

*Mi proyecto de libro, sobre problemas latinoamericanos que lo encontré saturado de erróneos conceptos, descansó en las profundidades del Hudson. Las ideas de George me dieron otra orientación sobre estas cuestiones. Fue un punto decisivo en mi vida de estudiante.*

*Leí todas sus obras y regresé a mi país con el propósito de difundir y enseñar sus ideas. La semilla regada en el campo fértil, pronto se multiplicó y hoy ya existen sus primeros y maravillosos frutos.*

*Henry George fue un filósofo, un sociólogo y un economista. Interpretó el origen de la miseria y luchó contra la injusticia y el error, contra el egoísmo y la corrupción y fue un campeón del pensamiento y la verdad.*

*Autor de varias obras, pero las que lo han relevado en las letras universales, son dos libros capitales: PROGRESO Y MISERIA y este que se entrega nuevamente a los lectores de habla española.*

*En un título tan rotundo como el que lleva este libro: PROBLEMAS SOCIALES, Henry George, el más original, el más singular y,*

*en la opinión general, uno de los más grandes pensadores de todos los tiempos, ha logrado describir el problema de la miseria, sus causas y sus remedios.*

*Sus obras, aunque escritas en el siglo pasado, hoy cobran gran actualidad. El mundo contemporáneo corre paralelo a los problemas enunciados por el autor. Aunque el punto de partida es americano, el asunto tratado tiene mucho de interés e importancia en todos los pueblos de la tierra. Las diferencias existentes entre ellos sirven para arrojar luz en resolver sus actuales problemas. Por eso han sido traducidos a todos los idiomas, repetidos y practicados miles de veces por todas las latitudes del mundo.*

*Severo crítico de las injusticias, luchó incansablemente hasta encontrar el camino de la verdad. Una verdad al alcance de todos y llena de una sabiduría antigua y profusamente consoladora. Sin embargo para llegar a ella, se necesita valor y voluntad de comprensión.*

*Hubo quienes se opusieron a las doctrinas de Henry George pero más tarde, cuando comprendieron la grandeza de su filosofía, depusieron gallardamente su hostilidad. Hoy su doctrina tiene millones de adeptos por todo el hemisferio y cada día incita a otros a establecer una relación íntima y permanente con este gran espíritu sin paralelo en la historia de la humanidad.*

*Quiere decir que el lector que penetre en el mundo de Henry George, sabe de antemano la imposibilidad de contradecir sus enseñanzas, sino aceptarlas. Quien se inicie en su filosofía no podrá abandonarla jamás!*

*Indudablemente, este es un libro que sirve de antidoto para los que en vano intentan resistirse de hacer cambios que exige esta nueva civilización. Porque el acaparamiento absurdo de la tierra impide el normal desarrollo de los pueblos y afecta su estabilidad económica y política.*

*A este estado de cosas, se debe el que, la tierra por ejemplo, se haya convertido en el activo de acumulación de riqueza más buscado por algunas capas sociales, pero no para explotarla, sino para esperar su socarrona valorización.*

*Así resulta mejor negocio ser terrateniente que productor. No importa que la tierra nada produzca, sin embargo es una mina que enriquece injustamente a una clase al amparo de la sociedad. Por eso las grandes fortunas no proceden del ahorro, ni del trabajo, sino del acaparamiento del factor principal de la producción.*

*Esta forma criminal de acrecentar capital, como es de esperar causa a la comunidad muchos y adoloridos perjuicios. Mientras que, las mejores tierras urbanas y agrícolas, están desprovistas de habitación y cultivo en espera de alcanzar altos precios, el grueso de la población no tiene donde vivir. De allí que las clases más pobres hayan levantado en las principales ciudades latinoamericanas los numerosos y deprimentes tugurios. Casuchas inmundas rodean las ciudades más importantes, no obstante que en sus centros las vallas y los muros guardan los extensos lotes de "engorde".*

*Las ventajas de la tierra como camino de enriquecimiento rápido e injusto, son muchas. La tierra produce renta que aumenta a medida que crece la población. Tiene la enorme ventaja de que su cantidad es fija. No puede ser aumentada a medida que crece la demanda, lo cual hace que su valor aumente constantemente. Por lo tanto toda actividad no productiva, que permita obtener jugosas ganancias sin trabajar, destruye el incentivo a producir.*

*Hasta que no exista en los países latinoamericanos una conciencia más profunda de que la tierra no se puede acaparar con fines especulativos, nunca podremos salir del escabroso sub-desarrollo.*

*Para impedir este acaparamiento y obligar a sus usufructuarios a que se dediquen a la intensiva producción, Henry George dice que no es necesario violar los títulos de propiedad. ¡Basta elevar justamente los impuestos a la tierra! Esto obliga a sus acaparadores a dejarla en libertad o explotarla al máximo y debidamente.*

*Nosotros los latinos siempre hemos copiado con precisión asombrosa las cosas más malas... que buenas de Europa y los Estados Unidos. Por ejemplo el sistema impositivo nuestro, castiga en forma inaudita al trabajo y al capital, cada día con mayores creces, pero en cambio la tierra es suavemente gravada.*

*Tomemos, pues, el sistema impositivo de los países desarrollados donde los impuestos son más altos a la tierra, que a la producción.*

*En resumidas cuentas los planteamientos aquí expuestos constituyen una valiosa colaboración al examen de los problemas más urgentes e importantes para el futuro de los Indoamericanos.*

*Queda el autor de PROGRESO Y MISERIA, una vez más, admirablemente representado en este libro con un tema de palpitante actualidad. El lector que se inicie ahora, no le queda otro camino que lanzarse a leer todas sus obras.*

*Espero que esta obra preste utilidad a los lectores y en general, a todas las gentes interesadas en colaborar para darle solución a los problemas socio-económicos, ya que estos interesan evidente e imprescindiblemente a todos los hombres.*

*Tal vez esto, nada más que esto, es lo que pido a sus lectores, que hoy ineludiblemente son millones en todas las partes del mundo.*

**HERNÁN SANÍN-VERMONT**

*Cali, noviembre de 1967.*

## PROLOGO

### DEL TRADUCTOR

*Entre las obras que constituyen el maravilloso legado doctrinal de Henry George a las generaciones sucesoras, merece lugar preferentísimo la que lleva por título PROBLEMAS SOCIALES.*

*No fue la primera que escribió; pero es la que debe ser leída en primer término. El conjunto de los capítulos de PROBLEMAS SOCIALES es una síntesis de las más lastimosas úlceras que las sociedades humanas ofrecen y que con más intensa prolijidad han estimulado a los pensadores de todas las escuelas a razonar sobre sus causas y remedios.*

*Pero al mismo tiempo que esta síntesis, Henry George ofrece en PROBLEMAS SOCIALES, con la maravillosa lucidez que resplandece en todos sus escritos, la explicación clarísima de las fuentes de que fluye tanta ponzoña como en la edad contemporánea tiene envenenada la vida social.*

*Son, pues, los PROBLEMAS SOCIALES un completo tratado de Sociología. El casuismo oscuro de los empingorotados doctores que han hecho de la Sociología un pretexto de disertaciones académicas más que un afán de la conciencia lacerada por las lacras del mundo moderno, ha convertido al "sociólogo" en aventajado retoño del pedante; y a la Sociología en un amasijo indigesto de fórmulas y hechos amalgamados muchas veces sin visible conexión y a cuyo enunciado se da una trascendencia e importancia que los no iniciados a los litúrgicos misterios del rito catedrático no logran vislumbrar ni comprender.*

*En PROBLEMAS SOCIALES, de Henry George, no hay nada de eso. Es una inteligencia poderosa que, caldeada por una ardiente indignación contra las injusticias que pudren la vergonzosa y mi-*

*serable civilización contemporánea, hija y madre de la guerra, y movida a infinita piedad hacia la parte más desvalida y sacrificada de nuestros semejantes, se sobrepone a todos los prejuicios y analiza la vida contemporánea para decir sobre ella la verdad.*

*De los infinitos estudios hechos sobre los problemas sociales en todos los países, frías disertaciones engendradas las más veces en las entrañas de la vanidad, ¿cuántos quedarán en pie después de las enseñanzas y desengaños de la guerra europea? Muy pocos; acaso ninguno, salvo los de Henry George. Moneda falsa, pierden su valor apenas tocan en el contraste de la realidad.*

*Los de Henry George viven y lucen con esplendor más intenso ahora que antes de la guerra. Parecen escritos a la vista de la ingenta catástrofe actual, como clamor de una conciencia reflexiva y angustiada que quisiera darse cuenta de por qué se ha producido este universal cataclismo.*

*Hay en estas páginas afirmaciones cuya intensa verdad sólo puede apreciarse ahora, después de la guerra. Antes parecían apreciaciones personales brotadas en un espíritu pesimista. Hoy adquieren el valor de presentimientos y adivinaciones.*

*Leed el siguiente párrafo de uno de los primeros capítulos:*

*“Ni debemos olvidar que en el hombre civilizado acecha aún el salvaje. Los hombres que en los tiempos pasados, oprimidos o rebelados, lucharon hasta morir en fútiles contiendas, y se embriagaron furiosos con sangre; que quemaron ciudades y arruinaron imperios, eran hombres esencialmente iguales a los que diariamente encontramos. El progreso social ha acumulado conocimientos, suavizado maneras, refinado gustos y extendido la solidaridad; pero el hombre es tan capaz de ciega cólera como lo era cuando vestido de pieles luchaba con las bestias salvajes con un hacha de piedra. Y las tendencias actuales, en algunos aspectos al menos, amenazan encender las pasiones que tan frecuentemente han llameado antes con destructora furia”.*

*..Escritas esas líneas cuando era creencia común que el progreso de la civilización había EDUCADO los sentimientos humanos e impulsado el avance moral de nuestro linaje, afirmación tan audaz, contraria al dictado universal, había de parecer un craso error. Y sin embargo, ¿habrá ahora verdad más evidente?*

*Pues toda la vieja Sociología —vieja aún tratándose de libros cuya tinta está fresca— se funda sobre esa fe, anticristiana, en la progresiva evolución moral del linaje humano. Toda la Sociología georgista se basa, por lo contrario, en la inmutabilidad de la condición moral de la especie, que no se hará por obra de los hombres superior a como fué hecha por la voluntad de Dios; porque el progreso moral no se realiza en el individuo, cuya cumbre es el ser humano, sino en la organización social.*

*PROBLEMAS SOCIALES es hoy un libro cuya lectura ofrece mayor interés que el día en que se escribió. Los hechos han venido a corroborar las doctrinas. Leyéndolo, aparece clara, luminosa, la razón de los terribles hechos acaecidos en estos cuatro últimos años; y se cae en la cuenta —inquietante y doloroso anticipo del futuro— de que o la sociedad se transforma, o los lustros inmediatos han de contemplar aún más grandes y destructoras conmociones de las que ningún pueblo comprendido en el área de la civilización contemporánea, fundada sobre el privilegio y la absorción del patrimonio común por unos cuantos, se podrá libentar.*

BALDOMERO ARGENTE



A LA MEMORIA DE

**FRANCISCO GEORGE SHAW**

“Si —dijo el Espíritu—; ellos pueden descansar de sus trabajos; y sus obras les siguen”.



### LA CRECIENTE IMPORTANCIA DE LAS CUESTIONES SOCIALES

Llegan en nuestra vida momentos que absorben todas nuestras facultades, en que sentimos que, abandonando ilusiones, tenemos que resolvernos y actuar con toda nuestra inteligencia y nuestra energía. De igual modo llegan períodos en la vida de los pueblos que especialmente requieren el celo y la inteligencia.

Vemos que hemos entrado en uno de esos períodos. Una y otra vez han sido confrontadas las naciones y las civilizaciones con problemas que, como el enigma de la Esfinge, hay que contestar o perecer; pero jamás se han planteado problemas tan vastos y complicados. No es esto extraño. Que los últimos años de este siglo planteen apremiantes cuestiones sociales es consecuencia del progreso material e intelectual que ha caracterizado su carrera.

Entre la evolución de la sociedad y la evolución de las especies hay una estrecha analogía. En las más bajas formas de la vida animal hay pequeñas diferencias de partes; las necesidades y las facultades son juntamente pocas y sencillas; los movimientos parecen automáticos; los instintos son distinguibles apenas de los instintos de los vegetales. Tan homogéneas son algunas de estas cosas vivientes, que si se las corta en pedazos, cada pedazo sigue viviendo. Pero al paso que la vida se eleva a más altas manifestaciones, la sencillez franquea el camino a la complejidad; las partes se transforman en órganos con funciones separadas y relaciones recíprocas, nacen nuevas necesidades y facultades, y se necesita un grado de inteligencia cada vez mayor para obtener el alimento y esquivar el daño. Si el pez, el pájaro o el animal salvaje no poseyeran una inteligencia más alta que el pólipo, la Naturaleza los traería a la vida solo para morir.

Esta ley —la ley por la cual la creciente complejidad y delicadeza de la organización que da capacidad más alta y aumenta las facultades, va acompañada por mayores necesidades y peligros, y requiere, por consiguiente, mayor inteligencia— rige toda la Naturaleza. En la escala ascendente de la vida llega al fin el hombre, el más altamente y más delicadamente organizado de los animales. Sin embargo, no solamente el uso de sus facultades más altas requiere una mayor inteligencia que la existente

en el resto de los animales, sino que sin esa más alta inteligencia no podría vivir. Su piel es demasiado fina; sus uñas demasiado débiles; es demasiado miseramente apto para correr, trepar, nadar o excavar. Si no le hubieran agraciado con una inteligencia mayor que la de cualquier bestia, perecería de frío, se extenuaría, incapaz de obtener alimento, o sería exterminado por animales mejor dotados para la lucha en que bastan los instintos brutos.

En el nombre, sin embargo la inteligencia, que aumenta al través de toda la ascendente escala de la naturaleza, pasa de un salto a una inteligencia tan superior que la distinción parece de clase más que de grado. En él esta inteligencia limitada y al parecer inconsciente que llamamos instinto se trueca en razón consciente, y el casi divino poder de adaptación y de invención hace del débil hombre el rey de la Naturaleza.

Pero con el hombre la línea ascendente se detiene. La vida animal no reviste forma más alta, ni podemos nosotros afirmar que, en todas sus generaciones, el hombre como animal haya progresado un ápice. Pero comienza la progresión en otra línea. Donde termina la evolución de las especies comienza la evolución social; y este avance de la sociedad que llamamos civilización aumenta los poderes humanos tanto, que entre el hombre salvaje y el civilizado hay un abismo tan ancho, que recuerda el abismo entre el animal más elevadamente organizado y la ostra adherida a la roca. Y con cada progreso en este plano se abren nuevos horizontes. Cuando tratamos de imaginar qué saber y progresivo poder puede dar la civilización a los hombres del futuro, fracasa la imaginación.

En esta progresión que comienza con el hombre, como en la que conduce hasta él, rige la misma ley. Cada avance exige una cada vez mayor inteligencia. Con los comienzos de la sociedad surge la necesidad de la inteligencia social, de aquel consenso de la inteligencia individual que forma una opinión pública, una conciencia pública, una voluntad pública, y se manifiesta en leyes, instituciones y administración. A medida que la sociedad se desarrolla se requiere un grado cada vez mayor de esta inteligencia social, porque la relación de los individuos entre sí se hace más íntima e importante y la creciente complejidad de la organización social da acceso a nuevos peligros.

En los rudos comienzos, cada familia produce su propio alimento, hace sus vestidos, construye su casa, y cuando se traslada provee a su propio transporte. Comparad con esta independencia la intrincada interdependencia de los habitantes de una ciudad moderna. Pueden abastecerse con mayor seguridad y con mayor variedad y abundancia que el salvaje, pero es por la cooperación de millares. Hasta el agua que beben y la luz artificial que usan les son proporcionadas por complicadas máquinas que requieren el constante trabajo y la vigilancia de muchos hombres. Pueden viajar con una rapidez increíble para el salvaje; mas para hacerlo ponen su vida y su integridad al cuidado de otros. Un riel roto, un maquinista borracho, un guardaagujas negligente, pueden precipitarlos en la

eternidad. Y la facultad de aplicar el trabajo a la satisfacción de los deseos sobrepuja en la misma dirección el **contrôle** directo del individuo. El trabajador se convierte en simple parte de una gran máquina que en cualquier tiempo puede ser paralizada por causas que exceden a su poder y hasta a su previsión. Así el bienestar de cada uno se apoya más y más en el bienestar de todos, el individuo se subordina cada vez más a la sociedad.

Y de igual modo vienen nuevos peligros. La sociedad ruda se parece a aquellos seres que siguen viviendo, aunque se les corte en pedazos; la sociedad altamente civilizada es como el animal altamente organizado: un golpe en una parte vital, la supresión de una sola función, es la muerte. Una aldea salvaje puede ser quemada y dispersados sus habitantes; pero éstos, habituados a recurrir directamente a la Naturaleza, pueden sustentarse. El hombre altamente civilizado, sin embargo, habituado al capital, a la maquinaria, a la minuciosa división del trabajo, queda desvalido si repentinamente se le priva de ello y se le arroja a la Naturaleza. Bajo el sistema fabril unas sesenta personas, ayudadas por mucha costosa maquinaria, cooperan en la fabricación de un par de zapatos. Pero entre las sesenta, ninguna podría hacer todo un zapato. Esta es la tendencia de todas las ramas de la producción, hasta de la agricultura. ¿Cuántos labradores de la nueva generación podrían usar el mayal? ¿Cuántas mujeres de labradores podrían ahora hacer un vestido comenzando por la lana? ¡Muchos de nuestros labradores no hacen ni siquiera su manteca, ni crían las legumbres que ellos se comen! Hay una enorme ventaja de poder productivo en la división del trabajo que asigna a cada individuo sólo la producción de una parte de las cosas, y hasta de una pequeña parte de una de las cosas que necesita, y hace que cada uno dependa de otros, con los cuales jamás está en contacto; pero la organización social adquiere cada vez mayor sensibilidad. Una pequeña sociedad aldeana puede continuar su vida al mismo tenor sin sentir los desastres que destruyen otras aldeas distantes pocas millas; pero en la estrechamente trabada civilización que hemos alcanzado, una guerra, una escasez, una crisis comercial en un hemisferio produce efectos poderosos en el otro, mientras que choques y conmociones de que una sociedad primitiva fácilmente se repondría, son la ruina para una sociedad altamente civilizada.

Estremece pensar cuán destructores serían para una civilización como la nuestra conflictos tan fieros como los que llenan la Historia del pasado. Las guerras de los países altamente civilizados, desde que se abrió la era del vapor y la maquinaria, han sido duelos de ejércitos más que conflictos de pueblos o clases. Nuestro único vislumbre de lo que sucedería si la pasión plenamente se desbordara fué la lucha de la Commune de París. Y desde 1870, al conocimiento del petróleo se ha añadido el de agentes aún más destructores. La explosión de una poca nitroglicerina bajo unas cuantas cañerías de agua puede hacer inhabitable una gran ciudad: el levantamiento de unos pocos puentes de ferrocarril y túneles acarrearía el hambre más rápidamente que las murallas que

Tito levantó en torno de Jerusalén; la introducción de aire atmosférico en las cañerías del gas y la aplicación de un fósforo levantaría las calles y arrasaría las casas. La guerra de los Treinta años hizo retroceder la civilización en Alemania; una guerra tan feroz ahora lo destruiría todo. No sólo han aumentado grandemente los poderes destructores, sino que el conjunto del organismo social se ha hecho mucho más delicado. En un más sencillo estado, el patrono y el obrero, el vecino y el vecino se conocen recíprocamente y hay entre ellos aquel tacto de codos que en tiempos de peligro permite a la sociedad unirse. Pero las actuales tendencias conducen a la pérdida de esto. En Londres los habitantes de una casa desconocen a los de la inmediata; los inquilinos de cuartos contiguos son absolutamente extraños entre sí. Que un conflicto social quiebre o paralice la autoridad conservadora del orden, y la vasta población se convertirá en una masa aterrorizada sin punto de unión o principio de cohesión, y Londres sería saqueado e incendiado por una banda de ladrones. Londres es solamente la mayor de las grandes ciudades. Lo que es verdad de Londres es verdad de New York, y en la misma medida lo es de las muchas ciudades, cuyos cientos de miles de habitantes van convirtiéndose rápidamente en millones. Estas vastas aglomeraciones humanas, donde aquel que busca el aislamiento puede encontrarlo mejor que en el desierto, donde la riqueza y la miseria se tocan y tropiezan, donde uno regurgita y otro se desmaya a pocos pies de distancia entre sí, y no obstante, separados por un abismo tan grande como el que se abre entre Dives en el infierno y Lázaro en el seno de Abraham, son centros y tipos de nuestra civilización. Dejad que la conmoción o el choque disloque la compleja y delicada organización; que el bastón del polizonte sea quebrado o le sea arrebatado, y la fuente de la gran oscuridad será abierta y más rápidamente que nunca volverá al caos. Robusta como parece ser nuestra civilización, está creando fuerzas destructoras. «No los desiertos y las selvas, sino los tugurios de la ciudad y las cunetas de las carreteras están creando los bárbaros que pueden ser para la nueva civilización lo que los hunos y los vándalos fueron para la vieja».

Ni debemos olvidar que en el hombre civilizado acecha aún el salvaje. Los hombres que en los tiempos pasados, oprimidos o rebelados, lucharon hasta morir en fútiles contiendas y se embriagaron furiosos con sangre, que quemaron ciudades y arruinaron imperios, eran hombres esencialmente iguales a los que diariamente encontramos. «El progreso social ha acumulado conocimientos, suavizado maneras, refinado gustos y extendido la solidaridad; pero el hombre es tan capaz de ciega cólera como lo era cuando vestido de pieles luchaba con las bestias salvajes con un hacha de piedra». Y las tendencias actuales, en algunos aspectos al menos, amenazan encender las pasiones que tan frecuentemente han llameado antes con destructora furia.

Nada hay en todo el pasado comparable con los rápidos cambios que ahora se realizan en el mundo civilizado. Parece como si en la raza europea y en la centuria XIX el hombre comenzara justamente a vivir

—acabara de obtener sus herramientas y de adquirir conciencia de sus facultades—. El paso de caracol de las lentas edades se ha convertido repentinamente en el temerario correr de la locomotora caminando cada vez más de prisa. Este rápido progreso se realiza primariamente en los métodos industriales y en los poderes materiales. Pero los cambios industriales implican cambios sociales y exigen cambios políticos. Las sociedades progresivas desbordan sus instituciones como los niños desbordan sus vestidos. El progreso social requiere siempre una mayor inteligencia en el manejo de los asuntos públicos; pero lo requiere más cuando el progreso es rápido y los cambios veloces.

Y que los rápidos cambios que ahora se producen plantean problemas que requieren la más diligente atención, puede verse por todos lados. Síntomas de peligro, preludios de violencia, están apareciendo en todo el mundo civilizado. Las creencias mueren, las opiniones cambian, las viejas fuerzas de conservación se disipan. Las instituciones políticas fracasan tan claramente en la democrática América como en la monárquica Europa. Va creciendo sin cesar y amargamente entre las masas, sea cualquiera la forma de gobierno, un ciego afán de escapar de una situación que se va haciendo intolerable. Atribuir todo esto a las propagandas de los demagogos es como atribuir la fiebre al pulso acelerado. Es el nuevo vino que comienza a fermentar en las viejas odres. Poner a un barco de vela la máquina poderosa de un transatlántico de primera clase sería romperlo en pedazos al funcionar aquélla. Así los nuevos poderes que van cambiando rápidamente todas las relaciones de la sociedad tienen que hacer estallar las organizaciones sociales y políticas no adecuadas para resistir su empuje.

Acomodar nuestras instituciones a las necesidades crecientes y a las condiciones cambiantes es la tarea que se abre ante nosotros. La prudencia, el patriotismo, la solidaridad humana y el sentimiento religioso juntamente nos incitan a esa tarea. Es peligroso el cambio irreflexivo, pero hay mayor peligro en la ciega resistencia. Los problemas que empezamos a afrontar son graves; tan graves, que es de temer que no puedan ser resueltos a tiempo para impedir grandes catástrofes. Pero su gravedad proviene de nuestra falta de disposición a admitirlos francamente y a acometerlos totalmente.

Estos peligros, que no amenazan sólo a un país, sino a la moderna civilización, demuestran que lucha por nacer una civilización más alta, que las necesidades y las aspiraciones de los hombres han desbordado condiciones e instituciones que antes bastaban.

Una civilización que tiende a concentrar la riqueza y los poderes en las manos de unos pocos afortunados, a hacer de los otros meras máquinas humanas, tiene que producir inevitablemente la anarquía y acarrear la destrucción. Pero es posible una civilización en que los más pobres puedan tener todas las comodidades que ahora disfrutaban los ricos; en que sean innecesarias las prisiones y los asilos, y en que no se con-

ciban sociedades de caridad. Tal civilización sólo puede ser traída por la inteligencia social que adapta los medios a los fines. Los poderes que pueden dar abundancia para todos están ya en nuestras manos. Aunque haya miseria y necesidad, hay, sin embargo, aparente embarazo por el verdadero exceso de fuerzas productoras de riqueza. «Dadnos siquiera un mercado, dicen los fabricantes, y suministraremos mercancías sin tasa». «Dadnos siquiera trabajo», gritan los hombres parados.

Los males que comienzan a aparecer fluyen del hecho de que la aplicación de la inteligencia a los asuntos sociales no se ha igualado con la aplicación de la inteligencia a las necesidades individuales o a los fines materiales. Las ciencias naturales avanzan, pero las ciencias políticas se estacionan. A pesar de todos los progresos en las artes productoras de riqueza, no hemos progresado para asegurar su equitativa distribución. La cultura ha aumentado inmensamente; la industria y el comercio han experimentado una revolución; pero aún no hemos llegado a un acuerdo acerca de si es mejor para una nación el libre cambio o el proteccionismo. Hemos elevado la maquinaria a un punto de perfección que hace cincuenta años ni siquiera podía imaginarse; pero en presencia de la corrupción política permanecemos tan impotentes como idiotas. El puente de Broocklyn es uno de los más grandes triunfos del saber mecánico; más para obtener su contrata un notable ciudadano de Broocklyn llevó a New York 60.000 dólares en su cartera para sobornar a los concejales de New York. El espíritu humano que concibió el gran puente está aprisionado en un roto y quebrantado cuerpo que yace en el lecho, y sólo podía vigilar la construcción mirando con un telescopio. Sin embargo, el peso de la inmensa masa estaba calculado y pesado por pulgadas. Pero la maestría del ingeniero no pudo impedir que el alambre malo entrara de contrabando en el cable.

«El progreso de la civilización requiere que se consagre cada vez más inteligencia a los asuntos sociales y no la inteligencia de cualquiera, sino la de muchos. No podemos dejar con confianza la política a los políticos, o la Economía Política a los profesores; el pueblo mismo tiene que pensar, porque solamente el pueblo puede actuar».

En un «Periódico de la Civilización» un maestro profesional declara que la buena regla para la sociedad es que cada uno piense en sus propios asuntos. Este es el evangelio del egoísmo, que adula con dulce acento a aquellos que, encontrándose ellos bien, piensan que todos están satisfechos. Pero la salvación de la sociedad, la esperanza para el libre y pleno desenvolvimiento de la Humanidad, está en el evangelio de fraternidad, el Evangelio de Cristo. El progreso social hace del bienestar de todos cada vez más el asunto de cada uno; ata a todos más y más estrechamente con lazos de los cuales nadie puede escapar. Aquel que observa la ley y respeta la propiedad y cuida de su familia, pero no se interesa en el bien general y no piensa en los que son pisoteados, salvo para dar de vez en cuando limosna a los asilos, no es un verdadero

crisiano. Ni es un buen ciudadano. El deber del ciudadano es más grande y más penoso que esto.

La inteligencia requerida para la solución de los problemas sociales no es cosa exclusiva de la mente: tiene que estar animada del sentimiento religioso y caldeada por la simpatía hacia el padecer humano. «Tiene que elevarse sobre el egoísmo, sea el egoísmo de uno o de muchos. Tiene que buscar la justicia, porque en la raíz de todo problema social encontramos una injusticia social».



### LOS PELIGROS POLITICOS

La República americana es hoy el adalid de la civilización moderna. De todos los grandes pueblos de la familia europea su pueblo es el más homogéneo, el más activo, el más apto para la asimilación. El término medio de su nivel de inteligencia y de confort es el más alto; es el que más plenamente ha adoptado los progresos industriales modernos, y es el que más rápidamente utiliza los descubrimientos e invenciones; sus instituciones políticas son las más conformes con las ideas modernas; su situación está exenta de los peligros y dificultades que asedian a las naciones europeas, y una vasta superficie de tierra desocupada le brinda espacio para desarrollarse.

En la proporción de crecimiento durante tanto tiempo mantenida, los americanos de lengua inglesa alcanzarán al término del siglo actual casi la cifra de cien millones, población tan dilatada como la que Roma dominó en sus días de mayor esplendor. Hacia la mitad del siglo próximo, época que niños que ahora están naciendo alcanzarán a ver, continuando la misma proporción, el número será superior al de la actual población de Europa, y hacia el término de ese siglo la población americana será casi la que al principio de la centuria actual se cree que contiene todo el planeta.

Pero el aumento del poder es aún más rápido que el aumento de población y va en progresión creciente. Descubrimientos e invenciones estimulan más descubrimientos e invenciones. Y solamente cuando consideramos que el progreso industrial de los últimos cincuenta años se inclina y palidece ante las conquistas de los siguientes, es cuando podemos imaginar el porvenir que vagamente parece abierto ante el pueblo americano. El centro de la riqueza, del arte, del lujo y de la cultura, tiene que pasar a este lado del Atlántico aún antes que el centro de la población. Parece como si este continente hubiera sido reservado, escondido durante edades al resto del mundo, como el campo sobre el que la civilización europea hubiese de florecer libremente. Y por la misma razón de que nuestro desarrollo es tan rápido y nuestro progreso tan vivaz; por la razón misma de que todas las tendencias de la civilización moderna se afirman aquí más rápida y vigorosamente que en ninguna otra parte, los problemas que la civilización moderna tiene que afrontar se presentarán plenamente primero y exigirán más imperiosamente que sean planteados y resueltos.

Es difícil a todos volverse a mirar al través de la Historia del pasado para imaginar la incomparable altura alcanzada por el rápido crecimiento de los Estados Unidos sin sentir temor, algo de aquel sentimiento que indujo a Amasis de Egipto a romper su alianza con el victorioso Policrates, porque «los Dioses no consienten a los mortales tanta prosperidad». De esto, por lo menos, podemos estar seguros; la rapidez de nuestro desenvolvimiento acarrea peligros de que sólo podemos preservarnos por una vigilante inteligencia y por un esclarecido patriotismo.

Hay un hecho sugestivo que tiene que impresionar a quien piense en las eras pasadas de la Historia y en las presentes civilizaciones. Las naciones grandes, ricas y poderosas han perdido siempre su libertad; sólo en las sociedades pequeñas, pobres y aisladas, es donde la libertad se ha mantenido. Tan verdad es esto, que los poetas han cantado siempre, que la libertad ama las rocas y las montañas; que huye de la riqueza, del poder y del esplendor de las ciudades populosas y de los bulliciosos mercados. Tan verdad es esto, que los filósofos de la Historia han puesto en la abundancia de recursos materiales las causas de la corrupción y de la esclavitud de los pueblos.

La libertad es natural. La igualdad de los derechos del ciudadano es una de las percepciones primitivas, y la organización política siempre parte de esta base. A medida que el desarrollo social avanza encontramos la concentración del poder, y las instituciones fundadas sobre la igualdad de los derechos van trocándose en instituciones que hacen a los muchos esclavos de los pocos. Podemos ver cómo ocurre esto. En todas las instituciones que implican la absorción del poder gobernante, surge con el desarrollo social una tendencia a la exaltación de sus funciones y a la centralización de su poder, y en la más fuerte de estas instituciones una tendencia a la absorción de los poderes del resto. Así la tendencia del desarrollo social es hacer al gobierno monopolio de una clase especial. Y a medida que el número crece y el poder e importancia de cada uno se hace cada vez menor en proporción al del conjunto, el gobierno tiende a librarse de la vigilancia y dominio de las masas. El jefe de un puñado de guerreros o el jefe de una pequeña aldea sólo pueden mandar o gobernar por consentimiento común, y cualquiera que sea agraviado puede fácilmente apelar a sus colegas. Pero cuando la tribu se convierte en una nación y la aldea se ensancha hasta formar una populosa comarca, los poderes del jefe, sin adición formal, se hacen prácticamente mucho mayores. Porque con el aumento del número la vigilancia de sus actos se hace más difícil y es cada vez más penoso apelar a ellos con buen éxito, y el poder total que aquél asume se hace más irresistible para los individuos. Y gradualmente, a medida que el poder se concentra así, se pierden las primitivas ideas y se acostumbra a pensar respecto de las masas como si hubieran nacido para el servicio de los gobernantes.

Así el mero desarrollo de la sociedad entraña el peligro de la gradual conversión del gobierno en algo independiente y superior al pueblo,

y del gradual ensanche de los poderes de una clase directora, aunque no necesariamente clase designada para ello por títulos personales o condiciones hereditarias, porque, como la Historia muestra, los títulos personales y las condiciones hereditarias no acompañan a la concentración del poder, sino que le siguen. Los mismos métodos que en una pequeña ciudad donde cada cual conoce a sus vecinos y los asuntos de interés común están bajo las miradas de todos permiten a los ciudadanos gobernarse libremente, pueden en una gran ciudad, como hemos visto en muchos casos, permitir que una asociación de bandoleros obtenga y conserve el gobierno. De igual modo así también, como hemos visto en Congresos y aun en nuestro Parlamento de Estados, el crecimiento del país y el mayor número de intereses hacen cada vez menor la proporción de los votos dados a un representante por electores que lo conocen o procuren conocerlo. Y así también los poderes ejecutivos y judicial tienden constantemente a emanciparse de la vigilancia del pueblo.

Pero a los cambios producidos por el crecimiento añádense los cambios acarreados por el progreso en los procedimientos industriales. La tendencia del vapor y de la maquinaria es hacia la división del trabajo, a la concentración de la riqueza y del poder. Los trabajadores se van acumulando en masas de cientos y de miles al servicio de aislados individuos o sociedades; los pequeños almacenistas y comerciantes se van convirtiendo en dependientes y empleados de las grandes casas de negocios; tenemos ya compañías anónimas cuyos ingresos y gastos superan a los de los mayores Estados. Y con esta concentración crece entre los grandes intereses económicos la facilidad para asociarse. ¡Cuán expeditamente se asocian las compañías ferroviarias y los especuladores del carbón, los productores de acero, hasta los fabricantes de fósforo, para regular los precios o para utilizar los poderes del gobierno! La tendencia en todas las ramas de la industria es hacia la formación de sindicatos, contra los cuales son impotentes los individuos; sindicatos que ejercen su acción sobre el gobierno, siempre que sus intereses puedan ser de este modo servidos.

No solo positivamente, sino negativamente también, es como las grandes acumulaciones de riqueza, ya de individuos, ya de sociedades, tienden a corromper al gobierno y a eximirlo del dominio de las masas del pueblo. Nada es más medroso que un millón de dólares, salvo dos millones de dólares. La gran riqueza siempre sostiene al partido que está en el poder por corrompido que sea. Nunca lucha por reformas, porque instintivamente teme al cambio. Nunca combate contra el desgobierno. Cuando los que retienen el poder político lo amenazan, no agita, no acude al pueblo: los compra. Por este camino, no menos que por el de la intervención directa, es como la riqueza acumulada corrompe al gobierno y hace de la política un negocio. Nuestras organizaciones secretas, tanto las del Senado como las del Congreso, juntamente se apoyan tanto sobre el miedo como sobre las esperanzas de los intereses pecuniarios. Cuando los negocios "van mal", su recurso es presentar un proyecto de ley, del cual algunos intereses pecuniarios pagarán por derrotarlo.

Así también estos grandes intereses pecuniarios suscriben los fondos políticos a condición de continuar en el favor de los que ocupan el poder, exactamente como las compañías ferroviarias dan al presidente Arthur un pase libre cuando va a Florida a pescar. Cuanto más corrompido es un gobierno, más fácilmente puede utilizarlo la riqueza. Donde los Parlamentos son comprados, los ricos hacen las leyes. Donde la justicia se vende, los ricos tienen "el oído" de los tribunales, y si por esta razón la gran riqueza no prefiere absolutamente el gobierno corrompido al gobierno puro, no por eso viene a ser menor una corruptora influencia. «Una sociedad compuesta de muy ricos y muy pobres, es una fácil presa de quien quiera que pueda apoderarse del poder. Los muy pobres no tienen espíritu e inteligencia bastante para resistir; los muy ricos tienen demasiadas cosas en peligro».

La formación de monstruosas fortunas en los Estados Unidos, la acumulación de enormes riquezas en manos de corporaciones, necesariamente implica la pérdida del dominio del gobierno por el pueblo. Pueden ser mantenidas las formas democráticas; pero bajo formas democráticas puede haber tanta tiranía y desgobierno como bajo cualquier otra; de hecho conduce más fácilmente a la tiranía y al desgobierno. Las formas no valen nada. Los romanos expulsaron a sus reyes y continuaron aborreciendo hasta el nombre mismo de rey; pero bajo el nombre de Césares y emperadores, que al principio no significaban más que nuestros «caudillos», gimieron bajo tiranos más absolutos que los reyes. Tenemos ya, bajo el popular nombre de «bosses», desarrollada la política de los Césares en Municipios y Estados. Si este proceso continúa, vendrá con los tiempos un «bosse» nacional. Somos jóvenes, pero estamos creciendo. Puede llegar el día en que el «bosse» de América sea para el mundo moderno lo que César fue para el mundo romano. Esto al menos es cierto: un gobierno democrático que tenga más que el nombre, solo puede existir donde la riqueza esté distribuida con cierta igualdad, donde la gran masa de los ciudadanos sea personalmente libre e independiente y no esté encadenada por su miseria ni sujeta por su riqueza. Hay, después de todo, algún sentido en una distribución apropiada de la ciudadanía según la propiedad. El hombre que depende de un amo para vivir no es un hombre libre. Dar el sufragio a esclavos, es como dar el voto a sus amos. Que el sufragio universal puede aumentar en vez de disminuir el poder político de la riqueza, lo vemos cuando los trabajadores de las fábricas y los obreros de las minas votan a sus opresores. La libertad de ganarse sin miedo o favor una vida cómoda, tiene que acompañar a la libertad del voto. Solamente así puede asegurarse una base sólida a las instituciones republicanas. «¿Cómo puede decirse que un hombre tiene una patria donde no tiene derecho ni a una pulgada cuadrada del suelo?»; ¿donde no tiene más que sus manos y, apremiado por el hambre, tiene que luchar con sus compañeros por el privilegio de utilizar aquéllas? Cuando van a votar los mendigos se lleva un principio hasta un extremo ridículo y peligroso.

Sé de elecciones que han decidido llevando pobres desde el asilo a los comicios. Pero estas elecciones así decididas apenas pueden ser en interés de un buen gobierno.

Bajo todos los problemas políticos yace el problema social de la distribución de la riqueza. Esto no lo reconoce por lo general nuestro pueblo y escucha al charlatán que le propone curar los síntomas sin tocar a la enfermedad. «Elijamos buenos hombres para la función», dicen los charlatanes. Sí, cacemos los pajaritos poniéndoles sal en la cola.

Nos conviene mirar los hechos frente a frente. El experimento de un gobierno popular en los Estados Unidos es claramente un fracaso. No es que sea un fracaso en todas las partes y en todas las cosas. Un experimento de esta clase no tiene que ser realizado tan plenamente para que se demuestre su fracaso. Pero hablando en líneas generales del conjunto del país, desde el Atlántico al Pacífico, y desde los lagos al golfo, nuestro gobierno popular se ha convertido en gran medida y se va convirtiendo en mayor medida aun, en el gobierno de los fuertes y sin escrúpulos.

El pueblo, naturalmente, continúa votando; pero el pueblo está perdiendo su poder. El dinero y la organización hablan cada vez más en las elecciones. En algunos distritos el soborno se ha hecho crónico, y gran número de votantes esperan generalmente vender sus votos. En algunos distritos, grandes patronos, por lo regular, dan permiso a sus operarios para que voten como ellos —los patronos— quieran. En la política municipal, del Estado y federal, el poder «de la máquina» va creciendo. En muchos lugares se ha hecho tan fuerte que los ciudadanos corrientes no tienen más influencia sobre el gobierno bajo el cual viven, que la que tendrían en China. En realidad, no pertenecen a la clase gobernante, sino a los gobernados. Circunstancialmente, como protesta, vota por el «otro hombre» o «el otro partido»; pero generalmente encuentra que solo ha contribuido a un cambio de dueños o que ha obtenido los mismos dueños con diferentes nombres. Y comienza a aceptar la situación y a dejar la política a los políticos como algo en que un hombre honrado que se respeta no puede mezclarse.

Rápidamente se va destacando una clase gobernante, o mejor, una clase de pretorianos que hacen un negocio de la conquista del poder político y de su venta. El tipo de jefe de partido que va surgiendo no es el orador o el hombre de Estado de los días primeros, sino el astuto administrador que sabe cómo manejar «los peones», cómo asociar intereses pecuniarios, cómo obtener dinero y gastarlo, cómo granjearse prosélitos y conseguir su fidelidad. El mecanismo de un partido se va haciendo complemento para el mecanismo del otro partido, habiendo descubierto los políticos, como los directores ferroviarios, que la asociación paga mejor que la competencia. De este modo los sindicatos se hacen inexpugnables y los grandes intereses pecuniarios consiguen sus fines, sea cual fuere el resultado de las elecciones. Hay Estados soberanos tan completamente en las manos de los sindicatos y las compañías, que parece como si nada, salvo un movimiento revolucionario del pueblo, pudiera despostrarlo. En realidad, es discutible si el Gobierno General no se ha emancipado ya del dominio del pueblo. Es cierto que la posesión del Gobierno General ha asegurado alguna vez esa posesión. Y durante cierto plazo al

menos, el sillón presidencial ha sido ocupado por un hombre no elegido para él. Esto, naturalmente, fue debido en gran parte a la desvergüenza del hombre elegido y a la falta de principios de sus defensores. No obstante, ocurrió.

En cuanto a los grandes traficantes ferroviarios, pueden bien decir, para usar la frase del mayor de ellos: «El pueblo está condenado». Cuando necesitan el poder del pueblo, compran a los dueños del pueblo. El mapa de los Estados Unidos tiene distintos colores para designar los Estados y territorios. Un mapa de los verdaderos poderes desconocería las fronteras de Estado. Aquí habría una gran mancha representando los dominios de Vanderbilt, allí el dominio de Jay Goul sería marcado brillantemente; en otro lugar estarían asentados los imperios de Stanford y de Huntington; en otro, el nuevo imperio de Henry Villar; los Estados y partes de Estado sometidos al dominio del Central de Pensilvania serían distinguidos de los dominios del Baltimore y Ohio; y así sucesivamente. Se supone que en nuestro Senado Nacional están representados los miembros de la Unión; pero los que más verdaderamente están representados son los reyes de los ferrocarriles y los grandes intereses pecuniarios, aunque ocasionalmente se tolera que un especulador minero de Nevada o Colorado, no enemigo de los poderes imperantes, se compre un sitio por vanidad. Y los tribunales, lo mismo que el Senado, están repletos de los testaferros de las compañías. Un rey de ferrocarril hace a su procurador Juez de primera clase, como el gran señor acostumbraba a hacer obispo a su capellán.

No tenemos ni siquiera un gobierno barato. Podíamos tener una familia real albergada en palacios como en Versalles o Saint Souci; proveerla de corte y de guardias; guardarropas y monteros; permitirle que diera bailes más costosos que los de Mrs. Vanderbilt y construir yates más hermosos que los de Jay Goul por mucho menos que se despilfarra y roba bajo nuestro gobierno popular de nombre. ¡Qué hermosa renta sería la de un duque de New York o un marqués de Filadelfia o un conde de San Francisco, que desempeñaría el gobierno de esos municipios por el 50 por 100 del despilfarro y el latrocinio actuales! A menos que buscásemos un estético chino, ¿dónde podríamos encontrar un gobernante absoluto que erigiera un monumento de tan extravagante vulgaridad como el nuevo Capitolio del Estado de New-York? Mientras, como hemos visto en el Congreso que se acaba de disolver, los generosos señores que desean protegernos contra el trabajo mísero de Europa disputan sobre sus respectivas partes en el botín, con tan poco miramiento hacia los contribuyentes como los que una tripulación pirata tendría para los pasajeros de un buque capturado.

El pueblo tiene gran conciencia de todo esto, y hay entre las masas mucho descontento. Pero falta en ellas aquel inteligente interés necesario para adaptar la organización política a las condiciones cambiantes. La idea popular de la reforma parece ser meramente la de un cambio de hombres o la de un cambio de partidos, no un cambio de sistemas. Niños en política, atribuimos a los hombres malos o a los partidos perniciosos

lo que realmente fluye de causas generales profundas. Nuestros dos grandes partidos políticos no tienen realmente más fin que el de conservar o quitar los puestos al otro partido. En sus inmediaciones están los «Griensbackers», que con una más o menos concreta idea de lo que tienen que hacer con la moneda circulante, representan un vago descontento social; los reformadores de la sociedad, que esperan realizar una reforma política fuera de la política, y los antimonopolistas, que se proponen atar las locomotoras con bramante. Hasta la organización obrera parece temer ir, en sus programas, más allá que en proposiciones como las leyes de las ocho horas, oficinas de estadística del trabajo, contratos de trabajo y prohibición de la prisión por deudas.

Todo esto manifiesta falta de decisión y timidez de pensamiento. Que el gobierno se corrompa y se emancipe de las manos del pueblo, no es por casualidad. Si realmente hemos de hacer y continuar haciendo que éste sea un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, tenemos que otorgar a nuestra política la más solícita atención; tenemos que preparar la revisión de nuestras opiniones; expulsar las viejas ideas y aceptar otras nuevas. Tenemos que abandonar el prejuicio y reflexionar con nuevo espíritu. El marinero que, cualquiera que sea el cambio del viento, persista en que su barco siga con la misma vela y con el mismo rumbo, jamás llegará a puerto.



## PROGRESIVO AUMENTO DE LA PRESION SOCIAL

En esta hora en que escribo aún no han comenzado los árboles a echar hojas, ni siquiera a aparecer las yemas; sin embargo, al pasar por la parte más baja de Broadway, en estos primeros días de primavera, se tropieza con una rápida corriente de hombres y mujeres abigarradamente vestidos, que portean baúles y cajas y toda clase de bagajes. A medida que la estación avanza, la corriente humana se acrecentará; ni aún en invierno cesará completamente de fluir. Es la gran «gulf-stream» de la Humanidad que viene desde Europa a América, la más grande emigración humana habida desde el comienzo del mundo. Esta corriente tiene otras ramas menores. A Boston y Filadelfia, a Portland, Quebec y Montreal, a New-Orleans, Galveston, San Francisco y Victoria, van derivaciones de la misma corriente; y a medida que fluye saca mayor volumen de más amplia fuente. La emigración a América ha reducido desde 1848 la población de Irlanda en más de un tercio; pero a medida que la capacidad de Irlanda para nutrir la corriente declina, crece la emigración inglesa; el chorro germano se hace suficientemente vasto para asumir las mayores proporciones, y los millones de Italia, oprimida por una necesidad tan rigurosa como la de Irlanda, comienzan a volverse hacia los barcos emigrantes como lo hicieron los de Irlanda. En Castle Garden se puede ver la indumentaria y oír el idioma de todos los pueblos europeos. Desde los fiords de Noruega, las llanuras de Rusia y Hungría, las montañas de Balakis y las costas e islas del Mediterráneo, el centro de la civilización clásica, es alimentada la gran corriente. Todos los años aumenta la facilidad de su curso. Año tras año los progresos en la navegación de vapor van reduciendo prácticamente la distancia entre los dos continentes; año tras año los ferrocarriles europeos van haciendo más fácil para las poblaciones del interior alcanzar el litoral, y el telégrafo, el periódico, el maestro de escuela y el correo barato van disminuyendo aquellas objeciones de la ignorancia y del sentimiento, tan difíciles de remover en los pueblos largamente arraigados. Sin embargo, a pesar de este gran éxodo, la población de Europa, en su conjunto, aumenta rápidamente.

Y al través del continente, desde el Este al Oeste, desde los Estados más viejos a los más nuevos, va una aún mayor emigración. Nuestro pueblo emigra más rápidamente que el de Europa, y aunque la inmigración europea va aumentando, se va convirtiendo en un factor cada vez menos importante de nuestro crecimiento comparado con el natural incremento de nuestra población. En Chicago y Saint Paul, Omaha y Kansas City,

el volumen de la corriente hacia el Oeste ha aumentado, no disminuído. Desde lo que hace poco tiempo era el nuevo oeste de praderas no roturadas y selvas nativas va, a medida que los niños crecen, una emigración constante hacia un más nuevo oeste.

Esta expansión occidental de la población se ha verificado con rapidez desde el primer establecimiento en las costas orientales. Ha sido el gran hecho característico de las condiciones de nuestro pueblo. Sin su posibilidad no seríamos nada de lo que somos. Nuestros más altos tipos de salarios y de confort y de inteligencia, nuestra superior confianza en sí propios, energía, inventiva, adaptabilidad y poder asimilativo superiores, dimanaban de esta posibilidad de la expansión tan directamente como de ella dimanaba nuestro crecimiento sin precedentes. Todo lo que nos enorgullece en cuanto a la vida nacional, y el carácter nacional, proviene primeramente de nuestro caudal de tierra no utilizada. Nosotros no somos más que europeos transportados y, por esto, la mayoría, de «las clases inferiores». No es habitual que aquél cuya posición es confortable y cuyas perspectivas son brillantes, emigre. Emigran aquéllos que viven angustiados y descontentos; aquéllos a quienes no parece abierto ningún horizonte. Hay en Europa escuelas de Heráldica que hacen un buen negocio proveyendo de genealogías y blasones a ciertas clases de americanos; pero es muy probable en cuanto a esta clase de vanidades, que la mayoría de nosotros no pueda verdaderamente seguir a sus antepasados hasta muy arriba. Hemos tenido algunos antecesores puritanos, es verdad; de igual modo algunos antecesores cuáqueros y otras clases de antepasados; sin embargo, la mayoría, aun de los primeros colonos, no vino a América en busca de libertad para rendir culto a Dios, sino porque eran aventureros pobres, descontentos vencidos o desesperados. Muchos, por que eran perseguidos judicialmente; muchos, por escapar a la prisión; muchos, porque eran deportados; muchos, porque se vendían a sí propios como siervos, como aprendices contratados o como soldados mercenarios. Es la virtud del suelo nuevo, las libres oportunidades dadas por la posibilidad de la expansión, la que ha transmutado en un creciente conjunto humano aquella materia prima que si hubiera permanecido en Europa habría sido degradada y nociva, exactamente como en Australia las mismas condiciones han convertido en ciudadanos respetables y dignos los descendientes de los presidiarios y aun los presidiarios mismos.

Es dudoso que se haya reconocido todavía plenamente la relación de la apertura del Nuevo Mundo con el desenvolvimiento de la civilización moderna. En muchos aspectos el descubrimiento de Colón ha demostrado ser el más importante hecho histórico del mundo desde el nacimiento de Cristo. La importancia que América ha tenido para Europa proporcionándole una salida para los inquietos, los descontentos, los opresores y perseguidos; la influencia que dimanando de las más libres oportunidades y de la más libre vida de América, han reaccionado sobre el pensamiento y la vida europea, solamente podemos comenzar a percibir las cuando procuramos imaginar cuál hubiera sido la actual situación de Europa si Colón solamente hubiera encontrado un vasto océano entre Europa y Asia

o aun si se hubiera encontrado aquí un continente poblado, como la India, o China, o México lo estaban.

Y, correlativamente, uno de los más críticos sucesos que pueden acaecer al mundo moderno, sería el término de esta posibilidad de expansión hacia el Occidente. Que esto tiene que concluir en algún tiempo, aparece evidente cuando recordamos que la tierra es redonda.

Prácticamente, este suceso está próximo. Su sombra comienza ya a proyectarse sobre nosotros... No es que haya peligro alguno de que este continente esté realmente superpoblado, ni que deje de haber para un largo tiempo futuro, aun a nuestro actual tipo de desarrollo, abundancia de tierra no cultivada o solo parcialmente utilizada. Mas para sentir los resultados de lo que se llama presión de la población, para experimentar aquí una presión de la misma clase que la que impele la emigración europea hacia nuestras playas, no tenemos que esperar a aquello. Europa hoy no está superpoblada. Ni Irlanda, de donde tan inmensa inmigración hemos recibido, está cultivada en la sexta parte del suelo, y crecen los pastos y comen los ganados sobre lo que antes eran populosas aldeas. En Escocia reina la soledad del bosque en que el ciervo habita, y la grulla mora donde hace un siglo había hogares humanos. Se puede cruzar en ferrocarril al través de los más ricos distritos agrícolas de Inglaterra y ver apenas tantas casas como en el Valle de la Plata, donde los búfalos se reunían en manadas hace pocos años.

Doce meses atrás, cuando los setos comenzaban a florecer, pasé por un lindo camino inglés, próximo a la cabaña de aquel «Pastor de la llanura de Salisbury», que leí, cuando era muchacho, en un libro que es un buen ejemplo de la cáscara vacía que frecuentemente se da a los niños como alimento religioso, y que supongo que aún siguen distribuyendo la Sociedad Bíblica Americana y la inglesa. A un lado del camino había una vasta extensión de rica tierra en la que no había abierto surco el arado en dicha estación, porque su propietario pedía una renta más alta de la que podían darle los labradores. Al otro, un parque señorial instalaba sobre muchos acres su aterciopelada verdura, no hollada sino por unos pocos gamos de ligeros pies. Y al pasar mi compañero, natural de aquel sitio, se quejaba amargamente de que desde que el señor feudal había cercado la pradera de la pequeña aldea y dilatado la valla para abarcar los pastos de las márgenes del camino, los campesinos no podían ni siquiera criar un ganso, ni los niños de la aldea tenían sitio donde jugar. Sitio había en abundancia; mas, por lo que toca a los niños, podría haber estado lo mismo en Africa o en la Luna. Y de igual modo, en nuestro lejano Oeste he visto emigrantes recorriendo penosamente largas distancias al través de tierras baldías, sin encontrar una parcela en qué osar establecerse. En un país donde las fuentes y los ríos están cercados por vallas que el caminante no puede escalar, tiene que perecer de sed, salvo que la caridad le socorra, como si estuviera en algún desierto. Hay abundancia de tierra vacía en la isla de Manhattan. Pero sobre la isla de Manhattan los seres humanos están apelmazados más estrechamente que en ninguna otra parte del mundo. Hay abundancia de aire fresco circun-

dante, un hombre posee cuarenta acres de él sin que haya respirado nunca ni una sola bocanada, puesto que su hogar está sobre su yate en aguas europeas; pero, a pesar de ello, miles de niños mueren todos los veranos en New-York por falta de aire, y otros miles morirían si la gente caritativa no entregase dinero a los «fondos para aire puro». La presión social que lanza sobre nuestras costas esta pujante marea de inmigración nace, no del hecho de que la tierra de Europa esté completamente en uso, sino de que toda ella esté apropiada. Este será pronto también nuestro caso. No estará utilizada toda nuestra tierra; pero toda ella estará «acotada».

Aún hablamos de nuestro vasto dominio público, y en los **reports** de nuestras oficinas agrarias hinchamos estadísticas con millones y millones de acres de tierra pública no apropiada. Pero ya es tan difícil encontrar tierra pública adecuada para la colonización, que la gran mayoría de los que deseen establecerse encuentran más barato comprarla, y la renta en California y el Nuevo Noroeste suben desde un cuarto hasta una mitad de la cosecha. Debe recordarse que el área que todavía figura en las reseñas de nuestros dominios públicos comprende todas las grandes cadenas de montañas, todos los vastos desiertos y llanuras secas, solo adecuadas para pastos o ni siquiera para esto; tiene que recordarse que de aquella que es realmente fértil, millones y millones de acres están adscriptos a las concesiones ferroviarias, o lo que es lo mismo, para el colono, están dominados por éstas; que gran parte está retenida mediante la apropiación del agua, sin la cual aquella es inútil, y que mucho más lo está por títulos de diversas clases, que legales o ilegales, son suficientes para rechazar a los colonos, a menos que consientan pagar un precio o hipotecar su trabajo durante años.

No obstante, la tierra entre nosotros es todavía relativamente barata. Pero esto no puede continuar durante mucho tiempo. La corriente de inmigración que va acrecentándose, añadida a nuestro natural aumento rápidamente creciente, pronto ocupará la tierra utilizable de modo que eleve el precio, hasta de las más pobres tierras que puedan colonizarse, hasta un punto que jamás hemos conocido. Hace próximamente veinte años, Mr. Wade, de Ohio, en un discurso pronunciado en el Senado de los Estados Unidos, predijo que hacia el término del siglo cada acre de buena tierra agrícola en la Unión valdría, por lo menos, 50 dólares. Que esta predicción se realizará hasta con exceso, podemos verlo ya. Hacia el término del siglo, nuestra población, el promedio normal de aumento será de unos cuarenta millones más que en 1880. Es decir, que dentro de los diez y siete años próximos estará demandando sitio una población adicional mayor que la población total de los Estados Unidos al término de la guerra civil. ¿Dónde encontrará tierra barata? No será ya en el Oeste. Nuestra marcha ha llegado hasta el Pacífico, y más allá del Pacífico está el Oriente con sus incontables millones. Desde San Diego a Puget-Sunt no hay valle en toda la costa que no esté colonizado o comprometido. Los colonos están marchando ya hacia los más lejanos rincones de la República. La presión es ya tan grande que la especulación y colonización está comenzando a cruzar la frontera Norte hacia el Canadá y la Sur hacia México; tan grande, que está siendo colonizada y comienza a tener

valor tierra que hace pocos años hubiera sido rechazada —tierra donde el invierno dura seis meses y el termómetro baja a 40 grados bajo cero—; tierra donde, a causa de la insuficiente lluvia, la cosecha está siempre en peligro; tierra que en modo alguno puede ser cultivada sin trabajos de irrigación. El vasto espacio de la mitad occidental del continente no contiene tierra laborable, ni siquiera en la proporción que el Este. El «gran destierro americano» existe aún todavía aunque no esté señalado ya en nuestros mapas. No queda hoy en los Estados Unidos ninguna porción considerable de buena tierra no colonizada o solicitada, a la cual los colonos puedan ir con la perspectiva de encontrar un hogar concertándolo con el gobierno. Ya la marea de la colonización empuja ásperamente sobre el terreno reservado a los indios, y si no fuera por la intervención del Gobierno General, los barrería. Ya, aunque su población no es aún sino de seis y una fracción por milla cuadrada, el último acre del vasto dominio público de Tejas ha pasado a manos privadas, habiendo sido tal el ansia de comprar durante el pasado año que fueron vendidos muchos millares de acres más de los que tiene el Estado.

Podemos ver lo que se va aproximando, en la avidez con que los capitalistas, y especialmente los capitalistas extranjeros, que ven lo que es el valor de la tierra donde no queda ninguna sobre la cual pueda esparcirse libremente la población, están comprando tierras en los Estados Unidos. Este movimiento se ha ido realizando tranquilamente durante algunos años, hasta que ahora parece como si apenas quedase un rico par inglés o un acaudalado banquero británico que ya individualmente, ya como miembro de alguna compañía, no posea un gran trozo de nuestra tierra nueva, y la compra de grandes extensiones por cuenta de extranjeros se realiza diariamente. Con estos grandes propietarios ausentes es con quienes tendrán que contratar nuestros futuros millones de habitantes.

Ni cabe olvidarse que a la par que nuestra población aumenta y nuestra «tierra inculta» va siendo apropiada, la capacidad productora de nuestro suelo se va reduciendo rápidamente, lo cual prácticamente es lo mismo que si se redujera en cantidad. Hablando en términos generales, la agricultura de los Estados Unidos es una agricultura agotadora. No devolvemos a la tierra lo que tomamos de ella. Cada cosecha que recolectamos deja al suelo más pobre. Estamos talando bosques que no replantamos. Estamos llevando fuera, como trigo, algodón, tabaco y carne, o arrojando al mar, por las alcantarillas de nuestras grandes ciudades, los elementos de fertilidad que habían sido incorporados al suelo por los lentos procesos de la Naturaleza operando durante largas edades.

Está próximo el día en que no le será ya posible a nuestra población creciente derramarse con libertad sobre nuestra tierra nueva, en que necesitaremos para nuestros millones de habitantes el inmenso excedente de subsistencias que ahora exportamos; en que no sólo principiaremos a sentir aquella presión social que se origina cuando todos los recursos naturales están monopolizados, sino que la creciente presión social aquí aumentará la presión social en Europa. Cuán inquietante es este hecho, comenzamos a percibirlo al buscar otro desaguadero semejante al que

los Estados Unidos han proporcionado. Miramos en vano. Las colonias británicas al Norte nuestro contienen relativamente poca tierra arable; los valles de Saskatchewan y el Río Colorado han sido alcanzados ya y la especulación de la tierra se está realizando allí febrilmente. México brinda oportunidades a la iniciativa americana, y al capital americano, y al comercio americano, pero apenas a la emigración americana. Algún sitio para nuestros colonos hay en aquellas zonas del Norte desoladas por los fieros indios, pero es muy poco. La meseta de México y aquellas partes de la América central y meridional aptas para nuestras gentes están ya repletas por una población que no podemos desalojar sino como los sajones desalojaron a los antiguos bretones, por una guerra de exterminio. El capital, y la iniciativa, y la influencia anglo-sajones dominarían indudablemente aquellas regiones y muchas gentes nuestras irían allí, pero sería como los ingleses que van a la India o a Guinea británica. Donde la tierra está ya apropiada y donde el bracero puede obtenerse por una copia, no puede efectuarse una emigración como aquella que ha ido empujando a la invasión del Oeste en los Estados Unidos. Lo mismo en Africa. Nuestra raza se ha establecido permanentemente en el extremo meridional de aquel vasto continente, pero el avance septentrional es contenido por los calores tropicales y por la presencia de razas de vigorosa vitalidad. En el Norte las ramas latinas de la familia europea parecen haberse vuelto a aclimatar, y probablemente en un tiempo resucitará la antigua populosidad e importancia del Africa mediterránea; pero apenas proporcionará albergue a más gentes que aquéllos. En cuanto al Africa ecuatorial, aunque podemos explorarla y civilizarla y desarrollarla, no podemos colonizarla a causa del clima y de las razas que aumentan más bien que desaparecen en presencia del hombre blanco. La tierra arable de Australia no solamente estará pronto bien poblada por algo análogo a la emigración que Europa está vertiendo sobre América, sino que allí el monopolio de la tierra marcha tan rápidamente como aquí. Así volvemos otra vez al mayor continente del cual partió nuestra raza un día en su marcha hacia el occidente, Asia —madre de pueblos y religiones—, que todavía contiene la mayor parte de la raza humana, millones de hombres que viven y mueren con absoluta inconsciencia de nuestro mundo moderno. En el despertar de esos pueblos por el choque de la civilización occidental está uno de los mayores problemas del porvenir.

Pero no es mi propósito entrar en tales especulaciones. Lo que yo necesito indicar es que nosotros perderemos muy pronto una de las más importantes condiciones bajo las cuales se ha desenvuelto nuestra civilización: aquella posibilidad de expansión sobre tierra virgen que ha dado amplitud y libertad a la vida americana y mitigado la presión social en las más progresivas naciones europeas. Tendencias inofensivas en aquellas condiciones, pueden hacerse peligrosísimas cuando las condiciones hayan cambiado. La pólvora no estalla sino cuando está encerrada. Podréis dejar vuestras manos sobre el pistón de una prensa hidráulica mientras asciende pausadamente. No sucederá sino que se irá elevando la mano suavemente. ¡Pero aguardad el instante en que encuentre resistencia!

### DOS TENDENCIAS OPUESTAS

Tan libre, tan alta, tan plena, tan amplia es la vida de nuestro tiempo, que al mirar hacia atrás tenemos que sentir algo como piedad, sino desprecio, por las generaciones antecesoras.

Bienestar, comodidades, lujo, que hace poco la riqueza no podía adquirir son ahora cosas de ordinario empleo. En una hora cruzamos fácil y cómodamente lo que para nuestros padres representaba la penosa jornada de un día; en minutos enviamos mensajes que en tiempos de aquellos hubiesen tardado semanas; conocemos mejor comarcas remotas que ellos regiones cercanas; sabemos como cosas comunes lo que para ellos eran insondables secretos de la Naturaleza; nuestro mundo es más ancho, nuestro horizonte más extenso: en nuestros días podemos ver más, hacer más, aprender más.

Considerad la difusión de la cultura, la rápida transmisión del saber. Comparad los libros de estudio utilizados por nuestros hijos con los libros de estudio que utilizaban nuestros padres. Ved cómo las ediciones baratas han puesto al alcance de las masas los tesoros de la literatura; cuán enormemente han ensanchado el auditorio del novelista, del historiador, del ensayista y del poeta; ved cuán superiores son hasta las novelas ínfimas y los periódicos de cuentos con que las muchachas de tienda se deleitan, a las rudas baladas y a los discursos y confesiones prototipos suyos. Mirad los periódicos diarios leídos hasta por los más pobres, a los que dan vislumbres de la vida de todas las clases sociales, noticias de todas las partes del mundo. Pensad en los periódicos ilustrados, que cada semana ofrecen a las multitudes sus cuadros de la vida en todas las fases y en todos los países, panoramas a vista de pájaro de las ciudades y grandes y hermosos paisajes, retratos de hombres y mujeres notables, las reuniones de los Parlamentos, de los congresos y asambleas, el esplendor de las Cortes y la vida selvática de los salvajes, los triunfos del arte, las glorias de la arquitectura, los progresos de la industria, las conquistas de la maestría inventiva. Ante los ojos de los hombres y mujeres comunes pasa de este modo, semana tras semana, un panorama, tal como no hubieran tenido a su alcance los más ricos y más poderosos entre los hombres de hace una generación.

Estas cosas y muchas otras que la mención de éstas sugerirá, están ejerciendo necesariamente una poderosa influencia sobre el pensar y

el sentir. Las supersticiones se derrumban, los prejuicios se disipan, las maneras y costumbres van siendo asimiladas, ensanchándose las simpatías y surgiendo nuevas aspiraciones en las masas.

Venimos al mundo con el espíritu presto para recibir cualquiera impresión. Para los ojos del niño todo es nuevo y ninguna cosa es más admirable que otra. En todo lo que excede de la común experiencia aceptamos las creencias de los que nos rodean, y sólo los más vigorosos entendimientos pueden levantarse algo sobre las opiniones aceptadas en su tiempo.

La inmensa mayoría de nosotros creería sin vacilar, en una sociedad donde tal opinión prevaleciese, que la tierra es plana, sostenida por un gigantesco elefante; de igual modo que ahora creemos que es una esfera que gira alrededor del sol. Ninguna teoría es demasiado falsa; ninguna fábula demasiado absurda, ni superstición demasiado degradante, para ser aceptada cuando se incorporó ya a las creencias comunes. Los hombres se someterán a las torturas y a la muerte; las madres inmolarán a sus hijos en aras de creencias aceptadas así. ¿Qué cosa más antinatural que la poligamia? Sin embargo, ¡cuán duradera e intensamente ha existido la poligamia!

En esta tendencia a aceptar lo que encontramos, a creer lo que se nos dice, hay al mismo tiempo un bien y un mal. Esto es lo que hace posible el avance social; esto es lo que lo hace tan lento y penoso. Cada generación obtiene así sin esfuerzo, los conocimientos fatigosamente alcanzados antes de que existiera; así también es esclavizada por errores y perversiones que de igual modo recibe.

Por esto se mantiene la tiranía y se perpetúa la superstición. La poligamia es antinatural. Pruébanlo hechos notorios de universal experiencia. La proporción uniforme con que los sexos vienen al mundo; la exclusividad de los sentimientos con que en sanas condiciones se atraen recíprocamente, las necesidades impuestas por el lento desarrollo y desenvolvimiento de los hijos, indican que el propósito de la Naturaleza es la unión de un solo hombre con una sola mujer.

Sin embargo, aunque repugna a los más patentes hechos y a los más fuertes instintos, la poligamia parece ser una cosa perfectamente natural a los educados en una sociedad donde aquélla ha venido a ser una aceptada institución, y sólo por un largo esfuerzo y por una larga lucha puede ser extirpada esta idea. Lo mismo ocurre con la esclavitud. Aun para entendimientos como los de Platón y Aristóteles, la propiedad sobre un hombre parece cosa tan natural como la propiedad sobre un caballo. Aún en esta centuria décimanona y aún en «esta tierra de la libertad», ¡cuánto tiempo ha transcurrido desde que aquellos que negaban el derecho de propiedad sobre la carne y la sangre humanas eran calificados de «comunistas», «infieles» o «incendiarios», dedicados a sub-

vertir el orden social y destruir todos los derechos de propiedad! Lo mismo acontece con la monarquía, con la aristocracia, como tantas otras cosas antinaturales como son aceptadas sin discusión.

¿Puede ser algo más antinatural —es decir, algo más repugnante a la recta razón y a los hechos y leyes de la Naturaleza—, que aquellos que trabajan menos sean los que tengan más de las cosas que el trabajo produce? «Quienes no trabajen no comerán». Esta no es solamente la palabra del Apóstol, es la patente ley de la Naturaleza. Sin embargo, en todo el mundo la fatiga y la pobreza son el destino de las masas trabajadoras; mientras que aquellos que no producen ni con las manos ni con el pensamiento viven lujosamente y gozan de la suntuosidad. A esto nos hemos acostumbrado, y por consiguiente, nos parece a nosotros tan natural como la poligamia, la esclavitud, la aristocracia y la monarquía se lo parece a los acostumbrados a ello.

Pero los hábitos mentales que hacen que parezca natural ese estado de cosas, se han roto; supersticiones que impedían que fuesen discutidas, se han disipado. Las revelaciones de la ciencia física, el mayor conocimiento de otros tiempos y de otros pueblos, las discusiones de la educación, la emigración, los viajes, la elevación del espíritu crítico y los cambios en los viejos métodos cundiendo por todas partes, van destruyendo las creencias que hacían que las muchedumbres estuviesen contentas con la posición de leñadores y aguadores; van suavizando la costumbre y ensanchando las simpatías, van extendiendo la idea de la igualdad y la fraternidad humanas.

En todo el mundo las multitudes van descontentándose más y más con las condiciones con que sus padres habían estado satisfechos. En vano se les dice que su condición ha mejorado mucho; en vano se les indica que están a su alcance comodidades, diversiones y oportunidades con que sus padres ni siquiera soñaban. El haber ganado eso les lleva a preguntar por qué no obtienen más. El deseo crece a medida que se satisface. El hombre no es el buey. No tiene un límite fijo de satisfacción. Despertar su ambición, educarlo para nuevas necesidades, es descontentarlo con su suerte tan exactamente como si esta suerte se hiciera más pesada. Nos resignamos cuando nos imaginamos que no podemos mejorar; pero cuando comprobamos que la mejora es posible, nos hacemos rebeldes. Esta es la explicación de la paradoja que De Tocqueville percibía con asombro: que las masas encuentran más intolerable su posición a medida que van mejorando. Sabios eran los códigos cuando prescribían penas y castigos para quienes enseñaran a leer a los cautivos, y razonaban bien cuando se oponían a la educación popular, alegando que acarrearía la revolución.

Pero hay en las condiciones de la civilización actual algo más portentoso que la creciente rebeldía contra males largo tiempo padecidos. Todo tiende a despertar el sentido de la natural igualdad, a hacer surgir las aspiraciones y ambiciones de las masas, a excitar una cada vez

más aguda percepción de la grande injusticia y las existentes desigualdades en privilegio y riqueza. Sin embargo, al mismo tiempo, todo tiende al rápido y monstruoso acrecentamiento de estas desigualdades. Nunca, desde las grandes propiedades que corroyeron el corazón de Roma, ha visto el mundo fortunas tan enormes como ahora van acumulándose, y nunca más desamparados proletarios. En el periódico que contiene una columna dando cuenta del baile de Vanderbilt con sus suntuosos trajes y su riqueza de brillantes, con su profusión de rosas, cada una de las cuales costaba dos dólares, y sus preciosos vinos fluyendo como agua, leo también un breve suceso, contándose que en una estación policiaca próxima habían sido recogidas treinta y nueve personas —diez y ocho de ellas mujeres—, que al día siguiente serían sometidas al tribunal y enviadas a la cárcel por seis meses. Las mujeres —decía el periódico— «gritaban y lloraban amargamente cuando las llevaban a la cárcel». Cristo nació de una mujer. Y para María Magdalena tuvo tier- nas bendiciones. Pero algunas de estas criaturas humanas, hechas a imagen de Dios, se han convertido en tales gusanos, que tenemos que arrojarlas en una prisión sin que nos choque.

El ferrocarril es una cosa nueva. Apenas ha comenzado su obra. Sin embargo, ya ha establecido la diferencia entre el hombre que cuenta sus ingresos por millones mensuales y los millares de hombres que se contentan con trabajar para él por una misera vida. ¿Quién pondrá límites bajo las actuales tendencias a las grandes fortunas de las generaciones próximas o a los correlativos de esas grandes fortunas, los vagabundos?

La tendencia de todas las invenciones y progresos que tan maravillosamente van aumentando el poder productivo es concentrar enormes riquezas en manos de unos pocos; hacer la condición de los muchos más desesperada; forzar a la condición de máquinas para la producción de la riqueza que no han de disfrutar a hombres cuyas ambiciones van despertando. Sin una sola excepción que yo pueda imaginar, el efecto de todos los progresos industriales modernos es producir en mayor escala y dividir minuciosamente el trabajo, dar a la posesión de un gran capital una ventaja incontrastable. Aún invenciones como el teléfono y la máquina de escribir tienden a la concentración de la riqueza, aumentando la facilidad con que puedan ser dirigidos los grandes negocios, y disminuyendo las limitaciones que, después de cierto punto, hacen más difícil toda ulterior extensión.

La tendencia de la máquina en todas las cosas, es no solamente poner fuera del alcance del trabajador la posibilidad de convertirse en su propio patrono, sino reducir la posesión de éste al de un simple vigilante o alimentador; excusarlo de todo empleo de inteligencia, pericia y trabajo cerebral, salvo en unos pocos empleos de vigilancia; reducir a los demás al monótono trabajo de autómatas, para quien no hay otra mañana que el de recorrer invariablemente el mismo círculo.

Bajo el viejo sistema del artesanado el obrero podría trabajar pesada y largamente, pero en su labor había compañerismo, variedad, el placer que proviene del ejercicio de la pericia creadora, la sensación de ver las cosas creciendo bajo sus manos hasta tomar una forma acabada. Trabaja en su propio hogar o junto a su patrono. El trabajo era iluminado por la emulación, por la amistad, por la broma, por la discusión. Como aprendiz aspiraba a convertirse en oficial; como oficial, tendía a convertirse en dueño y a tomar aprendices para él. Con unas pocas herramientas y algunas materias primas era independiente. Trataba directamente con aquellos que usaban los artículos concluidos que él producía. Si no podía encontrar un mercado donde vender, encontraba un mercado donde cambiar. Esta terrible pesadilla —la pesadilla de encontrar cerradas las oportunidades para mantener su vida y encontrarse completamente incapaz de sustentar a su familia— nunca proyectaba su sombra sobre él.

Considerad al herrero de la era industrial que ahora va desapareciendo en todas partes o mejor al forjador de «negro y blanco», porque el obrero completo trabajaba igualmente el acero. La forja daba al camino o a la calle. Al través de sus abiertas puertas podía contemplar los trozos de Naturaleza; veía a cuantos pasaban. Los transeúntes se detenían para preguntar; los vecinos para contar u oír las noticias; los chicos para ver el resplandor del hierro incandescente y volar las rojas chispas. Ya herraba el forjador un caballo; ya ponía las llantas a una rueda; ya forjaba y templaba una herramienta; ya soldaba un morillo roto o golpeaba con gracioso arte sobre una placa para el fondo de una chimenea, o cuando no tenía que hacer otra cosa, convertía el hierro en clavos.

Id ahora a uno de esos enormes establecimientos que cubren acres y acres, en que se acumulan los trabajadores por millares, y en que, con la ayuda del vapor y la maquinaria, el hierro es trocado en artículos por una fracción del coste bajo el viejo sistema. No podéis entrar sin permiso de la oficina, porque en cada puerta encontráis el rótulo «Terminantemente prohibida la entrada». Si se os permite entrar, no podéis hablar con los trabajadores; mas poco importa esto, porque entre los golpes y el estruendo y el rechinar de las poleas y las ruedas, no podréis hacerlo. Aquí encontráis hombres haciendo una misma cosa durante todo el día, haciendo pasar barras de hierro por entre grandes rulos; presentando placas ante cuchillos de acero; torneando entre rechimamientos, en que apenas podéis «oírlos a vosotros mismos», trozos de hierro, una y otra vez, sesenta veces, cada minuto, hora tras hora, día tras día, año tras año. En todo el gran establecimiento no hay un hombre, salvo por excepción alguna que aprendiese bajo el más sencillo sistema que ahora va desapareciendo, que pueda hacer más que una mínima parte de la que es necesaria para fabricar un artículo vendible. El mozo aprende en un periquete cómo atender a su particular máquina; allí se detiene su progreso... Puede hacerse engrasador, sin aprender más. Cuando sus hijos crecen, el único medio que tiene de aumentar sus ingresos es enviarlos también a trabajar. En cuanto a aspirar a convertirse en

dueño de un establecimiento como ese, con sus millones de capital en maquinaria y existencias, es como si aspirase a ser Rey de Inglaterra o Papa de Roma. No tiene más influencia sobre las condiciones que le proporcionan empleo que la que tiene un viajero de ferrocarril sobre el movimiento del tren. Causas que no puede impedir ni prever pueden en cualquier tiempo detener su máquina y arrojarle al mundo como trabajador enteramente ignorante, desacostumbrado hasta para manejar una piqueta o empuñar una azada. Cuando los tiempos son buenos y su patrono gana dinero, sólo puede alcanzar una mejora mediante una huelga o la amenaza de una huelga. Al menor síntoma de malos tiempos sus salarios son rebajados, y sólo puede resistir mediante una huelga, lo que significa durante tiempo mayor o menor carencia de salarios.

No he hablado más que de un oficio; pero la tendencia es la misma en todos los demás. Esta es la forma que va revistiendo en todas partes la organización industrial, hasta en la agricultura. Grandes compañías están ahora formando inmensos rebaños de ganados, y las «granjas de fortuna» son cultivadas por bandas de nómadas desprovistos de cuanto pudiera llamarse hogar. En todas las ocupaciones va siendo el trabajador rápidamente separado de las herramientas y oportunidades del trabajo; en todas partes las desigualdades de fortuna van siendo más visibles. Y esto en un tiempo en que el espíritu se va esclareciendo; cuando las viejas fuerzas conservadoras se van disipando, cuando la idea de la igualdad humana va creciendo y difundiéndose.

Cuando entre aquellos que trabajan y carecen y aquellos que viven en ociosa fastuosidad es tan grande el abismo abierto que en la imaginación popular parece que pertenecen a distinta clase de seres; cuando en nombre de la religión se está inculcando persistentemente a las masas que todas las cosas de este mundo están ordenadas por la Divina Providencia, que señala a cada cual su sitio; cuando los niños aprenden desde su primera infancia que es deber suyo, para usar las palabras del catecismo episcopal, hacia Dios y hacia el hombre honrar y obedecer la autoridad civil, «someterse humilde y reverentemente a sus superiores y cumplir sus obligaciones en la condición en que ha placido a Dios colocarle»; cuando estos consejos de humildad, conformidad y resignación son reforzados por la terrible amenaza de padecimientos eternos; mientras que por otra parte se enseña al pobre a creer que, si acepta pacientemente su suerte aquí, Dios le trasladará después de la muerte a un cielo donde no hay propiedad privada ni miseria, las más visibles desigualdades de condición no pueden excitar ni envidia ni indignación.

Pero las ideas que hoy se agitan en el mundo no son esas. Hace ya cerca de mil novecientos años, cuando otra civilización iba desarrollando monstruosas desigualdades, cuando las masas en todas partes vivían en una desesperada esclavitud, nació en una aldea judía un ignorante carpintero que, desdeñando las ortodoxias y ritualismos del tiempo, predicó a obreros y pescadores el Evangelio de la paternidad de Dios, de la igualdad y fraternidad de los hombres, y enseñó a sus discípulos a orar por

la venida del reino del cielo sobre la tierra. Los Doctores se burlaron de él, los predicadores ortodoxos lo denunciaron. Fue tildado de soñador, de perturbador, de «comunista», y finalmente se alarmó la sociedad organizada y lo crucificó entre dos ladrones. Pero la palabra siguió marchando, y difundida por fugitivos y esclavos, hizo su camino contra el poder y contra la persecución hasta revolucionar el mundo y poner en la vieja civilización podrida la semilla de la nueva. Entonces las clases privilegiadas se juntaron otra vez, grabaron la efigie del hombre del pueblo en los tribunales y sobre las tumbas de los reyes, y en su nombre consagraron la desigualdad y falsearon su Evangelio para defender la injusticia social. Pero otra vez las mismas grandes ideas de una fraternidad común, de una común hermandad, de un estado social en que nadie sea abrumado y nadie padezca hambre, comienzan a herir la conciencia colectiva.

Cuando un viento poderoso choca con una fuerte corriente no hay que esperar un mar tranquilo. Y quien quiera que reflexione sobre las tendencias opuestas que comienzan a desenvolverse, apreciará la gravedad de los problemas sociales ante los cuales pronto se encontrará el mundo civilizado. Entonces también comprenderá el significado de las palabras de Cristo cuando decía: «Pensad que Yo no he venido a traer la paz sobre la tierra. Vengo, no a traer la paz, sino la espada.»



## EL CURSO DE LA CONCENTRACION

En 1790, cuando se hizo el primer censo de los Estados Unidos, las ciudades no contenían sino el 3,3 por 100 del conjunto de la población. En 1880 las ciudades contenían el 22,5 por 100 de la población. «Esta tendencia de la población a concentrarse es uno de los rasgos característicos de nuestro tiempo». En todo el mundo civilizado las grandes ciudades van creciendo más de prisa que el desarrollo de la población. El aumento en la población de Inglaterra y Escocia durante el siglo actual se ha efectuado en las ciudades. En Francia, donde la población es casi estacionaria, las grandes ciudades se hacen cada año mayores. En Irlanda, donde la población declina rápidamente, Dublín y Belfast crecen con rapidez.

Los mismos grandes agentes —el vapor y la maquinaria— que están acumulando la población en las ciudades, operan aún más poderosamente para concentrar la industria y el comercio. Esto puede verse dondequiera están en juego las nuevas fuerzas y en toda rama de la industria, desde las primarias, como la agricultura, el almacenaje, la minería y la pesca, hasta las creadas por recientes inventos, como el ferrocarril, el telégrafo o el alumbrado por gas o electricidad.

Fundándose en la autoridad de la oficina del Censo de los Estados Unidos, se ha afirmado que la dimensión media de las granjas va decreciendo en los Estados Unidos. Esta afirmación no solo es incompatible con hechos notorios en todos los Estados Unidos y con las tendencias de la agricultura en otros países, como la Gran Bretaña, sino que es incompatible con los datos suministrados por la propia oficina del Censo. Conforme al compendio del décimo Censo, el aumento del número de granjas en los Estados Unidos, durante la década comprendida en 1870 y 1880, fue de un 50 por 100, y las cifras en las ocho clases de granjas enumeradas manifiestan una rápida disminución en las granjas de dimensiones más pequeñas y un rápido aumento en las mayores. En la clase inferior a tres acres, la disminución durante la década fue de 37 por 100 aproximadamente; entre 3 y 10 acres, de un 21 por 100; entre 10 y 20 acres, de un 14 por 100; entre 20 y 50 acres, de algo menos que el 8 por 100. El aumento comienza en la clase comprendida entre 50 y 100 acres, ascendiendo en esta clase a un 37 por 100. En la clase inmediata, entre 100 y 500 acres, el aumento es casi de 200 por 100. En la clase entre 500 y 1.000

acres es casi del 400 por 100. Y en la clase superior a 1.000 acres, la mayor de cuyas cifras se dan, sube casi al 700 por 100.

En lugar de que las cifras del Censo den base para la afirmación de que la dimensión media de las granjas en los Estados Unidos decline desde 153 acres en 1870 a 134 acres en 1880, un detenido examen de ellas prueba lo que la observación común manifiesta; que ha habido un considerable aumento en el promedio de las dimensiones. El hecho incontestable es que como en todo lo demás la propiedad de la tierra se va concentrando y las granjas asumiendo mayores extensiones. Débese esto al progreso en la maquinaria agrícola, que hace del cultivo un negocio que requiere más capital, al aumento del valor de la tierra, a los cambios producidos por los ferrocarriles y a las ventajas que las tarifas especiales dan al productor en grande sobre el productor en pequeño. Que ésta es una tendencia que va acelerándose, es indiscutible. La nueva era de la agricultura está solo en sus principios. Cualesquiera que sean sus ventajas, implica la reducción del gran conjunto de los agricultores americanos a las filas de colonos o braceros. No hay modo de averiguar el aumento de cultivo por arrendamiento en los Estados Unidos durante la última década, porque no hay cifras referentes al arrendamiento, anterior al del último censo; pero éste muestra que en 1880 no había en los Estados Unidos menos de 1.024.601 agricultores arrendatarios.<sup>1</sup>

Si por añadidura pudiéramos obtener el número de los agricultores que nominalmente son dueños de su tierra, pero que en realidad están pagando renta en la forma de intereses por hipotecas, el resultado sería sorprendente.

Apenas hay necesidad de hablar de cómo se va efectuando el mismo proceso en todas las demás ramas de la industria. En todas partes es notorio que el mecánico independiente se va convirtiendo en un operario; el pequeño almacenista, en un dependiente de un gran almacén; el pequeño tendero, en un empleado o tenedor de libros, y que los hombres que bajo el antiguo sistema eran independientes, ahora se acumulan en el servicio de las grandes firmas y compañías. Pero el efecto de esto apenas es percibido.

Gran número de gentes, incluyendo a muchos publicistas profesionales, nos están diciendo constantemente que lo único necesario para triunfar en los negocios es la energía, la actividad y la economía; constantemente nos están señalando el hecho de que hombres que empezaron sin nada son ricos ahora, como prueba de que todos pueden comenzar sin nada y llegar a ser ricos.

Que la mayoría de nuestros ricos americanos comenzaron sin nada, es verdad. Pero que ahora nos sea posible el mismo éxito, no es verdad. Los tiempos de transformación ofrecen siempre oportunidades para la ele-

<sup>1</sup> El número total de agricultores y plantadores ascendía a 4.225.945.

vación de los individuos, oportunidades que desaparecen cuando las relaciones sociales están otra vez establecidas. No solo nos hemos extendido por un nuevo continente, sino que la introducción del vapor y la aplicación de la maquinaria han originado cambios industriales tal como el mundo nunca vio.

Cuando Guillermo el Conquistador dividió Inglaterra entre sus secua-ces del ejército de aventureros, fue creada una aristocracia feudal. Pero cuando la sociedad volvió a consolidarse se había formado una nobleza hereditaria, en la cual ningún hombre común tenía la menor esperanza de entrar, y los descendientes de los aventureros de Guillermo miraban a hombres de la misma clase que lo fueron sus padres como si estuvieran formados con un barro inferior. De igual modo, cuando se está colonizando rápidamente un nuevo país, aquellos que llegan, mientras la tierra es barata y la industria y el tráfico están en curso de organización, tienen oportunidades de que carecen aquellos que parten del mismo plano cuando la tierra ha alcanzado ya valor y la sociedad está ya formada.

Los ricos de la primera generación en un país nuevo son siempre hombres que comenzaron sin nada; pero los ricos de las generaciones siguientes son generalmente aquellos que heredaron su punto de partida. En los Estados Unidos, cuando oímos hablar de un hombre rico, preguntamos naturalmente «cómo hizo su dinero»; porque el supuesto en la mayor parte del país es que lo ha adquirido por sí propio. En Inglaterra habitualmente no se formula esa pregunta; allí la presunción es que lo ha heredado. Pero aunque el suelo de Inglaterra fue repartido hace mucho tiempo, los grandes cambios consiguientes a la introducción del vapor y la maquinaria, allí como aquí, han abierto oportunidades para elevarse desde las filas del trabajo a la gran riqueza. Esas oportunidades están ahora cerradas o cerrándose. Cuando un tren comienza a ponerse en marcha, un solo paso puede ponernos en él. Pero pocos minutos más tarde los que no dieron aquel paso pueden correr hasta perder el aliento en la desesperada empresa de alcanzar el tren. Es absurdo pensar que es fácil alcanzar el tren en plena carrera, porque aquellos que llegaron en el momento de la partida lo hicieron fácilmente. Tan absurdo es pensar que las oportunidades abiertas cuando el vapor y la maquinaria comenzaban a concentrar el trabajo, siguen abiertas.

Un amigo inglés, sin embargo, un rico manufacturero de Manchester, retirado, me contó una vez la historia de su vida. Cómo necesitó trabajar, a los ocho años de edad, en el oficio de cordelero, cuando la cuerda se hacía enteramente a mano. Cómo cuando era joven fue a Manchester, y obteniendo una bala de cáñamo al fiado, la convirtió en cordel y la vendió. Cómo formando un pequeño taller hizo que otros trabajaran por él. Cómo cuando comenzó a inventarse la maquinaria y a introducirse el vapor, se aprovechó de ello hasta que obtuvo una gran fábrica e hizo una fortuna, con la cual ganó lo suficiente para pasar el resto de sus días con holgura, dejando su negocio a su hijo.

«Suponiendo que ahora fuese usted joven, le dije, ¿podría ir usted otra vez a Manchester y hacer otra vez lo mismo?»

«No, replicó; nadie podría. No podría hacerlo ni aun con 50.000 libras en lugar de mis cinco chelines».

Lo mismo ocurre en toda rama de los negocios en que los nuevos agentes han comenzado a tener algún desarrollo. Leland Stanford condució una yunta de bueyes en California; Henry Villard vino a los Estados Unidos desde Alemania como un pobre chico. Se hizo reportero de un periódico, y montado en una mula iba desde Kansas City hasta Denver, cuando las llanuras estaban cuajadas de indios, cosa que no haría quien tuviera en el Banco una cuenta corriente. Stanford y sus socios obtuvieron la concesión del Central Pacific con la subvención del Gobierno, y ahora son dueños de unas 12.000 millas de ferrocarriles, millones de acres de tierra, líneas de navegación a vapor, compañías bancarias y periódicos, por no decir nada de parlamentarios, jueces, etc. De igual modo Henry Villard, por una serie de afortunados accidentes, que tuvo la energía y el tacto de aprovechar, consiguió la combinación del Oregon Steam Navigation y la subvención del Northern Pacific, y se ha convertido en el rey de los ferrocarriles del inmenso dominio Norte de los dominios de Stanford, poseyendo igualmente seis millares de millas de camino de hierro, millones de acres de tierra, periódicos, servidores políticos y espantamoscas literarios, aunque todavía queda por ver si es capaz de sostenerse permanentemente contra mayores reyes de ferrocarriles.

Ahora bien; no es solo que oportunidades como las que hicieron tan grandes a los Stanford y Villard, se ofrecen solo al abrirse nuevos países y desarrollarse los nuevos agentes industriales, sino que el crecimiento de los Stanford y los Villard hace imposible que se eleven otros como ellos. Cualquiera que ahora instale un ferrocarril dentro de los dominios de cualquiera de ellos tiene que convertirse en subordinado y tributario de ellos. Con el gran rey ferroviario únicamente puede luchar el gran ferroviario, y el dominio del sistema ferroviario, no solo da a los reyes de los ferrocarriles dominio de las comunicaciones, de las compañías de expresos, de las mensajerías, de las compañías de navegación a vapor, etc; no solo les permite hacer o deshacer las ciudades más pequeñas, sino que les permite, cuando alguien desarrolla un negocio que requiere transporte, meterse en los bolsillos todo provecho excedente, sobre el que, después de una cuidadosa consideración, ellos creen que aquel debe obtener. La elevación de estos grandes poderes es como el crecimiento de un gran árbol: que absorbe la humedad del terreno circundante y mata toda otra vegetación con su sombra.

Así opera la concentración en todos los negocios. El gran molino aplasta al molino pequeño. El gran almacén vende más barato que el pequeño almacén, hasta que elimina su competencia. En la cima del edificio de la Compañía americana de noticias, en Chamber Street, de New-York, hay un vendedor de periódicos grabado en mármol. Como éste comenzaron los

directores de aquel gran negocio. Pero lo que era al principio la unión de unos pocos vendedores de periódicos, por mutua conveniencia se ha convertido en una Empresa tan poderosa, que, asociación tras asociación, sostenida por el capital y manejada con pericia, ha eliminado toda posibilidad de romper o participar de su monopolio. Los vendedores de periódicos pueden mirar a la estatua que corona el edificio, como el joven inglés que va a la India para obtener un empleo puede mirar a la estatua de lord Clive. Ciertamente es una lección y un incentivo; pero así como las victorias de Clive para establecer el dominio inglés en la India hacen imposible que se renueve aquella empresa, así el triunfo de una empresa como la Compañía Americana de Noticias hace imposible a los hombres de pequeño capital establecer otro negocio análogo. De igual modo puede mirar el impresor al edificio de **La Tribuna**, o el periodista al del **Herald**; un Greely o un Bennett no puede ya esperar establecer un periódico de primera clase en New-York ni obtener el dominio de uno ya establecido, a menos que lo apoye un Jay o un Gould. Aún en nuestras más nuevas ciudades pasaron los días en que unos pocos impresores y unos pocos escritores podían asociarse y fundar un periódico diario. Aun sin decir nada de la cerrada corporación de la Prensa asociada, el periódico se ha convertido en una máquina inmensa que requiere gran capital, y cuya mayor parte está escrita por obreros literarios, que tienen que escribir lo que les plazca a los capitalistas que la dominan.

Durante la última generación se consideraba muy grande un navío para las Indias si alcanzaba 500 toneladas de registro. Ahora estamos construyendo goletas costeras de 1.000 toneladas. No hace mucho tiempo que nuestros buques oceánicos de primera clase tenían 1.200 a 1.500 toneladas. Ahora los rápidos vapores que hacen la travesía transatlántica llegan a 10.000 toneladas. No solamente hay ahora menos capitanes, relativamente, sino que las buenas oportunidades de los modernos capitanes son peores. El capitán de un buque transatlántico con 1.500 vidas, y acaso con un valor de dos millones, entregados a su pericia y a su vigilancia, me decía recientemente que no tenía más sueldo ahora que cuando, siendo joven, mandaba un pequeño barco de vela. Ni hay ahora ninguna «prima», ninguna «pacotilla», ninguna probabilidad, ninguna ocasión de convertirse en dueño para el capitán de uno de estos buques.

Bajo cualesquiera circunstancias, salvo en un rígido sistema de castas hereditarias, habrá siempre, naturalmente, hombres que, a fuerza de grandes aptitudes y de felices accidentes, harán su camino desde la pobreza a la riqueza, y desde una baja a una alta posición; pero las fuertes tendencias de la época son a hacer esto cada vez más difícil. Jay Gould es probablemente un hombre más capaz que el actual Vanderbilt. Si hubieran partido de igual punto ambos, acaso Vanderbilt estuviera ahora vendiendo ratoneras o trabajando por un exiguo salario como cualquiera de sus empleados, mientras que Gould contaría sus pilas de millones. Pero con toda su capacidad para hacer dinero, Gould no puede superar el cimientó dado por las enormes adquisiciones del primer Vanderbilt. Y cuando los hijos de los actuales grandes conquistadores de dinero los

reemplacen, las probabilidades de rivalidad por parte de los hijos de cualesquiera otros, serán mucho menores.

Todas las tendencias de la época actual son, no solamente hacia la concentración, sino hacia la perpetuación de las grandes fortunas. No hay ya cruzadas; las costumbres de los muy ricos no son ya de aquella vanidosa extravagancia que pudiera disipar sus fortunas; los grandes rasgos han pasado de moda, y las especulaciones de Bolsa son más peligrosas para los bolsillos pequeños que para los grandes. Acciones, obligaciones, hipotecas, compañías de seguros, depósitos y trusts, ayudan a la conservación de la gran riqueza, y todos los modernos agentes ensanchan la esfera de su provechoso empleo.

Por otra parte, el simple trabajador se va haciendo cada vez más desvalido, y los pequeños capitales hallan cada vez más dificultades para competir con los capitales grandes. Las compañías ferroviarias mayores van absorbiendo las compañías de ferrocarriles menores: una gran compañía telegráfica domina ya las líneas telegráficas del Continente, y para ahorrarse el coste de comprar más patentes, paga a los inventores para que no inventen. Así como en Inglaterra casi todos los establecimientos de bebidas han pasado a manos de los grandes cerveceros, así en los Estados Unidos los grandes traficantes apoyan a los jóvenes, hipotecando la actividad de éstos. Así como en la Gran Bretaña el suministro de vituallas y bebidas a los pasajeros del ferrocarril ha pasado a manos de una sola gran compañía, y en París un gran fondista, con numerosos establecimientos, ha absorbido el negocio de los pequeños, así en América los muchachos que venden periódicos y cacahuets en los trenes, son empleados de las compañías, y los paquetes son también conducidos y entregados por compañías.

Yo no niego que esta tendencia sea en gran medida de conveniencia para el público. Estoy señalando simplemente que existe. En todo el mundo civilizado se está efectuando un gran cambio análogo a la infeudación que en Europa durante el crecimiento del sistema feudal convirtió a los propietarios libres en vasallos, e hizo a toda la sociedad subordinada a una jerarquía de riqueza y privilegio. Que la nueva aristocracia sea hereditaria o no, poco importa. Sólo la suerte puede determinar quiénes obtendrán los pocos premios de una lotería. Pero no es menos cierto que la gran mayoría de los que juegan tiene que quedarse sin premio. Las fuerzas de la nueva era no han tenido aún tiempo para hacer esto hereditario; pero claramente podemos ver que cuando la organización industrial compele a un millar de trabajadores a ponerse al servicio de un dueño, la proporción de los dueños a los hombres tiene que ser de uno a mil, aun cuando el uno salga de la fila de los mil. «¡Amo!» En este lado del Atlántico no nos gusta esta palabra, no es americana; mas, ¿de qué sirve rechazar la palabra si tenemos la cosa? El hombre que me da empleo, que he de soportar o padecer, ese hombre es mi amo, llámase como se quiera.

## LA INJUSTICIA DE LAS CONDICIONES SOCIALES EXISTENTES

La cómoda teoría de que está en la naturaleza de las cosas que unos sean pobres y otros ricos, y que las grandes y constantemente crecientes desigualdades en la distribución de la riqueza no implican defectos en nuestras instituciones satura nuestros libros, es enseñada en la Prensa, en la Iglesia, en la Escuela y en las asambleas.

Este es un país libre —decimos—; todo hombre tiene un voto y todo hombre tiene un azar. El hijo de un trabajador puede llegar a ser presidente; los pobres muchachos de hoy serán millonarios treinta o cuarenta años más tarde, y el nieto del millonario probablemente será pobre. ¿Qué más podemos pedir? Si un hombre tiene energía, laboriosidad, prudencia, previsión, puede abrirse camino hacia la gran riqueza. Si no tiene habilidad para hacerlo, no debe quejarse de aquel que la tiene. Si algunos disfrutan mucho y hacen poco, es porque estos o sus padres poseyeron cualidades superiores que les permitieron «adquirir riqueza» o «hacer dinero». Si otros tienen que trabajar penosamente y ganar poco, es porque todavía no han llegado a su meta, porque son torpes, porque no quieren practicar aquella economía que es necesaria para la primera acumulación del capital, o porque sus padres fueron deficientes en esos extremos. La desigualdad en la condición resulta de las desigualdades de la naturaleza humana, de la diferencia en las facultades y capacidades de los diferentes hombres. Si uno tiene que trabajar diez o doce horas diarias por unos pocos cientos de dólares al año, mientras que otros, trabajando poco o nada, tienen renta de muchos miles, es porque todo aquello con que los primeros contribuyen al aumento del común *stock* de riqueza es poco más que la simple fuerza de sus músculos. Puede esperar poco más que el animal, porque pone en juego poco más que las facultades animales. No es más que un soldado raso en las filas del gran ejército del trabajo, el cual se limita a estar quieto o marchar, según le manden. El otro es el organizador, el general que guía y maneja el conjunto de la gran máquina, que tiene que pensar, planear y proveer, y su mayor renta es tan sólo proporcionada a las mucho más altas y más raras facultades que ejerce, y a mucha mayor importancia de la función que desempeña. ¿No tendría la educación su recompensa y la pericia su pago? ¿Qué incentivo tendría la fatiga necesaria para aprender a hacer algo bien, si aquellos que sobre-

salen en ese conocimiento no ganaran mayores recompensas? Rehusar a Rafael o a Rubens provechos superiores a los de un pintor de casas, no sólo sería una gran injusticia, sino que impediría la aparición de grandes pintores. Destruir las desigualdades de condición, sería destruir el incentivo del progreso. Luchar contra esto, es luchar contra las leyes de la Naturaleza. Podríamos oponernos lo mismo a la duración de los días o a las fases de la luna; quejarnos de que haya valles y montañas; zonas de calor tropical y regiones de hielo eterno. Y si por medidas violentas repartiésemos la riqueza con igualdad, sólo haríamos daño; al poco tiempo surgirían desigualdades tan grandes como antes.

Esta es, en sustancia, la doctrina que constantemente oímos. La aceptan algunos porque halaga su vanidad, se acomoda a sus intereses o es grata para su esperanza; otros, porque resuena en sus oídos. Como todas las teorías falsas que consiguen gran aceptación, contiene mucha verdad; pero es verdad separada de otra verdad, o aliada con la falsedad.

Tratar de extraer el agua de un barco agujereado por su fondo, sería empresa desesperada; pero esto no quiere decir que la vía de agua no pueda ser cegada y el agua extraída del barco. Es innegable que, bajo las actuales condiciones, las desigualdades de fortuna tenderían a reaparecer, aunque arbitrariamente nivelásemos durante un momento. Pero esto no prueba que las condiciones de que nace esta tendencia de desigualdad no puedan ser modificadas. Ni de que los hombres sean diferentes en cualidades y facultades, se sigue que las presentes desigualdades de fortuna corresponden a aquellos. Yo he visto cajistas muy rápidos y cajistas muy lentos; pero el más rápido de los que yo he visto no puede componer el doble que el más lento, y dudo que en otros oficios las diferencias sean mayores. Entre los hombres normales la diferencia de un sexto o un séptimo en la estatura es una gran diferencia; el más alto gigante conocido era apenas cuatro veces mayor que el más pequeño pigmeo conocido, y dudo que ningún buen observador diga que las diferencias mentales de los hombres son mayores que las diferencias físicas. Sin embargo, ya hemos visto hombres ciento de millones de veces más ricos que otros hombres.

Que quienes producen tengan, que quienes ahorren disfruten, es conforme con las cosas humanas y con el orden natural. Pero las actuales desigualdades de riqueza no pueden justificarse de esta manera. De hecho, ¿de cuántas grandes fortunas puede decirse justificadamente que han sido ganadas con equidad? ¿Cuántas de ellas representan riqueza producida por sus poseedores o por aquellos de quienes la recibieron los poseedores actuales? ¿No intervinieron en su formación más que una laboriosidad y una maestría superiores? Tales cualidades pueden dar el punto de partida; pero cuando las fortunas comienzan a acumularse por millones, es siempre que han encontrado algún elemento de monopolio, alguna apropiación de riqueza producida por otros. Con frecuencia hay una total ausencia de laboriosidad, maestría o sacrificios superiores, o sencillamente mejor golpe de vista o mayor falta de escrúpulos.

Recientemente murió en San Francisco un amigo mío dejando cuatro millones de dólares, que irán a sus herederos, residentes en Inglaterra. Yo he conocido muchos hombres más laboriosos, más diestros, más sobrios que él; hombres que no dejaron o no dejarán un céntimo. Ese hombre no ganó su riqueza por su laboriosidad, maestría o sobriedad. No la produjo más que esos parientes lejanos residentes en Inglaterra, que ahora pueden no hacer nada en el resto de sus vidas. Se hizo rico adquiriendo en los primeros días un pedazo de tierra que, a medida que San Francisco creció, fue alcanzando más alto precio. Su riqueza representaba, no lo que él había ganado, sino lo que el monopolio de este pedazo de la superficie de la tierra le permitió a él apropiarse a expensas de las ganancias de los otros.

En Pittsburgo murió otro día un hombre que dejó tres millones de dólares. Podría ser o no particularmente laborioso, diestro y económico; pero no fue por estas cualidades por las que se hizo tan rico. Fue porque marchó a Washington y ayudó a que aprobaran un **bill** que, a pretexto de «proteger a los trabajadores americanos contra el trabajo mísero de Europa», le dio una ventaja arancelaria de un 60 por 100. Hasta el día de su muerte fue un empedernido proteccionista, y decía que el libre cambio arruinaría nuestras «industrias infantiles». Evidentemente, los tres millones de dólares que su pequeño querubín de una «industria infantil» le permitió dejar no representaba lo que él añadió a la producción. Era la ventaja que a él le dio el arancel y que le permitió apropiarse las ganancias de otras gentes.

Este elemento de monopolio, de apropiación y de expoliación lo encontraremos en gran medida en todas las grandes fortunas que analizamos.

Hay dos clases de hombres que hablan siempre como si las grandes fortunas resultaran del poder de aumento inherente al capital: aquellos que declaran que la presente estructura social es justa, y aquellos que claman contra el capital e insisten en que el interés debe ser abolido. El rico típico de un lado es el que, economizando sus ganancias, consagra el excedente a ayudar a la producción, y se hace rico por el natural desarrollo de su capital. El otro grupo calcula la suma enorme a que ascendería en cien años un dólar colocado al 6 por 100 de interés compuesto, y dice que tenemos que abolir el interés si queremos impedir la formación de grandes fortunas. Pero yo creo que es difícil encontrar una gran fortuna realmente debida al legítimo crecimiento del capital obtenido por el trabajo.

La gran fortuna de los Rothschild nace del tesoro logrado por el landgrave de Hesse-Cassel vendiendo su pueblo a Jorge III, para librar, como los odiosos «Hessans» de nuestra revolución, la batalla de la tiranía contra nuestros antepasados. Comenzó en el precio de sangre recibido por este tiranuelo de manos de tiranos mayores como precio de la vida de sus súbditos. Ha aumentado hasta sus actuales enormes dimensiones por

los empréstitos contratados por los reyes europeos para mantener en la servidumbre a sus pueblos y emprender guerras destructoras unos con otros. No representa las ganancias del trabajo del capital más que la representan las sumas que ahora saca Inglaterra de los miseros fellahs de Egipto para pagar los enormes intereses del empréstito para el Kédive, que este despilfarró en palacios, yates, harenes, bailarinas y diamantes.

La gran fortuna del duque de Westminster, el hombre más rico entre los ricos de Inglaterra, es sencillamente el resultado de la apropiación. No proviene de las ganancias del actual duque de Westminster o de sus antepasados más que las grandes fortunas concedidas por los monarcas rusos a sus favoritas cuando les daban millares de súbditos rusos como siervos... Un rey inglés, muerto mucho tiempo hace, dio a un antepasado del actual duque de Westminster un pedazo de tierra, sobre la cual se extiende ahora la ciudad de Londres; es decir, le dio el privilegio, aceptado todavía por el estúpido pueblo inglés, que permite al actual duque apropiarse mucha parte de las ganancias de muchos millares de ingleses de la actual generación.

De igual modo las grandes fortunas de los cerveceros y destiladores ingleses han sido amasadas en gran parte por el influjo de la patente para fortalecer el monopolio y concentrar el negocio.

O tornando a los Estados Unidos, ved la gran fortuna de los Astors. Representan, en su mayor parte, una apropiación de la ganancia de los demás, análoga a las que implican las rentas del duque de Westminster y otros propietarios ingleses. El primer Astor hizo con alguna gente coetánea suya cierto convenio, por el cual los hijos de aquel pueden ahora gravar a los hijos de los otros: exigir una muy grande parte de las ganancias de muchos miles de los actuales habitantes de New-York. El principal elemento de aquella fortuna no es la producción ni la economía. Ningún ser humano puede producir tierra o ahorrar tierra. Si todos los Astors hubieran permanecido en Alemania, o si nunca hubieran existido Astors, la tierra de la isla Manhattan estaría aquí igualmente aún lo mismo.

Ved la gran fortuna de Vanderbilt. El primer Vanderbilt era un botero que ganaba el dinero trabajando penosamente, y lo ahorró, pero no fueron el trabajo y el ahorro lo que le permitió dejar su enorme fortuna. Fueron la expoliación y el monopolio. Tan pronto como tuvo dinero bastante lo empleó como una herramienta para arrebatar a otros sus ganancias. Eliminó líneas competidoras y monopolizó rutas de navegación a vapor. Entró en el negocio ferroviario, siguiendo la misma táctica. La fortuna de Vanderbilt no viene del trabajo y de la economía más que la fortuna que el capitán Kidd quemó.

O tomad la gran fortuna de Gould... Mr. Gould hizo su primer pequeño capital por una laboriosidad y una abnegación superiores. Pero no fue esto lo que le hizo dueño de un ciento de millones. Fue el quebrar fe-

rocarriles, comprar jueces, corromper parlamentos, formar sindicatos y monopolios y asociaciones, elevar o deprimir el valor de las mercancías y las tarifas de transporte.

Lo mismo puede decirse de las grandes fortunas creadas por los ferrocarriles del Pacífico. Se han formado obteniendo pródigas donaciones de tierras, primas y subvenciones mediante operaciones de crédito mobiliario y de las compañías de contratación y finanzas, monopolizando y arrebataando, y lo mismo las fortunas hechas por asociaciones como las Standard Oil Company, el Bessemer, el Steek Reigg, el Wistas Ring, el Lucifer, Mantk Ning y los varios sindicatos para la «protección del trabajador americano contra el trabajo misero de Europa».

O tomad las fortunas levantadas sobre patentes afortunadas. Como aquellos elementos que en tantas fortunas provienen del aumento del valor de la tierra, éstas son resultado del monopolio puro y simple. Y aunque ahora no estoy discutiendo la conveniencia de las leyes de patente, debe observarse de paso que en la inmensa mayoría de los casos los hombres que amasan su fortuna con patentes no son los hombres que han hecho los inventos.

En todas las grandes fortunas, y de hecho en casi todas las adquisiciones que en estos días pueden denominarse fortunas con exactitud, figuran estos elementos de monopolio de expoliación de jugador. El director de una de las mayores firmas manufactureras en los Estados Unidos me decía recientemente: «No es en nuestro negocio habitual en lo que ganamos el dinero; es cuando conseguimos un monopolio». Y esto, a mi juicio, es generalmente verdad.

Considerad la importante parte que el aumento del valor de la tierra ha tenido y tiene en la formación de fortunas en los Estados Unidos. Esto es, naturalmente, monopolio puro y simple. Cuando la tierra aumenta de valor no significa que su dueño haya acrecentado la riqueza general. El propietario puede no haber visto nunca la tierra o no haber hecho nada para mejorarla. Puede, y frecuentemente ocurre, vivir en una ciudad distante o en otro país. El aumento en el valor de la tierra significa sencillamente que los propietarios, mediante su apropiación de algo que existía antes de que el hombre fuese, tiene el poder de tomar una mayor parte de la riqueza producida por el trabajo de otra gente. Considerad cuánto han hecho para concentrar la riqueza los monopolios creados y las ventajas dadas a los hombres sin escrúpulos por los aranceles y por nuestro sistema de tributación interior; cuánto han hecho el ferrocarril (negocio que por su naturaleza es un monopolio), el telégrafo, el gas, el agua y otros monopolios semejantes; cuánto han hecho las tarifas especiales, los trusts, los cártels, los sindicatos, el agiotaje de todas clases; el destructor uso de la riqueza en eliminar o sobornar a los competidores, cosa que el público tiene que pagar al fin, y tantas otras como éstas, sugieren, cuánto han contribuido a levantar grandes fortunas, y aparecerá, por último, que la desigual distribución de la riqueza es de-

bida, en gran parte, a la simple expoliación; que el motivo por el cual aquellos que trabajan duramente ganan tan poco, mientras que tantos que tan poco trabajan ganan mucho, es, en muy grande medida, de un modo o de otro, que las ganancias de una clase les son estafadas a los unos para hinchar con ellas las rentas de los otros.

Que haya individuos que constantemente están pasando desde las filas de aquellos que ganan menos de lo que producen a las de aquellos otros que ganan más de lo que producen, no prueba que ese estado de cosas sea justo, más que el hecho de que marinos mercantes se fueran transformando constantemente en piratas, y participando de los provechos de la piratería probaría que la piratería fuese justa y que no debe hacerse esfuerzo alguno para suprimirla.

No estoy acusando al rico ni procurando, al hablar de estas cosas, excitar contra él la envidia y el odio; pero si queremos alcanzar una clara comprensión de los problemas sociales, tenemos que admitir el hecho de que los monopolios que permitimos y creamos, las ventajas que damos a un hombre sobre todo, los métodos de extorsión sancionados por la ley y por la opinión pública, es lo que permite a unos hombres llegar a ser tan enormemente ricos, mientras que otros permanecen tan miserablemente pobres. Si miramos alrededor y advertimos los elementos de monopolio, extorsión y expoliación sobre que están levantadas todas o casi todas las fortunas, veremos por una parte cuán poco sinceros son aquellos que nos predicán que no hay nada injusto en las relaciones sociales y que las desigualdades en la distribución de la riqueza nacen de las desigualdades de la naturaleza humana; y de otra parte vemos cuán ciegos son aquellos que hablan del capital como si fuera un enemigo público y proponen planes para restringir arbitrariamente la adquisición de la riqueza. El capital es un bien; el capitalista es un auxiliar, con tal de que no sea también un monopolista. Podemos dejar tranquilamente a cualquiera que llegue a ser tan rico como pueda, con tal de que al hacerlo no despoje a los demás.

Hay profundas injusticias en la actual constitución de la sociedad, pero no son injusticias inherentes a la constitución del hombre ni a aquellas leyes sociales que son tan verdaderamente leyes del Creador como lo son las leyes del Universo físico. Son injusticias resultantes de malos arreglos que está en nuestra mano corregir. El estado social ideal no es aquel en que cada cual obtiene una suma igual de riqueza, sino aquel en que cada cual la obtiene en proporción a su contribución al caudal general. Y en un estado social como ese no habrá menos incentivo para el esfuerzo que ahora, habrá mucho más incentivo. Los hombres serían más laboriosos y más morales, mejores trabajadores y mejores ciudadanos, si cada cual obtuviese sus ganancias y las llevase a su hogar para disfrutarlas con su familia, que llevándolas a un garito y jugándose las hasta que unos tengan mucho más de lo que podrían haber producido y otros tengan poco o nada.

¿ES ESTE EL MEJOR  
DE TODOS LOS MUNDOS POSIBLES?

Hay mundos y mundos, aun dentro de los límites del mismo horizonte. El hombre que llega a New-York con mucho dinero, que penetra por Windsor o Brunswick y es recibido por hospitalario amigo en las mansiones de la Quinta Avenida, ve un New-York. El hombre que llega con dólar y medio y va a una casa de huéspedes de 25 centavos, ve otro. Hay, además, casas de huéspedes de 15 centavos, y gentes demasiado pobres hasta para ir a ellas.

En las gratas avenidas del Parque, a la brillante luz del sol de mayo, pasa arrogante la hija del especulador ferroviario con su elegante traje de amazona flotando libremente al costado de su luciente bayo, con su estirado **groom** con flamantes botas altas y librea de moda, trotando detrás a respetuosa distancia, sobre otro caballo de sangre, que le sigue caracoleando. El hijo del agiotista, alzándose sobre la silla a cada zancada del trotón, a la moda inglesa, con su fusta inglesa cogida por medio, se quita el sombrero para saludarla. Y al pasar en una vuelta como un torbellino conduciendo su dog-car traído de Londres, con un lacayo de librea sentado tras él con los brazos cruzados, aquella cambia sus saludos con el noble descendiente del artesano holandés, cuya huerta, ahora bajo el ladrillo y el mortero, se ha convertido en una «propiedad» de renta señorial. Al mismo tiempo, en el suave y templado aire, suena una nota musical, y arrastrado por briosos caballos magníficos, avanza en carrera impetuosa el «four.in.hands» del «Coachin-club», con sus postillones de librea y sus asientos altos llenos de gente bulliciosa, para quien la vida, con su engranaje de bailes, partidos, teatros, flirteos y expansiones de un continuo día de fiesta, en el que, si no fuera por la invención de nuevos placeres, la saciedad haría fatigoso el tiempo.

¡Cuán diferente es este brillante mundo del mundo de la anciana que, en la sucia calle, se instala desde la mañana a la noche junto a su pequeño montón de manzanas y dulces; del de la muchacha que permanece todo el día de pie tras el mostrador o ante los telares, o que se inclina sobre la máquina de coser durante muchas, muchas horas, o que por la noche sale a vagar por las calles!

Un rey ferroviario deja las grandes provincias de su reino a cargo de los sátrapas y se va a Europa; el nuevo yate de acero de otro está alis-

tándose, sin reparar en gastos, para un viaje alrededor del mundo si le place a aquel hacerlo; un tercero no sale porque está demasiado ocupado haciendo compras todos los días en su «viejo ferrocarrilito». Otros seres humanos son congregados todos los domingos por la tarde por reverendos hermanos del «café y panecillo» y aguantan el sermón por la limosna que les van a dar. Y sobre los bancos de las plazas públicas se sientan hombres de cuyos rostros sombríos y macilentos huyó el fuego de la energía y la luz de la esperanza —«vagabundos» y «mendigos»—, los rotos y desarraigados despilfarros humanos, los parias de nuestra sociedad.

Paseando una tarde a lo largo de Broadway y por el magnífico salón del hombre que mató a Jim Fisk, me encontré a un buen muchacho, a quien conocí hace años en California, cuando él apenas tenía un dólar. Ahora es distinto, y saca del bolsillo un mazo de billetes para pagar los cigarros de 35 centavos que encendimos. Se aloja en los hoteles más caros de Broadway, Je viste Blissert, y cree que Delmónico es el único sitio donde se puede comer decorosamente. Me habla de algunos «negocios gordos» en que se ha metido y habla de millones como si hablara de céntimos. Si un hombre tiene alguna perspicacia, dice, le es tan fácil llevar adelante los negocios gordos como los chicos, y los hombres que juegan en grande no son más capaces que los demás cuando uno se pone a su lado y los mide. En cuanto a la política, dice, la cuestión es simplemente de quién ocupará los cargos. Las compañías dominan el país y continuarán dominándolo, y es loco el hombre que no se pone a su lado. En cuanto al pueblo, ¿para qué conocerlo o cuidarse de él? La Prensa gobierna al pueblo y el capital domina a la Prensa. Es mejor cazar con los perros que ser cazado con la liebre.

Nos separamos y, al volver, me encontré con otro conocido, y como entablé con él una conversación interesante, me desvié de mi camino, porque retrasarle a él era un crimen, ya que tenía que estar en su trabajo a las dos. Me dijo que estaba procurando leer **Progreso y Miseria**, pero que tenía tan pocos ratos para ello y los chicos hacían tanto ruido en las dos pequeñas habitaciones —porque su mujer temía dejarlos ir a la calle, donde aprenden tanto malo—, que le era difícil entender algunas partes de aquel. Era un obrero panadero y, en cuanto a tal, gozaba de una buena situación. Trabajaba en un restaurante y sólo doce horas al día. La mayoría de los panaderos, según me dijo, trabajaban catorce y dieciséis horas. Alguna de las faenas pondría enfermo a un hombre no acostumbrado a ello, y aun los que están habituados se ven obligados a dejarlo de tiempo en tiempo y beber, o no podrían continuar. En algunas panaderías utilizan buenos materiales, dice, pero tienen que poner precios más altos, que sólo la gente más rica puede pagar. . . La mayoría de ellos tienen que quitarle con frecuencia los gusanos a la harina, y la manteca está siempre rancia. Pertenece a una sociedad obrera y tratan de hacer entrar en ella a todos los obreros panaderos; pero aquellos cuyo trabajo es más prolongado y que más lo necesitan son los más difíciles de convencer. Sus muchas horas de trabajo les idiotizan y les arrebatan todo entendimiento. Ha tratado de trabajar por sí propio, y él y su mujer es-

catimaron y ahorraron hasta que tuvieron unos pocos cientos de dólares y pusieron un tenducho. Pero tuvo dinero bastante para comprar una acción en la Asociación Harinera —una asociación cooperativa de patronos panaderos, por la cual los consocios obtienen primeras materias a los más bajos precios—, y no pudo competir, perdiendo su dinero y teniendo que volver a trabajar como asalariado. No logra ver probabilidad alguna de salir de ello, dice; algunas veces piensa que le sería lo mismo ser esclavo. Su familia aumenta y le cuesta más sostenerla. El alquiler le fue aumentado en dos dólares el primero de mayo. Su mujer se quejó al administrador; le dijo que no se ganaba más y que costaba más vivir. El administrador replicó que él no podía remediarlo; la propiedad había aumentado de valor y los alquileres tenían que subir; el motivo de que las gentes se quejaran de los alquileres era que vivían demasiado desordenadamente y que deseaban tener todas las cosas que otros tenían. El pueblo podría vivir y conservarse vigoroso y sano sólo con harina de avena. Si lo hiciera así, le sería fácil pagar el alquiler.

Hay tanta gente que cruza el Atlántico, que es difícil encontrar pasaje, aun con varios meses de anticipación. Las puertas de las hermosas y espaciosas casas en las calles lujosas pronto serán cerradas a medida que sus dueños vayan a Europa, a las playas o a las montañas... «Todo el mundo está fuera», dirán. No todo el mundo, sin embargo. Un millón doscientas o trescientas mil personas, sin contar Brooklyn o Jersey City, quedarán para ahogarse de calor durante el ardiente verano. Las calurosas casas de vecinos no se cerrarán; todas las ventanas y puertas se abrirán para dar paso al menor soplo de aire. Las oscuras callejas rebozarán escuálida vida y resonarán con los juegos de los abandonados chicos que nunca han visto un campo verde ni el rizo de una ola, a menos que la caridad les incluyese en alguna expedición. Mujeres fatigadas lucharán por tranquilizar a sus desmedrados críos, mientras éstos padecen y exhalan sus miserables vidas por falta de alimento suficiente y de aire puro, y la degradación y la miseria que ocultan durante el invierno se mostrarán a cada paso.

En una ciudad como ésta, el mundo de unos es tan diferente del mundo en que otros viven como Júpiter pueda serlo de Marte. Hay mundos ante los cuales cerramos nuestros ojos y en que no queremos pensar y menos aún mirar, pero en los cuales viven, sin embargo, seres humanos —mundos en que el vicio toma el puesto de la virtud y en que la esperanza en el presente y la esperanza en lo futuro parece completamente barrida— brutales, discordantes, torturadores infiernos de inmoralidad y padecimiento.

«¿Por qué gritan pidiendo pan? —preguntó la inocente princesa de Francia cuando el rugido del feroz y hambriento populacho resonó al través de las galerías de Versalles—. Si no tienen pan, ¿por qué no comen bizcochos?».

Sin embargo, no era más insensata que otros insensatos la linda princesa, que no sabía que el bizcocho no es para quien lo pide. «¿Por qué los pobres no son económicos, virtuosos y prudentes y sobrios?», se oye

decir siempre que se habla de estos asuntos en lujosos hogares. ¿Qué es esto sino la pregunta hecha por la princesa de Francia? La economía y la virtud, la discreción y la sobriedad no son los frutos de la miseria.

Pero no es de esto de lo que me propongo hablar aquí tanto como de la complaciente presunción que circula por las ideas y el lenguaje comunes de que este mundo en que nosotros, hombres y mujeres cristianos, vivimos en el siglo XIX; es en su estructura social, al menos aproximadamente, un mundo como el Todopoderoso se propuso que fuera.

Unos dicen esto expresamente, otros lo dicen implícitamente; pero en una y otra forma está siempre en el pensamiento. Ni aun las maravillas de las invenciones modernas han logrado apenas arrancar de la clase social más influyente la creencia de que es imposible el progreso social. Hombres como aquellos que hace poco sonreían a la idea de que vehículos de vapor pudieran rodar sobre la tierra y barcos de vapor cruzar el mar, no rehusarían ahora creer en la más osada invención mecánica. Pero quien piense que la sociedad puede ser mejorada, quien piense que la miseria y la codicia pueden ser expulsadas del mundo, es mirado, en círculos que se enorgullecen de su cultura y de su capacidad mental como un soñador, sino como un loco peligroso.

La antigua idea de que todo está ordenado por la Divina Voluntad en el mundo social —que son las misteriosas disposiciones de la Providencia las que dan la riqueza a los pocos y ordenan la miseria como el lote de los muchos, que hacen a unos amos y a otros siervos—, va perdiendo su fuerza; pero otra idea que sirve al mismo fin la va reemplazando, y decimos en nombre de la ciencia que el único progreso social posible lo es mediante una lenta evolución de la raza, evolución de la cual es fuerza impelente la fiera lucha por la existencia, que, como he leído recientemente en un «periódico de la civilización», escrito por un hombre que ha pasado de lo que llamaba predicación del cristianismo a la enseñanza de lo que llama Economía política, que «sólo la élite de la raza ha llegado a aquel punto en que la razón y la conciencia pueden dominar las más bajas fuerzas motoras», y «que para todos, salvo para unos pocos, el límite supremo de la vida, en el caso mejor, es vivir nuestro tiempo, pagar nuestras deudas, poner tres o cuatro hijos en una situación tan buena como la que el padre tiene y saldar con esto la cuenta». En cuanto a los «amigos de la Humanidad» y aquellos que quieren «ayudar al pobre», merecen el mismo pago que los escribas y fariseos dieron hace mil ochocientos años a un pestilente reformador social, a quien al fin crucificaron.

Bajo todas estas teorías yace oculto el egoísmo que resistirá toda indagación sobre los títulos a la riqueza que la codicia ha acumulado, y la dificultad y repugnancia por parte de las clases acomodadas a admitir la existencia de otro mundo que el que ven por sus propios ojos.

Que la «mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad» es mucho más verdad respecto de la mitad de arriba que respecto de la de abajo. Preferimos mirar a lo que es grato antes que a lo desagradable. La mu-

chacha de mostrador se deleita con los amores de lord de Maltravers y de lady Blanche, exactamente como el chicuelo sin un penique contempla el escaparate de la confitería; como el hombre hambriento sueña con festines, y como los pobres saborean reiatos de repentinos enriquecimientos... El padecer social es, en su mayor parte, mudo. El bien vestido toma la calle principal, pero el harapiento se desliza por las callejas. El hombre con un buen traje será acogido allí donde aquel mismo hombre con harapos sería rechazado. Es aquella parte de la sociedad que tiene motivos para estar satisfecha de las cosas según éstas se encuentran, la que es oída en la prensa, en la iglesia y en la escuela, y la que forma la opinión convencional de que este mundo en que nosotros, americanos cristianos de la segunda mitad del siglo XIX, vivimos, es, aproximadamente, un mundo tan bueno como el Creador, si es que hay un Creador; se propuso que fuera.

Pero mirad en torno. En todo el mundo, la belleza y la gloria y la gracia de la civilización se cimentan sobre vidas humanas hundidas en la miseria y en el dolor.

No hablaré de Alemania, de Francia, de Inglaterra. Aún aquí, donde la civilización europea florece en el libre campo de un nuevo continente; donde no hay reyes ni grandes ejércitos permanentes, ni reliquias de la servidumbre feudal: donde la existencia nacional principió con la solemne declaración de los derechos iguales e inalienables de los hombres. Corto casi al azar de un periódico diario, porque no quiero rebuscar las tintas más negras:

«Margarita Hickey, de treinta años, vino a esta ciudad hace unos días, de Boston, con un niño de siete semanas. Buscó trabajo, pero no lo encontró. El sábado por la noche dejó al niño en un portal de la calle 42 Oeste, número 226. A medianoche se presentó en la Delegación de Policía y dijo que había perdido a su hijo en la calle 43. Al mismo tiempo, un funcionario encontró el niño. La madre fue detenida hasta ayer por la mañana, en que fue sometida al Tribunal municipal y enviada a la cárcel por seis meses».

Mañana y tarde, día tras día, en estos tiempos de paz y de prosperidad, se pueden leer en nuestros periódicos sucesos como éste y peores que éste. Tan acostumbrados estamos a ellos, que no llaman nuestra atención ni suscitan el comentario. Sabemos cuál será el destino de Margarita Hickey, de treinta años, y de su hijo, de siete semanas, enviados a la cárcel por seis meses. Mejor fuera para ellos y para la sociedad que los ahogaran desde luego como ahogaríamos a un gato inútil o a un gatito sarnoso; pero tan comunes son estos sucesos, que los miramos como podemos mirar el número de los pájaros muertos en un tiro de pichón, y seguimos leyendo «lo que ocurre en sociedad»; la última ópera o pieza estrenada; las quintas alquiladas para la estación en Newport o Long Branch; el divorcio de los millonarios o el último gran desfalco; cómo Heber Newton es expulsado de la iglesia episcopal por declarar que el «Cantar de los cantares», de Salomón, es un drama de amor, y que la «Historia de Jonás y la ballena» es un adorno

poético; o cómo la gran cuestión que ha de emocionar al pueblo americano en el año próximo es echar a los funcionarios republicanos para poner en su lugar a los candidatos democráticos.

Leí el otro día en un periódico de Brooklyn la constitución de un Jurado para indagar, conforme a las leyes, la causa de la muerte de un niño de dos días. El misero cuarto no contenía más que una silla rota, un lecho miserable y una vacía botella de whisky. Sobre el lecho yacía sin asistencia alguna una joven, madre del niño muerto; sobre la silla, en el estupor de la borrachera, se rebullía un hombre, el padre. «El Jurado, horrorizado —decía la información—, dió un veredicto conforme a los hechos y dejó aquel lugar lo más pronto que pudo». Así nos alejamos de estos horrores. ¿No hay policía, depósitos de mendigos, asilos y sociedades de beneficencia?

Sin embargo, enviamos misioneros a los paganos, y el otro día leí cómo a los misioneros enviados a predicar a los hindúes el Evangelio de Cristo les ha sido cobrada la diferencia entre el papel americano y las rupias indias, por hombres que permanecen en su hogar y manejan dinero.

Sin embargo, desde el círculo ártico al antártico, ¿dónde hay paganos entre quienes puedan encontrarse seres humanos tan degradados y desvalidos como en nuestros centros de llamada civilización cristiana, donde tenemos tal respeto por la mirada omnividente de Dios que si queremos beber un trago en domingo tenemos que entrar por la puerta falsa en la taberna? ¿Entre qué tribus de salvajes que nunca hayan visto un misionero podían encontrarse horrores realizados a sangre fría como los que ha atestiguado la investigación hecha en el asilo de Tewksbury?

«Los niños, por regla general, no viven mucho tiempo aquí», les dicen a las campesinas que llevan allí a sus pequeñuelos. Y aun se callan que en unas pocas semanas se han muerto sesenta y tres de sesenta y cuatro, habiendo sido vendidos sus cuerpecitos a un tanto por docena para la mesa de disección, y que un niño de seis meses, dejado allí durante dos días, perdió tres libras de peso. Ni escapaban mejor los adultos, los hombres y mujeres imposibilitados que buscaban allí refugio. Eran robados, golpeados, abandonados, convertidos en cuerpos vendibles tan pronto como era posible; mientras que los más respetables administradores engordaban y se enriquecían y ofrecían a los comités legislativos los mejores manjares y los más selectos vinos. Sería ofensivo para los silenciosos animales hablar de la bestial crueldad revelada por la apertura de este sepulcro blanqueado. Sin embargo, los representantes de la riqueza y la cultura y de las «altas ideas morales» de Massachusetts, no sólo recibieron con frialdad estas revelaciones, sino que combatieron sañudamente al hombre que las hizo, como si fuera pecado imperdonable el sacar a la luz tales horrores, no el cometerlos. «Aquéllos no eran más que pobres». Y yo he leído en *La Tribuna* de New York, «que las calamidades de los pobres de Tewksbury no son

mayores que la suerte común de todos los acogidos en los refugios de pobres del resto del país».

O tomad las revelaciones hechas este invierno ante una comisión legislativa sobre las barbaridades realizadas en las prisiones de New York. El sistema continúa lo mismo; no ha sido relevado ningún funcionario. La idea que domina nuestra sociedad es evidentemente la expresada por un reverendo profesor de Yale: que «el delincuente no tiene absolutamente derecho alguno contra la sociedad. Lo que debe hacerse con él es tan sólo cuestión de conveniencia». Me sorprendería que los misioneros que enviamos con los paganos leyesen alguna vez periódicos de América; estoy seguro de que no se los leen a los paganos.

Bajo todo esto se halla el mal social. Criminales pobres, prostitutas, mujeres que abandonan a sus hijos, hombres que se suicidan desesperando de ganarse la vida, la existencia de grandes ejércitos de vagabundos y ladrones, prueba que hay clases numerosas para quienes es difícil, aun a cambio de un trabajo penoso, ganarse una honrada y suficiente subsistencia. —Así es—. «Hay, me decía incidentalmente un magistrado de Nueva York hace poco, una clase numerosa de habitantes de New York y de Brooklyn que tiene lo estrictamente preciso para vivir, y para quienes la llegada de dos hijos más es inevitablemente un muchacho para la penitenciaría y una muchacha para el burdel». Una parcial información de la Beneficencia en la ciudad de New York, que no comprende la obra de cierto número de importantes sociedades, muestra que recibían socorro 36.000 familias; y estimaba que si las casas que contienen criminales, las cárceles y los asilos y socorridos de la ciudad de New York se pusieran en fila, formarían una calle de 22 millas de largo. Una sociedad de Beneficencia de la ciudad de New York socorrió este invierno a las familias de 300 sastres. Los salarios de éstos son tan pequeños cuando trabajan, que, cuando falta el trabajo, tienen que mendigar, robar o perecer.

Ese estado de cosas no se limita a la metrópoli. La estadística de la Oficina de Trabajo en Massachusetts declara que entre los trabajadores asalariados los jornales, excluyendo el jornal de los mineros, son inferiores al coste de la vida; que en la mayoría de los casos los trabajadores no sustentan a sus familias con sus ganancias individuales únicamente, y que los padres se ven obligados a contar con sus hijos para la cuarta o tercera parte de los ingresos de la familia, proporcionando los niños menores de quince años de un octavo a un sexto de los ingresos totales. Miss Edma E. Brown ha mostrado cómo los padres se ven obligados a eludir la ley que prohíbe el trabajo de los niños, y yo he leído cómo en Pennsylvania, donde rige una ley análoga, los operarios de una fábrica forzados por la misma necesidad resolvieron **boycotear** a un comerciante cuyo encargado denunció que trabajaban niños menores de trece años. También se demostró el último invierno en Canadá que niños menores de trece años trabajaban en las fábricas desde las seis de la tarde a las seis de la mañana bajo la vigilancia de un hombre que, armado de un látigo, impedía que se durmieran.

El Illinois es uno de los más ricos Estados de la Unión. Apenas está poblado normalmente, porque el último censo mostró que la población masculina excedía a la femenina, y los salarios son mucho más altos que la mayoría del de los Estados orientales. En el último informe de los comisionados para la Estadística del Trabajo del Illinois se dice que sus cifras del salario y del coste de la vida se refieren sólo a los trabajadores inteligentes, que disfrutan de las mayores ventajas, y no abarcan «los límites de aquel mundo de ignorancia y desvalimiento en que viven continuamente las multitudes en todas las grandes ciudades, y cuyas únicas estadísticas son las estadísticas de la epidemia, el pauperismo y el crimen». Sin embargo, siguen diciendo que un examen de estas cifras demostrará que la mitad de esos trabajadores inteligentes del Illinois «no pueden ganar bastante para su alimento diario y tienen que contar con el trabajo de las mujeres y de los hijos para subvenir a su miserable existencia».

Loco es quien dice en su corazón que no hay Dios. Pero, ¿cómo llamaremos al hombre que nos dice que Dios nos manda estar contentos con un mundo de esta clase?

## QUE TODOS PODEMOS SER RICOS

Los vocablos rico y pobre son corrientemente empleados con frecuencia en un sentido relativo. Entre los campesinos irlandeses que viven rayanos con la extenuación por el tributo que se les arranca para sustentar el lujo de los propietarios ausentes en Londres o en París, «la mujer de las tres vacas» será mirada como rica, mientras que en la sociedad de millonarios un hombre que no tenga más que quinientos mil dólares será considerado pobre. Ahora bien; nosotros no podemos naturalmente ser todos ricos en el sentido de tener más que los otros, pero cuando el pueblo dice, como ocurre frecuentemente, que no podemos ser todos ricos y cuando dice que tiene que haber siempre pobres entre nosotros, no emplea las palabras en este sentido comparativo. Significa por rico aquel que tiene la bastante y más de la bastante riqueza para satisfacer todas las necesidades razonables, y por pobre el que no la tiene.

Ahora bien; empleando las palabras en este sentido difiero de aquellos que dicen que no podemos ser todos ricos, de los que declaran que en la sociedad humana tiene que haber siempre pobres. No quiero decir, naturalmente, que todos podamos tener legiones de sirvientes, que todos tengamos que deslumbrarnos recíprocamente con los vestidos y los trenes, la suntuosidad de nuestros bailes o comidas y la magnificencia de nuestras moradas. Esto implicaría una contradicción de términos. Lo que quiero decir es que todos podemos tener, vagar, confort y abundancia, no sólo en las cosas necesarias, sino aún en aquellas que ahora se estiman delicadezas y superfluidades de la vida. No quiero decir que pudiera haber absoluta igualdad o que fuera deseable. No quiero decir que todos pudiéramos necesitar la misma cantidad de todas las diferentes formas de riqueza. Sino que quiero significar que todos podemos tener bastante riqueza para satisfacer los deseos razonables; que todos podemos tener de aquellas cosas materiales por las que ahora luchamos, lo suficiente para que nadie necesitara robar o estafar a su vecino; que nadie se atormentase diariamente o se desvelara temeroso de caer en la miseria o imaginando cómo podrán adquirir riqueza.

¿Parece esto un sueño utópico? ¿Qué hubiera pensado la gente de hace cincuenta años de quien les hubiera dicho que era posible correr por medio de la máquina de vapor; atravesar el Atlántico en seis días o el Continente en tres; recibir un mensaje enviado desde Londres a

mediodía en Boston tres horas antes del mediodía: oír en New York la voz de un hombre que esté hablando en Chicago?

¿Habéis visto dar un barreño de frangollo a una piara de hambrientos cerdos? Esa es la sociedad humana tal como es.

¿Habéis visto una reunión de hombres bien educados sentados en torno de una buena comida, sin querellas, ni luchas, ni glotonería, atendiéndose y ayudándose entre sí, sabiendo cada uno que su apetito será satisfecho? Esa es la sociedad humana tal como podría ser.

«El demonio se lleva al último». Es la palabra de nuestra sociedad seudocivilizada de hoy. Aprendemos tempranamente «a cuidar del número uno», para que el número uno no padezca; a arrebatar a los demás lo que ni siquiera necesitamos. El miedo a la miseria nos hace admirar la gran riqueza; y de este modo se forman hábitos de codicia y presenciarnos el lastimoso espectáculo de hombres que, poseyendo más de lo que les es posible utilizar, se afanan, luchan y conquistan para aumentar su caudal hasta el mismo confin de la tumba —esa tumba que, sea cual fuere lo demás que signifique, significa con certidumbre la separación de todas las riquezas terrenas por grandes que sean.

En vano, en las rebosantes Iglesias en los Oficios de Domingo, es leída la parábola de Dives y Lázaro. ¿Qué significación puede tener ésta en la Iglesia donde Dives sería bien recibido y Lázaro expulsado? En vano el predicador hablará de la vanidad de las riquezas, mientras la miseria se engulle al postrero. Pero la insensata lucha cesará cuando se haya disipado el temor a la miseria. Entonces y hasta entonces no es posible una verdadera civilización cristiana.

¿Y no puede ser esto?

Tan acostumbrados estamos a la miseria, que aun en los países más adelantados la consideramos como el destino natural de las grandes masas del pueblo; y consideramos como cosa corriente que existan en nuestra más elevada civilización numerosas clases que carezcan de las cosas necesarias para una vida desahogada y que la inmensa mayoría gane sólo un pobre y mísero sustento con el más penoso trabajo. Hay profesores de Economía política que enseñan que esta condición de cosas es el resultado de leyes sociales de las que es inútil quejarse. ¡Hay ministros de la religión que predicán que ésta es la condición que un omnisciente y omnipotente Creador dispuso para sus criaturas! Si un arquitecto construyese un teatro de tal modo que sólo una décima parte de los concurrentes pudieran ver y oír, le llamaríamos chapucero y torpe. Si un hombre diese una fiesta y llevara a ella tan escasos manjares que nueve décimas partes de sus invitados se marchasen con hambre, le llamaríamos necio o algo peor. Sin embargo, tan acostumbrados estamos a la miseria, que hasta los predicadores de lo que pasa por cristianismo nos dicen que el gran Arquitecto del Universo, de cuya infinita sabiduría atestigua la Naturaleza toda, ha hecho de este mundo una obra tan chapucera, que la gran mayoría de las criaturas humanas a quienes El hizo venir aquí, están condenadas por las condiciones que El impuso,

a las necesidades, al padecer, a la fatiga embrutecedora que no consiente el desarrollo de las facultades mentales —que tienen que pasar sus vidas en una dura lucha sólo por vivir.

Sin embargo, ¿quién puede mirar en torno sin ver que, sea cual sea la causa a que se deba la miseria, no es debida a la mezquindad de la Naturaleza, que no vea que es ceguera o blasfemia suponer que el Creador ha condenado a las masas humanas a trabajar fatigosamente por un mísero vivir?

Si algunos hombres no tienen bastante para vivir decorosamente, ¿no hay otros que tienen mucho más de lo que realmente necesitan? Si no hay la riqueza necesaria para proporcionar a todos abundancia, ¿es porque hemos alcanzado el límite de la producción de riqueza? ¿Está utilizada toda nuestra tierra? ¿Está todo nuestro trabajo empleado? ¿Está todo nuestro capital aprovechado? Por el contrario, en cualquier dirección en que miramos vemos el más estupendo despilfarro de fuerzas productivas —tan poderosas que si se permitiera su libre juego la producción de riqueza sería tan enorme que habría más que suficiente para todos—. ¿En qué rama de la producción hemos llegado al límite de la producción? ¿Hay siquiera un artículo de riqueza del que no podamos producir enormemente más?

Si la masa de la población de New York está hacinada en las ahogadas habitaciones de las casas de alquiler, no es porque no haya bastantes solares vacantes en New York y sus alrededores para dar a cada familia un hogar propio. Si los colonos van hacia Montana, Dakota y Manitoba, no es porque no haya vastas áreas de tierra inculca mucho más cerca de los centros de la población. Si los labradores están pagando un cuarto o un tercio y hasta la mitad de sus cosechas por el privilegio de obtener tierras que cultivar, no es porque no haya aún en nuestros más antiguos Estados grandes cantidades de tierra sin cultivar.

Tan verdad es que la miseria no proviene de la incapacidad de producir más riqueza, que en todas partes oímos que el poder de producir excede a la posibilidad de encontrar mercado; que el temor continuo no parece ser que se produzca poco, sino que se produce demasiado. ¿No mantenemos un arancel alto y colocamos en cada puerta una horda de funcionarios de aduanas por miedo a que la gente de otros países nos inunde con sus mercancías? ¿No está parada constantemente una gran parte de nuestra maquinaria? ¿No hay, aun en lo que llamamos buenos tiempos, un número inmenso de hombres parados que gustosamente se pondrían a producir riquezas si encontraran dónde? ¿No oímos aun ahora en todas partes hablar de las dificultades que acarrea el exceso del poder productor y de asociaciones para reducir la producción? Los productores de carbón se asocian para limitar la extracción de aquél; los metalúrgicos cierran sus fábricas o trabajan sólo la mitad del tiempo; los destiladores han convenido en limitar su producción a la mitad de su capacidad, y los refinadores de azúcar al 60 por 100; las fábricas de papel están suspensas durante uno, dos o tres días a la semana; los fabricantes de paños, en una reunión reciente, convinieron en cerrar sus fá-

bricas hasta que el exceso existente en el mercado se reduzca mucho. Muchos otros fabricantes han hecho lo mismo. La maquinaria para la fabricación de calzado en Nueva Inglaterra puede en seis meses de trabajo pleno, según se dice, satisfacer toda la demanda de los Estados Unidos durante doce meses; la maquinaria fabricadora de artículos de goma puede arrojar al mercado dos veces más de lo que éste pide.

Esta aparente superabundancia de producción, este aparente exceso de poder productivo abarca todos los ramos de la industria, y evidentemente existe en todo el mundo civilizado. Desde la zarzamora, plátano o manzana, hasta los buques oceánicos y las lunas para espejos, apenas hay un artículo de comodidad o conveniencia para el hombre que no pueda ser producido en cantidades muy superiores a las de ahora sin disminuir la producción de ninguna otra cosa.

Tan evidente es esto que mucha gente piensa, habla y escribe como si la dificultad consistiera en que no hay **trabajo** bastante para todos. Estamos bajo el continuo temor de que otras naciones puedan hacer por nosotros alguna parte del trabajo que nosotros tenemos que hacer por nosotros mismos. Y para impedirlo nos preservamos con un arancel. Elogiamos como bienhechores públicos a aquellos que, como se dice, «proporcionan ocupación». Hablamos constantemente como si el «proporcionar ocupación», el «dar trabajo», fuera el mayor bien que pudiera otorgarse a una sociedad; juzgando por mucho de lo que se dice y de lo que se escribe, se pensaría que la causa de la miseria es que no hay bastante trabajo para tanta gente, y que si el Creador hubiera hecho la roca más dura, el suelo menos fértil, el hierro tan escaso como el oro y el oro como los diamantes; si los buques naufragaran y las ciudades ardiesen frecuentemente, habría menos miseria, porque habría más trabajo que hacer.

El Lord mayor de Londres dice a una Comisión de obreros sin trabajo que no hay demanda para su trabajo y que el único recurso que les queda es ir al asilo o emigrar. El gobierno inglés está embarcando en Irlanda hombres y mujeres físicamente capaces, para no tener que mantenerlos como pobres. Hasta en nuestro país hay en todos los tiempos bastante gentes, y en los tiempos difíciles mucha gente que busca ansiosamente trabajo, ocasión de dar su trabajo a cambio de cosas producidas por el trabajo.

Acaso nada muestre tan claramente las enormes fuerzas productoras que continuamente despilfarramos, como el hecho de que los tiempos más prósperos en toda clase de negocios que este país ha conocido fueran los de la guerra civil, cuando teníamos que sostener grandes flotas y ejércitos, y millones de hombres de nuestra población industrial estaban consagrados a proveer a aquellos de la riqueza necesaria para un consumo improductivo o para una loca destrucción. Es ocioso hablar de la prosperidad ficticia de aquellos calamitosos tiempos. Las masas del pueblo vivían mejor, se vestían mejor, se ganaba la vida más fácilmente y tenían más tangibles diversiones que en los tiempos normales. Había más riqueza real en el Norte al concluir la guerra que al comenzar. No fue la gran emisión de papel moneda ni la creación de la deuda lo que causó esta

prosperidad. Las prensas del gobierno estampaban promesas de pago; pero no podían imprimir barcos, cañones, herramientas, armas, alimentos y vestidos, ni tampoco podían tomar prestado estas cosas a otros países o a la «posteridad». Nuestros títulos de la deuda no comenzaron a ir a Europa hasta el término de la guerra, y la gente de una generación no puede pedir prestado a las gentes de las generaciones siguientes más que quienes viven en este planeta podrían tomar prestado a los que viven en otro planeta o en otro sistema solar. La riqueza consumida y destruida por nuestras escuadras y ejércitos viene, pues, del *stock* existente de riqueza. Podríamos haber realizado la guerra sin emitir un solo título de deuda, si cuando arrebatamos sin titubear a la esposa y a los hijos su único sustentador no hubiéramos vacilado tampoco en tomar al rico su riqueza.

Nuestros ejércitos y escuadras fueron sustentados, y el enorme, improductivo y destructor uso de riqueza fue sostenido por el trabajo y el capital existente y consagrado a la producción. Y fue la demanda causada por la guerra la que estimuló las fuerzas productivas a tal actividad, que el enorme consumo de la guerra fue no solo satisfecho, sino que el Norte se hizo más rico. El despilfarro del trabajo en marchas y contramarchas, en cavar trincheras, en levantar parapetos y librar batallas; el despilfarro de riqueza consumida o destruida por nuestros ejércitos y escuadras no fue tan grande como el despilfarro que constantemente hacíamos por el trabajo desocupado y la maquinaria ociosa o parcialmente utilizada.

Es evidente que este enorme despilfarro del poder productivo, es debido, no a defecto de las leyes de la Naturaleza, sino a las malas disposiciones sociales que niegan al trabajo acceso a las oportunidades naturales para trabajar y roban al trabajador su recompensa justa. Evidentemente, la saturación del mercado no proviene de una superproducción, cuando tantos hay que necesitan las cosas de que se dice que hay exceso y que gustosamente cambiarían su trabajo por ellas si pudieran hacerlo.

Cada día pasado en forzosa huelga por un trabajador, que gustosamente trabajaría si encontrara dónde hacerlo, significa otro tanto menos en el caudal que crea la demanda efectiva de otra clase de trabajos. Cada disminución de los salarios implica una reducción equivalente en la capacidad del consumo de los trabajadores, cuyos ingresos se reducen así. La parálisis que en todo tiempo despilfarra el poder productivo, y que en los tiempos de crisis industrial causa más pérdidas que una gran guerra, proviene de la dificultad que aquellos que gustosamente satisfarían sus necesidades mediante trabajo encuentran para hacerlo. No pueden provenir de ninguna disminución natural, en tanto que los deseos humanos permanezcan sin satisfacer y la Naturaleza ofrezca al hombre materias primas para la riqueza. Tiene que provenir de desarreglos sociales que permitan al monopolio de las oportunidades naturales y que roben al trabajo su recompensa justa.

Cuales sean estos desarrollos sociales trataremos de mostrarlos en capítulos siguientes. En éste, deseo tan sólo llamar la atención sobre el he-

cho de que el poder productor en un grado de civilización como el nuestro es suficiente, si le permitiéramos su libre juego, para dar abundancia a todos y señalar que la causa de la miseria no está en limitaciones naturales que nosotros no podemos modificar, sino en desigualdades e injusticias de la distribución, enteramente sujetas a nuestro poder.

El pasajero que abandona a New-York a bordo de un transatlántico no teme que le falten provisiones. El hombre que gobierna esos transatlánticos no los envía al mar sin provisiones bastantes para los que conduce. Aquel que hizo residencia nuestra este planeta girador, ¿careció de la previsión humana? No por cierto. En la tierra y en los rayos solares, en la vida vegetal y animal, en los filones de minerales y en las fuerzas vibratorias que apenas estamos comenzando a usar, hay potencias que no podemos agotar, materiales y poderes con que el esfuerzo humano, guiado por la inteligencia, puede satisfacer todas las necesidades materiales de todas las criaturas humanas. No hay en la Naturaleza motivo para la miseria, ni siquiera para la miseria del inválido o del decrepito. Porque el hombre es por naturaleza un animal social, y los afectos familiares y las simpatías sociales, donde la miseria crónica no los torciera ni embotara, proveería ampliamente a aquellos que no pueden sustentarse a sí propios.

Pero si nosotros no usamos la inteligencia que nos ha sido dada para adaptar la organización social a las leyes naturales; si permitimos a los perros del hortelano monopolizar lo que no pueden usar; si permitimos a la fuerza y a la astucia robar al trabajo honrado, hemos de tener miseria crónica y surgirán inevitablemente todos los males sociales. Bajo tales condiciones habría miseria hasta en el Paraíso.

«Siempre tendréis pobres con vosotros». Si alguna vez ha sido torcida una sentencia en servicio del demonio, lo ha sido ésta. ¡Cuán frecuentemente han sido desviadas estas palabras de su patente significado para adormecer la conciencia haciéndola asentir a la miseria y a la degradación humanas —para sostener esta blasfemia, verdadera negación y mentis a las enseñanzas de Cristo— que el Omnipotente y el muy Misericordioso, el Padre infinito, ha decretado que tantas de sus criaturas sean pobres a fin de que otras criaturas suyas, a quienes El otorgó los bienes de la tierra, disfruten el placer y la virtud de repartir limosnas! «Siempre tendréis pobres con vosotros», dijo Cristo; pero todas sus enseñanzas contienen esta limitación: «hasta la venida de mi reino». En este reino de Dios **sobre la tierra**, este reino de la justicia y del amor por el cual El enseñó a sus discípulos a luchar y a orar, no habría pobres. Pero aunque la fe y la esperanza y la lucha por este reino son la esencia misma de la enseñanza de Cristo, es entre los Cristianos donde se encuentran los más decididos incrédulos e impugnadores de su posibilidad. Peregrinas ideas de la divinidad tienen algunos de estos cristianos que se creen a sí propios ortodoxos y que contribuyen a la conversión de los impios. Un cristiano ortodoxo dijo al noticiero de un periódico hace algún tiempo, hablando de la realización de una gran obra en la que se dijo que había ganado millones: «Hemos sido peculiarmente favorecidos por la Divina

Providencia; jamás ha estado tan barato el hierro, y el trabajo ha valido una bicoca en el mercado».

Que a pesar de todos nuestros grandes progresos tengamos aún pobres entre nosotros, gentes que sin culpa por su parte no pueden obtener condiciones de vida sana y completa, es falta **nuestra** y vergüenza **nuestra**. Quien mire en torno suyo, puede ver que solo la injusticia que niega al trabajo oportunidades naturales y roba al productor los frutos de sus afa-nes, es lo que nos impide a todos ser ricos. Considerad los enormes poderes productivos que ahora despilfarramos; considerad el gran número de consumidores improductivos que se sostienen a expensas de los productores; los ricos y los andrajosos; los funcionarios gubernamentales peores que inútiles; los ladrones, salteadores y policías; los muy respetables bandidos que realizan sus operaciones al amparo de la ley; la gran lección de abogados; los vagabundos y mendigos y huéspedes de las prisiones; los monopolizadores y jugadores y especuladores de toda clase y grado. Considerad cuánta inteligencia y energía y capital están consagrados, no a la producción de riqueza, sino a la caza de la riqueza; considerad el despilfarro ocasionado por competencias que no aumentan la riqueza, por leyes que restringen la producción y el comercio. Considerad cuánto poder humano es deprimido por el alimento insuficiente, por el alojamiento insalubre, por el trabajo hecho en condiciones que producen la enfermedad y acortan la vida. Considerad cómo la intemperancia y la prodigalidad siguen a la miseria. Considerad cómo la ignorancia, acrecentadas por la nusería, perjudica la producción, y cómo el vicio sostenido por la miseria causa la destrucción, y ¿quiénes pueden dudar que bajo condiciones de justicia social todos podemos ser ricos?

Apenas podemos ahora imaginar quiméricamente las fuerzas productoras de riqueza que surgirían en un estado social fundado sobre la justicia en que la riqueza fuese a los productores de riqueza, y el destierro de la miseria desterrase el miedo, y la codicia, y la voracidad que de ella dimanar. Aún siendo admirables los descubrimientos e inventos de este siglo, es evidente que solo estamos comenzando a alcanzar aquel dominio sobre la materia que le es dable obtener al espíritu. Los descubrimientos y las invenciones nacen del vagar, de la comodidad material, de la libertad. Asegurad estas condiciones para todos, y ¿quién dirá el dominio que el hombre podrá alcanzar sobre la Naturaleza?

No es necesario que nadie esté condenado a monótona fatiga; no es necesario que nadie carezca de aquella riqueza y vigor necesarios para el desenvolvimiento de las facultades que elevan al hombre por encima del animal «La inteligencia, no el músculo, es el motor del progreso, la fuerza que compele a la Naturaleza y produce la riqueza. Convirtiendo a los hombres en máquinas, estamos despilfarrando los más altos poderes». Ya hay en nuestra sociedad una clase favorecida que no necesita inquietarse por el mañana, sea lo que fuere cuanto coma, cuanto beba o como vista. ¿No podría ocurrir que Cristo fuese algo más que un soñador cuando dijo a sus discípulos que en aquel reino de la justicia por el cual El les enseñaba a trabajar y a orar, esa sería la condición de todos?



## PRIMEROS PRINCIPIOS

Quien considere los problemas políticos y sociales que se nos presentan, tiene que ver que su centro está en el problema de la distribución de la riqueza y también tiene que ver que aun cuando sea sencilla su solución tiene que ser radical.

Para cada injusticia social ha de haber un remedio. Pero el remedio no puede ser menos que la supresión de la injusticia. Las semimedidas, las simples atenuaciones y las reformas secundarias, pueden realizar muy poco en todo tiempo, y a lo largo no pueden tener efecto alguno. Nuestras caridades, nuestras leyes penales, nuestras restricciones y prohibiciones por las cuales con tan poco resultado tratamos de contener y disminuir el crimen, ¿qué son, en el mejor supuesto, sino la treta del payaso que habiendo puesto toda la carga en uno de los serones de su asno, procura arreglar al pobre animal para que pueda marchar derecho llenando de piedras el otro serón?

En New-York, mientras escribo, los periódicos y las iglesias abren suscripciones para los «fondos para aire puro» que los pequeñuelos han de respirar durante un día o una semana, sustrayéndolos al sofocante calor de la angustiada vivienda en que habitan y proporcionándoles un soplo de aire puro del mar o de la montaña; pero de poco sirve que saquemos a los niños si los hemos de restituir a sus anteriores condiciones —condiciones que para muchos son peores que la muerte del cuerpo; condiciones que hacen seguro que de las vidas que podemos salvar de este modo, parte son conservadas para el burdel y el asilo, y parte para el presidio—. Podemos proseguir continuamente limitándonos a reunir caudales para el aire puro; mas por grandes que sean estos caudales que obtengamos, la necesidad irá creciendo, y los niños —niños de los cuales, como Cristo decía, «cuidad de no despreciar a ninguno de estos pequeñuelos, porque os digo que en el cielo los ángeles contemplan continuamente el rostro de mi Padre»— morirán como moscas mientras que la miseria compela a los padres y a las madres a vivir en miserables habitaciones. Podemos abrir «refugios nocturnos» y sostener «hogares cristianos para jóvenes desamparadas»; pero, ¿de qué servirán frente a las condiciones generales que hacen a tantos hombres incapaces para sostener a una mujer, que hace que las muchachas piensen que es un privilegio el que les permite ganar tres dólares en ochenta y una horas de trabajo, y que puedan infundir a una

madre tal desesperación, que arroje a su niño por una alcantarilla de nuestra cristiana ciudad y ella misma se lance al río? ;Cuán vanamente trataremos de reprimir el crimen por nuestros bárbaros castigos de las más miserables clases de criminales, mientras los muchachos están sometidos a las embrutecedoras influencias de la miseria, mientras la dentellada de la necesidad precipita a los hombres en el crimen! ;Qué ocioso es prohibir a los niños el trabajo en las fábricas cuando el tipo de los salarios es tan bajo que no permite a los padres sostener sus familias sin las ganancias de sus pequeñuelos! ;Cómo trataremos de impedir la corrupción política forjando nuevos frenos e instalando a un funcionario para vigilar a otro funcionario, cuando el miedo o la necesidad estimulan el ansia de riqueza y el ladrón rico es honrado, mientras la honrada pobreza es menospreciada?

Ni tampoco podremos conseguir una permanente igualdad en la distribución de la riqueza, si por la fuerza tomásemos de aquel que la tiene para dársela al que no la tiene. Haríamos una gran injusticia; produciríamos un daño inmenso; pero desde el instante mismo en que se estableciera esa forzosa igualdad, las tendencias que se manifiestan en las injustas desigualdades presentes comenzarían a manifestarse otra vez, y al poco tiempo tendríamos desigualdades tan grandes como antes.

Lo que tenemos que hacer, si queremos remediar la dolencia social y prevenir los daños sociales, es suprimir las causas que impiden la justa distribución de la riqueza.

Esta obra es solo de supresión. No necesitamos forjar complicados y sabios planes para conseguir la justa distribución de la riqueza. Porque la justa distribución de la riqueza es notoriamente la distribución natural de la riqueza, y la injusticia en la distribución de la riqueza tiene, por tanto, que resultar de artificiales obstáculos a esta natural distribución.

En cuanto a cuál es la justa distribución de la riqueza, no cabe discusión. Es aquella que da la riqueza a quien la produce, que asegura la riqueza a quien la ahorra. Tan claramente es ésta la única distribución justa de la riqueza, que aun aquellos superficiales escritores que intentan defender el actual estado de cosas se ven obligados, por una necesidad lógica, a suponer falsamente que aquellos que ahora poseen la mayor parte de la riqueza la han producido y ahorrado o la han recibido por donativo y herencia de aquellos que la produjeran y ahorraran; cuando el hecho es, como en anteriores capítulos hemos demostrado, que todas estas grandes fortunas, cuyos corolarios son los pobres y los mendigos, vienen realmente de la simple apropiación de los productos y de las economías de otras gentes.

Y que esta justa distribución de la riqueza es la distribución natural de la riqueza, puede verse sencillamente. La Naturaleza da la riqueza al trabajo y nada más que al trabajo. «No hay ni puede haber artículo alguno de riqueza, a menos de que el trabajo lo haya producido o extraído de las materias primas que el Creador nos ha dado para que lo hagamos.

Si en el mundo no hubiera más que un hombre, es evidente que no podría haber más riqueza que la que éste pudiera hacer y ahorrar. Este es el orden natural, y por numerosa que sea la población o por compleja que sea la sociedad, nadie puede tener más riqueza que la que él haya producido y ahorrado, a menos que la tenga como donativo o herencia de algún otro o apropiándose las ganancias de algún otro».

Un escritor inglés ha dividido a todos los hombres en tres clases: trabajadores, mendigos y ladrones. La clasificación no es lisonjera para las «clases superiores», las «clases selectas» como acostumbran a llamarse a sí propias, pero económicamente es verdad. Sólo hay tres medios por los que pueda obtener riqueza un individuo: el trabajo, el donativo o el robo. Y claramente la razón por la que los trabajadores ganan tan poco es que los mendigos y los ladrones obtienen demasiado. Cuando un hombre recibe riqueza que él no produce, necesariamente la recibe a expensas de aquel que la produce.

Todo lo que necesitamos hacer para asegurar una justa distribución de la riqueza es hacer aquello que todas las teorías convienen en que es la función primaria del gobierno: asegurar a cada uno el libre uso de sus propias facultades, limitadas solamente por la igual libertad de los demás; asegurar a cada uno el pleno disfrute de sus propias ganancias, limitadas solamente por aquellas contribuciones que puedan justamente pedírsele a cada uno para fines de común beneficio.

Deseo señalar bien este punto porque hay quien constantemente habla y escribe como si todos los que encuentran defectuosa la actual distribución de la riqueza pidiesen que los ricos sean despojados en beneficio de los pobres; que los ociosos sean sustentados a expensas de los laboriosos y que se cree una falsa e imposible igualdad que, reduciendo a todos al mismo nivel soñado, destruiría todo incentivo para sobresalir y paralizaría el progreso.

En la reacción contra la saliente injusticia de las actuales condiciones sociales han sido propuestos tan toscos planes y aún encuentran defensores. Pero a mi juicio son tan impracticables y reprobables como puede parecérselo a aquellos que más enfurecidos gritan contra «el comunismo». No quiero decir que en el progreso de la Humanidad no sea posible un estado social que realice la fórmula de Luis Blanc, «de cada uno conforme a sus aptitudes y a cada uno conforme a sus necesidades», porque hoy existen en las órdenes religiosas de la Iglesia católica asociaciones que conservan el comunismo de la primitiva cristiandad. Pero me parece a mí que el único poder por el cual puede alcanzarse y mantenerse un estado social como ese es aquel que los forjadores del sistema de que yo hablo ignoran por lo general, aun cuando directamente no lo combatan: una profunda, concreta, intensa fe religiosa, tan clara, tan ardiente como absolutamente ajena a todo pensamiento de sí propio, una condición moral general como aquella que los metodistas declaran, bajo el nombre de «santificación», ser individualmente posible, en que el sueño

de la prístina inocencia se convierte en realidad, y el hombre, por decirlo así, retorna hacia Dios.

Pero la posibilidad de un estado social semejante me parece en el actual período del desarrollo humano una teoría que cae bajo el más alto dominio de la fe religiosa mejor que en el concerniente al economista o al hombre de Estado práctico. Que la Naturaleza, tal como se nos aparece aquí en este infinitesimal punto del espacio y del tiempo que llamamos el mundo, sea la más alta expresión del poder y del propósito que dio el ser al Universo. ¿Qué hombre reflexivo osará afirmarlo? Sin embargo, es manifiesto que el único medio por el cual el hombre pueda alcanzar cosas más altas es acomodando su conducta a aquellos preceptos que son tan notorios en sus relaciones con sus semejantes y con la naturaleza eterna, como si estuvieran grabados por el dedo del Omnipotente sobre tablas de mármol imperecedero. En el orden del desarrollo moral, Moisés viene antes de Cristo. «No matarás», «no cometerás adulterio», «no robarás», antes que «amarás al prójimo como a ti mismo». El mandato «no pondrás bozal al buey que trilló el grano» precede a la naciente visión de la paz universal, en que hasta la rapaña de la Naturaleza cesará y en que el león reposará junto al cordero y un pequeñuelo lo conducirá.

Yo no digo que la justicia sea la más alta cualidad en la jerarquía moral; pero sí que es la primera. Aquello que está por encima de la justicia tiene que cimentarse sobre la justicia y contener la justicia y ser alcanzado al través de la justicia. No es casual que en la evolución religiosa hebraica que al través de cristianismo hemos heredado nosotros, la declaración «el Señor tu Dios es un Dios justo» preceda a la más dulce revelación de un Dios de amor. Hasta que es percibida la justicia eterna tiene que permanecer oculto el eterno amor. Así como el individuo tiene que ser justo antes de que pueda ser verdaderamente generoso, así la sociedad humana tiene que estar cimentada sobre la justicia antes de que pueda cimentarse sobre la benevolencia.

Por esto, y únicamente por esto, es por lo que yo lucho: por que nuestras instituciones sociales se acomoden a la justicia; a aquellos naturales y eternos principios del Derecho que son tan notorios que nadie puede negarlos o discutirlos —tan notorios que por una ley del entendimiento humano, aun aquellos que tratan de defender la injusticia social, tienen que invocarlos. Por esto, y únicamente por esto lucho yo—, que aquellos que producen tengan; que aquellos que ahorren disfruten. Yo no pido para el pobre nada que verdaderamente pertenezca al rico. En vez de debilitar y confundir la idea de la propiedad, yo la rodearía con más fuertes sanciones. En vez de disminuir el incentivo para la producción de la riqueza lo haría más poderoso haciendo la recompensa más cierta. Cuanto cualquier hombre añada al común caudal de riqueza o reciba por la libre voluntad de aquel que la produjo, suyo es contra todo el mundo —suyo para usarlo o para darlo, para hacer con ello todo lo que le plazca en tanto cuanto su uso no limite la libertad de los demás—. Por mi parte yo no pondré limite a la acumulación. No importa los muchos millones

que un hombre pueda obtener por procedimientos que no entrañen el robo de otros —suyos son—; dejadle que los posea. Yo no le pediría que tuviese caridad, ni lanzaría a sus oídos que es deber suyo ayudar al pobre. Este es asunto de él. Dejadle que haga con lo suyo lo que quiera sin restricción ni sugestión. Si gana sin tomar lo de otros y lo emplea sin dañar a los otros, lo que haga con su riqueza es incumbencia suya y de su responsabilidad.

Yo reverencio el espíritu que en ciudades como en Londres y New-York organizan tan grandes obras de caridad y las dotan tan magníficamente; pero el que sean necesarias tales caridades prueba que es calumniar a Cristo el llamar cristianas a tales ciudades. Honro a los Astors por haber fundado en New-York la Biblioteca Astors, y a Peter Cooper por haber fundado el Instituto Cooper; pero es una vergüenza y una desdicha para el pueblo de New-York que se dejen tales cosas para la beneficencia privada. Y el que lucha por este reconocimiento de la justicia, que asegurando a cada cual lo suyo hará innecesario pedir limosna a unos para otros, está haciendo una obra más grande y más alta que quien edifica iglesias y dota hospitales y funda colegios y bibliotecas. Esta justicia asegura primero a cada uno sus propias ganancias, ¿no es de aquella más alta que las limosnas en que el Apóstol pensaba cuando dijo: «Aunque invierta todos mis bienes en alimentar al pobre, y aunque dé mi cuerpo para que sea quemado, si no tuviera caridad de nada me aprovecharía»?

Preguntemos primero cuáles son los derechos naturales del hombre y tratemos de garantizárselos antes de que nos propongamos pedir o robar.

En lo que sigue examinaré cuáles son los derechos naturales del hombre, y cómo, conforme a las presentes disposiciones sociales, son ignorados y negados. La naturaleza de esta investigación lo hace necesario. Pero yo no deseo invitar, a aquellos a quienes mi voz alcance, a que pidan sus derechos, tanto como invitarles a que aseguren los derechos de otros más desvalidos. Yo creo que la idea del deber es más poderosa para el progreso social que la idea del interés; que en la solidaridad hay una fuerza social más vigorosa que en el egoísmo. Yo creo que toda gran reforma social tiene que brotar de aquel espíritu que procure hacer la vida mejor; más noble y más feliz para otros y estar animado por él mejor que de aquel espíritu que sólo busca el mayor disfrute para sí propio. Porque el Mammon de la injusticia puede siempre comprar el egoísmo cuando crea que vale la pena pagarlo lo suficiente; pero el desinterés no puede ser comprado.

En la idea de la Encarnación —del Dios que voluntariamente descendió para redimir al hombre—, incorporada no solamente al cristianismo, sino a otras grandes religiones, reside, pienso a veces, una verdad más profunda aún que la enseñada por la Iglesia. Esto es cierto: que los re-

dentores, los liberadores o exploradores de la Humanidad han sido siempre aquellos que fueron impulsados por la visión de la injusticia y de la miseria más que los aguijoneados por su propio padecer. Como lo fue un Moisés, instruido en todo el saber de los egipcios y sabio en la Corte de los Faraones, y no un abrumado esclavo obligado a hacer ladrillos sin paja, quien sacó a los hijos de Israel del yugo del cautiverio; como fueron los Gracos, de sangre y fortuna patricios, quienes lucharon hasta morir contra el sistema acaparador de tierras que finalmente destruyó Roma; así ha ocurrido siempre que los oprimidos, los degradados, los abrumados, han sido libertados y elevados más por el esfuerzo y el sacrificio de aquellos a quienes la fortuna fue más propicia que por sus propios esfuerzos. Porque mientras más completamente despojados de sus derechos naturales son los hombres, menos fuerza les queda para recuperarlos. Mientras más ayuda necesitan los hombres, menos pueden ayudarse a sí propios.

El sentimiento que yo invoco no es la envidia, ni siquiera el egoísmo, sino aquel más noble sentimiento que encuentra vigorosa, aunque ruda expresión, en el himno de combate que resonó a través de la tierra cuando una gran injusticia fue ahogada en sangre:

«En la belleza de los lirios, Cristo nació junto al mar

Con una gloria en su seno, que te transfiguró a ti y a mí.

**¡Como El murió por redimir a los hombres, muramos nosotros por hacer a los hombres libres!»,<sup>1</sup>**

Y entre cuanto la vida nos brinda, ¿qué puede ser comparable con el esfuerzo que podamos hacer, por pequeño que sea, para mejorar las condiciones sociales y permitir que otras vidas alcancen más pleno, más noble desenvolvimiento? El viejo John Brown, muriendo de la muerte del traidor, arrojado a la eternidad con los brazos atados y el beso del niño esclavo sobre sus labios, ¿no tuvo una vida más grande y una muerte más grande que si sus años los hubiera dedicado a vivir para sí propio? ¿No se llevó con él más que el hombre que acumula riqueza y ~~deja~~ sus millones? ¡Envidiar al rico! ¿Quién que piense que algún día tiene que despertarse en el más allá puede envidiar a aquel que gastó sus fuerzas en recoger lo que no puede utilizar aquí ni puede llevarse? Lo único que hay seguro para todos nosotros es la muerte. «Como la golondrina que vuela sobre tu palacio, así, oh rey, es la vida del hombre», ¡Venimos de lo desconocido! Vamos, ¡quién sabe dónde! Impenetrable oscuridad detrás y espesas tinieblas delante. Cuando nuestra hora llegue, ¿qué importará que hayamos vivido regaladamente o no; que hayamos usado o no vestidos suaves; que hayamos dejado una gran fortuna o nada; que hayamos cosechado honores o sido despreciados;

1 Himno de Combate de la República, por Julio Ward Howe.

que nos hayan considerado cultos o ignorantes, si se lo compara con la manera con que hayamos empleado aquel talento que se nos confió para el servicio del Señor? ¿Qué importará cuando nuestras pupilas se vidrien y nuestros oídos se asorden, si entre las tinieblas se extiende una mano y en silencio viene a nosotros una voz:

«Obraste bien, bueno y leal siervo; has sido leal en unas pocas cosas, yo te haré mandar sobre muchas; entra en la gloria de tu Señor?»

Hablaré de derechos, hablaré de utilidad, hablaré de interés; iré a buscar en su campo a aquellos que dicen que la mayor producción de la riqueza es el mayor bien y el progreso material el más alto fin. Sin embargo, yo aprecio la verdad contenida en aquellas palabras de Mazzini a las clases trabajadoras de Italia y las repito:

«¡Hermanos trabajadores! Cuando Cristo vino y cambió la faz del mundo, no habló de los derechos a los ricos que no necesitaban obtenerlos, ni a los pobres, que indudablemente hubieran abusado de ellos imitando a los ricos; no habló de utilidad ni de interés a un pueblo a quien el interés y la utilidad habían corrompido; hablo del deber, hablo del amor, hablo del sacrificio y de la fe, y les dijo que entre todos serian los primeros quienes más contribuyesen con su obra al bien de todos».

«Y las palabras de Cristo sonaron en el ambiente de una sociedad en la que toda verdadera vida se había extinguido, la llamaron nuevamente a la existencia, conquistaron millones, conquistaron el mundo y fueron causa de la educación de la raza humana para que ascendiera un grado en la escala del progreso.

«¡Trabajadores! Vivimos en una época análoga a aquella de Cristo. Vivimos en una sociedad tan corrompida como la del Imperio Romano, sintiendo en lo íntimo de nuestras almas la necesidad de reanimarla y transformarla y de unir a todos sus diversos miembros en una sola fe, bajo una sola ley, con un solo propósito: el libre y progresivo desenvolvimiento de todas las facultades de que Dios ha dado el germen a sus criaturas. Buscamos el reino de Dios sobre la tierra como está en el cielo, o, mejor aún, que la tierra sea una preparación para el cielo y la sociedad un esfuerzo para la progresiva realización de la idea divina.

«Pero cada acto de Cristo fue la representación visible de la fe que predicó; y en torno de El se hallaban los apóstoles que encarnaron en sus actos la fe que habían aceptado. Sed como ellos y conquistaréis. Predicad el deber a las clases que os rodean y cumplid en cuanto alcancéis el vuestro. Predicad la virtud, el sacrificio y el amor, y sed virtuosos, amantes y dispuestos para la abnegación. Decid vuestras ideas valerosamente y proclamad vuestras necesidades resueltamente, pero sin acritud, sin reacción y sin violencia. La amenaza más eficaz, si alguien verdaderamente necesita de amenaza, será la firmeza, no la irritación de vuestro lenguaje».



## LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Hay gentes que cuando conviene a sus fines dicen que no hay derechos naturales, sino que todos los derechos provienen de la concesión del soberano poder político. Sería perder el tiempo discutir con tales gentes. Hay hechos tan notorios que están por cima de toda necesidad de discusión. Y uno de estos hechos, atestiguado por la conciencia universal, es que entre hombre y hombre hay derechos que existían antes de la formación de los gobiernos y que continúan existentes a pesar del abuso de gobierno; que hay una ley más alta que toda la ley humana, a saber: la ley del Creador impresa en la Naturaleza y revelada por ella, que es anterior y superior a las leyes humanas y en la conformidad con la cual todas las leyes humanas tienen que apoyar su validez. Negar esto es afirmar que no hay medida ninguna por la que pueda apreciarse la justicia o injusticia de las leyes e instituciones; afirmar que no hay actos justos ni actos injustos es afirmar que no puede haber acciones justas ni injustas en sí mismas; afirmar que un decreto que ordenase a las madres matar a sus hijos merecería el mismo respeto que una ley prohibiendo el infanticidio.

Estos derechos naturales, esta superior ley, constituyen la única verdadera y segura base de la organización social. Exactamente como si queremos construir una máquina que funcione tenemos que acomodarnos a las leyes físicas, tales como la ley de gravitación, la ley de combustión, la ley de la expansión, etc.; exactamente como si queremos mantener la salud corporal tenemos que someternos a las leyes de la Fisiología, si queremos tener un estado social pacífico y saludable hemos de conformar nuestras instituciones con aquellas leyes morales —leyes a las cuales estamos absolutamente sujetos y que están tan por cima de nuestro dominio como las leyes de la materia y del movimiento—. Y así como cuando vemos una máquina que no funciona inferimos que en su construcción han sido ignoradas o violadas algunas leyes físicas, así cuando encontramos una dolencia social y daños políticos tenemos que inferir que en la organización de la sociedad la ley moral ha sido vulnerada y los derechos naturales del hombre desconocidos.

Estos derechos naturales del hombre son establecidos así en la Declaración de Independencia de América como la única base sobre que puede descansar un gobierno legítimo: «Afirmamos que son axiomáticas estas verdades; que todos los hombres han sido creados iguales; que

están dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la persecución de la felicidad; que para asegurar estos derechos han sido instituídos los gobiernos entre los hombres, derivando sus poderes justos del consentimiento de los gobernados; que en todo momento en que cualquier forma de gobierno sea destructora de esos fines, el pueblo tiene derecho para alterarla o suprimirla y para instituir un nuevo gobierno, poniendo sus miembros sobre tales principios y organizando sus poderes en aquella forma que a ellos les parezca más conveniente para la seguridad y la felicidad».

El Preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos consigna los mismos principios:

«Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de constituir una más perfecta unión, **instaurar la justicia**, asegurar la tranquilidad doméstica, proveer a la común defensa, promover el general bienestar y **asegurar los beneficios de la libertad para nosotros y para nuestra posteridad**, formu-  
lamos e implantamos esta Constitución de los Estados Unidos de América».

Y esa es también la misma, fundamental y axiomática verdad, consignada en aquella gran Declaración de los derechos del hombre y de los ciudadanos formulada en la Asamblea Nacional francesa en 1789:

«Los representantes del pueblo francés, reunidos en Asamblea Nacional, **considerando que la ignorancia, el desdén o la violación de los derechos humanos son las únicas causas de los infortunios públicos y de las corrupciones del Gobierno**, han resuelto afirmar en una declaración solemne aquellos derechos naturales, imprescriptibles e inalienables» y «reconocen y declaran en presencia del Ser Supremo, y con la esperanza de su bendición y favor, los siguientes **sagrados** derechos de los hombres y de los ciudadanos:

«I. Los hombres nacen y continúan siendo siempre libres e iguales respecto de sus derechos. Las diferencias civiles, por consiguiente, sólo pueden fundarse en la utilidad pública.

«II. El fin de todas las sociedades políticas es la preservación de los naturales e imprescriptibles derechos del hombre, y estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión».

Una cosa es afirmar los principios eternos, como son afirmados en tiempo de revueltas cuando los hombres de convicción y con valor para sostener sus convicciones se ponen al frente, y otra cosa es, para un pueblo que acaba de salir de la noche de la ignorancia y de la superstición, pueblo esclavizado por prejuicios mentales forjados por la injusticia y por la opresión, adherirse a ellos y llevarlos adelante. El pueblo francés no ha sido leal a esos principios ni tampoco, aún con mayores faci-

lidades para ello, lo hemos sido nosotros. Y así, aun cuando el **antiguo régimen** con su blasfemia del «Derecho divino», su Bastilla y sus **lettres de cachet** ha sido abolido en Francia, le han sustituido el terror rojo y el terror blanco, la anarquía disfrazada de libertad y el imperialismo derivando su sanción del sufragio universal hasta culminar en tan mísera cosa como la República francesa de hoy. Y aquí, con nuestro suelo virgen, con nuestra liberación de todas las complicaciones exteriores y la carencia de toda vecindad poderosa y hostil, todo lo que podemos presentar es otra tan mísera República con sus sindicatos y sus «bosses», sus reyes ferroviarios dominando soberanamente Estados, su corruptora gangrena royendo rápidamente el corazón de la política, sus mendigos y sus huelgas, su ostentación de mal ganadas riquezas, sus niños extenuándose en las fábricas y sus mujeres consumiendo su vida por ganarse el pan.

A los hombres les es posible ver la verdad y afirmar la verdad, y oír y repetir una y otra vez fórmulas que contienen la verdad sin descubrir todo lo que esta verdad entraña. Hombres que formularon la Declaración de Independencia, o aplaudieron la Declaración de Independencia, hombres que años y años la leyeron y la oyeron y la honraron, lo hicieron sin pensar que los eternos principios del derecho que aquella entraña, condena lo mismo la existencia de la esclavitud de los negros que la tiranía de Jorge III. Y muchos que avanzando hacia más plena verdad afirmaban los derechos, los inalienables derechos del hombre frente a la esclavitud corporal, no vieron que estos derechos entrañaban mucho más que la negación de la propiedad sobre la carne y la sangre humanas; y tan vanamente imaginaron que los habían afirmado plenamente cuando los esclavos se emanciparon y obtuvieron el sufragio, como sus padres habían vanamente imaginado que los habían afirmado con plenitud cuando sacudieron la obediencia de reyes ingleses y establecieron aquí una república democrática. La creencia general de los americanos actualmente es que entre nosotros los iguales e inalienables derechos del hombre imperan ahora por completo, y que la miseria, el crimen, los bajos salarios, la sobreproducción, la corrupción política y todo lo demás análogo, debe referirse a la naturaleza de las cosas, diciendo, si alguien les apremia para una respuesta más concreta, que existen porque Dios, el Creador, quiere que existan. Sin embargo, yo creo que puede demostrarse que esos males son debidos a la falta de pleno reconocimiento de los iguales e inalienables derechos con que, según afirma como verdad evidente la Declaración de Independencia, todos los hombres han sido dotados por Dios, su Creador. Creo que la Asamblea Nacional de Francia tenía razón cuando hace un siglo declaró, inspirada por el mismo espíritu que nos dio la libertad política, que la gran causa de los infortunios públicos y de las corrupciones del gobierno es la ignorancia, el desdén o la violación de los derechos humanos. Y exactamente como el hambre que diezaba a Francia, la bancarrota, la corrupción de sus gobiernos, la brutal degradación de sus clases obreras y la desmoralización de su aristocracia eran directamente imputables a la negación de los iguales derechos, naturales e imprescriptibles de los hombres, así ahora los problemas sociales

y políticos que amenazan a la República americana, juntamente con todo el mundo civilizado, brotan de la misma causa.

Examinemos el asunto. Los iguales, naturales e inalienables derechos a la vida, a la libertad y a la persecución de la felicidad, ¿no implican el derecho de cada uno al libre uso de sus facultades para ganarse la vida para sí propio y su familia, limitando únicamente por los derechos iguales de todos los demás? ¿No requiere que cada uno sea libre para producir, ahorrar y disfrutar la riqueza que pueda, sin conflictos con los iguales derechos de los demás; que nadie será obligado a dar forzosamente su trabajo a otro o a entregar sus ganancias a otro; que no se permitirá a nadie sustraer a otro su trabajo o sus ganancias? Todo esto es patente. Toda declaración de derecho igual a la vida y a la libertad, que niegue el derecho de propiedad —el derecho del hombre a su trabajo y al pleno fruto de su trabajo— sería una burla.

Pero esto es justamente lo que hacemos. Nuestra pseudo-declaración de los iguales y naturales derechos del hombre es para las más numerosas clases de nuestro pueblo una mera burla; y a medida que crece la presión social se va convirtiendo en una más amarga burla para las más numerosas clases; porque nuestras instituciones no aseguran los derechos de los hombres a su trabajo y a los frutos de su trabajo.

Que esta negación de un primario derecho humano es la causa de la miseria por un lado y del desmesurado crecimiento de las fortunas por otro y de todo el despilfarro, desmoralización y corrupción que fluyen de la enormemente desigual distribución de la riqueza, puede verse con facilidad.

Como estoy hablando de las condiciones generales de todo el mundo civilizado tomaré primero el caso de otro país, porque a veces vemos las faltas de nuestros vecinos con mayor claridad que las nuestras. Inglaterra, el país del cual recibimos nosotros el lenguaje y las instituciones, va a la zaga nuestra en el reconocimiento formal de la libertad política; pero hay tanta libertad económica allí como aquí y en algunos aspectos más; porque Inglaterra, aunque no ha llegado todavía al librecambio, se ha manumitado del sistema proteccionista que nosotros aún soportamos. Y el pueblo inglés, ¡triste cosa!, está en conjunto satisfecho de su libertad y orgulloso de ella. Imaginan, porque se le ha predicado tantas veces, que la mayoría de ellos honradamente han llegado a creerlo, que los ingleses son el pueblo más libre del mundo, y cantan: «Los bretones nunca serán esclavos». Como si realmente fuera verdad que los esclavos no pudieran respirar el aire británico.

Tomemos un hombre perteneciente a las masas de este pueblo, un «inglés nacido libre», vástago de larga generación de ingleses «nacidos libres» en Wiltshire o Devonshire o Somersetshire, sobre un suelo que si pudiéramos hacer su genealogía encontraríamos que ha venido siendo cultivado desde los primeros sajones por los padres de aquel. Llega a la

edad viril, no nos detenemos a investigar cómo, y siguiendo el orden natural, se casa. He aquí un hombre entre sus conciudadanos en un mundo en que el Creador ha ordenado que cada uno se gane la vida con su trabajo. Tiene necesidades, y como según el orden natural tras él vendrán los hijos, tendrá más; pero tiene en el cerebro y en los músculos el poder natural para satisfacer estas necesidades a expensas del depósito de la Naturaleza. Sabe cómo cavar y arar, sembrar y cosechar, y está en un suelo rico, dispuesto ahora, como lo estaba hace millares de años, a rendir la riqueza al trabajo. La lluvia cae y el sol calienta; y conforme al curso del Planeta siguiendo su órbita, la primavera sigue al invierno y el verano sucede a la primavera. El más claro y primer derecho de este hombre es ganarse la vida, convertir su trabajo en riqueza y poseer y disfrutar esa riqueza para su propio mantenimiento y comodidad, y para el mantenimiento y comodidad de aquellos que por naturaleza de él dependen. No tiene derecho a pedir las ganancias de otro, ni ningún otro tiene derecho a pedirle a él una parte de sus ganancias. No tiene derecho a obligar a nadie a que trabaje en beneficio de él, ni los demás tienen derecho de exigirle a él que trabaje en beneficio de ellos. Este derecho a sí propio, al uso de sus propias facultades y a los resultados de su propio esfuerzo, es un derecho natural, axiomático, que, como cuestión de principio, nadie puede disputarle sino haciendo la blasfema afirmación de que algunos hombres fueron creados para trabajar en beneficio de otros hombres. Y reconocido este primario, natural derecho a su propio trabajo, a los frutos de su propio trabajo, este hombre puede subvenir abundantemente a sus propias necesidades y a las necesidades de su familia. Su trabajo en el orden natural producirá riqueza, que cambiada conforme a los mutuos deseos por la riqueza que los demás han producido, suministrará a su familia todas las comodidades materiales de la vida, y a falta de cualquier imprevisto accidente le permitirá criar sus hijos y dejar un sobrante que a él y a su mujer les permitan descansar y disfrutar en las horas de su ocaso, en los años de la vejez cuando falten las fuerzas, sin pedir limosna y sin entregarlos a ninguna misericordia, salvo «a nuestro Padre que está en los cielos».

Pero la realidad, ¿cuál es? La realidad es que el derecho de este «inglés nacido libre» a su propio trabajo y a los frutos de su trabajo es negado tan entera y completamente como si por la ley fuese un esclavo; que está obligado a trabajar para enriquecer a otros tan exactamente como si la ley inglesa lo hubiera hecho propiedad de un amo. La ley nacional no dice que sea un esclavo; por lo contrario, terminantemente declara que es un hombre libre —libre de trabajar para sí propio y libre para gozar de los frutos de su trabajo—. Pero un hombre no puede trabajar sin algo sobre lo cual trabajar, como no puede comer sin cosa que comer. No está en las facultades humanas sacar algo de la nada. Esto no entra en el plan de la Creación. La Naturaleza nos dice que si no trabajamos, pereceremos; pero al mismo tiempo nos suministra las cosas necesarias para trabajar. El alimento, el vestido, el albergue, todo aquello que satisface nuestros deseos y que podemos llamar riqueza, puede ser producido por el trabajo; pero solamente cuando las materias primas de que están compuestos son extraídas de la tierra.

Dejar caer un hombre en mitad del Océano Atlántico y decirle que está en libertad de irse a la playa, no es ironía más amarga que poner a un hombre donde toda la tierra es propiedad particular de otra gente y decirle que es un hombre libre con libertad de trabajar para sí propio y disfrutar de sus propias ganancias. Pues esta es la situación en que nuestro inglés se encuentra. Es exactamente tan libre como si estuviera suspendido sobre un precipicio mientras otro tuviese un afilado cuchillo contra la cuerda; exactamente tan libre como si, sediento en el Desierto, encontrase el único manantial existente en millas a la redonda, cercado y guardado por hombres armados que le dijeran que no podía beber, a menos que **libremente conviniese** con ellos las condiciones. Hubiera este inglés vivido hace generaciones, en el tiempo de sus antepasados sajones, y cuando llegara a la edad oportuna y se hubiese casado, le habría sido concedida una casa y un campo; hubiera tenido una parte igual en los grandes campos que los vecinos cultivaban juntos; hubiera sido libre para buscar caracoles o perseguir la caza en el bosque común o para hacer que su ganado paciese en los pastos comunes. Aun hace pocas generaciones, después de la rebatifa de tierras que comienza con los Tudores y sigue durante algunos siglos, hubiera encontrado todavía bienes comunes existentes allí, algún resto superviviente del antiguo principio de que el Planeta fue creado para todos los hombres, no para algunos hombres.<sup>1</sup> Pero ahora se encuentra cerrada para él toda la tierra. Los campos que sus padres cultivaron, uno tras otro se han convertido en propiedad privada de My Lord, que los arrienda a grandes labradores en condiciones tan excesivas que para obtener el ordinario interés del capital tienen éstos que oprimir a sus trabajadores; el antiguo bosque está cerrado por una alta tapia coronada por pedazos de cristales y es recorrido por los guardas, provistos de fusiles y autorizados para llevar a cualquier intruso ante el juez, quien lo enviará a la cárcel; los terrenos comunes antiguos se han convertido en el gran parque de My Lord, en el cual pasta **su** lucio ganado y ramonean delicadamente **sus** gamos de flexibles miembros. Hasta las antiguas veredas que acortaban los caminos por entre espesos avellanares y murmuradores arroyos, están ahora valladas.

Sin embargo, este «inglés nacido libre», este bretón que nunca será esclavo, no puede vivir sin tierra. Tiene que encontrar algún pedazo de la superficie de la tierra sobre el cual construyan él y su mujer lo que puedan llamar su «hogar»; pero con excepción de las carreteras, en su tierra nativa no hay ni lo que cubre con la suela de sus zapatos que pueda usar sin el permiso de alguna otra criatura humana; y en las carre-

<sup>1</sup> Es probable que los antiguos derechos comunes de los ingleses a la tierra no sobrevivan ahora en más claras formas, en ninguna parte, que en Long-Island, en la inmediata vecindad de New-York, lugar del establecimiento de alguno de los primeros colonos ingleses, siendo New-York mismo, como se recordará, primitivamente una colonia holandesa, que se hizo inglesa por la conquista. El proceso de limitación de esos derechos se realiza ahora, sin embargo, rápidamente. La amplia y más favorablemente situada Península de Montana, extremidad oriental de la isla que acaso algún día tenga un valor enorme como punto de llegada y de partida de los transatlánticos europeos, acaba de convertirse en propiedad privada de los capitalistas neoyorquinos, que tranquila y gradualmente han comprado los derechos comunes que aun disfrutaban los descendientes de los primeros colonos.

teras no puede permanecer y menos aún le dejarían levantar una choza de ramaje. Así, para obtener en su tierra nativa espacio donde vivir, nuestro «inglés nacido libre» tiene que consentir en trabajar determinado número de días al mes para uno de los dueños de Inglaterra, o lo que es lo mismo, tiene que vender su trabajo o los frutos de su trabajo a un tercero y pagar al «propietario» de aquella particular porción del Planeta por el privilegio de vivir sobre el Planeta. Habiendo así sacrificado una parte de su trabajo para obtener de un semejante el permiso de vivir, nuestro «inglés nacido libre» tiene, si puede, que continuar trabajando para procurarse el alimento, el vestido, etc. Pero como no puede trabajar sin tierra, sobre la cual trabajar, se ve obligado, en vez de trabajar para sí propio, a vender su trabajo, a aquellos que tienen tierra, en las condiciones en que a éstos plazca; y esas condiciones son tan solo las que estrictamente le permiten sustentar su vida de la manera más miserable; es decir, le es arrebatado todo el producto de su trabajo y solo se le otorga lo que el más exigente amo se vería obligado a dar al esclavo: lo indispensable para sustentarse. Vive en un miserable tugurio con el piso de tierra, tugurio tan deteriorado que en él penetra la lluvia. Trabaja desde la mañana a la noche, y su mujer tiene que hacer lo mismo, y sus hijos, tan pronto como pueden andar, tienen que ir también a trabajar arrancando hierbas, espantando cuervos o realizando menesteres análogos para el propietario que generosamente les deja vivir y trabajar sobre su tierra. Llega a menudo la enfermedad y también la muerte demasiado a menudo. Entonces no hay otro recurso que las limosnas de la parroquia o «mi generosa señora», la mujer o la hija o el limosnero de «el todopoderoso dios del condado», como lo llamaba Tennyson, el dueño (ya que no el Hacedor del mundo en aquella parte, que da como limosna en insultante y degradante caridad una pequeña parte de la riqueza extraída del trabajo de esta familia y de otras familias como ella. Si no «obedece amorosa y reverentemente» a cuanto a aquél le plazca; si no se quita de la lanuda cabeza el misero sombrero cuando «mi señor» o «mi señora» o «su honor» o cualquiera de sus representantes pasa; si no educa a sus hijos en la humildad que estas gentes estiman adecuada y conveniente para las «más bajas clases»; si hay sospecha de que haya cogido una manzana o cazado una liebre o pescado un solo pez en el río, este «inglés nacido libre» pierde el socorro y pierde el trabajo. Tiene que irse al asilo o perecer. Se encorva y envejece antes de tiempo. Su mujer está vieja y estropeada cuando debiera hallarse en la plenitud de su fuerza y su hermosura. Sus hijas, las que viven, se casan solo para arrastrar una existencia como la de su madre, o acaso para ser seducidas por sus «superiores» y enviadas con unas pocas libras a una gran ciudad, para morir al cabo de pocos años en el burdel, el hospital o la cárcel. Sus hijos crecen en la ignorancia y el embrutecimiento; no pueden sustentarse cuando se hacen viejos, aun cuando quisieran, porque no sacan de su trabajo lo bastante. El único refugio para la pareja en la vejez es el asilo, donde, por vergüenza de dejarlos perecer junto al camino, estos inválidos esclavos son recogidos para morir; donde el hombre es separado de la mujer, y la vieja pareja a la cual el párroco, conforme a la ley establecida, dijo: «Aquellos a quienes Dios juntó no serán separados por el hombre», lleva, sepa-

rado el uno del otro, una existencia semejante a una prisión, hasta que la muerte viene en su auxilio.

La condición de este «inglés nacido libre», ¿en qué es mejor que la del esclavo? Sin embargo, si ésta no es una exacta pintura de la condición de los braceros agrícolas ingleses, lo es solo porque yo no he insistido sobre las tintas más oscuras, la profunda ignorancia y brutalidad, la baja moralidad de estas clases degradadas y envilecidas. No cabe duda de que en calidad y en cantidad de alimentos, de vestidos y de albergue; en la comodidad y en el recreo, el promedio de los esclavos del Sur era superior al promedio de los braceros rurales en la Inglaterra actual, que la vida de aquel era más sana y más feliz y más plena. Mientras un sano, vigoroso y robusto negro valiese mil dólares, ningún dueño de esclavos, por egoísta y cruel que fuese, tendría a sus negros como la mayoría de los «ingleses nacidos libres» tienen que vivir. Pero estos esclavos blancos no valen dinero. No es el trabajo, es la tierra que dispone del trabajo la que tiene un valor capitalizado. Podemos conseguir el trabajo humano por menos de lo que os costaría conservar un esclavo en buenas condiciones para su venta, y cuando aquéllos están extenuados podéis dejar que se mueran o que «pidan limosna». Los negros, dicen algunos, son una raza inferior. Pero estos esclavos blancos de Inglaterra son la masa que ha dado a Inglaterra sus sabios y sus poetas, sus filósofos y sus hombres de Estado, sus comerciantes y sus inventores, los que han formado el baluarte de la isla y los que han paseado la listada bandera por todo el mundo. Son ignorantes y degradados y envilecidos; viven la vida de los esclavos y mueren la muerte de los mendigos solo porque les son robados sus derechos naturales.

En la misma región en que encontráis una gente como ésta; en que podéis ver las miserables cabañas de los trabajadores en que se hacían seres humanos como cerdos, podéis ver también las grandes mansiones instaladas en medio de amplios, hermosos y aterciopelados parques; las habitaciones de los dioses todopoderosos locales, como los llamó el Laureado y como esta embrutecida gente inglesa los considera. No han trabajado nunca, se enorgullecen de que durante cientos de años sus antepasados no han trabajado nunca; miran con el mayor desprecio, no sólo al hombre que trabaja, sino hasta al hombre cuyo abuelo trabajó. Sin embargo, viven con el mayor lujo. Tienen casas en las ciudades y casas en el campo, caballos, carruajes, sirvientes con librea, yates, jaurías; tienen todo aquello de que la riqueza puede disponer en materia de literatura y educación y la cultura de los viajes. Y tienen riqueza que ahorrar y que pueden invertir en acciones de ferrocarril o en títulos de la Deuda o en comprar tierras en los Estados Unidos; pero ni una pizca de esta riqueza ha sido producida por ellos. La consiguen porque, concedido que son dueños de la tierra, la gente que produce riqueza tiene que entregarles los frutos de su trabajo.

Aquí está clara y sencillamente la causa inicial y primaria de la desigualdad en la distribución de la riqueza que en Inglaterra produce los

efectos que hemos dicho, la miseria destructora del alma, junto con tan impúdica opulencia, fruto más claramente visto en las ciudades que en el campo. He aquí clara y sencilla la razón por la que el trabajo parece una desventura y por lo que en todas las ocupaciones a que pueden consagrarse los meros trabajadores, los salarios tienden a ser el mínimo sustento con el cual puede mantenerse la vida. Despojados de sus derechos naturales a la tierra, considerados como intrusos en la tierra de Dios, los hombres se ven obligados a una antinatural competencia por el privilegio de una mera existencia animal, lo cual, en los centros manufactureros y en las ciudades activas, sume a la Humanidad en un abismo de miseria y envilecimiento en el cual los seres creados a imagen de Dios descienden a un nivel inferior a los brutos.

Y la misma desigualdad de condiciones que vemos iniciarse aquí, ¿no se debe a la misma causa primaria? La ciudadanía americana no confiere derechos sobre el suelo americano. Los primeros y más esenciales derechos del hombre, los derechos a la vida, a la libertad y a la persecución de la felicidad, son negados, aquí tan completamente como en Inglaterra. Y tienen que seguirse los mismos resultados.



## ARROJANDO BASURA

Esta gran corriente humana que llega a nuestras costas, cada vez más cuantiosa, merece en todos sus aspectos la pena de que fijemos la atención. En muchos sentidos, uno de los más importantes fenómenos de nuestro tiempo es el que forzosamente trae al pensamiento «el hecho de que estamos viviendo bajo condiciones que tienen que comenzar pronto a cambiar rápidamente». Pero este año viene una parte de la inmigración especialmente sugestiva. A los pequeños puertos del Oeste de Irlanda llega un gran número de grandes vapores de la línea transatlántica, contratados por el gobierno británico; se rellenan de hombres, mujeres, y niños, cuyo pasaje paga su gobierno, y cruzan el Océano y los desembarcan en los muelles de New-York y de Boston con unos pocos dólares en los bolsillos para comenzar la vida en el Nuevo Mundo.

«La fuerza de una nación está en sus hombres; es la gente la que hace a un país grande y fuerte, la que produce su riqueza y le da categoría entre los demás países». Sin embargo, he aquí un gobierno civilizado y cristiano, o que pasa por tal, expidiendo a su pueblo para arrojarlo sobre otro continente, como en New-York se expiden los residuos para arrojarlos al Océano Atlántico. Y no se trata de gentes poco deseables para formar una nación. Cualquiera que sea el cambio que aquí experimenten cuantos viven enjaulados en casas de vecindad y expuestos a la corrupción de nuestros políticos y a la tentación de una vida que difiere mucho de aquella a que estaban acostumbrados, son en nuestro país, como quien haya estado entre ellos puede atestiguar, un pueblo pacífico, industrial y en muy importantes respectos peculiarmente moral, que carece de educación intelectual y política y de aquellas robustas virtudes que únicamente la independencia personal puede dar, sólo a causa de la miseria a que están condenados. Mr. Trevelian, secretario jefe para Irlanda, ha declarado en la Cámara de los Comunes que son física y moralmente sanos, capaces de ganarse la vida; y sin embargo, el gobierno de que aquel forma parte los está arrojando fuera a expensas públicas, como en New-York se arroja la basura.

Esta gente es muy capaz para ganarse la vida, dice Trevelian. Sin embargo, si se queda en su hogar solamente puede ganarse la más mísera de las vidas míseras en el mejor de los tiempos, y cuando las estaciones no son de las mejores hay que imponer tributos y repartir limosnas para

socorrerlos; y así, el más barato medio de librarse de ellos es llevárselos fuera a expensas públicas.

«¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué gentes en sí mismas capaces de ganarse la vida no pueden ganársela en su propio país? Sencillamente porque los naturales, iguales e inalienables derechos del hombre con que, según lo afirmado por nuestra declaración de independencia, han sido dotados por su Creador, les son negados a esos seres humanos». El hambre, el pauperismo, el desgobierno y la turbulencia de Irlanda; la amarga injusticia que mantiene encendido el fuego de la rebelión de Irlanda, y «las dificultades que tienen perplejos a los hombres de Estado ingleses, nacen todos de lo que la Asamblea nacional de Francia en 1789 declaró ser la causa de los infortunios públicos y de las corrupciones del gobierno: la violación de los derechos humanos». El campesino irlandés se ve obligado a perecer, a mendigar o a emigrar; viene a ser a los ojos de aquellos que gobiernan un simple desperdicio humano para arrojarlo en cualquier parte, porque, como el campesino inglés que después de una vida de esclavo fallece de una muerte de pobre, sus derechos naturales a su suelo nativo le son negados; porque su derecho inalienable para procurarse su riqueza por sus propios esfuerzos y de conservarla para su propio uso le es rehusado.

El país de donde se expatría esa gente —y la emigración ayudada por el gobierno es apenas nada comparada con la emigración voluntaria— es holgadamente capaz de mantener con abundancia a una población mucho más numerosa que la que nunca tuvo. No hay ninguna razón natural por la que en ella gentes capaces de ganarse la vida deban padecer necesidad e inanición. La razón de que la padezcan es simplemente que le son negadas las oportunidades naturales para el empleo de su trabajo y que las leyes permiten a otros arrebatarles los frutos de su trabajo por el permiso de trabajar. Entre esa gente que está siendo enviada a través del Atlántico por el gobierno inglés y desembarca en nuestros muelles con unos pocos dólares en sus bolsillos, probablemente no hay nadie que, siendo ya de años maduros, no haya producido con su trabajo riqueza bastante, no solo para sostenerse en adelante en un mucho más alto grado de confort que aquel en que hasta ahora ha vivido, sino para que le fuera posible pagarse su propio pasaje al través del Atlántico si necesitaba venir y para darle al desembarcar aquí un capital suficiente que fuera confortable punto de partida. Están sin un penique porque han sido robados sistemáticamente desde el día de su nacimiento hasta el día en que dejaron sus playas nativas.

Hace un año viajé a través de aquella parte de Irlanda de la cual procede esta emigración auxiliada por el gobierno. Lo que sorprende al principio a un americano, aun en Connaught, es la aparente escasez de población, y, maravillado, se pregunta si ésta es realmente la Irlanda sobrepoblada de que tanto ha oído hablar. Hay abundancia de buenas tierras, pero sobre ellas solamente hay rebaños y carneros tan lucios y blancos, que al principio imagináis que tienen que ser lavados y

peinados todas las mañanas. Hubo un tiempo en que este suelo estaba cultivado y bien poblado; pero ahora solamente encontráis vestigios de aldeas arruinadas, y aquí y allí la miserable choza de un pastor que vive de tal suerte que un habitante de la Tierra del Fuego no podría envidiarlo. Porque los «dueños» de esta tierra, que viven en Londres y París, muchos de los cuales jamás han visto sus propiedades, encuentran más provechoso el ganado que los hombres, y por esto los hombres han sido expulsados. Sólo cuando llegáis a las marismas y a las rocas, en las montañas y en las playas encontráis una población densa. Aquí están hacinados sobre tierra que la Naturaleza no preparó para que vivieran hombres. Es demasiado pobre para pastos, y por eso se le permite vivir sobre ella a la gente que ha sido arrojada de la tierra mejor, en tanto en cuanto paga renta por ello. Si no fuera demasiado trágico, harían reír las parcelas que ellos llaman campos. Originariamente, la superficie de aquel suelo tiene que haber sido tan susceptible de cultivo como la superficie de Broadway. Pero a costa de grandes trabajos han sido quitadas las piedrezuelas y apiladas, aunque los grandes peñones permanecen de modo que hacen imposible el uso del arado, y la superficie de la marisma ha sido dividida y abonada con algas traídas desde la playa a espaldas de hombres y mujeres hasta que se consigue que en aquélla pueda crecer algo.

Por tales parcelas de roca y marisma —no podrán ser llamadas campos, sino por cortesía—, a las que se les hace producir algo sólo por un incesante esfuerzo, esa gente se ve obligada a pagar al ausente propietario rentas que varían desde una libra a cuatro libras por acre, y además tienen que pagar otra renta por coger las algas que la resaca del terrible Atlántico arroja sobre la ribera antes de que se les permita tomarlas para abono, y otra renta por la marisma de la cual sacan su turba. En realidad, esta gente paga por la tierra más de lo que puede saçar de ella. Se ve principalmente forzada a pagar, no sólo por el uso de la tierra y por el uso del océano, sino por el uso del aire. Reúnen el importe de la renta y se arreglan para vivir, en los buenos tiempos, con los pocos chelines ganados por las mujeres, que hacen pleita mientras llevan y traen sus canastas al mercado o a la playa; con las ganancias de los hombres, que van todos los años a Inglaterra a trabajar como segadores, y con las remesas que a su hogar envían los maridos o los hijos que se hallan trabajando en América. A pesar de su incansable laboriosidad, la miseria de esta gente es espantosa. En los buenos tiempos consiguen estrictamente mantenerse en los límites de la inanición. En los malos tiempos, cuando el tizón destruye sus patatas, tienen que comer algas o pedir socorro a los impuestos para pobres o a las suscripciones caritativas del mundo. Cuando son tan ricos que tienen unos pocos pollos o un cerdo, no piensan en comérselos, más que Vanderbilt piensa en comerse sus caballos de carreras de 50.000 dólares. Los venden para poder pagar la renta. En los ríos podéis ver gordos salmones que nadan en ellos procedentes del mar. Pero si cada uno de ellos estuviera marcado por la Naturaleza con la inscripción: «Para el señor tal y tal, Londres, con saludos de Dios Todopoderoso», no estaría

más fuera del alcance de aquellas gentes. Las mejores tiendas que se encuentran en las aldeas tienen unas existencias de unas pocas libras de azúcar y de té, que se despacha por onzas y medias onzas; una poca harina, dos o tres zagalejos colorados, un trajecito de punto, unas yardas de franela y un poco de algodón; algunos botones e hilo, un pequeño paquete de tabaco y acaso una o dos botellas «del de la tierra» escondidas en el suelo, a alguna distancia de la casa, para que si la policía las descubre no tenga que responder el tendero. Porque el reino tiene que vivir y tiene que sostener el ejército, y los grandes destiladores de Dublín, de Belfast y Cork, que tan cómodo monopolio tienen con las patentes, tienen que construir iglesias y reparar catedrales. Tan pobre es esta gente, tan poco hay en sus miserables cabañas, que un delegado que en 1882 vigiló la expulsión de casi un ciento de familias en un lugar, declaró que los efectos poseídos por todo el grupo no valían tres libras.

Pero los propietarios —¡Ah, los propietarios!— viven de modo muy distinto. Viajando al través del país, cruzáis aquí y allá junto a magníficas mansiones señoriales, con hermosos parques circundados por altas tapias. Traspasáis estas tapias y es como si entráseis en otro mundo. Espaciosos prados de rico césped aterciopelado, macizos de hermosas flores, nobles avenidas de arqueados árboles y una rica mansión espaciosa con todos los pormenores del lujo, con sus grandes cuadras, jaurías y dependencias de todas clases. Pero aunque pueden gozar de todos estos lujos en su hogar, los grandes propietarios, con pocas excepciones, viven en Londres o París o pasan parte del año en las grandes ciudades y el resto en Suiza o Italia o en las costas del Mediterráneo; y a veces uno de ellos hace una excursión aquí para ver nuestro país nuevo con sus magníficas oportunidades para comprar tierras vírgenes que pronto valdrán tanto como las propiedades inglesas o irlandesas. No tienen que trabajar; sus rentas llegan sin trabajar por su parte; todo lo que tienen que hacer es gastar. Uno forma galerías con los más caros cuadros; otro colecciona incunables libros antiguos y paga precios fabulosos por ediciones raras. Algunos juegan; otros sostienen cuadras de caballos de carreras y yates costosos, y varios gastan su dinero en cosas peores que éstas. Hasta sus agentes, cuya función es sacar la renta de los irlandeses que trabajan, viven fastuosamente. Pero todo ello procede precisamente de las ganancias de gentes como las que ahora estamos viendo desembarcar en nuestros muelles sin un penique; sale de sus ganancias, o de lo que sus parientes les envían desde América, o de las contribuciones de caridad.

Para mantener un sistema de robo como éste es para lo que está Irlanda llena de policía, de tropas, de espías y confidentes, y un pueblo que debiera formar parte integrante de la nación británica se convierte en una dificultad para esta nación, una debilidad y un peligro. Económicamente, los propietarios irlandeses no son más útiles que tantas grandes, voraces y destructoras bestias, —manadas de lobos, rebaños de elefantes salvajes o dragones como el que es fama que mató San Jorge—.

No producen nada; únicamente consumen y destruyen. Y lo que destruyen es más aún que lo que consumen. Porque no sólo se ha convertido Irlanda en un campo de policía militar y de soldados vestidos de rojo para contener al pueblo mientras le roban, sino que los productores de riqueza despojados del capital por este robo de sus ganancias, y condenados por ello a la miseria y a la ignorancia, son incapaces de producir la riqueza que podrían producir y producirían si el trabajo obtuviese sus plenas ganancias y se dejara la riqueza a aquellos que la producen; seguramente la verdadera ciencia del hombre de Estado propondría que si alguien debe ser arrojado del país, lo sean aquellos que sólo consumen y destruyen, no aquellos que producen la riqueza.

Pero los hombres de Estado ingleses piensan de otra manera, y ese excedente de hombres y mujeres irlandeses, esos residuos irlandeses, hombres, mujeres y pequeñuelos —excedentes y desperdicios porque los señores de Irlanda no los han menester—, son expulsados y arrojados sobre nuestros muelles. Han alcanzado «la tierra del libre y el hogar del valiente» precisamente el 4 de julio, cuando pueden oír la Declaración de Independencia, con su terminante afirmación de los derechos inalienables, leída de nuevo en nuestra anual fiesta nacional.

¿Han escapado, pues, al sistema que en su propio país los convirtió en siervos y basuras humanas? En manera alguna. Ni siquiera han escapado al poder de sus antiguos amos para arrebatarles los frutos de su fatiga. Porque nosotros estamos recibiendo, no sólo el excedente de los colonos de los propietarios ingleses, escoceses e irlandeses, sino que también estamos recibiendo a los propietarios. Simultáneamente con aquella emigración se efectúa un movimiento que convierte a los propietarios y capitalistas de la Gran Bretaña en dueños de extensas áreas del suelo americano. Apenas hay ahora familias de grandes propietarios en la Gran Bretaña que no poseen en América propiedades aún mayores, y la tierra americana se va convirtiendo cada vez más en favorita inversión de sus caudales. Estas propiedades americanas de «sus gracias» y «mis señores» no valen todavía tanto como las propiedades de su país nativo; pero el natural aumento de nuestra población, aumentado por la inmigración, pronto harán que valgan tanto.

Cada sobrante irlandés, inglés o escocés enviado aquí, coopera directamente a elevar el valor de la tierra y la renta de la tierra. El estímulo de la emigración desde el país viejo a éste es una magnífica idea por parte de aquellos propietarios de los dos continentes. Elimina gente que en su país, en los malos tiempos, tendrán que sostener de algún modo, y disminuye, a juicio de ellos, los descontentos, a la par que aumenta el valor de sus propiedades americanas.

No es improbable que algunos de estos colonos expulsados se encuentren aquí pagando rentas al mismo propietario, cuyas rentas ha aumentado afanándose tantos años en su viejo país; pero sea así o no, su simple venida aquí, por su efecto de aumentar la demanda de tierra, con-

tribuye a capacitar a aquellos propietarios para compeler a otros habitantes de los Estados Unidos a entregarles una porción de sus ganancias en pago del privilegio de vivir sobre el suelo americano. Sólo con esta mira y para este fin compran los propietarios del Viejo Mundo tanta tierra en el Nuevo. Aquellos no necesitan vivir aquí; prefieren vivir en Londres o en París, como muchas de las clases privilegiadas de América comienzan ahora a preferir. No la necesitan para trabajarla; en manera alguna se proponen trabajarla. Todo lo que buscan en ella es el poder que, tan pronto como nuestra población aumente algo, les dará su propiedad, de exigir a otras gentes sus ganancias. Y bajo las actuales condiciones es cuestión, no de una o de dos generaciones, sino únicamente de unos pocos años el que puedan sacar a sus propiedades americanas sumas aún mayores que las que obtienen de sus propiedades irlandesas. Es decir, virtualmente poseerán más americanos que irlandeses poseen ahora.

Estos irlandeses inmigrantes, lejos de haber escapado al sistema que empobrece y arruina a las masas irlandesas en beneficio de unos pocos de los suyos, se encuentran aquí realmente con ese sistema más ilimitado que en Irlanda. A pesar que la lectura de la Declaración de Independencia todos los 4 de Julio causa mucho ruido y se celebra con una gran fiesta, el primero de los inalienables derechos con que todo hombre ha sido dotado por su Creador —el derecho igual al uso de los elementos naturales, sin los que no puede ser producida la riqueza, ni siquiera sustentada la vida— no está mejor reconocido entre nosotros que en Irlanda.

Se habla mucho del «landlordismo irlandés», como si fuera una clase peculiar de landlordismo o una clase singularmente perniciosa de landlordismo. No es así. El landlordismo irlandés no es peor que el landlordismo inglés, o el landlordismo escocés o el landlordismo americano, ni los propietarios irlandeses son más opresores que ninguna clase análoga. Siendo por lo general hombres de educación y de cultura, acostumbrados a una vida fácil, son, en conjunto, menos expoliadores de sus colonos que los arrendatarios de ellos lo son con respecto a los trabajadores a quienes subarriendan. Miran la tierra como propiedad suya, lo cual es todo, y esperan sacar de ella una renta; y el agente que les envía la mayor renta es el que, naturalmente, consideran el mejor agente.

Los caudillos populares, como Mr. Parnell y Mr. Sullivan, cuando vienen aquí y pronuncian discursos, hablan mucho del «feudalismo territorial» de Irlanda. Todo esto es charlatanería; un esfuerzo para transmitir la impresión de que el landlordismo irlandés es algo distinto del landlordismo americano; para que no se agraven los propietarios americanos cuando se combata a los propietarios irlandeses. Nada hay en Irlanda que pueda llamarse feudalismo territorial. Todo el poder que el propietario irlandés tiene, toda la tiranía que ejerce nace de su propiedad sobre el suelo, del reconocimiento legal de que éste es de su propiedad. Si el landlordismo en Irlanda parece más odioso que en Inglaterra, es solamente porque la organización industrial es más primitiva

y hay menos intermediarios entre el hombre que es robado y el hombre que obtiene el botín. Y si el landlordismo irlandés o inglés parece más odioso que el mismo sistema en América, es solamente porque éste es un país nuevo que aún no ha sido totalmente vallado. Pero ante la ley, estos «milords» y «your graces» que ahora están adquiriendo en los Estados Unidos propiedades mayores de las que tienen en su propio país tienen aquí más poder como propietarios que allí.

En Irlanda, especialmente, la tendencia de la legislación durante unos años ha sido refrenar el poder de los propietarios en sus relaciones con los colonos. En los Estados Unidos tienen en toda su plenitud el ilimitado poder de hacer lo que les plazca con su propiedad. La renta agotadora es entre nosotros la común forma de la renta. No hay que seguir aquí largos procesos para obtener el desahucio, ni que dar noticias a los funcionarios de distrito encargados de las limosnas. El colono a quien el propietario necesita echar puede ser expulsado con el mínimum de esfuerzo y gasto.

El «Desocupado de Broadway», de **La Tribuna**, de New-York, dice en su crónica:

«El juez Gedney me dice que a primeros de este mes ha firmado nada menos que doscientos cincuenta mandamientos de desahucio contra inquilinos pobres. Su distrito comprende muchas manzanas de la más miserable variedad de casas de vecinos, y tiene mucho más de esta desagradable clase de trabajo que ninguno de sus colegas judiciales. El 1º de mayo es, naturalmente, el día más penoso del año para estos asuntos; pero al principio de cada mes hay, generalmente, por lo menos, un centenar de mandamientos que despachar. Y para aquellos que se irritan contra las menores miserias de la vida no habría más completa cura que administrarles, que obligarles a ser adjuntos de un tribunal municipal en dichas ocasiones. Se sondean los más profundos abismos de la miseria. El juez Gedney dice, además, que en los peores casos el mal es más generalmente causado por la desgracia que por la vagancia o la disipación. A un pobre hombre le sale un panadizo en una mano que le retiene en su hogar hasta que consume sus economías, y todos sus efectos pasan a la tienda de empeños, y sus hijos caen enfermos o la mujer muere; y el administrador de la casa, conforme a las instrucciones de su propietario, que quizá esté en Europa, divirtiéndose, los despide por falta de pago y le comunica la notificación».

Hace poco, cuando más frío hacía, lei en los periódicos también un suceso en el cual se contaba que en la ciudad de Wilkesbare, Pennsylvania, una mujer y sus tres niños fueron encontrados una noche acurrucados en un tonel en un solar, hambrientos y casi helados. Su historia era sencillísima. El padre, sin trabajo, intentó robar y fue enviado a la cárcel. No pagando el alquiler, el propietario les expulsó, y como único refugio se metieron en el tonel. En Irlanda, aun siendo malo el siste-

ma, hubiera habido el funcionario encargado de los auxilios para ofrecerles por lo menos un refugio en el asilo.

Esta gente irlandesa desembarcada en nuestros muelles con dos o tres dólares en los bolsillos, ¿encontrará un acceso a la Naturaleza más libre que allí? Acaso en el lejano Oeste, si saben dónde encaminarse, podrán encontrar todavía durante algún tiempo tierra barata; pero aunque en torno de New-York verán abundancia de tierras no utilizadas, se encontrarán con que ésta pertenece a alguien. Sea lo que fuere aquello en que trabajen, tienen que dar en todas partes alguna porción de sus ganancias por el privilegio de trabajar y pagar a alguna otra criatura humana por el privilegio de vivir. En conjunto, sus probabilidades serán mayores aquí que allí, porque éste es todavía un país nuevo y hace un siglo nuestros colonos constituían sólo una franja en la costa oriental de un vasto continente. Pero ya tenemos desde el Atlántico al Pacífico nuestros sobrantes humanos cuyo volumen será seguramente aumentado con parte de estos desperdicios humanos de Irlanda. Dondequiera que vayáis, en todo el país es conocido el «vagabundo»; y en esta ciudad metropolitana hay ya, según afirma la Sociedad para la Organización de la Caridad, un cuarto de millón de personas que viven de limosnas. Dentro de unos cuantos años, ¿qué haremos para encontrar un sitio en qué volcar esos sobrantes? ¿Será dificultad para nosotros la disminución que en los votos ocasione nuestra basura humana?

## SOBREPRODUCCION

Que, según declaró la Asamblea francesa, las desdichas públicas y la corrupción de los gobiernos provienen de la ignorancia, menosprecio o violación de los derechos humanos, puede verse en cualquier dirección que miremos. Considerad este tema de la «sobreproducción», del cual tanto oímos hablar, y al cual tan comúnmente se atribuye la paralización de los negocios y las dificultades para encontrar trabajo. Cuando pensemos en ello, ¿qué hay tan absurdo como hablar, en un sentido general, de sobreproducción? ¡Sobreproducción de riqueza!, cuando en todas partes hay una frenética lucha por más riqueza; cuando tantos tienen que afanarse y luchar y cavilar por ganarse la vida; cuando hay miseria y necesidad en clases numerosas. Notoriamente no puede haber sobreproducción en un sentido general y absoluto, mientras los deseos de riqueza no estén completamente satisfechos; hasta que nadie necesite más riqueza. Sobreproducción puede haberla, naturalmente. La producción de ciertas mercancías puede exceder tanto de la adecuada proporción con la producción de otras mercancías, que la total cantidad producida de aquéllas no pueda ser cambiada por bastante porción de aquellas otras mercancías para dar el pago habitual al trabajo y al capital consagrados a producirlas para la venta. Pero esta sobreproducción relativa es simplemente producción desproporcionada.

Puede resultar, bien del aumento de la producción de cosas de una clase, o bien de la disminución en la producción de cosas de otra clase.

Así, lo que nosotros llamaríamos una sobreproducción de relojes, significará, no que se han producido más relojes de los que son necesarios, sino que se han producido más de los que pueden venderse a un precio remunerador; sería puramente relativa. Puede nacer de un aumento en la producción de relojes, rebasando la capacidad para venta de relojes, o de la disminución en la producción de otras cosas, disminuyendo la capacidad para la compra de relojes. Por mucho que aumente la producción de relojes, dentro de los límites del deseo de relojes, no habrá sobreproducción si al mismo tiempo la producción de otras cosas aumenta suficientemente para que se pudiera dar por la aumentada cantidad de relojes una cantidad de otras cosas también proporcionalmente aumentada. Y por mucho que la producción de relojes decreciese, habrá una relativa sobreproducción si al mismo tiempo decrece

la producción de otras cosas en proporción bastante para disminuir en grado mayor la capacidad de dar otras cosas a cambio de relojes.

En una palabra: continuando el deseo, la sobreproducción de mercancías determinadas sólo puede ser relativa a la producción de otras mercancías, y puede resultar de un desproporcionado aumento en la producción de unas ramas de la industria o de una restricción productora en otras ramas. Pero aunque el fenómeno de la sobreproducción puede nacer así de causas que operen directamente aumentando la producción, o de causas que directamente operen refrenando la producción, lo mismo que el equilibrio de los platillos de una balanza puede ser perturbado por la adición o remoción de un peso, hay ciertos síntomas por los cuales podemos nosotros determinar de cuál de estas dos clases de causas procede una perturbación. Porque aunque una extensión y en un campo limitados estas diversas causas pueden producir efectos análogos, sus efectos generales diferirán ampliamente. El aumento de producción en cualquier rama de la actividad de la industria, tiende al general aumento de producción; la restricción de la producción en cualquier rama de la actividad tiende a la general reducción de la producción.

Esto puede verse por los diferentes efectos generales que se siguen del aumento o disminución de producción en las mismas ramas de la actividad. Supongamos que por el hallazgo de nuevas minas, el progreso de la maquinaria, la ruptura de asociaciones que las monopolizan o por cualquiera otra causa hay un grande y rápido aumento en la producción de carbón, desproporcionada con cualquiera otra en el aumento de otras producciones. En un mercado libre, el precio del carbón bajará en consecuencia. El efecto es permitir a todos los consumidores de carbón algún aumento en su consumo de carbón o algún aumento en su consumo de otras cosas, y estimular la producción reduciendo el coste de todas aquellas ramas de la actividad en que entra directa o indirectamente el uso del carbón. Así, el efecto general es aumentar la producción e iniciar una tendencia a restablecer el equilibrio entre la producción de carbón y la producción de las demás cosas, elevando el conjunto de la producción.

Pero que los dueños de yacimientos y las Compañías acuerden, como hacen frecuentemente, detener o reducir la producción de carbón, a fin de elevar el precio, e inmediatamente un gran conjunto de hombres dedicados a la producción de carbón encuentra su poder de compra suprimido o disminuido. Decrece, pues, la demanda de los artículos que habitualmente usaban; se disminuye la demanda y la producción en otras ramas de la actividad, y otros consumidores, a su vez, se ven obligados a disminuir su demanda. Al mismo tiempo la elevación del precio del carbón tiende a aumentar el coste de producción en otras ramas de la actividad en que es usado el carbón, y a disminuir juntamente la suma de carbón y de las demás cosas que los usuarios del carbón pueden pedir. Así, los obstáculos para la producción se difunden al través de todas las ramas de la actividad, y cuando se restablece el equilibrio entre

la producción de carbón y la producción de las demás cosas, se hace sobre una disminuída escala de la producción total.

Debe recordarse que todo comercio es el cambio de mercancías por mercancías —siendo el dinero tan sólo la medida del valor y el instrumento para efectuar cómoda y económicamente los cambios—. La demanda (que es cosa distinta del deseo, en cuanto implica poder de compra) es la petición de cosas a cambio de su equivalencia en otras cosas. La oferta es el ofrecimiento de cosas a cambio de su equivalencia en otras cosas. Esos términos son, por consiguiente, relativos. La demanda implica la oferta y la oferta implica la demanda. Cualquier aumento en la cantidad de cosas ofrecidas en cambio de otras cosas, aumenta a la vez la oferta y la demanda. E inversamente, cualquiera restricción en la presentación de cosas en el mercado de consumo, reduce la oferta y disminuye la demanda.

Así, aunque el mismo primario efecto puede ser causado sobre la oferta y la demanda relativa a una particular mercancía o grupo de mercancías, ya por el aumento de oferta de dicha mercancía, ya por la restricción en la oferta de otras mercancías. En el primer caso, los efectos generales serán estimular el trabajo atrayendo mayores ofertas de otra mercancía y aumentando la demanda total; y en el otro caso será deprimir el comercio disminuyendo la demanda total y reduciendo la oferta. La ecuación entre la oferta y la demanda de los productos agrícolas y los artículos manufacturados, puede, pues, ser alterada en la misma dirección y en la misma extensión por aquellas estaciones prósperas o progresos en la agricultura que reduzcan el precio de los productos agrícolas comparados con los artículos manufacturados, o por tales restricciones en la producción o cambio de los artículos manufacturados que eleven su precio comparados con los del producto agrícola. Pero, en el primer caso, el total producto de la sociedad sería aumentado. No solamente habría un aumento de los productos agrícolas, sino que la creciente demanda así ocasionada, estimularía la producción de artículos manufacturados; al par que esta prosperidad en las industrias manufactureras, permitiendo a aquellos que están dedicados a ellas a acrecentar su demanda de productos agrícolas, reaccionaría sobre la agricultura. En el segundo caso, el total producto sería disminuído. El aumento en el precio de los artículos manufacturados compelería a los labradores a reducir sus demandas, y esto, a su vez, reduciría la capacidad de aquellos que están consagrados a las manufacturas para pedir productos agrícolas. Así, el comercio decaería y la producción sería restringida en todos sentidos. Que así ocurre, podemos verlo en los diferentes efectos generales que resultan de las buenas y de las malas cosechas, aunque los altos precios puedan compensar individualmente a un labrador por una mala cosecha.

Recapitulemos: la sobreproducción puede proceder de causas que aumenten o de causas que disminuyan la producción. Pero el aumento de producción en cualquier rama de la actividad tiende a aumentar la producción en otras, estimula el comercio, aumenta la general prosperidad, y cualquier perturbación del equilibrio causado así puede ser fácilmente

reparada. La disminución en la producción de cualquier rama de la actividad, en cambio, tiende a disminuir la producción en otras, a deprimir el tráfico y a disminuir la general prosperidad, y la depresión así producida tiende a perpetuarse al través de más amplios círculos a medida que en una tras otra rama de la industria, la reducción en la producción disminuye el poder para demandar productos de otras ramas de la actividad.

Quien considere los vastos fenómenos que habitualmente son atribuidos a la sobreproducción, no puede dudar de cuál de estas dos clases de causas provienen aquellos. Verá que son síntomas, no del exceso de producción, sino de la restricción y la estrangulación de la producción.

«Hay entre nosotros muchas restricciones de la producción, directas e indirectas, porque la producción, debe recordarse, implica el transporte y el cambio, lo mismo que la fabricación de las cosas. Y las restricciones impuestas al comercio o a cualquiera de sus instrumentos puede operar desalentadoramente en la producción tan plenamente como las restricciones impuestas a la agricultura o a las manufacturas. El arancel que nosotros mantenemos con el deliberado propósito de estorbar nuestro comercio exterior y restringir el librecambio de nuestros productos por los productos de otros países, es en efecto, una restricción a la producción. Los monopolios que hemos creado o permitido surgir y que imponen su tributo al comercio exterior, o que mediante el acuerdo o la asociación disminuyen la oferta artificialmente, elevan los precios, restringen la producción de la misma manera, al par que los impuestos sobre ciertas manufacturas establecidos por nuestro sistema tributario restringen directamente la producción»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> No se discute aquí si los impuestos sobre los licores y el tabaco pueden ser defendidos por otras razones. Merece, sin embargo, la pena citarse lo que Adam Smith dijo acerca de este punto:

«Si consultamos la experiencia, la baratura del vino parece ser, no una causa de embriaguez, sino de sobriedad. Los habitantes de los países vitícolas son, en general, los pueblos más sobrios de Europa; testigos los españoles, los italianos y los habitantes de las provincias meridionales de Francia. La gente rara vez se hace culpable de abusar de aquello que constituye su alimento diario. Nadie se da aires de generosidad y de amistad siendo pródigo de un licor tan barato como la cerveza floja. Por lo contrario, en los países en que, por exceso de calor o de frío, no se producen uvas y, por consecuencia, es caro el vino y raro, la embriaguez es un vicio común, como ocurre entre las naciones del Norte y aun en aquellas que viven en los trópicos —los negros, por ejemplo, en la costa de Guinea—. Cuando un regimiento francés va desde las provincias septentrionales de Francia, donde el vino es caro, a instalarse en el Mediodía, donde el vino es muy barato, los soldados, según frecuentemente he oído decir, son al principio seducidos por la baratura y novedad del buen vino; pero al cabo de unos pocos meses de residencia, la mayor parte de ellos se hacen tan sobrios como el resto de los habitantes. Si se suprimieran los derechos sobre los vinos extranjeros y los consumos sobre la malta, la cerveza y el «ale» de una vez, se produciría de igual modo en la Gran Bretaña una casi general y transitoria tendencia a la embriaguez entre las clases media e inferior de los habitantes, a la que probablemente seguiría pronto una permanente y casi universal sobriedad. Ahora, la embriaguez no es el vicio de la gente elevada o de aquellos que pueden proporcionarse con facilidad los más costosos licores. Un caballero borracho de cerveza es rarísimo de ver, si alguna vez se ha visto, entre nosotros. Las restricciones en el tráfico de vinos en la Gran Bretaña, además, no parecen imaginadas tanto para estorbar al pueblo que vaya, por decirlo así, a la cervecería, como para impedirle que pueda comprar el licor que sea mejor y más barato». (*La riqueza de las naciones*, libro 4º, capítulo 3º).

«De igual modo es desalentada la producción por los impuestos directos establecidos por nuestros Estados, condados y municipios, los cuales en total exceden de los tributos del Gobierno federal. Esos impuestos gravan generalmente toda propiedad real y personal y al mismo tipo, y caen en parte sobre la tierra, que no es el resultado de la producción. Pero desde el momento en que no solo los edificios y mejoras están gravados, sino que la tierra sobre la cual se ha construido y que está mejorada, es universalmente gravada a tipo más alto y, por regla general, mucho más alto que la tierra de la misma cualidad no utilizada<sup>1</sup>, aun en el tributo que cae sobre el valor de la tierra opera como un freno de la producción».

«Producir, mejorar, es, así, castigado con una multa. Nosotros, en efecto, tratamos al hombre que produce riqueza o acumula riqueza, como si hubiera hecho algo que el interés público nos aconseja desalentar. Si es erigida una casa o construido un barco o una fábrica, viene el recaudador de impuestos para multar al hombre que ha hecho tal cosa. Si un labrador va a una tierra ociosa, que nada está añadiendo a la riqueza de la sociedad, la arrienda, la cultiva, la cubre de mieses o aloja en ella ganado, no solamente le hacen pagar por haber aumentado así la riqueza, sino que, como adicional freno contra que se hagan tales cosas, nosotros la gravamos a un tipo mucho más alto sobre el valor de su tierra que lo hacemos al hombre que retiene ociosa una parcela igual. Así también, si un hombre ahorra, nuestros impuestos operan para castigarlo por su abstención. De este modo la producción es refrenada en todos sentidos».

Pero no es esto todo. Tenemos un freno aún mayor para la producción.

Si hay en este universo inteligencias superiores consagradas, con más altas facultades, al estudio de sus maravillas, al que algunas veces examine el planeta que habitamos con la misma atenta curiosidad con que nosotros observamos al través del microscopio las bacterias que una gota de agua contiene, le sorprenderá grandemente la manera de estar distribuida la población en un país como éste. En nuestras ciudades encontrará la gente apiñada tan estrechamente que tienen que vivir unos sobre otros en hileras. En el campo verá la gente tan diseminada que pierden todas las ventajas de la vecindad. Verá edificios construidos en las afueras de nuestras ciudades, mientras que tierras mucho más útiles permanecen vacantes. Verá hombres que recorren largas distancias para cultivar tierra, mientras todavía queda abundancia de tierra que cultivar en las localidades de que vienen y en aquellas al través de las cuales pasan. Y a medida que estas más elevadas inteligencias observasen este proceso de colonización, al través de aquella clase de microscopios que sean necesarios para observar a criaturas como nosotros, advertirían que en la mayoría de los sitios estos colonos, en vez de atraerse entre sí, dejan de uno a otro grandes extensiones de tierra sin utilizar. Si en el universo hay sociedades que sean para nosotros lo que nuestras sociedades

<sup>1</sup> Esto proviene de la idea universalmente difundida, pero absolutamente falsa, de que la propiedad sólo debe pagar impuestos en proporción a la renta que rinde. En la Gran Bretaña esto se lleva a extremo tal que la tierra no utilizada no paga impuestos por mucho valor que tenga.

de cultura son para las hormigas e insectos, estos fenómenos tienen que llevarles a imaginar muy curiosas teorías.

Imaginad el panorama de New-York a vista de pájaro, como pudiera apreciarse desde un globo. Las casas se elevan contra el cielo —ocho, diez, hasta quince pisos, hilera sobre hilera de gente—, viviendo una familia sobre otra sin agua suficiente, sin suficiente luz o aire, sin sitio para esparcir el ánimo o espacio para jugar. Tan apretados están los edificios que las calles parecen angostas zanjas abiertas en el ladrillo y el mortero, y de calle a calle se estrechan los bloques sólidos casi hasta juntarse; en los más nuevos distritos, solo un espacio de veinte pies, una mera hendidura en la obra de fábrica, por la que apenas puede penetrar un rayo de sol al mediodía, sirve para separar las traseras de la casa que da a una calle de la que tiene la fachada a otra calle. Sin embargo, en torno de esta ciudad y con fácil acceso desde su centro hay abundancia de tierra vacante; dentro de los límites de la ciudad, realmente ni la mitad de la tierra está edificada: y muchas manzanas de altas casas de vecindad están circuidas por lotes vacantes. Si el progreso de nuestros telescopios fuera tal que nos dejara ver en otro planeta lagos en que el agua, en vez de presentar una superficie llana, rizada solo por la acción del viento, se elevara en enormes columnas, apenas nos dejaría más perplejos que aquellos fenómenos dejarían a aquellas extraterrenas inteligencias que yo he supuesto. ¿Cómo es, se pondrán a pensar, que la presión de la población que apila familias hilera sobre hilera, una sobre otra y elevan tales torreones de viviendas y talleres, no cubren esa tierra vacante con edificios y hogares? Tiene que haber alguna causa que lo impida; pero encontrarla sería para ellos un rompecabezas.

Un isleño del mar Austral, sin embargo, uno de esos antiguos paganos a quienes para civilizarlos casi hemos exterminado, podría hacer una conjetura. Si uno de sus altos jefes estigmatiza un lugar u objeto, ninguno de los que participan de esas salvajes supersticiones osará utilizarlo o tocarlo. Rodeará millas antes que poner los pies sobre el terreno estigmatizado; antes se secaría o moriría de sed, que beber de la fuente estigmatizada; se iría hambriento, aunque el fruto del árbol estigmatizado se pudriera en el suelo ante sus ojos. Un isleño del mar Austral diría que esa tierra vacante estaba bajo el «tabú». Y no estaría muy lejos de la verdad. Esta tierra está vacante simplemente porque está maldecida por aquella forma de tabú que nosotros supersticiosamente veneramos bajo los nombres de «propiedad privada» e «intereses creados».

La invisible barrera sin la cual se elevarían edificios y se extendería la ciudad, es el alto precio de la tierra, un precio que se aumenta con tanta mayor seguridad cuanto con mayor claridad se ve que una población creciente necesita la tierra. Así, mientras más vigoroso es el incentivo para el uso de la tierra, más alta la barrera que se opone contra su uso. Se construyen casas de vecindad en medio de tierras vacantes, porque el precio que hay que pagar por la tierra es tan grande que las

gentes que no disponen de tan grandes medios tienen que economizar el uso de la tierra viviendo una familia sobre otra.

Mientras en todas nuestras ciudades el valor de la tierra que aumenta no solo con el crecimiento de aquella, sino también con la expectativa de ese crecimiento, coopera así para restringir la edificación y las mejoras; sus efectos se manifiestan en la campaña de modo algo distinto. En vez de un indebido hacinamiento de gente, hay una indebida diseminación de ella. La expectación en el provecho por el alza en el valor de la tierra lleva a aquellos que adquieren tierra nueva a no contentarse con la que más provechosamente pudiera usar, sino a obtener toda la tierra que les sea posible aunque tengan que dejar ociosa gran parte de ella, y se apoderan de grandes extensiones de tierra, gentes que no se proponen usar ninguna parte de ellas, sino que simplemente hacen sus cálculos para sacar un provecho de aquellos que, andando el tiempo, serán impelidos a utilizarlas. Así la población es enrarecida, perdiendo no solo todas las comodidades, refinamientos, deleites y estímulos que provienen de la comunicación, sino con gran pérdida del poder productivo. El aumento del coste de la producción, construcción y conservación de caminos y ferrocarriles, las mayores distancias a que los productos y las mercancías tienen que ser transportados, las dificultades que la separación pone al comercio entre los hombres, comercio necesario aun en las más rudas formas de la producción moderna, todo esto retarda y disminuye la producción. Del mismo modo que el alto valor de la tierra en una gran ciudad y sus inmediaciones hace más difícil la erección de edificios, así el aumento en el valor de la tierra agrícola hace más difícil mejorarlos. Mientras más alto es el valor de la tierra, más capital necesita el labrador para comprarla; y si la compra a plazos o la arrienda, la mayor parte de sus ganancias tiene que entregarlas cada año. Hombres que con afán mejorarían y cultivarían la tierra si se les permitiera utilizarla, son de este modo eliminados, tienen que atravesar grandes distancias y despilfarran sus medios buscando oportunidades mejores, o tienen que aumentar las filas de aquellos que buscan ocupación como trabajadores asalariados, o que ir a las ciudades o a los centros fabriles tratando de ganarse la vida, o permanecer parados con frecuencia durante largos períodos, y algunas veces hasta que se desmoralizan por entero y se hacen peores que los inútiles vagabundos.

Así la producción es dificultada en todas aquellas manifestaciones que constituyen el cimiento para las demás. Esta restricción en la producción de alguna forma de riqueza disminuye la demanda de otras formas de riqueza, y de este modo el efecto se va propagando de una rama de la industria a otra, engendrando el fenómeno que se denomina superproducción, pero que primariamente se debe a la restricción en la producción.

Y a medida que el valor de la tierra tiende a subir, no solo con el crecimiento de la población y de la riqueza, sino con la expectativa de este crecimiento, haciendo que coopere a este movimiento ascendente el poderoso y quimérico sentimiento de la esperanza, hay una constante ten-

dencia singularmente fuerte, en los países que rápidamente se desarrollan, para llevar el precio de la tierra más allá de aquel punto en que el trabajo y el capital pueden dedicarse provechosamente a la producción, y el único freno contra esto es la negativa del trabajo y el capital a dedicarse a producir. Esa tendencia se hace peculiarmente fuerte en fechas periódicas, cuando es alta la fiebre de la especulación y lleva finalmente a una correspondiente general y repentina restricción productora, que propagándose (por la restricción de la demanda) a través de todas las ramas del trabajo, es la causa capital de aquellos paroxismos conocidos como crisis comerciales o industriales y que se caracterizan por el despilfarro del capital, el trabajo ocioso, las existencias de artículos que no pueden ser vendidos sin pérdidas y la necesidad y el padecimiento generales. Verdad es que otras restricciones al libre juego de las fuerzas productoras operan para promover, intensificar y continuar estas dislocaciones del sistema industrial; pero que en esto consiste la causa fundamental y primaria, creo que no es discutible.

Y he aquí una cosa tal vez más clara: que cualquiera que sea la causa de que provenga originariamente la perturbación en las relaciones industriales y comerciales, estas depresiones periódicas en que la demanda y la oferta parecen incapaces de coincidir y satisfacerse recíprocamente, no podrían ser generales y persistentes si las fuerzas productoras tuviesen libre acceso a la tierra. Nada semejante a una general y prolongada congestión del capital y del trabajo podría sobrevenir si estuviera abierta esa válvula natural. Una vez manifestados los circunstanciales síntomas de relativa sobreproducción en cualquier rama secundaria del trabajo, serían mitigados por la vuelta del capital y del trabajo hacia aquellas ocupaciones que extraen del suelo riqueza.

Así, pues, podemos ver que aquellas desdichas públicas a que llamamos «paralización de negocios» y «malos tiempos», aquellos infortunios públicos que en periodos intensos ocasionan mayores daños y padecimientos que las grandes guerras, dimanen en realidad de nuestra ignorancia y violación de los derechos humanos, de nuestro menosprecio hacia el igual e inalienable derecho de todos los hombres para acudir libremente a la naturaleza para la satisfacción de sus necesidades y a retener para su uso propio todos los frutos de su trabajo.

## TRABAJO SIN EMPLEO

Ya hemos visto cómo la violación de los derechos humanos es el elemento esencial en la formación de las grandes fortunas cuyo crecimiento es tan característico de nuestro desarrollo. Y con la misma claridad podemos ver que de igual causa dimanar la miseria y el pauperismo. El vagabundo es el complemento del millonario.

«Consideremos este terrible fenómeno, el vagabundo —una aparición más amenazadora para la república que la de ejércitos y escuadras hostiles que vinieran a destruirla—. ¿Qué es el vagabundo? Al principio es un hombre capaz de trabajar y deseoso de trabajar para satisfacer sus necesidades; pero que no encontrando de trabajar donde está, se pone en movimiento en busca de él; que no encontrando durante un largo período dónde trabajar, parte en su busca; que fracasando en esta busca se ve impelido durante el período siguiente, por aquellas imperativas necesidades, a mendigar o a robar; y que así, perdiendo el respeto de sí propio, pierde cuanto anima, eleva, estimula al hombre a la lucha y al trabajo; se convierte en un vagabundo y en un proscrito, en un paria ponzoñoso que se venga en la sociedad de la injusticia que él, aguda, aunque vagamente, siente que la sociedad ha cometido con él».

Sin embargo, el vagabundo, aunque hoy existe desde el Atlántico al Pacífico, es solo una parte del fenómeno. Tras él, aunque no manifiesta, salvo en lo que llamamos malos tiempos, existe, aun en éstos que ahora consideramos tiempos normales, una gran masa de trabajadores sin empleo que no saben, no quieren o aun no se ven obligados a vagabundear, pero que guardan con el vagabundo la misma relación que la parte sumergida de un témpano con la parte mucho más pequeña que sobresale de la superficie.

La dificultad que tantos hombres que gustosamente trabajarían para satisfacer sus necesidades encuentran para hallar ocasión de ello es tan común, que no nos sorprende ni promueve, salvo cuando se hace particularmente, investigación alguna. Estamos tan acostumbrados a ello, que aunque sabemos que el trabajo en sí mismo es desagradable y que nunca ha existido un ser humano que quisiera trabajar por el gusto de trabajar, hemos habituado nuestro pensamiento y hablamos como si el trabajo fuera en sí mismo un bien. Tan hondamente arraigada se halla esta

idea en la conciencia general, que nosotros seguimos una política fundada sobre la idea de que mientras más trabajo hagamos para las naciones extranjeras y menos permitamos que ellas hagan para nosotros, estaremos mejor; y en público y en privado oímos alabar hombres y defender iniciativas «porque proporcionan trabajo»; mientras que hay muchos que con más o menos precisión sostienen la idea de que los inventos economizadores del trabajo han operado perjudicialmente, disminuyendo el conjunto del trabajo que había que hacer.

Manifiestamente el trabajo no es un fin, sino un medio; manifiestamente no puede haber verdadera escasez de trabajo, que no es más que el medio de satisfacer las necesidades materiales, hasta que todas las necesidades humanas estén satisfechas. ¿Cómo, pues, explicaremos los hechos notorios que llevan a los hombres a pensar y a hablar como si el trabajo fuera en sí mismo deseable?

Cuando consideremos que el trabajo es el productor de toda riqueza, el creador de todos los valores, ¿no es extraño que el trabajo experimente dificultad para encontrar empleo? El cambio de aquello que da valor a todas las mercancías por mercancías debe ser el más seguro y más fácil de los cambios. El deseo de cambiar trabajo por alimentos o vestidos o por cualquiera otra de las muchas cosas que el trabajo produce, es como el deseo de cambiar oro en polvo por oro acuñado, algodón por lienzo o trigo por harina. Aún más: esto es apenas análogo. Porque como las condiciones en las cuales se efectúa generalmente el cambio de trabajo por mercancías son usualmente que se entregue primero el trabajo, el hombre que ofrece trabajo en cambio propone generalmente producir y rendir valor antes de que se le devuelva el valor.

Siendo éste el caso, ¿por qué la competencia de los patronos por obtener obreros no es tan grande como la competencia de los obreros por obtener empleo? ¿Por qué no consideramos al hombre que da trabajo como la parte que hace el bien mejor que al hombre que, según decimos, proporciona trabajo?

«Así necesariamente ocurriría si cuando decimos que el trabajo es el productor de la riqueza expresáramos la totalidad del pensamiento. Pero el trabajo es sólo el productor de la riqueza en el sentido de que es el factor activo de la producción. Para producir riqueza el trabajo ha de tener acceso a sustancias y fuerzas naturales preexistentes. El hombre no tiene el poder de sacar algo de la nada. No puede crear un átomo de materia o iniciar el más ligero movimiento. Aun siendo grandes sus poderes para modificar la materia y utilizar la fuerza, son simplemente facultades de adaptación, cambio o nueva combinación de lo que previamente existe». La sustancia de la mano con que yo escribo estas líneas, así como el papel sobre el cual escribo, ha constituido previamente la sustancia de otros hombres y de otros animales y de plantas, suelos, rocas, atmósferas, probablemente de otros mundos y de o-

tros sistemas. Y lo mismo la fuerza que impele mi pluma. Todo lo que sabemos de ello es que ha actuado y reaccionado dentro de lo que a nosotros nos parece círculo eterno y que parece venir a este planeta desde el Sol. La destrucción de la materia y el movimiento, como la creación de la materia y el movimiento, son, para nosotros, cosas inconcebibles.

En el ser humano, por vías misteriosas que ni las investigaciones de los fisiólogos ni la especulación de los filósofos nos permite comprender, una consciente y reflexiva inteligencia adquiere el dominio durante un tiempo limitado y en una limitada extensión de la materia y el movimiento contenidos en el organismo humano. La facultad de contraer o dilatar los músculos humanos es la fuerza inicial con que la inteligencia humana opera sobre el mundo material. Por el uso de este poder son utilizados otros poderes y las formas y relaciones de la materia son cambiadas en concordancia con el humano deseo. Pero por grande que sea nunca el poder de afectar y usar la naturaleza externa por la inteligencia humana así obtenido —y la magnitud de ello apenas comenzamos ahora a vislumbrarlo—, siempre será tan sólo el poder de afectar y usar lo que previamente existía. Sin acceso a la naturaleza externa, sin la facultad de aprovecharse de su existencia y fuerzas, el hombre no sólo sería impotente para producir algo, sino que cesaría de existir en el mundo material. El mismo, en su organismo físico al menos, no es sino una forma cambiante de la materia, un pasajero modo de movimiento que tiene que salir continuamente de los depósitos de la naturaleza externa.

Sin uno de estos tres elementos, tierra, aire y agua, el hombre no podría existir; pero es particularmente un animal terrestre que vive sobre la superficie de la tierra y de ésta saca sus provisiones. Aunque puede navegar por el océano y algún día podrá navegar por el aire, sólo le es posible hacerlo utilizando los materiales sacados de la tierra. La tierra es para él gran almacén de materias primas y el gran depósito de las fuerzas que necesita emplear para satisfacer sus necesidades, y como la riqueza consiste en materias y productos de la Naturaleza que han sido obtenidos o modificados por el esfuerzo humano de modo que se adapten a la satisfacción de los deseos humanos<sup>1</sup>, el trabajo es el factor activo en la producción de la riqueza, pero la tierra es el factor pasivo sin el cual el trabajo no podría producir ni existir.

Tan patente es todo esto que afirmarlo parece perder el tiempo. Sin embargo, en este hecho patente reside la explicación del enigma que a todos parece un rompecabezas insoluble: la cuestión del trabajo. Lo que parece inexplicable si nosotros perdemos de vista la absoluta y cons.

1 Por grande que sea su utilidad, nada puede ser considerado como riqueza si no requiere trabajo para su producción; ni por mucho trabajo que su producción haya requerido, nada puede conservar el carácter de riqueza sino mientras puede satisfacer el deseo.

tante dependencia del hombre respecto de la tierra, es claro cuando la percibimos.

Imaginemos lo mejor que podamos una sociedad humana en un mundo tan parecido como sea posible al nuestro, pero con una esencial diferencia. Supongamos que este imaginario mundo y sus habitantes está constituido de tal modo que los hombres pueden sostenerse en el aire y que con la materia prima del aire pueden producir con su trabajo lo necesario para su nutrición y vida. No quiero suponer un estado de cosas en que los hombres floten de modo parecido al pájaro en el aire o los peces en el océano, proveyendo las necesidades primas su vida animal con lo que pudiera encontrar aquí y allá. Simplemente estoy tratando de suponer un estado de cosas en que los hombres según ellos son, estuvieran relevados de la absoluta dependencia respecto de la tierra, ya como lugar de residencia, ya como depósito de materia y fuerza. Supongamos que el trabajo sea tan necesario como lo es para nosotros, los deseos humanos tan incontables como en nosotros, que el poder acumulativo del trabajo diera al capital tantas ventajas como entre nosotros y que la división del trabajo haya ido tan lejos como entre nosotros, con la única diferencia (no habiendo sido concebida la idea de convertir el aire en propiedad privada) de que ninguna criatura humana sería compelida a pactar con otra a fin de obtener un lugar de residencia y acceso en las materias y fuerzas sin las cuales el trabajo no puede producir. En tal estado de cosas, por minuciosa que hubiera llegado a ser la división del trabajo, por grande que hubiera sido la acumulación del capital o por mucho que hubieran avanzado las invenciones economizadoras del trabajo, no podría haber nada semejante a un exceso de la oferta del trabajo sobre la demanda del trabajo; no podría haber dificultad alguna para encontrar empleo; y el espectáculo de hombres con deseo de trabajar, teniendo en su cerebro y en sus músculos el poder de subvenir a las necesidades propias y a las de su familia, y compelidos, sin embargo, a mendigar trabajo o limosna no aparecerían nunca. Estando en la facultad de cada hombre capaz para el trabajo el aplicar su trabajo directamente a la satisfacción de sus necesidades sin pedir permiso a nadie, esta competencia abrumadora, en que los hombres que tienen que encontrar trabajo o perecer se ven obligados a luchar unos contra otros, no podrá surgir nunca.

Podría haber variaciones en la demanda de determinadas mercancías o servicios, las cuales producirían variaciones en la demanda de trabajo en las distintas ocupaciones y haría que los salarios en dichas ocupaciones se elevaran algo sobre el general nivel o disminuyeran algo; pero la capacidad de trabajo para emplearse a sí propio, la libertad de indefinidas expansiones en los empleos primarios permitirían al trabajo acomodarse a estas variaciones, no sólo sin pérdida o padecimientos, sino tan fácilmente que apenas se advertirían. Porque las ocupaciones se enlazan entre sí por grados imperceptibles por minuciosa que sea la división del trabajo —y mientras más minuciosa la división del trabajo, más insensible la gradación— de modo que hay en cada ocupa-

ción trabajadores que podrían pasar a otras fácilmente para remediar rápidamente contracciones y expansión que en un estado de libertad ocurriese. La posibilidad de una dilatación indefinida en las ocupaciones primarias, la aptitud de cada uno para ganarse la vida recurriendo a ellas, daría elasticidad al conjunto del sistema industrial.

Bajo tales condiciones el capital no podría oprimir al trabajo. Ahora, en toda disputa entre el capital y el trabajo, el capital disfruta la enorme ventaja de ser más capaz de resistir. El capital pierde cuando no está empleado; pero el trabajo perece. Pero, allí donde el trabajo pudiera emplearse a sí propio, la desventaja en cualquier conflicto estaría del lado del capital, a la par que aquel exceso de trabajo sin empleo que permite al capital hacer tan ventajoso trato con el trabajo no existiría. El hombre que necesita que otros trabajen para él no encontraría hombres pugnando por empleo, sino que encontrando todo el trabajo ya empleado, a fin de decidirle a que se empleara para él tendría que ofrecerle salarios más altos de los que pudieran encontrar por sí propios los hombres que él necesita. La competencia sería entre patronos por obtener obreros, más que entre obreros por obtener trabajo, y así las ventajas que la acumulación de empleo y capital da para la producción de riqueza, irían (salvo lo suficiente para asegurar la acumulación y empleo al capital) finalmente al trabajo. En tal estado de cosas, en vez de pensar que el hombre que emplea a otro le está haciendo un favor, se pensaría mejor que el hombre que se presta a trabajar para otro es la parte generosa.

Suponer que bajo tales condiciones podría haber una desigualdad en la distribución de la riqueza como la que ahora vemos, exigiría una presunción más violenta que la que hemos hecho suponiendo que sea el aire en vez de serlo la tierra el elemento de que principalmente se deriva la riqueza. Pero aun imaginando que las actuales desigualdades pudieran ser trasladadas a dicho estado, es evidente que las grandes fortunas podrían servir de poco y no podrían continuar sino durante corto tiempo. Donde el trabajo esté siempre buscando empleo en cualesquiera condiciones; donde las masas ganan solamente una vida mísera y la falta de empleo significa angustia y privaciones y aun la mendicidad o la inanición, estas grandes fortunas tienen un poder monstruoso. Pero en un estado de cosas en que no hubiera trabajo sin empleo, en que cada uno pudiera ganarse la vida para sí y su familia sin miedo o favor, ¿qué podrían hacer 100 ó 500 millones en el sentido de capacitar a su poseedor para oprimir o tiranizar?

La piedra de molino de arriba no puede moler sola; para que mueva es necesaria igualmente la otra piedra. Ninguna prensa de fuerza rompería un cascarón de huevo si se ejerciera solamente por un lado. De igual modo el capital no podría oprimir al trabajo si el trabajo tuviera libre las oportunidades naturales, y en un mundo donde estas materias y oportunidades naturales fueran tan libres para todos como lo es el aire, para nosotros no habría dificultad para encontrar empleo, ni bra-

zos voluntariosos junto a estómagos hambrientos, ni tendencia de los salarios hacia el *mínimum* con el cual puede el trabajo vivir miserablemente. En un mundo tal no pensaríamos en dar las gracias a quien nos proporcionara trabajo más de lo que aquí pensamos en dárselas a nadie porque nos proporcione aire.

Que el Creador pudo ponernos en un mundo como este que yo he imaginado tan fácilmente como en el actual no lo dudo. Podremos, sin embargo, a mi juicio, ver por qué no lo ha hecho. Esa clase de mundo sería la mejor para los idiotas. Este es el mejor para hombres que usen la inteligencia de que Aquél nos ha dotado. De esto, sin embargo, hablaremos después. Lo que ahora estoy tratando de hacer, al pedir a mis lectores que procuren imaginar un mundo en que las oportunidades naturales fuesen «tan libres como el aire», es mostrarles que la barrera que impide al trabajo el uso libre de la tierra es la piedra inferior del molino contra la cual el trabajo es triturado; la verdadera causa de las dificultades que surgen en el conjunto del organismo industrial.

Pero podría decirse, como he oído con frecuencia: «no todos necesitamos tierra, no todos podemos hacernos labradores».

A esto replico que todos necesitamos tierra, aunque en diferentes sentidos y en varios grados. Sin tierra ningún ser humano puede vivir; sin tierra ninguna ocupación humana puede efectuarse. La agricultura no es el único uso de la tierra, solamente uno de sus muchos usos. Y así como el último piso del más alto edificio descansa sobre la tierra tan efectivamente como el primero, así el operario fabril es tan verdaderamente un usuario de tierra como el labrador. Puesto que toda riqueza es, en último análisis, el resultado de la tierra y del trabajo, toda producción es, en último análisis, del empleo del trabajo sobre la tierra.

Ni es verdad que no podamos hacernos todos labradores. Esta es la única cosa que todos podemos ser. Si todos los hombres fueran mercaderes, o sastres, o mecánicos, todos los hombres perecerían pronto. Pero ha habido y existen todavía sociedades en que todos obtienen la subsistencia directamente de la Naturaleza. Las ocupaciones en que se recurre directamente a la Naturaleza son las ocupaciones primitivas, de las cuales, a medida que la sociedad progresa, van separándose las demás. Por muy compleja que sea la organización industrial, éstas tienen que seguir siendo siempre las ocupaciones fundamentales sobre las que todas las demás ocupaciones se apoyan, exactamente como los pisos superiores de un edificio descansan sobre los cimientos. Ahora, como siempre, «el labrador alimenta a todos». Y necesariamente las condiciones del trabajo en estas primeras y más dilatadas ocupaciones determinan la general condición del trabajo, exactamente como el nivel del Océano determina el nivel de todas las rías, ensenadas y caletas. Donde hay una gran demanda de trabajo para la agricultura y son altos los salarios, tiene que haber una gran demanda del trabajo y salarios altos en todas las ocupaciones. Donde es difícil obtener empleo en la

agricultura y los salarios son bajos, tiene que haber pronto una dificultad para obtener empleo y bajos salarios en todas las ocupaciones. Ahora bien; lo que determina la demanda de trabajo y el tipo del salario en el agricultor es manifiestamente la actitud del trabajo para emplearse a sí propio; es decir: la facilidad con que la tierra puede ser obtenida. Esta es la razón por la que en los países nuevos, donde se tiene fácilmente tierra, los salarios, no sólo en la agricultura, sino en todas las ocupaciones, son más altos que en los países viejos, donde es difícil obtener tierra. Y así ocurre que a medida que el valor de la tierra aumenta, los salarios bajan y surge la dificultad de encontrar empleo.

Cualquiera puede ver esto con sólo mirar en derredor. Claramente la dificultad de encontrar empleo, el hecho de que en todas las profesiones, por regla general, la oferta de trabajo parezca exceder a la demanda de trabajo, dimana de las dificultades que impiden al trabajo emplearse a sí propio —de la barrera que se interpone entre el trabajo y la tierra—. Que haya un exceso de trabajo en cualquiera ocupación nace de la dificultad de encontrar empleo en las demás ocupaciones, sin lo cual aquel exceso sería inmediatamente absorbido. Cuando hay una gran demanda de escribientes, ningún tenedor de libros puede padecer por falta de ocupación. Y de igual modo hasta llegar a las ocupaciones fundamentales que extraen directamente de la tierra riqueza, ocupaciones en las cuales la apertura de oportunidades al trabajo para emplearse a sí propio pronto absorbería todo sobrante en las ocupaciones derivadas. No es que cada mecánico u operario o empleado sin ocupación pudiera u obtuviera una granja, sino que de todas las varias ocupaciones se volvería hacia la tierra para atenuar la concurrencia de trabajo sobrante.



### LOS EFECTOS DE LA MAQUINARIA

Si examinamos los efectos de las invenciones economizadoras de trabajo, veremos claramente cómo la ignorancia, el menosprecio y la violación de los derechos naturales pueden trocar los beneficios públicos en públicas desdichas.

No es sólo por una ciega animadversión contra las innovaciones por lo que hasta los más pensadores e inteligentes chinos se oponen a la introducción de las máquinas economizadoras de trabajo de la civilización occidental en la densa población de aquel país. Reconocen la superioridad que en muchas cosas nos han dado los inventos; pero a su juicio esta superioridad tiene que ser pagada finalmente a precios muy altos. Los pensadores orientales, en efecto, miran los grandes poderes alcanzados por la civilización occidental de modo algo semejante a como el espíritu europeo medioeval miraba los poderes que, a su juicio, habían sido obtenidos por artes mágicas, pero cuya utilidad había de pagarse finalmente con la destrucción del cuerpo y la condenación del alma. Y hay en los actuales aspectos y tendencias de nuestra civilización mucho que confirma a los chinos en este juicio.

Es claro que los inventos y descubrimientos, que durante este siglo han aumentado tan enormemente el poder productor de riqueza, no han probado ser un bien sin mezcla. No solamente son distribuidos con desigualdad sus beneficios, sino que están causando efectos absolutamente nocivos. Concentran el capital y aumentan el poder de estas concentraciones para monopolizar y oprimir. Van haciendo al trabajador más dependiente; dispensándole de las ventajas de la pericia y de las oportunidades para adquirirla; disminuyendo su imperio sobre su propia condición y su esperanza de mejorarla; oprimen su entendimiento y, en muchos casos, deforman y enervan su cuerpo.

Me parece imposible considerar las actuales tendencias de nuestro desenvolvimiento industrial sin sentir que, si no podemos escapar a ellas, tienen razón los filósofos chinos, y que los poderes que hemos tomado a nuestro servicio tienen finalmente que destruirnos. Hemos reducido el coste de producción, pero al hacerlo son depauperados los niños y hechas inadecuadas las mujeres para los deberes de la maternidad y degradados los hombres hasta la condición de meros alimentadores de má-

quinas. No hemos disminuído la fiereza de la lucha por la existencia. Aunque trabajamos con una intensidad y aplicación que no deja, a la gran mayoría de nosotros, tiempo y fuerza para más, hemos acrecentado, no disminuído, las ansiedades de la vida. La locura va aumentando, el suicidio va aumentando y la tendencia a eludir el matrimonio va aumentando. De un lado se levantan enormes fortunas; pero en el otro lado aparecen absolutos parias. Son éstos síntomas de enfermedad que ningún provecho puede compensar.

Sin embargo, es notoriamente equivocado atribuir necesariamente el bien o necesariamente el mal a los progresos e invenciones que van cambiando de este modo las relaciones industriales y sociales. Aquellos aumentan el poder, y el poder puede operar ya para bien, ya para mal, según la inteligencia lo dirige o deja de dirigirlo.

Consideremos los efectos de la introducción de la maquinaria economizadora de trabajo, o mejor, de todos los descubrimientos, invenciones y mejoras que aumentan el producto que una determinada suma de trabajo puede obtener.

En aquel primitivo período en que el trabajo de cada familia subviene a sus necesidades, cualquiera invención o descubrimiento que aumentase el poder de satisfacer una de estas necesidades aumentaría el poder de satisfacer otras, puesto que el trabajo economizado en un sentido puede ser empleado en otros.

Cuando ha comenzado la división del trabajo y diferentes individuos se dedican a diferentes partes de la producción, la ventaja obtenida por un progreso economizador del trabajo en una rama de la producción se repartirá de análoga manera entre las otras. Si, por ejemplo, se progresa en la fabricación del paño y en la manufactura del hierro, el efecto será que un bushel de grano será cambiado por más paño y más hierro; y así el labrador podrá obtener con menos trabajo la misma cantidad de otras cosas que necesite o una cantidad algo mayor por el mismo trabajo. Y lo mismo ocurrirá a los demás productores.

Hasta cuando el progreso se mantiene secreto y el invento es protegido durante algún tiempo por una patente, sólo en parte puede retener el beneficio. Es lo general y característico de los progresos economizadores de trabajo, por lo menos después que se ha logrado cierta altura en las artes, que sea necesaria la producción de grandes cantidades para conseguir la economía. Y aquellos que tienen el monopolio son impelidos, por su deseo de obtener mayores provechos, a producir más a un precio más bajo, mejor que a producir la misma cantidad a los precios anteriores, capacitando así a los productores de otras cosas para obtener por menos trabajo aquellas cosas en cuya producción se ha efectuado la economía, y difundiendo así parte del beneficio, generalmente la mayor parte, por todo el campo de la actividad.

De este modo todas las invenciones economizadoras del trabajo tienden a aumentar el poder productivo del conjunto del trabajo, y excepto en aquella parte en que son monopolizadas, su total beneficio se difunde de esa manera. Porque si el trabajo se hace más provechoso en una ocupación que en otras, se retira el trabajo de aquéllas hasta que el promedio líquido en las diferentes ocupaciones es restablecido. Y de igual modo, donde no se impide artificialmente, la misma tendencia eleva a un nivel común las ganancias del capital. El efecto directo de los progresos e invenciones que aumentan el poder productivo es siempre; debe notarse, acrecentar las ganancias del trabajo, nunca aumentar las ganancias del capital. La ventaja, aun en aquellos progresos que a primera vista pueden parecer mejores economizadores de capital que economizadores de trabajo, como, por ejemplo, una invención que disminuya el tiempo necesario para curtir pieles, viene a ser una propiedad y ventaja del trabajo. La razón es, para no entrar en una explicación más complicada, que el trabajo es el factor activo de la producción. El capital es meramente su herramienta o instrumento. Las grandes ganancias hechas por determinados capitalistas utilizando los progresos, no son ganancias del capital, sino generalmente ganancias del monopolio, aunque alguna vez puedan ser ganancias del azar o de la administración. El tipo del interés, que es la medida de las ganancias del capital, no ha aumentado con todo el enorme progreso economizador de trabajo de nuestro siglo. Por lo contrario, su tendencia ha sido a disminuir. Pero la demanda de las grandes sumas de capital, que es generalmente característica de los progresos economizadores de trabajo, aumenta las facilidades con que aquellos que tienen grandes capitales pueden establecer monopolios que les permitan interceptar lo que naturalmente iría al trabajo. Esto, sin embargo, es un efecto más que una causa del fracaso del trabajo en la obtención del beneficio de los progresos de producción.

Para hallar la causa tenemos que ir más lejos. Aunque los progresos economizadores de trabajo aumenten el poder del trabajo, ningún progreso o invento puede eximir al trabajo de su dependencia respecto de la tierra. Los progresos economizadores de trabajo sólo aumentan el poder de producir de la tierra riqueza. Y estando monopolizada la tierra como propiedad privada de algunos hombres, que así pueden impedir a otros que la usen, todas estas ganancias, que primariamente lo son del trabajo, pueden ser exigidas del trabajo por los dueños de la tierra en forma de renta más alta o de más alto precio. Así, como hemos visto, la marcha de los progresos e invenciones no ha aumentado ni el interés ni los salarios; pero su efecto general ha sido en todas partes aumentar el valor de la tierra. Donde se ha conseguido aumento de salario ha sido por la asociación o por la concurrencia de causas especiales; pero los resortes del aumento en la productividad, que primariamente pertenecen al trabajo, que han sido absorbidos por el trabajo, es relativamente trivial. Alguna parte de ella ha ido a otros monopolios; pero la mayoría de ella ha ido al monopolio del suelo, ha acrecentado las rentas territoriales y ha elevado el valor de la tierra.

El ferrocarril, por ejemplo, es un gran invento economizador de trabajo. No aumenta la cantidad de grano que el labrador puede obtener, ni la cantidad de artículos que el manufacturero puede fabricar; pero reduciendo el coste del transporte, aumenta la cantidad de todas las varias cosas que pueden ser obtenidas en cambio de productos de cualquier clase, lo que prácticamente equivale a lo mismo.

Estas ventajas primariamente adquiridas por el trabajo, es decir, las ventajas dadas por el ferrocarril en la zona a que afecta, son economizar trabajo: permitir al mismo trabajo la obtención de más riqueza. Pero, como vemos, en donde quiera se han construido ferrocarriles, no es el trabajo el que obtiene esa ganancia. Siendo el ferrocarril un monopolio —y en los Estados Unidos un monopolio prácticamente ilimitado—, toda la porción posible de esas ganancias que exceda de la equitativa remuneración del capital invertido es interceptada por los administradores, quienes por medio de gastos ficticios, materiales averiados y de varios otros modos disfrazan sus exacciones, y por regla general roban a los accionistas y al propio tiempo desuellan al público. El resto de las ganancias, las ventajas que después de estas deducciones quedan al trabajo, es interceptado por los monopolistas de la tierra. A medida que la productividad del trabajo aumenta, y hasta cuando no hay más que la esperanza de su aumento, el valor de la tierra va correlativamente aumentando y el trabajo, teniendo que pagar proporcionalmente más por la tierra, es despojado de todo beneficio. Como la experiencia enseña, cuando penetra un ferrocarril en una nueva zona no veremos que los salarios aumenten; lo que sí veremos que aumenta es el valor de la tierra.

Los ferrocarriles aéreos de New-York son grandes máquinas economizadoras de trabajo, que han reducido mucho el tiempo y el trabajo necesarios para llevar a la gente de un lado de la ciudad a otro. Han hecho accesible a la hacinada población de la parte más baja de la isla los espacios vacantes de la parte alta. Pero no han aumentado las ganancias del trabajo ni hecho más fácil la vida para el simple trabajador. Alguna parte de las ganancias ha sido interceptada por Mr. Cyrus Field, Mr. Samuel J. Tilden, Mr. Jay Gould y otros administradores y manipuladores. Aparte éstos, las ventajas han ido a los dueños de la tierra. La reducción en el tiempo y coste de los transportes ha hecho accesibles muchas tierras vacantes a un exceso de población; pero a medida que ha ido siendo accesible esa tierra ha ido aumentando su valor y la población alojada en las casas de alquiler se halla tan apretada como siempre. Los administradores de las vías de comunicación han ganado algunos millones; los dueños de la tierra a quienes afectaba, algunos cientos de millones; pero las clases trabajadoras de New-York no han mejorado; lo que han ganado en transportes tienen que pagarlo en aumento de renta.

Y lo mismo ocurre con todo progreso o beneficio material. Supongamos que cada rico de New-York fuera repentinamente dominado por ese

espíritu público que se manifiesta en la Biblioteca Astor y en el Instituto Cooper, y que se convirtiera en una pasión que los condujera hasta arruinarse en la emulación de beneficiar a sus conciudadanos. Supongamos que un hombre como Mr. Gould hiciera gratuitos los ferrocarriles aéreos, se encargara de costear el servicio de incendios y diera a cada casa una comunicación telefónica gratuita, y Mr. Vanderbilt, para que nadie lo aventajase, tomara sobre sí el coste de establecer buenos pavimentos y de ensanchar las calles y de que los automóviles circularan gratuitamente, mientras que los Astors instalasen bibliotecas en todos los distritos. Supongamos que los millonarios de cincuenta, veinte, diez y aun menos millones, poseídos por la misma pasión, acometiesen aislados o juntamente, y a expensas propias, la conducción de un abundante abastecimiento de aguas; que proporcionasen calor, luz y fuerza libres de pago; que mejorasen y mantuvieran las escuelas; abriesen teatros y salas de conciertos al público; estableciesen jardines y baños y mercados públicos; abriesen almacenes, donde todas las cosas pudiesen ser compradas al por menor por los más bajos precios del por mayor; en una palabra, que hicieran todo cuanto puede hacerse para que New-York fuese el más barato y placentero sitio en que vivir. El resultado sería que, mientras más deseable sitio para vivir fuese New-York, más gente desearía vivir en ella, y los propietarios podrían exigir tanto más por el privilegio de vivir allí. Todos estos beneficios aumentarían la renta.

Y de igual modo, fuera cual fuere el carácter del progreso, su beneficio, estando monopolizada la tierra, tiene que ir finalmente a los dueños de la tierra. Si los inventos economizadores de trabajo fuesen tan lejos que desapareciese la necesidad de trabajar para producir, el resultado sería que los dueños de la tierra podrían pedir toda la riqueza que fuera posible producir y que no necesitarían compartirla con el trabajo, ni siquiera en la parte necesaria para el sustento de éste. Si los poderes y capacidades de la tierra aumentasen, la ganancia sería también para los propietarios. O si el progreso se realiza en los poderes y capacidades del trabajo, han de ser también los dueños de la tierra, no los trabajadores, quienes alcanzan las ventajas.

Porque siendo indispensable la tierra para el trabajo, aquellos que monopolizan la tierra tienen la facultad de imponer sus condiciones también; o mejor aún, la competencia recíproca de aquellos que no pueden emplearse a sí propios, pero que no obstante necesitan encontrar trabajo o han de perecer, fuerzan los salarios hasta el más bajo punto en que las costumbres de las clases trabajadoras les permiten vivir y reproducirse. En todos los países donde la tierra está plenamente monopolizada, los salarios del trabajo corriente tienen que permanecer en ese punto, y hacia él tienden todos los demás salarios, manteniéndose solo elevados por las condiciones especiales, artificiales o de otra clase que dan al trabajo en algunas ocupaciones salarios más altos que en otras. Y de igual modo, ningún progreso, ni siquiera en el poder del trabajo mismo, provenga de la educación, del aumento de la fuerza muscular o de la capacidad para

dormir menos y para trabajar más horas, puede elevar la recompensa del trabajo por cima de ese punto. Esto lo vemos en los países y en las ocupaciones donde el trabajo de las mujeres y de los niños ha venido en ayuda del que naturalmente es el sustentador de la familia. Y al propio tiempo, todo aumento en la economía y ahorro solo puede, en cuanto se hace general, disminuir, no aumentar la recompensa del trabajo.

Esta es la «ley de hierro de los salarios», según la denominan los alemanes; la ley que fija los salarios en el minimum con que los trabajadores consentirán vivir y reproducirse. Está admitida por todos los economistas, aunque la mayoría de ellos la atribuyen a causas distintas de la verdadera. Es patentemente un resultado inevitable de hacer la tierra, de la cual todos tienen que vivir, propiedad exclusiva de algunos. El dueño del suelo es necesariamente dueño de los hombres que viven sobre él. Estos son tan verdadera y plenamente esclavos como si la propiedad sobre su carne y su sangre fuese admitida. Su mutua competencia por obtener de él medios de vida tiene que compelerles a darles todas sus ganancias, salvo los necesarios salarios de la esclavitud, esto es, lo bastante para conservarse con aptitud para trabajar y mantener su número. Y así como ningún posible aumento en el poder de su trabajo ni restricción alguna en los gastos de su vida puede beneficiar al esclavo, tampoco donde la tierra está monopolizada puede beneficiar a aquellos que no tienen sino su trabajo. Solamente puede aumentar el valor de la tierra: la porción del producto que va a los propietarios. Y siendo éste el caso, el gran empleo de la maquinaria, la mayor división del trabajo, el creciente contraste en la distribución de la riqueza acarrea a las masas trabajadoras daños positivos, haciendo su suerte más pesada y más desesperada a medida que el progreso material avanza. Ni siquiera la educación aumenta otra cosa que la capacidad para padecer. Si el esclavo tiene que continuar siendo esclavo, es una crueldad educarle.

Esto no lo podemos comprobar todavía, porque la revolución industrial, que principió con la introducción del vapor, se halla aún en sus primeros períodos, al par que, durante ese tiempo, la invasión de un nuevo Continente ha reducido la presión social, no solamente aquí, sino hasta en Europa. Pero el nuevo Continente va siendo rápidamente cercado, y la revolución industrial camina cada vez más de prisa.

## ESCLAVITUD Y ESCLAVITUD

Tengo que dejar al lector que continúe en otros sentidos, si le place, indagaciones como aquellas a que han sido consagrados los tres últimos capítulos<sup>1</sup>. Mientras más cuidadosamente se examina, con mayor claridad se ve que en la raíz de todo problema social reside una injusticia social, que la «ignorancia, desdén o violación de los derechos humanos son las causas de los infortunios públicos y de las corrupciones del gobierno». Sin embargo, en verdad no es necesario ningún minucioso examen. Entender por qué el progreso material no beneficia a las masas, no requiere sino el conocimiento de la verdad axiomática de que el hombre no puede vivir sin tierra; que únicamente de la tierra y sobre la tierra puede producir el trabajo humano.

Robinson Crusoe, como todos sabemos, tomó como esclavo a Viernes. Supongamos que en vez de tomar como esclavo a Viernes, Robinson Crusoe lo hubiese acogido como un hombre y un hermano; le hubiese leído una Declaración de Independencia, una Proclamación de la Emancipación y una Enmienda Décima Quinta, y le hubiese informado de que era un ciudadano libre e independiente, con derecho a votar y a ocupar cargos; pero al propio tiempo le hubiese informado también de que aquella determinada isla era propiedad privada y exclusiva suya (de Robinson Crusoe). ¿Cuál hubiera sido la diferencia? Puesto que Viernes no podía elevarse volando en los aires ni mantenerse nadando en el mar, puesto que si había de vivir tendría que hacerlo sobre la isla, hubiera sido tan esclavo en un caso como en otro. La propiedad de Crusoe sobre la isla sería equivalente a su propiedad sobre Viernes.

La esclavitud corporal es, en efecto, tan solo el modo rudo y primitivo de la propiedad sobre el hombre. Surge únicamente donde la población es escasa; no continúa, salvo en virtud de circunstancias especiales, donde la presión de la población da a la tierra un valor alto, porque en este caso la propiedad de la tierra comunica todo el poder que proviene de la propiedad del hombre en una forma más ventajosa. Cuando en el curso de la Historia vemos que los conquistadores hacen esclavos los cuerpos de los conquistados siempre es donde la población es escasa y la tie-

<sup>1</sup> Son proseguidas de manera más regular y científica en mi *Progreso y Miseria*, libro al que debo remitir al lector para una más minuciosa discusión de las cuestiones económicas.

rra de poco valor, o donde necesitan llevarse su botín humano. En otros casos los conquistadores se apropian sencillamente las tierras de los conquistados, por cuyo medio consiguen tan eficazmente y mucho más cómodamente compeler a los conquistados a que trabajen para ellos. En Italia, hasta que las grandes propiedades de los ricos patricios comenzaron a despoblarla, no principió la importación de esclavos. En Turquía y Egipto, donde la esclavitud corporal es aún legal, se encuentra limitada a los pupilos y servidores de los harenes. Los barcos ingleses llevaban esclavos a América, y no a Inglaterra o Irlanda, porque en América la tierra era barata y el trabajo caro, mientras que en la Europa occidental la tierra era cara y el trabajo barato. Tan pronto como cesó la posibilidad de expansión sobre tierras nuevas, la esclavitud murió en nuestros Estados americanos. Actualmente los plantadores del Sur no echan de menos la abolición de la esclavitud. Sacan a hombres libres como colonos tanto como sacaban de ellos como esclavos. De igual modo la esclavitud predial —la adscripción de los siervos al suelo—, la forma de la esclavitud corporal que durante más tiempo existió en Europa, es solo útil para el propietario donde es pequeña la competencia por tierra. Ni la esclavitud predial, ni la absoluta esclavitud corporal aumentarían la virtual propiedad sobre los hombres que tienen los propietarios irlandeses —su poder de hacerlos trabajar para ellos sin pagarlos—. Su propia competencia por los medios para subsistir aseguran a aquellos todo lo que a éstos les es posible dar. Para el propietario inglés la propiedad de los esclavos sería únicamente una carga y una pérdida, mientras aquellos puedan tener trabajadores por menos de lo que les costaría mantenerlos como esclavos, y mientras puedan enviarlos a que sean socorridos por la parroquia mientras estén parados o caigan enfermos... ¿Qué ganarían los fabricantes de Nueva Inglaterra haciendo esclavos a sus operarios? La competencia mutua de los llamados hombres libres a quienes se niega todo derecho sobre el suelo de lo que es llamado su país, les proporciona el trabajo más barato y más convenientemente que lo haría la esclavitud corporal.

Que un pueblo puede ser esclavizado tan eficazmente apropiándose sus tierras como apropiándose sus cuerpos, es una verdad que han reconocido los conquistadores en todas las edades, y que a medida que la sociedad se desenvuelve han visto los fuertes y nada escrupulosos que desean vivir del trabajo de los demás. La más tosca forma de la esclavitud en que cada determinado esclavo es propiedad de un determinado dueño, se adapta solo a un rudo estado social, y a medida que la sociedad se desenvuelve, impone más y más cuidados, molestias y gastos al dueño. Pero apropiándose la tierra en vez de apropiarse la persona, los propietarios se ahorran gran parte de los cuidados, vigilancias y gastos, y aunque ningún particular esclavo es poseído por un particular dueño, sin embargo continúa una clase apropiándose el trabajo de la otra clase como antes.

Si cada particular esclavo fuese poseído por un particular dueño, se convertirían, en efecto, a medida que avanzase el desarrollo social y se

hiciese más compleja la organización industrial, en una notoria desventaja para los dueños. Tendrían éstos las molestias de verse obligados a azotar o compeler de cualquier otro modo a los esclavos al trabajo; a los gastos de vigilarlos y sustentarlos cuando estuviesen enfermos o parados; a la preocupación de encontrarles trabajo o de alquilarlos a medida que variase en las diferentes estaciones o en las diferentes épocas el número de esclavos que diferentes dueños o diferentes contratistas pudieran emplear ventajosamente. Continuando el desarrollo social, estos inconvenientes conducirían, donde no hubiera otro modo de obviarlos, a los dueños de esclavos a adoptar combinaciones para juntar la propiedad y la utilización de los esclavos, como la mutua conveniencia de los capitalistas les ha llevado a hacerlo para el empleo del capital. En un rudo período social, el hombre que necesita tener dinero presto para el uso, lo atesora o, si viaja, lo lleva consigo. El hombre que tiene capital lo utiliza por sí propio o lo presta. Pero a medida que la sociedad se ha desenvuelto, la conveniencia mutua ha sugerido procedimientos para ahorrarse esta molestia. El hombre que desea tener disponible su dinero lo pone en un Banco, que no se compromete a guardar o entregarle aquella particular moneda; pero sí moneda hasta aquella suma. Y así, entregando su capital al Banco de ahorros o a las sociedades de crédito o comprando acciones u obligaciones, él se libra de toda molestia de manejarlo y emplearlo. Si hubiese continuado la esclavitud corporal se hubiera adoptado, andando el tiempo, algún procedimiento análogo para la propiedad y manejo de los esclavos. Pero mediante el cambio de forma de la esclavitud —libertando a los hombres y apropiándose la tierra— todas las ventajas de la esclavitud corporal pueden ser obtenidas sin ninguna de las desventajas que en una sociedad compleja afectan a la posesión de un determinado hombre por un determinado dueño.

Incapaces de emplearse a sí propios los trabajadores nominalmente libres, se ven obligados por su mutua competencia a pagar como renta todo lo que sus ganancias excedan de una vida misera o a comprar su trabajo mediante salarios que no les permiten sino vivir miserablemente; y como propietarios, los exdueños de esclavos son tan capaces como antes de apropiarse el trabajo o el producto del trabajo de sus antiguos esclavizados, teniendo en el valor que este poder de apropiarse los frutos del trabajo da a la propiedad de la tierra un valor capitalizado equivalente, o más que equivalente, al valor de sus esclavos. No tienen que seguir obligando a trabajar a sus esclavos; la necesidad y el miedo a la necesidad lo hacen más eficazmente que el látigo. No tienen que preocuparse en buscarse ocupación o en alquilar su trabajo, ni gastar en sostenerlos cuando no pueden trabajar. Esta carga la han arrojado sobre los esclavos. El tributo que aún siguen arrancando a su trabajo tiene apariencias de un pago voluntario. En efecto, lo toman como su honrada participación en los resultados de la producción —puesto que ellos proporcionan la tierra—. Y encuentran pseudoeconomistas, por no hablar de predicadores de un pseudocristianismo, que así lo afirman.

Los ciudadanos de los Estados Unidos hemos alcanzado prestigio por haber abolido la esclavitud. Prescindiendo de la cuestión del mérito que

a la mayoría de nosotros corresponde por la abolición de la esclavitud de los negros, subsiste la verdad de que solamente hemos abolido una forma de la esclavitud —aquella primitiva forma que había sido abolida en la mayor parte del país por el desenvolvimiento social y que a pesar de que su carácter de conflictos de razas le daba una peculiar tenacidad, hubiera sido con el tiempo abolida de igual manera en las otras partes del país—. Nosotros no hemos abolido realmente la esclavitud: la hemos conservado en su más insidiosa y universal forma, en una forma que alcanza igualmente a los blancos y a los negros. Lejos de haber abolido la esclavitud se va extendiendo e intensificando, y no sentimos escrúpulo de vender para ella a nuestros hijos —los futuros ciudadanos de la República—; porque, ¿qué otra cosa estamos haciendo al vender la tierra sobre la cual los futuros ciudadanos tienen que vivir, si es que han de vivir?

La esencia de la esclavitud es el robo al trabajo. Consiste en compeler a los hombres a trabajar, arrebatándoles, sin embargo, todo el producto de su trabajo salvo lo suficiente para que vivan miseramente. ¿De cuántos de nuestros «libres e iguales ciudadanos americanos» es ésta ya la suerte? ¿Y de cuántos más comienza a ser la suerte?

En todas nuestras ciudades hay ya, aun en los buenos tiempos, millares y millares de hombres que gustosamente trabajarían por salarios que tan solo les permitiese tener albergue y ropa; es decir: que gustosamente aceptarían el salario de los esclavos. Como antes consigné, las oficinas de estadística de trabajo de Massachusetts y la de Illinois declaran que en la mayoría de los casos las ganancias de los trabajadores asalariados no bastan para sostener a su familia y que tienen que ser compensadas por las ganancias de las mujeres y de los niños. En nuestros más ricos Estados se encuentran hombres reducidos virtualmente a siervos —viviendo en las casas de sus patronos, comprando en sus tiendas, y la mayor parte incapaces en todo el año de librarse de las deudas que con ellos tienen—. En New-York se hacen camisas por 35 centavos la docena, y hay mujeres trabajando diariamente de catorce a diez y seis horas por un salario de 3 a 4 dólares a la semana. Hay otras ciudades donde los precios de tales trabajos son aún menores. En lo que al dinero importa, ningún dueño podría conseguir que los esclavos trabajasen tan afanosamente y mantenerlos tan baratamente.

Pudiera decirse que la analogía entre nuestro sistema industrial y la esclavitud corporal se apoya tan solo en la contemplación de los extremos. Entre aquellos que solo ganan una vida mísera y aquellos que pueden vivir suntuosamente con las ganancias de los otros, hay muchas gradaciones y en ellas está la gran clase media. Hay además entre todas las clases un constante movimiento de vaivén de los individuos. Los nietos de los millonarios pueden ser vagabundos, mientras que el pobre que ha perdido la esperanza para sí propio puede acariciarla para su hijo. Además no es verdad que toda la diferencia entre lo que el trabajo gana justamente y lo que el trabajo realmente obtiene, vaya a los dueños de la

tierra. Entre nosotros, en los Estados Unidos, muchos de los propietarios de la tierra son pequeños propietarios —hombres que poseen haciendas en las que viven o cuyo suelo cultivan, y que asocian los caracteres de trabajador y propietario.

Se formará idea más cabal de estas objeciones imaginando una sociedad bien desarrollada como la nuestra, en que existiera todavía la esclavitud corporal sin distinción de razas. Esto requiere alguna imaginación, porque nosotros no conocemos un caso como ese. La esclavitud corporal desapareció de Europa antes de que principiara la moderna civilización, y en el Nuevo Mundo solo ha existido como esclavitud de razas y en sociedades de escaso desenvolvimiento económico.

Pero si imaginamos la esclavitud sin distinción de razas en una sociedad progresiva, veremos que la sociedad, aun partiendo de un punto en que la mayor parte del pueblo fuera esclava corporal del resto, no podría consistir mucho tiempo exclusivamente en dos clases: dueños y esclavos. La indolencia, el interés y la necesidad de los dueños, pronto crearía una clase de intermediarios entre ellos y los completamente esclavizados. Para vigilar el trabajo de los esclavos y mantenerlos sujetos sería necesario tomar de las filas de los esclavos, los vigilantes, los policías, etc., y recompensarlos con algo más del producto del trabajo esclavo que el que va al esclavo corriente. De igual modo sería necesario destacar pericia y talento especiales. Y en el curso de la evolución social sería necesario que surgiese una clase de comerciantes que, traficando en los productos del trabajo esclavo, retuviera una porción considerable y una clase de contratistas que alquilando a los dueños el trabajo esclavo retendría también una parte de los productos de éste. Así, entre los esclavos forzados al trabajo por una mísera vida y los dueños que vivirían sin trabajar se desarrollarían varias categorías de intermediarios, algunas de las cuales indudablemente adquirirían grandes riquezas.

Y en las mutaciones de la fortuna habría constantemente algunos poseedores de esclavos que cayesen en la clase de intermediarios y finalmente en la clase de esclavos, mientras que otros esclavos individualmente irían subiendo. La conciencia, benevolencia o gratitud de los dueños los llevaría circunstancialmente a manumitir esclavos, su interés los llevaría a recompensar la diligencia, la inventiva, la lealtad hacia ellos o la traición a sus compañeros de determinados esclavos. Así, como frecuentemente ha ocurrido en los países esclavistas, encontraríamos esclavos que serían libres de hacer lo que quisieran a condición de pagar cierta cantidad a sus dueños cada mes o cada semana o cada trimestre; esclavos que habrían comprado parcialmente su libertad por un día, por dos días o por tres días a la semana o por ciertos meses al año, y los que completamente se hubiesen rescatado o hubiesen sido obsequiados con su libertad. Y como siempre ha acontecido donde la esclavitud no tenía carácter de raza, algunos de estos ex-esclavos o de sus hijos avanzaban, en el constante movimiento, hacia los más altos puestos, de modo que en un estado social como éste los apologistas de las cosas tales como

son señalarían triunfalmente esos ejemplos diciendo: «¡Ved qué cosa más hermosa es la esclavitud. Todo esclavo puede llegar a ser dueño de esclavos con sólo que tenga lealtad, laboriosidad y prudencia! Sólo su propia ignorancia, disipación y holgazanería impide a los esclavos que se conviertan en dueños»; y se quejarían de la naturaleza humana. «¡Ay!, dirían, la culpa no es de la esclavitud, es de la naturaleza humana» —refiriéndose, naturalmente, a una naturaleza humana distinta de la suya—. Si alguien insinuara la abolición de la esclavitud, le acusarían de atacar los sagrados derechos de propiedad y de tratar de robar a la pobre y desamparada mujer viuda los esclavos que eran su único sustento: **le llamarían revolucionario y comunista, enemigo del hombre y retador de Dios.**

Consideremos además la obra de la tributación en una sociedad adelantada que se cimentara sobre la esclavitud corporal; el efecto de la instalación de monopolios fabriles, mercantiles y de transporte; de la creación de las deudas públicas, etc., y veréis que en realidad el fenómeno social sería esencialmente el mismo, si los hombres se convirtiesen en propiedad, que lo son bajo el sistema que hace de la tierra una propiedad.

Debe recordarse, además, que la esclavitud resultante de la apropiación de la tierra no sobreviene repentinamente, sino insidiosa y progresivamente. Donde la población es escasa y la tierra de poco valor, la institución de la propiedad privada de la tierra puede existir sin que sean muy sentidos sus efectos. A medida que se va haciendo más difícil obtener tierra, avanza la virtual esclavitud de las clases trabajadoras. Mientras más sube el valor de la tierra, mayor parte de las ganancias del trabajo le serán pedidas por el uso de la tierra, hasta que finalmente no se deje a los trabajadores sino los salarios de esclavitud: una mísera subsistencia.

Pero el grado y la manera como los individuos son afectados por este movimiento tienen que variar mucho. Donde la propiedad de la tierra ha sido muy difundida, tiene que subsistir durante algún tiempo, después de que el mero trabajador haya sido reducido a los salarios de esclavitud, un gran conjunto de pequeños propietarios ocupando una posición intermedia, y quienes, conforme a la tierra que poseen y a la relación que ésta guarda con su trabajo, pueden ser comparados, al buscar la equivalencia con la esclavitud corporal en sus distintas gradaciones, a los dueños de unos pocos esclavos; a aquellos que no poseen esclavos, pero que son ellos mismos libres, o a los parcialmente esclavos obligados a prestar servicios durante uno, dos, tres, cuatro o cinco días a la semana, pero dueños de sí propios durante el resto de su tiempo. A medida que la tierra se hace más y más valiosa, esta clase va pasando gradualmente a las filas de los completamente esclavizados. El independiente labrador americano, trabajando con sus propias manos sobre la tierra de su propiedad, está condenado tan seguramente como hace dos mil años lo estaba su prototipo en Italia. Tiene que desaparecer

con el desarrollo de la propiedad privada de la tierra, como ya desapareció el caballero rural británico.

Hemos abolido la esclavitud negra en los Estados Unidos. Pero, ¡cuán pequeño es el beneficio efectivo para el esclavo! George M. Jackson me escribe desde San Luis, con fecha 15 de agosto de 1883:

«Durante la guerra yo serví en un regimiento de Kentucky en el ejército federal. Cuando comenzó la guerra, mi padre poseía 60 esclavos. No había vuelto yo a mi antiguo hogar de Kentucky durante años hasta hace poco; me encontré uno de los antiguos negros de mi esclavo, el cual me dijo: «Amo Jorge, como sabéis somos libres; pero ante Dios os digo que estoy peor que cuando pertenecía a vuestro padre». Por otra parte, los plantadores están satisfechos del cambio. Dicen: «¡Qué locos fuimos al ir a una guerra por mantener la esclavitud! Ahora tenemos trabajo más barato que cuando éramos dueños de los esclavos». ¿Cómo es posible que lo tengan más barato? Porque en forma de renta toman del trabajo del negro mayor parte de la que podrían tomar bajo el sistema de la esclavitud, porque estaban obligados a dar al esclavo suficiente alimento, vestido, asistencia médica para conservarle sano, y se veían compelidos por la conciencia y por la opinión pública, así como por la ley, a retenerlo cuando aquél no podía ya trabajar. Ahora su interés y su responsabilidad cesan cuando han obtenido de él todo el trabajo que puede dar».

En una de sus novelas el capitán Marryat nos habla de un maestro de escuela que anunciaba que había abandonado el uso del palo. Cuando las amantes madres, instigadas por este anuncio, llevaban sus hijos a dicho colegio, aquél condenaba elocuentemente la barbarie del palo. Pero apenas las puertas se habían cerrado tras aquéllas, los pobres alumnos se encontraban con que el maestro abandonaba el uso del palo sólo para sustituirlo por el uso del bastón. ¡Hay mucho de esto en nuestra abolición de la esclavitud de los negros!

El único que entre nuestros hombres eminentes tuvo un vislumbre de lo que realmente era necesario para la abolición de la esclavitud fue Tadeo Stephens, pero sólo fue un vislumbre. «Cuarenta acres y un mulo» había sido una medida de escasa justicia para el hombre emancipado, y durante algún tiempo le hubiese dado algo como la personal independencia que es necesaria para la libertad. Sin embargo, sólo durante algún tiempo, corriendo el tiempo, y a medida que la presión de la población aumentase, la mayoría de ellos hubiesen hipotecado los cuarenta acres y vendido el mulo, y pronto hubieran llegado a ser, como ahora, competidores para subsistir sobre la tierra y para obtener los medios de ganarse la vida mediante ella. Una medida como esa hubiera dado a los manumitidos un punto de partida equitativo y para muchos de ellos hubiera demorado el mal día; pero eso es todo. Siendo la tierra propiedad privada, el día aciago **tiene** que venir.

Yo no niego que los negros del Sur hayan ganado en algunos aspectos por la abolición de la esclavitud corporal. Ni siquiera insistiré en que en conjunto su condición material no ha mejorado. Pero ha de recordarse que el Sur está aún escasamente poblado y en los principios de su desarrollo industrial. La prolongada existencia de la esclavitud allí fue en parte el efecto y en parte la causa de esto. A medida que la población aumenta y la industria se desarrolla, la condición de los manumitidos tiene que ser cada vez más penosa. Todavía la tierra es relativamente barata en el Sur, y hay en este mucha tierra, no sólo no utilizada, sino no apropiada todavía. La consecuencia es que los emancipados no han sido aún compelidos a aquella fiera competencia que tiene que sobrevenir con una más densa población. No hay, al parecer, un excedente de trabajo que busque empleo en cualesquiera condiciones, como ocurre en el Norte. Los emancipados se limitan a ganarse la vida como en los días de la esclavitud, y en muchos casos una vida no tan buena; pero aún tropiezan con poca o con ninguna dificultad para ganársela. Para comparar equitativamente la nueva situación de los emancipados con su situación antigua, tenemos que esperar hasta que la población y el desarrollo industrial del Sur comience a aproximarse a la situación del Norte.

Pero ni aun en el Norte (y para este asunto ni siquiera en Europa) ha alcanzado su cumbre todavía aquella forma de esclavitud que necesariamente resulta de la desheredación del trabajo por el monopolio de la tierra. Porque la vasta área de tierra no ocupada en este continente ha impedido que se sienta en parte alguna la plenitud de los efectos del desarrollo moderno. A medida que se hace más y más difícil obtener tierra, avanza la virtual esclavitud de las clases trabajadoras. A medida que el valor de la tierra sube, mayor y mayor parte de las ganancias del trabajo serán las pedidas por el uso de la tierra; es decir, los trabajadores tendrán que dar una mayor y mayor proporción de su tiempo para el servicio de los propietarios, hasta que finalmente, por muy afanosamente que trabajen, no les quedará sino un mísero sustento.

Entre los dos sistemas de esclavitud no puede dudarse, a mi juicio, que en el mismo nivel moral, el que convierte en propiedad las personas es más humano que el que resulta de hacer de la tierra propiedad privada. Las crueldades que son perpetradas bajo el sistema de esclavitud corporal, impresionan más y suscitan más indignación porque son actos conscientes de los individuos. Mas del padecimiento del pobre, bajo el sistema más refinado, nadie en particular parece responsable. Que un hombre fuese abrazado deliberadamente por otro hombre impresionaría nuestra imaginación y produciría nuestra indignación mucho más que el gran incendio o el accidente ferroviario en que un centenar de seres resultan abrasados vivos. Pero este mismo hecho permite que crueldades que bajo un sistema no serían toleradas, pasen bajo el otro casi inadvertidas. Seres humanos son abrumados, extenuados, despojados de cuanto ilumina y endulza la vida; condenados a la ignoran-

cia y al embrutecimiento y a la infección del cuerpo y a la depravación moral; son arrojados al crimen y al suicidio, no por otros individuos, sino por férreas necesidades, de las cuales parece que nadie en particular es responsable.

Para encontrar en los anales de la esclavitud corporal el paralelo de los horrores que día tras día suceden inadvertidos en el corazón de la civilización cristiana, sería necesario acudir a la antigua esclavitud, a las crónicas de la conquista española en el Nuevo Mundo o a las leyendas de la Edad Media.

Que la esclavitud corporal no es la peor forma de la esclavitud lo vemos en el hecho de que en países donde ha prevalecido sin distinción de raza, las filas de los esclavos corporales han sido reclutadas en las filas de los pobres, quienes compelidos por la desesperación se han vendido a sí propios o a sus hijos. Y creo yo, que nadie que lea nuestros periódicos puede dudar de que aun ahora en los Estados Unidos hay hombres que, si existiera la esclavitud corporal sin distinción de raza, se venderían gustosamente o venderían a sus hijos, y quienes realmente al hacerlo harían un buen cambio de su nominal libertad.

No hemos abolido la esclavitud. No podemos nunca abolir la esclavitud hasta que horadamente aceptemos la fundamental verdad afirmada por la Declaración de Independencia y aseguremos a todos los iguales e inalienables derechos con que han sido dotados por su Creador. Si no queremos o no podemos hacer esto sería mejor, por humanidad y por estabilidad social conjuntamente, considerar si no sería discreto enmendar nuestra constitución y permitir a los blancos y a los negros pobres venderse y vender a sus hijos a amos buenos. Si hemos de tener esclavitud, sería mejor en aquella forma en que los esclavos conocen a su amo y pueden apelar al corazón y a la conciencia y a la vanidad de este amo. Es mejor criar hijos para esclavos de gente buena, cristiana y civilizada, que criarlos para el burdel o para el presidio. Pero, ¡ay!, ese recurso nos está negado. Suponiendo que legalizáramos nuevamente la esclavitud corporal, ¿quién querría comprar hombres cuando puede alquilarlos por tan poco dinero?



## DEUDAS PUBLICAS E IMPUESTOS INDIRECTOS

Mientras más lo estudiemos, más claramente podemos ver que los infortunios públicos y la corrupción de los gobiernos *nacen* del desdén o violación de los derechos naturales del hombre.

Que, a pesar de los progresos de la civilización, Europa sea hoy un vasto campamento, y que las energías de las más adelantadas porciones del género humano se encuentren en todas partes gravadas tan pesadamente para pagar preparativos de guerra o el coste de las guerras, es debido a dos grandes invenciones: los impuestos indirectos y la Deuda pública.

Estos dos artificios por los que se mantienen las tiranías, son corrompidos los gobiernos y es desplumado el pueblo, nacen históricamente del monopolio de la tierra y ambos vulneran directamente los derechos naturales del hombre. Bajo el sistema feudal, la mayor parte de los gastos públicos fueron sufragados con la renta de la tierra, y los tenedores de la tierra tenían que combatirlos o soportarlos. Si hubiera continuado este sistema, Inglaterra, por ejemplo, no tendría hoy Deuda pública. Y puede decirse con seguridad que su pueblo y el mundo se hubieran ahorrado aquellas innecesarias y crueles guerras en que se despilfarraron en los tiempos modernos la sangre y los tesoros ingleses. Mas por la institución de los impuestos indirectos y de las Deudas públicas los grandes terratenientes fueron capacitados para arrojar sobre el pueblo el conjunto de las cargas que constituían la condición con la cual tenían sus tierras y para arrojarlas de tal manera sobre aquellos en quienes recayeron, que aunque sintieron la presión no pudieron decir de dónde provenían. Así es como la tenencia de la tierra se transformó insidiosamente desde una concesión en una propiedad individual, y las masas fueron despojadas del primero y más importante de los derechos del hombre.

La institución de las Deudas públicas, como la institución de la propiedad privada de la tierra, se funda sobre el absurdo supuesto de que una generación puede obligar a otra generación. Si viniere un hombre y me dijese: «He aquí un pagaré que vuestro tatarabuelo dio a mí tatarabuelo, y que estáis obligado a pagarme», me reiría de él y le diría que si necesitaba cobrar su pagaré sería mejor que se consagrara a la caza

del hombre que lo suscribió, que yo nada tenía que ver con los pagarés de mi tatarabuelo. Y si insistiera en que le pagase y llamase mi atención hacia las condiciones de la obligación en que mi tatarabuelo expresamente estipuló con su tatarabuelo que yo le pagaría, me reíría más y con seguridad lo tendría por un loco. En efecto, a una demanda como esa cualquiera de nosotros replicaría: «Mi tatarabuelo era evidentemente un necio o un burlón, y vuestro tatarabuelo era de seguro un idiota, cualidad que seguramente habéis heredado si es que esperáis que os dé dinero, porque mi tatarabuelo prometió que yo os lo daría. De igual modo podía haber dado vuestro tatarabuelo una letra contra Adán o un cheque contra el primer Banco nacional de la Luna».

Sin embargo, sobre este supuesto de que los ascendientes pueden obligar a los descendientes, que una generación puede legislar para otra generación, se apoya la supuesta validez de nuestros títulos sobre la tierra y de las Deudas públicas.

Si fuera posible al presente tomar a préstamo sobre el futuro a los que ahora viven girar contra la riqueza que ha de ser creada por aquellos que aún no han venido, no habría poder más peligroso ni de que más seguramente se abusara; y nada habría que implicase en su ejercicio una más flagrante violación de los naturales e inalienables derechos del hombre. Pero nosotros no tenemos ese poder y no es posible invención alguna por la cual podamos obtenerlo. Cuando nosotros hablamos de llamar a las generaciones futuras a tomar su parte en el coste y cargas del presente, arrojando sobre ellas una parte de los gastos, nos tomamos la libertad de suponer que ellos creerán que hemos hecho en beneficio suyo tanto como en el nuestro. Y llevamos la metáfora hasta el absurdo. Las deudas públicas no son un artificio para pedir prestado al futuro, compeliendo a aquellos que todavía no existen a participar en los gastos que a una generación actual se le ocurra hacer. Esto es, naturalmente, un imposible físico. Son meramente artificios para disponer actualmente de riqueza, prometiendo que en el futuro se hará determinada distribución de riqueza; artificios por los cuales los dueños de la riqueza existente son inducidos a darla bajo promesa, no sólo de que otra gente será gravada para pagarlos, sino que los hijos de otra gente serán gravados en beneficio de los hijos de aquéllos o de los hijos de sus cesionarios. Los que consiguen conquistar el poder son así capacitados para obtener sumas que no podrían obtener por una inmediata tributación sin provocar la indignación y la resistencia de aquellos que podrían hacer la más eficaz resistencia. Así, los tiranos son capacitados para mantenerse y son fomentados el despilfarro y la corrupción. Si pueden señalarse algunos casos en que el poder de recurrir a la Deuda pública ha sido beneficioso de algún modo, apenas es nada comparado con los casos en que los efectos han sido exclusivamente dañosos.

Las deudas públicas de que mejor puede hablarse son las contraídas con el fin de hacer mejoras de carácter público, y, sin embargo, el despilfarro y la corrupción que el poder de contraer tales deudas ha en-

gendrado en los Estados Unidos son demasiado sabidos para que exijan esclarecimiento, y ha llevado en algunos Estados a restricciones constitucionales. Hasta las casi públicas deudas de los ferrocarriles y de otras Compañías análogas han conducido similarmente al despilfarro y la corrupción, que han contrapesado todos los buenos resultados obtenidos mediante ellas. Al par que, en cuanto a las grandes deudas nacionales del mundo, creadas como lo han sido para fines de tiranía y guerras, imposible es ver en ellas ninguna otra cosa que el mal. De todas estas deudas nacionales la de los Estados Unidos soportaría mejor un examen, pero no es una excepción.

Como antes he dicho, la riqueza invertida en sostener la guerra no viene de fuera ni del futuro, sino de la riqueza existente en los Estados agrupados en torno de la bandera nacional; y si cuando llamamos a los hombres a que muriesen por su país no hubiéramos titubeado en tomar, si era necesario, 999.000 dólares de cada millón, no hubiéramos necesitado crear deuda alguna. Pero en vez de esto, la tributación que nosotros impusimos estaba dispuesta de tal modo que cayese más pesadamente sobre el pobre que sobre el rico, y establecimos transitoriamente monopolios mediante los cuales los ricos podrían beneficiarse a expensas de los pobres. Y así, cuando fue necesaria más riqueza, en vez de tomarla de los que la tenían, dijimos al rico que si voluntariamente permitía a la nación usar de alguna parte de sus riquezas, la haríamos más provechosa para ellos sirviendo de garantía la facultad de establecer tributos para pagarle el principal y los intereses. Y la hicimos provechosa con una venganza. No solamente mediante la institución del sistema bancario nacional les dimos nueve décimas de gran parte del dinero tomado, mientras que continuamos pagando intereses por la suma total, sino que aun allí donde no lo exigían ni la letra de la obligación ni la equidad de las circunstancias, hacemos pagaderas en oro las deudas contraídas en billetes de Banco depreciados. La consecuencia de este método de sostener la guerra fue hacer más rico al más rico, en vez de hacerle más pobre. La era de las fortunas monstruosas en los Estados Unidos data de la guerra.

Pero si puede decirse esto de la Deuda de los Estados, ¿qué diremos de otras deudas nacionales?

Al pagar los intereses de su enorme deuda nacional, ¿qué es lo que está pagando el pueblo inglés? Está pagando los intereses de sumas derrochadas o disipadas por licenciosos tiranos o por corrompidas oligarquías en pasadas generaciones, de dádivas hechas a los cortesanos y alcahuetes y aduladores y traidores a la libertad de su país, los préstamos tomados para corromper sus Parlamentos y sustentar guerras contra las libertades propias y contra las libertades de otros pueblos. Por los Hesses alquilados y los indios armados y las escuadras y ejércitos enviados para mantener sometidas las colonias americanas con el resultado de partir en dos lo que sin ello acaso hubiera sido una gran nación confederada; por el coste de hollar al pueblo irlandés e inferirle

heridas que aún sangran; por las enormes sumas gastadas al tratar de mantener sobre el continente europeo la blasfemia del derecho divino; por los gastos hechos para llevar la rapiña a pueblos no ofensores, por todo el planeta, están gravados los ingleses de hoy. No es el caso de pedir a un hombre que pague una deuda contraída por su tatarabuelo: es pedirle que pague la cuerda con que ahorcaron a su tatarabuelo o los leños con que lo quemaron.

La llamada Deuda egipcia, para imponer la cual ha utilizado recientemente Inglaterra su fuerza, es un caso de expoliación más flagrante aún. El último kedive no era más que un árabe ladrón que vivía a sus anchas sobre el país y desplumaba a su pueblo. No satisfaciendo su insensato y bárbaro libertinaje con todo lo que podía obtener estrujando a su pueblo hasta reducirlo a la inanición y a la extrema necesidad, los prestamistas europeos, confiando en la supuesta santidad de las deudas nacionales, le ofrecieron dinero en las condiciones más usurarias. Fue gastado el dinero con la más despilfarradora inconsciencia en harenes, palacios, yates, diamantes, regalos y diversiones; sin embargo, para sacar a los míseros fellahs los intereses de aquel dinero, la cristiana Inglaterra envió escuadras y ejércitos a que asesinaran e incendiaran, y con su poder mantuvo la tiranía y el lujo de un muñeco kedival a expensas del pueblo egipcio.

Así, el artificio de la Deuda pública permite a los tiranos mantenerse y a los aventureros que se apoderan del gobierno desafiar al pueblo. Permite hacer grandes y dispendiosos gastos, acallando y aun convirtiendo en sostén la oposición de aquellos que de otra suerte resistirían esos gastos con las mayores energía y fuerza. Si los gobernantes no hubieran podido contratar deudas públicas, no hubieran sido emprendidas nueve décimas partes de las guerras de la cristiandad durante las dos pasadas centurias. La destrucción de riqueza y el derramamiento de sangre, la agonía de las viudas y de las madres y de los hijos así causados son incalculables; pero a ellas debe añadirse el despilfarro, las pérdidas y la desmoralización causadas por las constantes preparaciones para la guerra.

Los infortunios públicos y corrupciones del gobierno, que nacen de la ignorancia y violación de los derechos humanos, implicados por la admisión de las deudas públicas no acaban en el coste de las guerras y de las preparaciones bélicas y de las corrupciones que tales gastos públicos fomentan. Las pasiones que la guerra enciende, los odios nacionales, el culto de la gloria militar, la sed de la victoria o de la venganza embotan la conciencia pública y truecan los mejores instintos sociales en aquella mezquina e irreflexiva extensión del egoísmo mal llamada patriotismo, matan el amor a la libertad, llevan a los hombres a someterse a la tiranía y a la usurpación por la salvaje sed de degollar a otras gentes o el temor de ser degollados por ellas. Pervierten de tal modo las percepciones religiosas, que los declarados discípulos de Cristo bendicen

en su nombre los estandartes del asesinato y la rapiña y dan gracias al Príncipe de la Paz por las victorias que cubren la tierra con los cuerpos mutilados y consternan los corazones.

Y no termina aquí el mal. H. Vanderbilt, con sus cuarenta millones en títulos de la Deuda, declara que «no debe ser amortizada la Deuda nacional»; que, por el contrario, debe ser aumentada, porque da mayor estabilidad a los gobiernos, «convirtiendo a cada uno que posee un título en un leal y solícito ciudadano»<sup>1</sup>. Mr Vanderbilt expresa el sentir universal en su clase. No fueron leales y solícitos ciudadanos con títulos de la Deuda en los bolsillos los que mantuvieron nuestra guerra civil o los que arrojaron cualquier otra guerra; pero la posesión de un título de la Deuda convierte en hombre leal y afectuoso a quien logra apoderarse del poder y espera seguir cortando cupones. Una gran Deuda pública crea un gran interés metálico que necesita «gobiernos fuertes» y teme a los cambios, y constituye así un poderoso elemento en el que los gobiernos corrompidos y tiranos pueden siempre apoyarse contra el pueblo. Podemos ver ya en los Estados Unidos la desmoralización que causa esta influencia, mientras que en Europa, donde tiene más relevantes manifestaciones, es el cimiento de la tiranía y el más formidable obstáculo a la reforma política.

Thomas Jefferson tenía razón cuando, como una deducción de «la verdad axiomática de que la tierra pertenece en usufructo a los vivientes», declaraba que una generación no puede considerarse ligada por las leyes o deudas de sus predecesores; y como éste, el más sabio de los patriotas americanos y el más grande de los hombres de Estado americanos, dijo: «Las medidas que dan eficacia práctica a este principio aparecerán más saludables cuanto más se las considere».

La tributación indirecta, el otro procedimiento por el cual el pueblo es sangrado sin que se percate y aquellos que podrían hacer la más eficaz resistencia al despilfarro y a la corrupción son sobornados para que asientan, es un invento por el cual son impuestos tributos de tal suerte que a aquellos que directamente los pagan se les permite recobrarlos a su vez de los demás y generalmente recaudarlos con provecho mediante precios más altos. Aquellos que directamente pagan los impuestos, y, lo que es más importante aún, aquellos que desean precios más altos, son así interesados en la imposición y mantenimiento de los tributos, mientras que aquellos sobre los cuales recae finalmente la carga no se dan cuenta de ello.

Los efectos corruptores de la tributación indirecta son notorios dondequiera se ha recurrido a ellos, pero en ninguna parte tan notorios como en los Estados Unidos. Desde que la guerra terminó, el gran esfuerzo de nuestros gobiernos nacionales no ha sido para reducir la tributación, sino para encontrar excusa a la permanencia de la tributación de guerra. Los

<sup>1</sup> Interview en Times, de New York.

más corruptores despilfarros en todos los departamentos de la Administración han sido fomentados así, y se ha utilizado todo pretexto para aumentar los gastos. Hemos sustituido deliberadamente una circulación barata por una circulación costosa; hemos aumentado deliberadamente el coste de la administración de la Deuda pública; mantenemos una escuadra costosa que no nos sirve para nada y que en caso de guerra de nada tampoco nos serviría a nosotros, y un ejército doce veces mayor y quince veces más costoso de lo que necesitamos. Estamos extrayendo plata de ciertos agujeros del suelo de Nevada y Colorado y escondiéndola en otros agujeros del suelo de Washington, New-York y San Francisco, donde no es un ápice más útil. Estamos gastando grandes sumas en innecesarias «mejoras públicas» y pagando pensiones conforme a una ley que parece forjada sencillamente para dar un premio al fraude y disipar el dinero público. Y así y todo, el gran problema planteado en el Congreso es qué hacer con el superávit. Toda proposición de reducir los tributos suscita la más sañuda oposición en aquellos que se aprovechan o que imaginan aprovecharse del establecimiento de esa tributación, y una clamorosa turba cerca al Congreso, mendigando, injuriando, sobornando, amenazando **contra** la reducción de los impuestos, protestando e insistiendo en que, cualquiera que sea la reducción que en los tributos se establezca, su tributo fijado debe quedar intacto. Este clamor de los intereses particulares para que continúe la tributación indirecta debe darnos alguna idea de cuánto más grandes son las sumas que estos impuestos sacan del pueblo que aquellas que llegan al Tesoro. Pero esto es tan solo una pálida idea; porque junto a lo que va al gobierno y lo que es interceptado por los intereses particulares, hay la pérdida y el despilfarro causados por las restricciones y dificultades artificiales que este sistema de tributación indirecta pone en el camino de la producción y del comercio, y que indiscutiblemente suman mucho más que aquellas otras dos partidas.

El coste de este sistema, en cuanto puede ser medido en dinero, es, sin embargo, de escasa importancia comparado con sus efectos en la corrupción del gobierno, en la depresión de la moral pública y en el oscurecimiento del pensar de la gente. La primera cosa a que se invita a un hombre cuando llega a esta «tierra de la libertad» es a hacer un juramento falso; lo inmediato a que se le invita es a sobornar a un funcionario de Aduanas. Y así sucesivamente, al través de toda arteria del cuerpo político y de toda fibra del espíritu público corre el virus ponzoñoso. Cae la ley en menosprecio por la realización de actos que son crímenes, no ante la moral, sino ante la ley; el no escrupuloso tiene superioridad sobre el escrupuloso; son comprados los electores, corrompidos los funcionarios, sobornada la prensa, y los persistentes defensores de estos egoístas intereses han nublado tanto el pensamiento popular, que un gran número —me inclino a pensar que la inmensa mayoría— del pueblo americano cree actualmente que es beneficiado por tales impuestos.

Enumerar en detalle las desdichas públicas y las corrupciones del gobierno que provienen de este vicioso sistema de tributación requeriría más espacio del que puedo aquí consagrar al asunto. Pero lo que yo deseo es

pecialmente señalar es que, como los males provenientes de las deudas públicas, aquellos son debidos en último análisis a «la ignorancia, desdén o violación de los derechos humanos». Al par que todo ciudadano debe ser debidamente llamado a sufragar su parte equitativa en todos los debidos gastos del gobierno, es manifiestamente una infracción de los derechos naturales usar el poder de imponer tributos de tal modo que dé a un ciudadano una ventaja sobre otro, tomar de algunos los frutos de su trabajo para aumentar los provechos de otros y castigar como crímenes actos que en sí mismos no son perniciosos.



## LAS FUNCIONES DEL GOBIERNO

Para impedir que un gobierno se haga corrompido y tirano, su organización y procedimiento tienen que ser tan sencillos como sea posible, sus funciones circunscribirse a las necesarias para el común bienestar, y en todas sus partes ha de mantenerse tan cerca del pueblo y tan directamente sujeto al **contrôle** de éste como pueda ser.

Nosotros hemos desconocido estos principios de muchas maneras, y el resultado ha sido la corrupción y la desmoralización, la pérdida del **contrôle** por el pueblo y la prevaricación del gobierno para beneficiar a unos pocos y para expoliar a muchos. El camino de la reforma, por un lado al menos, consiste en la simplificación.

El primero y principal propósito del gobierno está admirablemente establecido en aquel gran documento que nosotros, los americanos, tanto honramos y tanto ignoramos: la Declaración de Independencia. Es: asegurar a los hombres aquellos iguales e inalienables derechos con que el Creador los ha dotado. Después expondré cómo la adopción de aquel único medio por el cual puede ser asegurado el primero de estos inalienables derechos —el derecho igual a la tierra— en una sociedad civilizada y progresiva simplificará al mismo tiempo grandemente el gobierno y eliminará las influencias corruptoras. Y más allá de esto, es posible gran simplificación y debiera procurarse dondequiera sea posible obtenerla. Como la corrupción política hace más fácil resistir la petición de reformas, cuanto pueda hacerse por purificar la política y someter los gobiernos a la inteligente inspección y **contrôle** del pueblo no es tan solo en sí mismo un fin que procurar, sino un medio para mayores fines.

La República americana no necesita para su ornato una escuadra más que un pacífico gigante necesitaría una maza de estopa o una espada de latón. La sostenemos tan solo a causa de los oficiales de marina y de las asociaciones navales. En la paz es una fuente de gastos y de corrupciones; en la guerra sería inútil. Nosotros somos demasiado fuertes para que ningún poder extranjero osara atacarnos. Nosotros debemos ser demasiado grandes para osar atacar a otros. Si alguna vez nos viésemos obligados a la guerra, podríamos confiar seguros en la ciencia y en la inventiva que van dejando anticuadas las naves, más de prisa de lo que éstas pueden ser construidas.

Así ocurre también con nuestro ejército. Todo lo que nosotros necesitamos, si es que ahora necesitamos algo, es una pequeña fuerza de policía de fronteras como la mantenida en Australia y Canadá. Escuadras y ejércitos permanentes son incompatibles con el genio de la democracia, y nuestro orgullo debiera ser, como es nuestro deber, mostrar al mundo que la gran República puede prescindir de ambos. Y en la organización, como en la teoría, ambos —nuestra escuadra y nuestro ejército— repugnan a la idea democrática. En ambos mantenemos aquella distinción entre los oficiales y los soldados y marineros comunes que nacieron en Europa cuando la nobleza que suministraba los unos era considerada como una raza superior a los siervos y campesinos que proporcionaban los otros. El sistema, en su conjunto, es un insulto a la democracia y debiera desaparecer.

Nuestro sistema diplomático, asimismo, está servilmente copiado de los usos de los reyes que se concertaban contra las libertades de los pueblos antes de que el buque de vapor y el telégrafo fuesen inventados. No sirve para ningún fin, salvo el de recompensar a los políticos y algunas veces para desmoralizar a algún poeta. Abolirlo sería evitar gastos, corrupciones y menoscabo a la dignidad nacional.

En la administración de justicia hay gran campo para una reforma radical. Aquí también hemos copiado servilmente los procedimientos ingleses y hemos permitido a los abogados hacer la ley en interés de su clase, a tal punto que la justicia es un juego costoso para los pobres que no pueden pagarla. El mejor uso que podríamos hacer de nuestras grandes colecciones jurídicas a las cuales los **reports** de los 38 Estados, de los tribunales federales y de los tribunales ingleses, escoceses e irlandeses va añadiendo cada año volúmenes, sería enviarlos a las fábricas de papel y adoptar tales principios y procedimientos que redujeran nuestro gran ejército de abogados por lo menos al nivel de Francia. Al mismo tiempo nuestras colecciones legislativas están llenas de leyes que podrían ser barridas con provecho. No es oficio del gobierno hacer a los hombres virtuosos o religiosos, o preservar a los locos de las consecuencias de su propia locura. El gobierno no debe reprimir sino lo necesario para asegurar la libertad, protegiendo los iguales derechos de cada uno contra agresiones de los otros; y las prohibiciones gubernamentales que van más allá de esta linde, amenazan destruir aquellos mismos fines que se proponían preservar. Porque así como la tendencia de las leyes que prohíben o mandan lo que el sentido moral no prohíbe ni manda es poner la ley en discusión y producir hipocresía y fraude, así los conatos de traer la ley en ayuda de la moral, en cuanto a aquellos actos y relaciones que no implican abiertamente una violación de la libertad de los demás, es debilitar más bien que fortalecer los influjos morales; hacer la medida de lo justo y de lo injusto una materia legal y permitir que aquel que hábilmente pueda escapar al castigo de la ley, eluda todo castigo. Así, por ejemplo, no puede haber duda de que el nivel de la honradez mercantil sería mu-

cho más alto si no hubiese leyes para la exacción de las deudas. En materia de esta índole, el bribón se mantiene dentro de la ley o elude la ley, mientras que la existencia de un nivel legal reduce el nivel moral y debilita la sanción de la opinión pública.

Restricciones, prohibiciones, intervenciones en la libertad de acción en sí mismas inofensivas, son dañosas en su naturaleza, y aunque alguna vez puedan ser necesarias, lo son en su mayor parte como las medicinas que suprimen o modifican alguno de los síntomas, sin disminuir la enfermedad; y generalmente donde se piden leyes restrictivas o prohibitivas, se encuentra que aquellos males cuyo remedio se procura, se originan por restricciones previas, por alguna amputación de los derechos naturales.

Todas las tendencias del tiempo conducen a la absorción de las sociedades más pequeñas, al ensanche del área dentro de la cual la uniformidad de la ley y de la administración es necesaria o deseable. Pero por esta misma razón debemos con mayor tenacidad mantener donde sea posible el principio de la autonomía local, el principio de que en las cosas que solo afectan al pueblo de cada subdivisión política —sean aldeas, distritos, ciudades o Estados— legislarán para sí propios. Hemos desafiado este principio dentro de nuestros Estados aún más que en las relaciones entre el Estado y el Gobierno nacional, e intentando gobernar las grandes ciudades por delegaciones del Estado y encomendar al Parlamento lo que propiamente pertenece a los gobernantes de condado y a las asociaciones de ciudades, hemos dividido la responsabilidad y fomentado la corrupción.

Mucho también puede hacerse para restringir el abuso de mecanismo de los partidos y que las elecciones sean la verdadera expresión de la voluntad del elector, simplificando nuestros procedimientos electorales. Y debemos tener siempre en el pensamiento un principio que hemos ignorado mucho: que el pueblo no puede dirigir el detalle ni elegir inteligentemente más que unos pocos funcionarios. Llamar al conjunto de los ciudadanos para que voten en cada elección una larga lista de candidatos, de la mayoría de los cuales no puede saber nada, a menos que se dedique a la política, es encomendar la elección a comités nominadores y sindicatos políticos. Y dividir el Poder es frecuentemente destruir la responsabilidad y provocar, no impedir la usurpación.

No puedo sino aludir brevemente a estas materias, aunque en sí mismas merecen mucha atención. Es sumamente necesario simplificar el gobierno tanto como sea posible y mejorar cuanto se pueda lo que pudiera llamarse el mecanismo del gobierno, porque con el progreso de la sociedad las funciones que el gobierno tiene que asumir aumentan rápidamente. Solo en la infancia de la sociedad pueden adecuadamente confinarse las funciones del gobierno en proveer a la común defensa y proteger al débil contra la fuerza física del fuerte. A medida que la sociedad se desarrolla en obediencia a aquella ley de la integración y de la creciente complejidad de que hablaba en el capítulo primero, se hace necesario, a

fin de asegurar la igualdad, que se dicten y se impongan otras reglas, y sobre las primarias y restringidas funciones del gobierno se acumulan lo que pudiera llamarse funciones cooperativas; el rehusar asumirlas conduce, en muchos casos, a prescindir de los derechos individuales tan ciertamente como a ello conduce la asunción de funciones directivas y restrictivas que no pertenecen propiamente al gobierno.

Con la división del trabajo y la especialización de la vocación que comienza en un primer período del desarrollo social y aumenta con éste, la asunción por algunos individuos de ciertas partes de la actividad social necesariamente acarrea la exclusión de otros individuos. Así, cuando alguien abre una tienda o una posada, o establece el transporte regular de pasajeros o de mercancías, o se consagra a un especial tráfico o función de que otros necesitan, al hacer estas cosas opera de modo que impida a otros el hacerlas, y conduce a establecer hábitos y costumbres que convierten en una necesidad de los demás el recurrir a él y que inferiría a aquellos a quienes se negara este recurso una gran desventaja en comparación de otros individuos. Así, para asegurar la igualdad se hace necesario imitar la libertad de acción de tal modo que se obliga a aquellos que toman sobre sí funciones casi públicas a prestar su servicio, sin establecer distinción entre los que acuden a ellos bajo las condiciones acostumbradas. Este principio está reconocido por todas las naciones que han progresado algo en civilización, en sus leyes referentes o relativas a los transportadores habituales, porteadores, pilotos, etc.

A medida que la civilización progresa y avanza con el desenvolvimiento industrial, la concentración que resulta de la utilización de los mayores poderes y procedimientos más adelantados opera cada vez más en el sentido de restringir y excluir de la competencia y de establecer monopolios completos. Podemos ver esto mismo claramente en los ferrocarriles. No sería más que un puro despilfarro de capital y de trabajo el construir un ferrocarril paralelo a otro, y donde esto se hiciese, una irresistible tendencia los llevaría a fusionarse o a asociarse, y aun en los que son llamados partes competidoras, la competencia es solo transitoria. La fusión de compañías que en pocos años amenaza concentrar el conjunto del negocio ferroviario de los Estados Unidos en manos de una media docena de directores, la fusión de los ingresos y los convenios en cuanto al negocio y a las tarifas, que aun entre partes antagónicas impide la competencia, son debidas a una tendencia inherente al desarrollo del sistema ferroviario y contra la cual es inútil querellarse.

Siendo el propósito y fin primario del gobierno asegurar los derechos naturales y la igual libertad de cada uno, todo negocio que implica monopolio está dentro del necesario dominio de la regulación gubernamental, y los negocios que por su índole son monopolios completos se hacen propiamente función del Estado. A medida que la sociedad se desarrolla, el Estado tiene que asumir estas funciones con su naturaleza cooperativa a fin de asegurar los iguales derechos y la libertad de todos. Es decir, que a medida que en el proceso de la integración, el individuo se hace más y

más dependiente de todos y subordinado a todos, se hace necesario al gobierno, que es propiamente el órgano social por el que el conjunto de individuos puede obrar, tomar sobre sí en interés de todos ciertas funciones que no pueden dejarse confiadamente a los individuos. Así, del principio de que el fin propio y el propósito del gobierno es asegurar los naturales derechos y la libertad del individuo, se deriva el principio de que es materia de gobierno hacer por cuenta de la masa de los individuos aquellas cosas que no pueden ser hechas o no pueden hacerse tan bien por la acción individual. Así como en la evolución de las especies el poder de la conciencia, que es la acción coordinada del conjunto, tiene que asumir una importancia relativa cada vez mayor con relación a la acción automática de las partes, así en la evolución de la sociedad tiene que ocurrir otro tanto. Esta es la verdad del socialismo, la cual, aunque nos está siendo impuesta por los progresos industriales y la evolución social, tan lentamente admitimos.

En los organismos físicos sobrevienen debilidades y dolencias tanto por los excesos de las funciones como por el no uso de las funciones. De manera análoga pueden ser corrompidos los gobiernos y ocasionado el infortunio público por no asumir como función de gobierno lo que propiamente pertenece al gobierno en cuanto órgano director en el manejo de los intereses comunes, como por la ingerencia del gobierno en la esfera propia de la acción individual. Podemos ver esto en nuestro propio país. En lo que intentamos hacer mediante el gobierno y lo que dejamos de hacer, somos como un hombre que confiara el suministro de la comida a los estímulos de su estómago, al par que intentase regir su digestión por obra de su voluntad; o como aquel que caminando al través de una calle repleta o por una mala senda concentrara todas sus facultades conscientes en el movimiento de sus piernas sin poner atención alguna en el sitio por donde iba.

Por ejemplo: no es materia de gobierno intervenir en la opinión que cada cual tenga acerca del Creador o en el culto que prefiera tributarle, en cuanto los ejercicios de estos derechos individuales no choquen con la libertad igual de los demás; y los resultados de la intervención gubernamental en este dominio han sido la hipocresía, la corrupción, la persecución y las guerras religiosas. No es materia de gobierno dirigir el empleo del trabajo y del capital o fomentar ciertas industrias a expensas de las demás industrias, y el intento de hacerlo así conduce a todos los desperdicios, pérdidas y corrupciones debidas a los aranceles protectores.

De otro lado es materia del gobierno acuñar moneda. Esto se percibe tan pronto como la gran invención economizadora de trabajo que se llama moneda sustituye a la permuta. Dejar a cada cual que quiera hacerlo acuñar moneda, sería originar inconvenientes y pérdidas generales, ofrecer más tentaciones a la picardía, y colocar en gran inferioridad a las clases sociales más pobres. Estas patentes consideraciones han conducido en todas partes, a medida que se ha organizado bien la sociedad, a declarar la acuñación de moneda función exclusiva del go

bierno. Cuando en el progreso de la sociedad se ha hecho posible ulteriores progresos economizadores del trabajo, sustituyendo los metales preciosos por papel como materia prima del dinero, se han fortalecido aún las razones por las que se hace función del gobierno la emisión de esta moneda. Los males ocasionados por la rapacidad bancaria en los Estados Unidos están demasiado frescos para que se necesite recordarlos. Las pérdidas e inconvenientes, las estafas y corrupciones dimanadas de la asunción por cada Estado de la Unión de la facultad de autorizar Bancos de emisión, terminaron con la guerra y nadie ahora querría renovarlas. Sin embargo, en vez de hacer aquello a que nos impelen todas las consideraciones públicas y asumir completa y plenamente como función exclusiva del Gobierno General las facultades de emitir papel moneda, los intereses privados de los banqueros nos han obligado, hasta ahora, a hacer una circulación híbrida, de la cual una gran parte, aunque garantizada por el Gobierno General, es emitida por compañías y en beneficio de éstas. Los negocios legítimos del Banco —la custodia y el préstamo de dinero, la apertura y cambio de créditos— están bien dejados a individuos y asociaciones; mas por dejarle a éstas, aun en parte y con restricciones y garantías, la emisión de moneda, el pueblo de los Estados Unidos padece una pérdida anual de millones de dólares y crecen sensiblemente las influencias que ejercen un influjo corruptor sobre el gobierno.

El principio evidente aquí puede verse aún con más vigorosa claridad en otro aspecto de la vida social.

La gran «cuestión ferroviaria» con sus peligros y perplejidades es un más vigoroso ejemplo de las malas consecuencias que resultan de que el Estado deje de asumir funciones que propiamente le pertenecen.

En rudos períodos del desenvolvimiento social y donde el gobierno, descuidando sus funciones propias, se ha ocupado en mantener innecesarias guerras e imponer restricciones nocivas, la construcción y mejora de los caminos públicos se ha dejado a los individuos a quienes, para compensarles, se les permite exigir derechos. Se ha reconocido, sin embargo, desde el principio, que estos derechos estaban debidamente sometidos al **contrôle** y regulación gubernamentales. Pero los grandes inconvenientes de este sistema, y los pesados gravámenes que, a pesar de la regulación intentada, impone a la producción, condujeron, cuando el progreso social lo hizo necesario, a que fuera asumido como un deber gubernamental la construcción y conservación de los caminos. En el curso del desarrollo social vino la invención del ferrocarril que mezcló el negocio de construir y conservar los caminos con el negocio de transportar las mercancías y pasajeros por ellos. A esto se debe, probablemente, que no se percibiera al principio que las mismas razones que hicieron necesario que el Estado construyese y mantuviese los caminos públicos, son aplicables con mayor fuerza aún a la construcción y funcionamiento de los ferrocarriles. En la Gran Bretaña y en los Estados Unidos, y con parciales excepciones en otros países, se ha dejado a las empresas privadas la construcción de ferrocarriles y a la iniciativa pri-

vada su funcionamiento. En los Estados Unidos, donde los ferrocarriles son de más importancia que en cualquier otro país del mundo, nuestra única percepción de su carácter público ha consistido en la donación de tierras y en la concesión de subvenciones, que han sido la causa de muchas corrupciones y algunas débiles tentativas para regular las tarifas.

Pero el hecho de que el sistema ferroviario en su desarrollo hasta el presente (y acaso necesariamente) asocie el transporte con la conservación de los caminos, hace absolutamente imposible la competencia y la pone más claramente aún dentro del dominio del Estado. Que esto hace de la asunción por el Estado del negocio ferroviario un asunto muy serio, no es discutible. Aun cuando fuera posible —cosa de la cual puede muy bien dudarse— que, como alguna vez se ha propuesto, se encomendase al Estado la conservación de los caminos, dejando la circulación a las empresas privadas, aun sería una muy grave materia. Pero mírese en el aspecto que se quiera, es una de las materias más graves que pueden ser afrontadas. A medida que el individuo va pasando desde la infancia a la madurez, encuentra dificultades y acepta responsabilidades ante las cuales muy bien puede intimidarse. Así ocurre con la sociedad. Nuevos poderes acarrear nuevos deberes y nuevas responsabilidades. La imprudencia de adelantarse implica daños, pero es fatal quedarse quieto. Y por grandes que sean las dificultades que entrañe la asunción de los negocios ferroviarios por el Estado, el rehusar asumir las implica dificultades mucho mayores.

No es necesario apelar a ningún complicado razonamiento para demostrar que la propiedad y el manejo de los ferrocarriles es una función del Estado. Esto está fuera de discusión por la lógica de los sucesos y por los hechos existentes. Nada más notorio —al menos en los Estados Unidos, donde la tendencia de la moderna evolución puede verse con más claridad que en Europa— que la unión del negocio ferroviario con las demás funciones del gobierno es inevitable. Podemos no gustar de ello, pero no podemos evitarlo. O el gobierno maneja los ferrocarriles, o los ferrocarriles manejan al gobierno. No hay escape. Rechazar uno de los términos del dilema es caer en el otro.

La experiencia de nuestros Estados americanos, donde el sistema ferroviario ha llegado, al menos relativamente, al más pleno desenvolvimiento, demuestra que es imposible ninguna satisfactoria regulación de los ferrocarriles por el Estado. Un déspota de vigorosa voluntad, revestido de arbitrarios poderes, podría doblegar a tales Leviathanes; pero los gobiernos populares no pueden. El poder del conjunto del pueblo es naturalmente mayor que el poder de los ferrocarriles; pero no puede ser ejercitado fácilmente y en detalle. Hasta un pequeño interés particular es, por razón de su inteligencia, cohesión y flexibilidad, más eficaz que una lucha por vagos y grandes intereses generales; tiene la superioridad que pertenece a una fuerza bien armada y disciplinada en lucha con una multitud. Pero por el número de sus empleados, la suma de sus ingresos y la extensión de los intereses que domina, el poder de los ferrocarriles

es gigantesco. Y creciendo más de prisa que el desarrollo del país, tiende aún más de prisa a la concentración. Acaso ha nacido ya el hombre que haya de dirigir el conjunto del sistema ferroviario de los Estados Unidos, como Vanderbilt, Gould y Huntigdon dirigen ahora grandes secciones de él.

Los políticos prácticos de todos los Estados Unidos reconocen la absoluta inutilidad de luchar con este poder ferroviario. En muchos, si no en la mayoría de los Estados, ningún hombre prudente contendrá por un puesto si cree que el poder de los ferroviarios está contra él. Sin embargo, en la directa apelación al pueblo, un poder de esta clase sería débil, y los reyes de los ferrocarriles gobiernan Estados donde en cualquier cuestión que se plantease claramente ante el pueblo serían vencidos. Es arrojando su peso sobre los directores, y manejando comités, dominando la prensa, manipulando Parlamentos y llenando los escaños de éstos con hechuras suyas, como los ferroviarios ejercen mejor su poder político. El pueblo de California, por ejemplo, ha votado contra el sindicato ferroviario una y otra vez, o, por mejor decir, se ha imaginado que lo hacía así, y hasta ha adoptado una muy mala constitución nueva porque suponía que los ferrocarriles estaban contra ella. El resultado es que la gran compañía ferroviaria, de cuyo dominio California, con una área más que doble que la Gran Bretaña, no es más que una de las provincias, domina absolutamente el Estado. Los hombres que verdaderamente luchan son tomados a su servicio o aplastados, y son ejercidas, en interés de los directores ferroviarios, facultades que ningún gobierno osaría emplear.

Esta compañía, cuantiosamente subvencionada en primer lugar como cosa de gran interés público, cobra del comercio, no impuestos, sino tarifas. Si un hombre se dedica a un negocio que requiere el transporte tiene que exhibir sus beneficios y tomarla como participe por la parte del león.

Los importadores están ligados por un «convenio férreo» a facilitar a los agentes de aquella acceso a los libros de éstos, y si hacen algo que la compañía estima contrario a sus intereses, son multados o arruinados, colocándolos en situación de inferioridad respecto de sus rivales en el negocio. Tres ferrocarriles continentales, fuertemente subvencionados por la nación con la idea de que la competencia bajaría las tarifas, han llegado ya hasta el Pacífico. En vez de competir han juntado sus ingresos. La línea de vapores desde San Francisco a New-York, vía el Istmo, recibe cien mil dólares al mes por mantener los pasajes y los fletes al mismo nivel que los exigidos por los ferrocarriles, y si queréis enviar mercancías desde New-York a San Francisco por el Istmo, el medio más barato es embarcarlas primero para Inglaterra. La navegación por el interior está gravada como si las mercancías fueran llevadas primero hacia el final del camino y allí embarcadas de retorno; y aun por medio de los convenios mencionados se establecen obstáculos al comercio oceánico por barcos de vela donde quiera que choca éste con el monopolio.

Hablo de California solo como ejemplo. El poder de los ferrocarriles es notorio en uno y otro Estado como lo es en el Gobierno Nacional. Nada puede ser más claro que, si las actuales condiciones han de continuar,

el pueblo americano podría igualmente avenirse a delegar el poder político en esas grandes compañías y en sus intereses filiales. No hay modo de escapar a ello. Los directores ferroviarios no pueden mantenerse apartados de la política aunque lo quisieran. La dificultad de la cuestión ferroviaria no nace del hecho de que hombres particularmente malos hayan alcanzado el dominio de los ferrocarriles; nace de la naturaleza del negocio ferroviario y de sus íntimas relaciones con otros intereses e industrias.

Pero se dirá: si los ferrocarriles son aún ahora un elemento corruptor de nuestra política, ¿qué sería si el gobierno fuese el dueño e intentara administrarlos? ¿No es la administración notoriamente gubernamental, necesariamente corruptora e ineficaz? ¿No produciría el efecto de añadir un vasto ejército al ya gran número de funcionarios del gobierno, aumentar enormemente las rentas y los gastos del gobierno, permitir a aquellos que alcanzan el dominio del gobierno desafiar las oposiciones y perpetuar su poder indefinidamente, y no sería, por fin, sumir el conjunto del organismo político en un desesperado lodazal de corrupción?

Mi réplica es que, por grandes que estos daños puedan ser, tenemos que afrontarlos, so pena de otros peores. Cuando un temporal lo empuja hacia la costa de sotavento, los marineros tienen que poner la vela, aun a riesgo de que el viento arranque de las jarcias la lona y de que los mástiles caigan más allá de la borda. Los peligros del viento y del mar le impelen a tomar todas las precauciones que pueda abajo y en lo alto; a prescindir de cuanto pueda disminuir las condiciones marineras de su barco; a enviar sus mejores timoneles a la rueda para no entregarse negligentemente a una segura destrucción en las rocas.

En vez de disminuir los peligros, de aumentar las funciones que el gobierno actualmente desempeña, lo que estoy tratando de señalar es la urgente necesidad de simplificar y mejorar el gobierno para que pueda asumir tranquilizadamente las funciones adicionales que el desarrollo social le impone. No solamente es necesario impedir al gobierno que aumente en corrupción y en ineficacia, aunque esto no lo podamos lograr por una política negativa más de lo que el navegante podría evitar el temporal sin arribar; es necesario hacer al gobierno mucho más eficaz y mucho menos corrompido. Los peligros que nos amenazan no son circunstanciales. Nacen de una ley universal que no podemos eludir. Esta ley es la que he señalado en el primer capítulo de este libro: que todo progreso acarrea nuevos daños y requiere más alta y más vigilante inteligencia. Así como el animal más altamente organizado no puede vivir, a menos que tenga un cerebro más plenamente desarrollado que el de los organismos animales más bajos, así las sociedades más altamente organizadas tienen que perecer, a menos de que apliquen al manejo de los asuntos sociales más inteligencia y más alto sentido moral. Los grandes progresos materiales que las invenciones modernas nos han permitido hacer necesitan correlativos progresos sociales y políticos. La Naturaleza no conoce ninguna «ley de protección a la infancia». Tenemos que vivir conforme a sus condiciones o dejar de existir.

Mi propósito es demostrar cuán importante es que simplifiquemos el gobierno, purifiquemos la política y mejoremos las condiciones sociales, como preliminar para demostrar cuánto puede ser realizado en todas estas direcciones por una simple gran reforma. Pero aunque me vea obligado a hacerlo brevemente, vale la pena de que, aun con brevedad, llame la atención sobre algunos principios que no deben ser olvidados cuando se piensa en la posibilidad de que el Estado asuma funciones como la administración de los ferrocarriles.

En primer lugar, creo que puede aceptarse, como un principio comprobado por la experiencia, que todo interés considerable que tenga necesariamente relación con el gobierno es más corruptor del gobierno cuando actúa sobre éste desde fuera que cuando está asumido por el gobierno. Si un barco arroja el ancla y suelta su cable en medio del Océano, aunque se encuentre aliviado de algún peso, puesto que en parte el peso del ancla y del cable será soportado por el agua, no solamente verá su avance retardado, sino que se negará a obedecer su timón y resultará completamente inmanejable. Sin embargo, incorporad como parte del barco y adecuadamente estibados a bordo el ancla y el cable; no seguirán estorbando perceptiblemente los movimientos de aquel.

Un ejército permanente es una influencia corruptora y un peligro para las libertades populares. Pero, ¿quién sostendría que en este terreno es más discreto, si ha de conservarse un ejército permanente, que sea alistado y pagado por particulares y alquilado por estos al gobierno? Un ejército como éste sería mucho más corruptor y mucho más peligroso que uno sustentado directamente por el Estado. Y pronto haría de sus caudillos los dueños del Estado.

No creo que el servicio postal del gobierno, con sus extensas ramificaciones y sus numerosos empleados, comience a ser un factor tan importante en nuestra política o a ejercer una tan corruptora influencia como lo sería una compañía privada a quien se encomendara este servicio, y la cual constantemente o intentaría o forzaría a la política a lograr leyes favorables o a impedir las desfavorables para ella. Donde los Estados separadamente, o el gobierno general, han reemplazado con imprentas oficiales a los impresores públicos que se suministraban a sí propios el material y alquilaban su trabajo, creo que el resultado ha sido disminuir, no aumentar, las influencias corruptoras; y hablando en términos generales, creo que la experiencia muestra que en todas las ramas del gobierno el sistema de contratar obras y suministros ha llevado en conjunto a más corrupción que el sistema del empleo directo. La razón, a mi juicio, es que en un caso hay una concentración de intereses corruptores y de poder mucho mayor que en el otro.

La ineficacia, extravagancia y corrupción que comúnmente se atribuye a la administración por el gobierno, existe, en su mayor parte, en aquellos departamentos que no están sujetos a la inspección pública y que afectan poco, si es que afectan algo, a la conveniencia pública. Si los seis nuevos cruceros de acero que el persistente asedio de los contratistas ha

inducido al Congreso a encargar están bien o mal contruidos, nunca lo sabrá el pueblo americano, salvo lo que llegue a su noticia por medio de los periódicos. Y el hecho no afectará a su comodidad y conveniencia más que pudiera afectarle la hechura de un nuevo pantalón del sultán. Pero que las valijas del correo se extravíen o el cartero deje de hacer su carrera, y se promoverá un clamoreo. El ramo de Correos está administrado con mayor eficacia que ningún otro departamento del Gobierno Nacional, porque toca más de cerca a la gente. Puede decirse, sin exageración, que está administrado tan eficazmente como cualquier compañía privada pudiera administrar un tan vasto negocio, y a mi juicio, en su conjunto, tan económicamente. Y los escándalos y abusos que en él han acaecido lo han sido, en su mayoría, fuera de los servicios frecuentados y en cosas de que el público no tenía o apenas tiene conciencia. Igualmente, en Inglaterra, el telégrafo, la conducción de paquetes y la Caja de Ahorros están administrados por el gobierno más eficaz y económicamente que lo estaban antes por compañías privadas.

Como estos negocios —acaso más aún—, el negocio ferroviario cae directamente bajo la inspección de la gente. Toca tan de cerca al interés, a la conveniencia y a la seguridad del gran conjunto, que, bajo la administración pública, ésta se vería obligada a aquella estricta y minuciosa atención que asegure la eficacia.

Me parece que, con respecto a los negocios públicos, aceptamos demasiado pronto el dicho de que solo puede lograrse un trabajo concienzudo y eficaz por la esperanza de un provecho pecuniario o por el miedo a pérdidas pecuniarias. Alcanzamos obra concienzuda y eficaz en nuestras academias e instituciones similares sin esto, para no hablar del ejército y de la marina o del ramo postal y docente de la administración pública; y sea esto como fuere, nuestros ferrocarriles están realmente manejados por hombres que, desde el guardaagujas al superintendente general, no tienen otro interés pecuniario en el asunto que el ganar su sueldo, en la mayoría de los casos mezquino e insuficiente, y conservar sus puestos. Bajo la propiedad del gobierno, éstos tendrían por lo menos todos los incentivos para la conciencia y eficacia que ahora tienen, pues que la administración de los ferrocarriles por el gobierno tiene que implicar la reforma de los principios que regulan el funcionamiento social, va sin decirlo. El más decidido defensor del sistema de expoliación no tendría reparo en confiar la seguridad de sus miembros y su vida a los ingenieros y guardafrenos nombrados por la administración pública.

Miremos además a los sistemas ferroviarios tal como éstos existen. Que no estén manejados en interés del público, es claro. Pero, ¿están manejados en interés de sus dueños? ¿Están manejados con aquella economía, eficacia e inteligencia que se supone que son los resultados de la propiedad y el **contrôle** privado? Por el contrario, al par que los intereses públicos están completamente menospreciados, los intereses de los accionistas, en la mayoría de los casos, apenas están mejor considerados. Nuestros ferrocarriles están realmente manejados en interés de aventureros

sin escrúpulo, cuyo fin es hinchar y elevar el **stock** de las acciones en el mercado; por hombres que supeditan los intereses de la propiedad que ellos manejan, a sus intereses personales en otros ferrocarriles o en otros negocios; que especulan en tierras y solares; que se otorgan u otorgan a sus amigos contratos para suministros y tarifas especiales de transporte, y que con frecuencia hacen quebrar deliberadamente a las compañías que dirigen y sacan a los accionistas hasta el último céntimo. De cabo a rabo el manejo de nuestro sistema ferroviario, tal como ahora existe, confina con la estafa y el fraude.

Que los caminos ordinarios, puentes, etc., no han de rendir un beneficio ni público ni privado, es un principio aceptado, y el Estado de New-York ha ido recientemente tan lejos que ha abolido todo el derecho sobre el canal Erie, la gran vía acuática entre los lagos y el mar, a que New-York debe su preeminencia mercantil. Aspiramos meramente a que nuestro servicio postal se costee, y nadie imaginaría proponer ahora que las tarifas de correos fuesen elevadas a fin de proporcionar una renta pública, como aún la proporcionan en Inglaterra; aún menos soñaría nadie en proponer que el gobierno abandonase el servicio postal y entregara de nuevo este negocio a individuos y compañías. Al principio el servicio postal fué realizado por individuos buscando provechos. Si el sistema hubiese continuado hasta el día presente, es seguro que no hubiéramos comenzado a tener facilidades postales tan extensas y regulares como las que ahora tenemos, ni tarifas tan bajas; y todas las objeciones que ahora se alegan contra la asunción de los negocios ferroviarios por el gobierno, serían aducidas contra la conducción de cartas por el gobierno. Nunca podremos disfrutar los plenos beneficios de la invención del ferrocarril hasta que hagamos el ferrocarril propiedad pública, manejado por servidores públicos en interés público. Y así una gran causa de corrupción del gobierno, y una gran causa de monstruosas fortunas, será destruída.

Cuanto hemos dicho de los ferrocarriles se aplica, naturalmente, al telégrafo, al teléfono, al suministro de gas a las ciudades, de aguas, de calor, de electricidad; en una palabra, a todos los negocios que por su naturaleza son monopolios. Hablo del ferrocarril solo porque la magnitud del negocio hace de su asunción por el Estado la más formidable de todas las empresas.

Los negocios que por su naturaleza son monopolios, son propiamente función del Estado. El Estado tiene que dirigirlos o asumírselos en defensa propia y para la protección de los derechos iguales de los ciudadanos. Pero por cima de esto, el campo en que el Estado puede operar beneficiosamente como órgano ejecutivo de la gran asociación cooperativa, en que es la tendencia de la verdadera civilización convertir la sociedad, se amplía con el progreso del gobierno y el desarrollo del espíritu público. Ya hemos dado un paso importante en esta dirección con nuestro sistema de escuelas públicas. Nuestras escuelas públicas no son mantenidas para los pobres, como lo son las pensiones escolares inglesas, donde además se exige pago a todos los que puedan pagar; ni tampoco es su principal mo-

tivo la protección del Estado contra la ignorancia. Estos son motivos subsidiarios. El principal motivo para el mantenimiento de nuestras escuelas públicas es que la mayor parte de nuestro pueblo encuentra en ellas los medios mejores y más económicos de educar a sus hijos.

La sociedad americana está, en efecto, organizada, por mediación del gobierno, en asociaciones docentes cooperativas, y con tan felices resultados, que en ningún Estado donde existe el sistema de escuelas públicas ha logrado respetuosa acogida ninguna proposición para suprimirlas. A pesar de la corrupción de nuestra política, nuestras escuelas públicas son, en conjunto, mucho mejores que las escuelas privadas, al par que, por la asociación en ellas de los hijos del rico y el pobre, del judío y del gentil, del protestante y el católico, del republicano y el demócrata, son de inestimable valor para evitar los prejuicios y estorbar el desarrollo de sentimientos de clase. Debe notarse de igual modo, en cuanto a nuestro sistema de escuelas públicas, que parecen nacer influencias corruptoras más bien de no haber ido bastante lejos que de haber ido demasiado lejos en el sentido de la acción del Estado. En algunos de nuestros Estados los libros empleados por los niños son facilitados a expensas públicas considerándolos propiedad de la escuela, y los alumnos los reciben al entrar en la escuela o clase y los devuelven cuando se van. En la mayoría de ellos, sin embargo, los alumnos, a menos que sus padres no puedan subvenir a los gastos, están obligados a proporcionarse sus propios libros. La experiencia ha demostrado que el primer sistema es mucho mejor, no solamente porque cuando los libros son proporcionados a todos aquellos que pueden comprárselos, se ven libres de la tentación de compadecer fingidamente a la indigencia, y no puede haber humillación por parte de aquellos que no pueden comprarlos, sino porque el número de libros requeridos es mucho menor y se pueden comprar a precios más baratos. Esto no solamente acarrea una gran economía en el común de los gastos, sino que disminuye en influencia corruptora. Porque la lucha entre grandes editores de libros de texto para conseguir que sus libros sean adoptados en las escuelas públicas, lucha en que la mayoría de ellos no sienten escrúpulos en recurrir al soborno siempre que pueden, ha contribuido mucho a degradar el carácter de las escuelas. Esta corruptora influencia solo puede ser plenamente dispada cuando se impriman los libros de texto a expensas públicas, como ya ha sido propuesto en cierto número de Estados.

El sistema de bibliotecas públicas, que comenzando en la animosa ciudad de Boston va extendiéndose rápidamente por todo el país, y conforme al cual se sostienen bibliotecas para lectores y para préstamos de libros a expensas públicas y de libros para uso público, es otro ejemplo de la triunfante extensión de las funciones cooperativas del gobierno<sup>1</sup>. Lo mismo ocurre con los parques públicos y campos de recreo que comienzan a establecerse.

1 La biblioteca Pública de Boston es la mayor y mejor biblioteca, como biblioteca circulante, de los Estados Unidos, y me inclino a pensar que del mundo entero. En California, donde la ley general permite a las autoridades locales establecer un impuesto del 1% sobre el valor asignado a la propiedad para sustento de las bibliotecas, éstas son tan populares que en cierto número de pequeñas ciudades se cobra la totalidad de ese impuesto.

No solamente es posible avanzar mucho en este camino de proveer a expensas públicas a la salud, educación y recreo públicos y al público fomento de la ciencia y de la inventiva, sino que, si podemos simplificar y purificar al gobierno, se hará mucho más posible a la sociedad, en sus varias subdivisiones, obtener en otros muchos sentidos, pero en mucho menor grado, aquellas ventajas para sus miembros que sociedades cooperativas voluntarias tratan de obtener. No solamente podrá ser obtenida así la economía más enorme, sino que la creciente tendencia a la adulteración y al fraude, tan fatales para la moral como para la salud, serán refrenadas<sup>1</sup>, y al menos se lograría una organización de la industria tal que redujera grandemente la fuerza adquisitiva del capital acumulado, e impidiese aquellas competencias que puedan parangonarse con las guerras. El natural progreso del desarrollo social va inequívocamente hacia la cooperación, o si se prefiere la palabra, hacia el socialismo, aunque me desagrada emplear una palabra a la cual se atribuyen tan varios y vagos significados. La civilización es el arte de vivir las gentes en relación cada vez más estrecha. Que el género humano viva en sociedad es el evidente propósito de la mente divina, de aquella voluntad expresada en las inmutables leyes del universo físico y moral que premian la obediencia y castigan la desobediencia.

Los peligros que amenazan a la sociedad moderna no son más que el reverso de los beneficios que la sociedad moderna puede alcanzar. La concentración que se efectúa en todas las ramas de la industria es una necesaria tendencia de nuestro progreso en las artes materiales. No es, en sí misma, un mal. Si en alguna cosa sus resultados son nocivos, es, sencillamente, a causa de nuestras malas disposiciones sociales. La constitución de este mundo en el que nos encontramos es tal, que un millar de hombres trabajando juntos puede producir mucho más que el mismo millar de hombres trabajando aislados. Pero esto no implica necesariamente que los novecientos noventa y nueve tengan que ser esclavos virtuales del uno. Dejádme que lo repita una y otra vez, porque es, a mi juicio, la gran lección que los actuales hechos sociales imprimen sobre quien los estudia, y es de suprema importancia que los observemos. Las leyes naturales que permiten el progreso social, requieren que este progreso sea intelectual y moral lo mismo que material. Las leyes naturales que nos dan el barco de vapor, la locomotora, el telégrafo, la máquina de imprimir y las mil invenciones por las que aumenta nuestro dominio sobre la materia y las condiciones materiales, requieren una mayor inteligencia social y un más alto nivel de la moral social. Especialmente hacen más

<sup>1</sup> Hay muchos artículos manufacturados por los cuales el productor ahora sólo recibe una tercera parte del precio pagado por el consumidor, al par que la adulteración escapa a la posibilidad de comprobación del comprador individual. Para no hablar de los licores compuestos, de la oleomargarina y de la glucosa, un solo ejemplo muestra cuánto ha adelantado la adulteración. La adulteración del café ha conducido a mucha gente a comprar su café en grano y molerlo por sí propio. Para hacer frente a esto, por lo menos una gran sociedad de tostadores de café, y presumo que muchos otros, han adoptado un invento, por medio del cual granos de café imitados, de apariencia exactamente igual al artículo genuino, son formados con una pasta. Esto se mezcla en grandes cantidades con café verdadero.

y más imperativa aquella justicia entre hombre y hombre que demanda el reconocimiento de la igualdad de los derechos naturales.

“Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia (obrando recta o justamente), y todo lo demás se os dará por añadidura”. El primer paso hacia una organización social natural y sana es asegurar a todos los hombres sus naturales, iguales e inalienables derechos en el universo material. Hacer esto no es hacer todo lo necesario, pero es hacer más fácil todo lo demás. Y mientras no hagamos esto, todo lo demás será inútil.

En este capítulo he tocado brevemente asuntos cuyo total estudio exigiría mucho más espacio. Mi propósito ha sido mostrar que la simplificación y purificación del gobierno se hace más necesaria a causa de las funciones que la evolución industrial va imponiendo a los gobiernos y a ulteriores funciones que cada día se hace más evidente que sería ventajoso que el gobierno las asumiera. En los siguientes capítulos me propongo mostrar cómo reconociendo por un procedimiento practicable los iguales e inalienables derechos de los hombres al suelo de su país, los gobiernos pueden ser muy simplificados y destruidas las influencias corruptoras. Porque incontestablemente es verdad, como declaró la Asamblea francesa, que los infortunios públicos y la corrupción del gobierno fluyen de la ignorancia, desdén o violación de los derechos humanos.

Naturalmente, en este capítulo y en cualquier otro en que hable de gobierno y Estado y sociedad, etc., uso estos vocablos en un sentido general sin referirme a las actuales divisiones políticas. Lo que propiamente perteneciese a la ciudad o distrito, al condado o al Estado o a la Nación, y a aquella federación de naciones que claramente la civilización se encamina a producir, es materia en la cual no he entrado. En cuanto a la debida organización del gobierno y a la ditribución de poderes, es cosa que requiere más reflexión.



### LO QUE DEBEMOS HACER

A riesgo de repetir, dejadme recapitular.

La fuente principal de las dificultades que nos amenazan es la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza. Todas las modernas invenciones parecen contribuir a ello, y el movimiento es apresurado por la corrupción política y por los monopolios especiales establecidos mediante el abuso del poder legislativo. Pero la causa primaria reside evidentemente en disposiciones sociales fundamentales —en las relaciones que hemos establecido entre el trabajo y la materia natural y medios de trabajo— entre el hombre y el planeta, que es su residencia, su taller y su almacén. Así como la tierra tiene que ser el cimiento de toda construcción material, así las instituciones que regulan el uso de la tierra constituyen el cimiento de toda organización social y tienen que influir en el total carácter y desenvolvimiento de dicha organización. En una sociedad donde la igualdad de los derechos naturales esté admitida, es notorio que no puede haber grandes desigualdades de fortunas. Nadie, salvo el físicamente incapacitado, dependería de otros; nadie estaría obligado a vender su trabajo a otros. Habrá diferencias de riquezas por que hay diferencia entre los hombres en cuanto a energía, pericia, prudencia, previsión y laboriosidad; pero no podrá haber clases muy ricas y clases muy pobres; y como cada generación vendrá a ser poseedora de iguales oportunidades naturales, cualesquiera diferencias en fortuna que se originaran en una generación no tenderían a perpetuarse. En una sociedad tal, cualquiera que fuese su forma, la organización política sería esencialmente democrática.

Pero en una sociedad donde el suelo es tratado como propiedad de una parte del pueblo, sólo algunos de ese pueblo han de tener desde el mismo día de su nacimiento una desventaja y otros tendrán una enorme ventaja. Aquellos que no tienen derecho sobre la tierra, serán obligados a vender su trabajo a los poseedores de la tierra por lo que pueden sacar; y de hecho no pueden vivir sin el permiso de los dueños de la tierra. Una sociedad tal, inevitablemente creará una clase de dueños y una clase de siervos, una clase poseedora de gran riqueza y una clase que nada tenga; y su organización política, cualquiera que sea su forma, tiene que conducir finalmente a un virtual despotismo.

Nuestra equivocación fundamental es tratar la tierra como propiedad privada. Sobre esta base falsa reposa en todas partes la civilización moderna, y de aquí que a medida que el progreso material avanza, en todas partes se van originando tan monstruosas desigualdades de condición que finalmente tienen que destruirla. Como sin tierra el hombre no puede existir; como su propia sustancia física y todo lo que puede adquirir o hacer ha de ser extraído de la tierra, la propiedad de la tierra de un país es necesariamente la propiedad de la gente de aquel país, implicando su sujeción industrial, social y política. Aquí está la gran razón por la que los inventos economizadores de trabajo, de los que nuestro siglo ha sido tan sorprendentemente prolífico, han fracasado notablemente en la empresa de mejorar las condiciones de los trabajadores. Las invenciones economizadoras del trabajo primariamente aumentan el poder del trabajo, y deberían, por consiguiente, aumentar los salarios y mejorar las condiciones de las clases trabajadoras. Pero esto es sólo donde la tierra es libre para el trabajo. Porque el trabajo no se puede ejercer sin tierra. Ningún invento economizador de trabajo nos puede capacitar para hacer algo de la nada, ni disminuirá en lo más mínimo nuestra dependencia de la tierra. Tan sólo puede aumentar la eficacia del trabajo al emplearse sobre las materias primas extraídas de la tierra. Por consiguiente, dondequiera la tierra ha sido sometida a la propiedad privada, el efecto último de los inventos economizadores de trabajo y de todas las mejoras y descubrimientos es permitir a los propietarios exigir y al trabajo pagar más por el uso de la tierra. La tierra es cada vez más valiosa, pero los salarios del trabajo no aumentan; por el contrario, si hay margen para previsiones posibles, tienen que ser absolutamente reducidas.

Esto lo vemos ya, a pesar del hecho de que una muy importante parte de los efectos de las modernas invenciones ha sido, mediante el progreso en los transportes, la apertura de nuevas tierras. ¿Cuál será el efecto de los continuados progresos en los procedimientos industriales cuando la tierra utilizable de este continente esté toda «cercada», como lo estará dentro de pocos años? Podemos imaginarlo si consideramos cuál hubiera sido el efecto de las invenciones economizadoras del trabajo en Europa si no hubiera sido descubierto el Nuevo Mundo.

Más puede decirse que, al asegurar que donde la tierra es propiedad privada, el beneficio de los progresos industriales va finalmente a los propietarios; desconozco los hechos y atribuyo a un principio más importancia de la debida, puesto que es claro que una gran parte del aumento de riqueza surgida de los progresos modernos no ha ido a los dueños de la tierra, sino a los capitalistas, manufactureros, especuladores, dueños de ferrocarriles y poseedores de monopolios distintos de los de la tierra. Puede indicarse que la familia más rica de Europa son los Rothschilds, que son más prestamistas y banqueros que propietarios; que la más rica de América son los Vanderbilts y no los Astors; que Jay Gould hizo su dinero, no adquiriendo tierras, sino jugando al alza y a la baja en el mercado, robando al pueblo con abogados alquilados, jueces com-

prados y Parlamento sobornado. Se me puede preguntar si no doy importancia a la extorsión y al robo de los aranceles establecidos bajo el pretexto de proteger «el trabajo americano»; a los escamoteos del sistema monetario, desde los rapaces Bancos del Estado y el sistema nacional bancario hasta la estafa del dólar comercial.

En capítulos anteriores he respondido a todas estas objeciones; mas para repetirlo en forma concisa, mi respuesta es que no ignoro ninguna de esas cosas, pero que no invalida el axiomático principio de que siendo la tierra la propiedad privada, el último beneficio de todos los progresos en la producción tiene que ir a los propietarios. Decir que si un hombre continúa jugando a la ruleta, la banca se llevará su dinero por fin, no es decir que en un momento dado no pueda tener repleto el bolsillo. Permitidme un ejemplo:

Supongamos una isla cuyo suelo sea otorgado en propiedad a unos pocos habitantes. El resto de los habitantes de esta isla tiene que arrendar tierra a estos propietarios pagando rentas por ello, o venderles su trabajo recibiendo sus salarios. A medida que la población aumenta, la competencia entre los no poseedores de tierra por empleo o por medio de empleo tiene que deprimir la renta y deprimir los salarios, hasta que los desposeídos de tierra ganen meramente un mísero sustento y los propietarios obtengan todo el resto del producto de la isla. Ahora bien; supongamos un progreso o invento que acreciente la eficacia del trabajo; y es manifiesto que tan pronto como se generalice la competencia entre los no propietarios tiene que dar a los propietarios todo el beneficio. Por grande que el progreso sea, no puede tener más que este resultado final. Si los progresos son tan grandes que toda la riqueza de la isla puede ser producida o la que solicitan los propietarios puede ser obtenida con la mitad del trabajo, aquéllos pueden dejar a la otra mitad de los trabajadores que perezcan de inanición o que se arrojen al mar: o si hay gentes piadosas, de esa piedad convencional que cree que el Dios Todopoderoso se propuso que esos trabajadores vivieran sin proveerles de tierra de la cual vivir, habrían de sostenerlos como mendigos y hambrientos o llevarlos a otros países como el gobierno inglés está embarcando «el sobrante» de irlandeses. Pero los dejen morir o los sustenten, no tendrán empleo que darles, y si continúa el progreso quedarán sin ocupación cada vez más de ellos.

Este es el principio general.

Pero supongamos que además de esta población de propietarios y de sus colonos y trabajadores hay en la isla un comerciante, un inventor, un jugador y un pirata. Para hacer nuestro supuesto conforme a la moda actual, supongamos un jugador altamente respetable, uno de esos que fundan colegios y suscriben fondos para la conversión de los paganos, y un pirata caballeresco que hace ondear en su veloz corsario la in-

signia de un club marítimo en vez de las calaveras y las tibias de anafío, pero que tiene su botín aún más regular y eficazmente que el pirata antiguo.

Supongamos que el comerciante, el jugador y el pirata tienen bien establecido su negocio y hacen dinero. Entonces llega el inventor y dice: «Tengo un invento que aumentará grandemente la eficacia del trabajo y os permitirá aumentar mucho el producto de esta isla, de manera que habrá mucho más que dividir entre todos vosotros; mas la condición para revelároslo es que necesitáis convenir conmigo en que yo cobraré un derecho de patente». Convenido esto, es adoptada la invención y se aumenta mucho la producción de riqueza. Pero no es en beneficio de los trabajadores. La competencia entre ellos les fuerza aún a pagar una renta tan alta o aceptar un salario tan bajo, que no estarán mejor que antes. Aún viven miseramente. Todo el beneficio del invento no irá, sin embargo, en este caso a los propietarios. El derecho de patente del inventor le da un gran beneficio, a la par que el comerciante, el jugador y el pirata encontrarán también sus ingresos muy aumentados. Las ganancias de cada uno de estos cuatro serán, podéis imaginarlo sin dificultad, mayores que las de cada uno aisladamente de los propietarios, y sus ganancias ofrecerán el más saliente contraste con la miseria de los trabajadores, que sufrirán el amargo desengaño de no tener parte alguna en el aumento de riqueza procedente de este progreso. Algunos de ellos sentirán que es injusto, y algunos de entre ellos comenzarán a murmurar que el Creador de la isla no la hizo seguramente para beneficiar tan sólo a unos pocos de sus habitantes, y que, como todas las criaturas del Creador, ellos tienen también algunos derechos para utilizar el suelo de la isla.

Supongamos, pues, que alguno se alza y dice: «¿Cuál es la utilidad de discutir abstracciones como la cuestión de la tierra, que no puede entrar en la política práctica sino en tiempos lejanos, y que sólo puede excitar disensiones y descontento generales, y que, además, tiene un sabor de comunismo que, como vosotros, trabajadores que no poseéis más que unos cuantos harapos, sabéis muy bien, es una cosa muy nociva y peligrosa que impele a robar a las viudas y a los huérfanos y es opuesta a la religión? Seamos prácticos. Vosotros, trabajadores, sois pobres y apenas podéis ganaros la vida porque sois estafados por el comerciante, gravados por el inventor, engañados por el jugador y robados por el pirata. Proprietarios y no propietarios, nuestro interés es común contra esos vampiros. Unámonos para acabar con sus exacciones. El comerciante tiene un beneficio del 10 al 50 por 100 de todo lo que vende. Formemos una sociedad cooperativa que venda todas las cosas por su coste y que permita a los trabajadores hacerse ricos economizando los provechos del comerciante sobre todo lo que aquél utiliza. En cuanto al inventor, ya ha sido bastante pagado. Suprimamos su derecho de patente, y habrá otro tanto que dividir entre los propietarios y los no propietarios. En cuanto al jugador y al pirata, pongamos un sumario final a sus procedimientos y arrojémosles de la isla».

Imaginemos un torrente de aplausos y que son aceptadas estas proposiciones. ¿Qué ocurrirá? Ocurrirá que los propietarios se harán más ricos en otro tanto. Los trabajadores no ganarán nada, como no sea una más clara percepción de la causa final de su miseria. Porque, aun cuando desembarazándolos del comerciante, podrían los trabajadores vivir más barato, la competencia entre ellos los forzaría pronto a entregar esta ventaja a los propietarios, aceptando salarios más bajos o pagándoles renta más alta. Y de igual modo, la eliminación del derecho de patente del inventor y de los hurtos y estafas del jugador y del pirata solamente conducirían a hacer la tierra más valiosa y a acrecentar la renta de los propietarios. Las economías hechas suprimiendo al comerciante, al inventor, al jugador y al pirata acrecentarían el provecho de aquéllos, como ha ocurrido con el aumento de producción por la aplicación de los inventos.

Que todo esto es verdad podemos verlo como he manifestado. El desarrollo del sistema ferroviario, por ejemplo, ha dado por resultado poner casi por completo el negocio de transportes del país en manos de monopolios gigantes que en su mayoría cobran «lo que el tráfico soporta» y que frecuentemente establecen diferencias del modo más perjudicial contra algunas localidades. El efecto donde se ha hecho esto último, según se alega en las quejas formuladas, es reducir el precio de la tierra. Y esto podría rectificarse sin que por ello se elevaran los salarios ni mejorara la condición del trabajo. Simplemente daría más valor a la tierra. Es decir, en consideración a la economía obtenida en el transporte, el trabajo se vería obligado a pagar un más alto precio por la tierra.

Así ocurre con todos los monopolios, y su número es legión. Si todos los monopolios, excepto el monopolio de la tierra, fuesen abolidos; si aun por medio de sociedades cooperativas u otros procedimientos fueran economizados los provechos del comercio y los artículos pasaran desde el productor al consumidor al mínimo de coste; si el gobierno fuera reformado hasta la más absoluta pureza de economía, nada se habría hecho que condujera a la igualdad en la distribución de la riqueza. La competencia entre los trabajadores que no teniendo derechos a la tierra no podrían trabajar sin el permiso de algún otro, aumentaría el valor de la tierra y forzaría los salarios hasta el punto de la mísera subsistencia.

Entiéndaseme bien. Yo no digo que en el reconocimiento de los iguales e inalienables derechos de todo ser humano a los elementos naturales con que la vida tiene que sustentarse y satisfacerse las necesidades, reside la solución de todos los problemas sociales. Yo reconozco plenamente el hecho de que, aún después de haber logrado esto, quedaría mucho por hacer. Podremos reconocer el igual derecho a la tierra, y continuará aún la tiranía y la expoliación. Pero hágase lo que se haga, mientras dejemos de reconocer el derecho igual a los elementos de la Na-

turalidad nada contribuirá a remediar aquellas antinaturales desigualdades en la distribución de la riqueza, preñada de tantos daños y peligros. Cualesquiera que sean las reformas que hagamos, hasta que realicemos esta reforma fundamental nuestro progreso material no puede tender sino a dividir a la gente en los monstruosos ricos y en los espantosos pobres. Por mucho que aumente la riqueza, las masas seguirán compelidas hacia el punto de la existencia mísera; seguiremos teniendo nuestras grandes clases criminales, nuestros pobres, nuestros vagabundos, hombres y mujeres arrojados en la degradación y en la desesperación por incapacidad para ganarse honradamente la vida.

## CAPITULO XIX

### LA PRIMERA GRAN REFORMA

Hagamos lo que hagamos, nada real y permanente conseguiremos hasta que aseguremos para todos el primero de aquellos iguales e inalienables derechos con que, como nuestra Declaración de Independencia dice, fue el hombre dotado por su Creador —el igual e inalienable derecho al uso y beneficio de las oportunidades naturales.

Hay gentes que procuran encontrar siempre un término medio entre lo justo y lo injusto —gentes que si vieran un hombre próximo a ser decapitado injustamente, insistirían en que lo procedente era amputarle los pies—. Esta es la gente que, principiando a reconocer la importancia de la cuestión de la tierra, proponen en Irlanda o Inglaterra medidas tales como la valuación judicial de las rentas y el desarrollo de la pequeña propiedad, y en los Estados Unidos la reserva para los actuales colonos de lo que aún queda de tierra pública y la limitación de las propiedades.

Nada absolutamente puede lograrse por tan tímidas e ilógicas medidas. Si queremos curar la dolencia social, tenemos que ir hasta la raíz.

Es inútil hablar de reservar lo que quede de nuestro dominio público para los actuales colonos. Esto sería sencillamente cerrar la puerta del establo después de que han robado el caballo; y aunque así no fuera, tampoco serviría para nada.

Es inútil hablar de restringir la extensión de tierra que cualquier hombre puede poseer. Esto, aunque fuese practicable, sería inútil y no resolvería la dificultad. La propiedad de un acre en una ciudad puede dar más dominio sobre el trabajo de otros que la propiedad de 100.000 acres en un distrito apenas poblado, y es absolutamente imposible impedir por ningún artificio legal la concentración de la propiedad en tanto que las causas generales, que irresistiblemente tienden a la concentración de la propiedad, permanezcan intactas. Mientras que los salarios tiendan al tipo de misera vida para el trabajador, no podremos detener la tendencia de la propiedad de todas clases hacia la concentración, y esa tiene que ser la tendencia del salario hasta que sean asegurados para todos los derechos iguales al suelo de su país. Nosotros no podemos suprimir la esclavitud industrial limitando las dimensiones de las pro-

piudades más de lo que podemos abolir la esclavitud corporal poniendo un límite al número de los esclavos que cada dueño de esclavos podría tener. En un caso como en el otro, en la medida en que tales restricciones pudieran llegar a la realidad, aumentarían las dificultades de la abolición ensanchando la clase que resistiría.

No hay escape para ello. Si queremos salvar a la República antes de que la desigualdad social y la desmoralización política hayan alcanzado el punto en que ya no es posible salvación alguna, tenemos que afirmar el principio de la Declaración de Independencia, reconocer los iguales e inalienables derechos inherentes al hombre por otorgamiento del Creador y hacer la tierra propiedad común.

Si parece que hay algo extraño en la idea de que todos los hombres tienen iguales e inalienables derechos al uso de la tierra, es tan sólo porque la costumbre puede oscurecernos las más notorias verdades. La esclavitud, la poligamia, el canibalismo, el aplastamiento de las cabezas de los niños o la compresión de los pies, parecen cosas perfectamente naturales a los que se han criado donde existen tales instituciones o costumbres. Pero, en realidad, nada repugna más a las naturales percepciones de los hombres que el que la tierra sea tratada como materia de propiedad individual, igualmente que las cosas producidas por el trabajo. Sólo entre una insignificante fracción de los hombres que han vivido sobre la tierra ha existido la idea de que la tierra misma pudiera ser hecha propiedad privada; ni ha surgido más que como resultado de un largo proceso de usurpación, tiranía y fraude. Esta idea alcanzó desarrollo entre los romanos, a quienes corrompió y destruyó. Necesitó muchas generaciones para hacer su camino entre nuestros antepasados, y no llegó de hecho a pleno reconocimiento hasta hace dos siglos, cuando, en tiempo de Carlos II, un Parlamento de propietarios suprimió las obligaciones feudales. Nosotros, los americanos, lo aceptamos, como hemos aceptado la organización aristocrática de nuestros ejércitos y nuestra marina y muchas otras cosas en que hemos adoptado servilmente las costumbres europeas. Siendo abundante la tierra y escasa la población, no vimos lo que significaría cuando tuviésemos en dos o tres ciudades la población de las trece colonias. Pero ha llegado ahora el tiempo de que comencemos a pensar en ello, cuando nos vemos confrontados, a pesar de nuestras libres instituciones políticas, con todos los problemas que amenazan a Europa; cuando, aunque nuestro suelo virgen no está aún totalmente cercado, tenemos una «clase trabajadora», una «clase criminal» y una «clase pobre»; cuando hay ya millares de llamados **libres** ciudadanos de la República que no pueden ganar el sustento de sus familias con un abrumador trabajo, y cuando, por otra parte, se desarrollan entre nosotros monstruosas fortunas, tales como el mundo jamás las ha visto desde que las grandes propiedades royeron el corazón de Roma.

¿Qué cosa más absurda que el considerar la tierra como propiedad individual? La tierra difiere en todo lo esencial de aquellas cosas que, siendo el producto del trabajo humano, son propiedad justamente. Aqué-

lla es creación de Dios; éstas son producidas por el hombre. Aquélla es fija en cantidad; éstas pueden aumentarse ilimitadamente. Aquélla existe aunque las generaciones vengan y pasen; éstas en breve espacio decaen y tornan otra vez a los elementos. ¿Qué cosa más absurda que un usufructuario de un día de esta giradora esfera reciba renta por ella de los demás cusufructuarios, o les venda por determinado precio lo que estaba aquí durante edades anteriores a él y estará aquí durante edades posteriores a él? ¿Qué cosa más absurda que nosotros, habitantes de la ciudad de New-York en este año de 1883, estemos trabajando para un grupo de propietarios que recibió el derecho de vivir, a expensas de nuestro trabajo, de algunos reyes ingleses que murieron y desaparecieron hace siglos? ¿Qué cosa más absurda que nosotros, la actual población de los Estados Unidos, supongamos que concedemos a nuestra gente o a capitalistas extranjeros el derecho de arrebatarse sus ganancias a los ciudadanos americanos de la generación próxima? ¿Qué cosa más absolutamente absurda que estos títulos a la tierra? Aunque todos los habitantes de la tierra en una generación lo convinieran, no podrían vender un título de tierra contra la generación próxima más de lo que todos podamos vender dicha generación. Es una verdad axiomática, como Thomas Jefferson dijo, «que la tierra pertenece en usufructo a los vivientes».

Tampoco puede defenderse la propiedad privada de la tierra en el terreno de la conveniencia. Por el contrario, miréis donde queráis, es evidente que la propiedad privada de la tierra mantiene tierras fuera de uso; que la especulación engendra hacinamiento de población donde debe estar más difundida y la difunde donde debe estar más junta; compele a aquellos que desean mejorarla a pagar una gran parte de su capital o a hipotecar su trabajo durante años, antes de que le sea posible mejorarla; impide a los hombres trabajar para sí propios cuando gustosamente lo harían; los empuja a una homicida competencia entre sí por los salarios de los patronos, y restringe enormemente la producción de la riqueza, al mismo tiempo que causa las mayores desigualdades en la distribución de ésta.

Ninguna hipótesis puede ser más gratuita que la hecha constantemente de que la absoluta propiedad de la tierra es necesaria para la mejora y adecuado uso de la tierra. Lo necesario para el mejor uso de la tierra es la seguridad de las mejoras, la seguridad de que el trabajo y el capital empleado en ésta obtendrán su recompensa. Esta es una cosa muy distinta de la absoluta propiedad de la tierra. Algunos de los más hermosos edificios en New-York están erigidos sobre suelo arrendado. Casi todo Londres y otras ciudades inglesas y grandes porciones de Filadelfia y de Baltimore están construídas de igual manera. Toda clase de minas son abiertas y explotadas por arrendamientos. En California y Nevada las operaciones mineras más costosas que entrañan el empleo de inmensas sumas de capital son emprendidas sin una seguridad mayor que

la otorgada por la legislación minera, la cual no da la propiedad de la tierra, sino que garantiza solamente su posesión mientras las minas sean explotadas.

Si pueden abrirse pozos y perforar túneles e instalar las costosas máquinas sobre tierra pública con la mera seguridad de la posesión, ¿por qué no podrían hacerse con esta garantía mejoras de toda clase? Si los individuos utilizan y mejoran tierra perteneciente a otros individuos, ¿por qué no utilizan y mejoran tierra perteneciente a todo el pueblo? ¿Qué es lo que impide que tierra poseída por la Iglesia de la Trinidad, por los Puertos de Refugio de los Marineros, por los Astor o los Rheinlanders o cualquier otra corporación o propietario individual, sea mejorada y utilizada lo mismo que es ahora, en el caso de que la renta territorial, en vez de ir a dichas corporaciones o individuos, vaya al Tesoro público?

Prácticamente, si la tierra fuera considerada como propiedad común del conjunto del pueblo, sería mucho más rápidamente mejorada que ahora, porque el mejorado tendría el total beneficio de sus mejoras. Bajo el actual sistema, el precio que tiene que pagar por la tierra opera como un poderoso desalentador de las mejoras. Y cuando el mejorado ha obtenido la tierra, ya por compra o ya por arrendamiento, es gravado con tributos sobre sus mejoras, y lo es pesadamente por varios caminos sobre todo lo que él utiliza. Si la tierra fuera tratada como propiedad del conjunto del pueblo, la renta territorial recaudada por la sociedad sería suficiente para los gastos públicos y podría suprimirse la demás tributación. El mejorador podría obtener más fácilmente tierra para mejorarla, y retendría para sí el total beneficio de sus mejoras libre de impuestos.

Asegurar a todos los ciudadanos su derecho igual a la tierra sobre que viven, no significa, como algunos ignorantes parecen suponer, que a cada uno haya que darle una granja y que el suelo de la ciudad haya de dividirse en pequeñas parcelas. Sería imposible asegurar de esta manera los iguales derechos de todos, aun cuando tal división no fuera en sí misma imposible. En una pequeña y primitiva sociedad de actividad y costumbres sencillas, tal como aquella para la que Moisés legisló, puede asegurarse la igualdad sustancial otorgando a cada familia una parte igual de la tierra y haciéndola inalienable. O como ocurría entre nuestros rudos antepasados de la Europa Occidental o en sociedades primitivas como las comunidades aldeanas de Rusia y de la India, puede asegurarse la sustancial igualdad por medio de repartos periódicos o del cultivo en común. O en los lugares de población diseminada como en las primitivas colonias de Nueva Inglaterra, la sustancial igualdad puede ser asegurada dando a cada familia su lote en la ciudad y su lote para los cultivos y conservando el resto de la tierra como tierra de propios o comunes. Pero entre una población altamente civilizada y rápidamente creciente, con centros de cambio, con grandes ciudades y minuciosa división de la industria y un complejo sistema de producción y de comercio, esos rudos artificios resultan ineficaces e imposibles.

¿Tendremos, por consiguiente, que consentir la desigualdad; tendremos, por consiguiente, que consentir que algunos monopolicen lo que es común herencia de todos? En manera alguna. Si dos hombres encuentran un diamante, no irán a un lapidario para que lo parta en dos. Si tres hijos heredan un barco, no procederán a dividirlo en tres pedazos, ni convendrán en que si no se hace esto sea imposible una repartición por igual. ¿Es que no hay otro medio de asegurar los derechos de los dueños de un ferrocarril sino rompiendo los rieles, las máquinas, el material rodante y las estaciones en tantos trozos separados como partícipes haya? Pues de igual modo tampoco es necesario, para asegurar los iguales derechos a la tierra, hacer una división análoga de la tierra. Todo lo necesario es recoger la renta para beneficio común.

Ni para recoger la renta en beneficio común es necesario que el Estado tome actualmente posesión de la tierra y la arriende anualmente o por más largos plazos. Puede hacerse de una manera más sencilla y más fácil: concentrando los impuestos sobre el valor de la tierra. Todo lo necesario es abolir las demás formas de tributación, hasta que el peso de la tributación recaiga sobre el valor de la tierra con independencia de las mejoras y tomar la renta para beneficio común.

Si esto resultaría o no al fin el medio mejor de obtener para la comunidad la renta que a ella le pertenece, apenas necesita discutirse en este momento. Pero ciertamente podría comenzarse a ello del modo mejor y más fácil por este sencillo medio de concentrar la tributación sobre el valor de la tierra. A medida que el impuesto sobre el valor de la tierra independiente de las mejoras aumentase, una parte, cada vez mayor, de la renta que ahora va a individuos favorecidos, sería tomada en beneficio público, hasta que finalmente se pudiese alcanzar la ideal perfección; el valor en venta aun de la más valiosa tierra desaparecería enteramente y la tributación se convertiría en renta pagada al Estado<sup>1</sup>.

Por este sencillo procedimiento, sin aumentar la maquinaria gubernamental sino, por el contrario, simplificándola mucho, podríamos hacer la tierra virtualmente propiedad común. Haciendo esto, suprimiríamos la demás tributación y aun tendríamos un grande y rápidamente creciente superávit, un creciente caudal común de cuyos beneficios todos participarían y en la administración del cual todos tendrían un interés tan directo y general que proporcionaría las garantías más vigorosas contra la defraudación o el despilfarro. Bajo este sistema nadie podría permitirse

<sup>1</sup> La dificultad de apropiarse la renta por el impuesto puede parecer mayor a los ingleses que a los americanos. En la mayoría de los Estados Unidos se hace anualmente una estimación del valor de la propiedad con miras a la tributación del Estado y local, y en este justiprecio por lo general se separa el valor de la tierra del valor de las mejoras que hay sobre ella. Hay algunos casos, debidos a excepciones hechas en favor de la Beneficencia, en los que el valor de aquella está gravado y el valor de las otras exento. Hacer de la tierra propiedad común aboliendo todos los demás impuestos y apropiándose la renta para fines públicos, no sería, sin embargo, en la Gran Bretaña más que una vuelta al método antiguo — un retroceso en el camino por el cual la tierra, considerada un tiempo como propiedad común de todo el pueblo, se ha convertido en propiedad privada de unos pocos.

retener tierra que no usara, y la tierra no utilizada se franquearía a aquellos que desearan utilizarla, aliviando a la vez el mercado del trabajo y dando un enorme estímulo a la producción y a la mejora, mientras que por la tierra utilizada se pagaría conforme a su valor, con la independencia de las mejoras que el usuario hiciese. Estas no serían gravadas. Todo lo que el trabajo de aquel pudiera añadir a la riqueza común, todo lo que su prudencia pudiera economizar, sería propiedad suya, en vez de estar sujeto, como ahora, a una multa. Así sería respetado el sagrado derecho de propiedad, asegurando a cada cual la recompensa de sus esfuerzos.

Prácticamente, pues, la mayor, la más fundamental de las reformas, la reforma que hará más fáciles todas las demás reformas y sin la cual ninguna otra reforma aprovechará, se conseguirá concentrando todos los impuestos en un tributo sobre el valor de la tierra, y haciéndolo bastante pesado para que tome tan estrictamente como sea posible la total renta territorial<sup>1</sup> para fines comunes.

A aquellos que nunca han estudiado el asunto les parecerá ridículo proponer como la mayor y más trascendental de todas las reformas un simple cambio fiscal. Pero quien quiera que haya seguido el hilo del pensamiento al través de los capítulos anteriores verá que en esta sencilla proposición va envuelta la más grande de las revoluciones sociales —una revolución comparada con la cual aquella que destruyó la antigua Monarquía en Francia o la que destruyó la esclavitud corporal en nuestros Estados meridionales no era nada.

En un libro como éste, dedicado al lector accidental, sin inclinación a seguir el rígido razonamiento necesario para demostrar la plena relación de esta, al parecer, sencilla reforma con las leyes económicas, no puedo yo manifestar su plena fuerza, pero puedo señalar algunos de sus más notorios efectos.

Apropiarse la renta territorial para fines públicos por medio del impuesto permitiría la abolición de todos los impuestos que ahora oprimen tan pesadamente al trabajo y al capital. Aumentaría esto enormemente la producción de la riqueza, removiendo restricciones y aumentando los incentivos a la producción.

Aumentaría al mismo tiempo enormemente la producción de la riqueza, franqueando oportunidades naturales. Destruiría enteramente el monopolio de la tierra, haciendo infructuosa la retención de la posesión de tierra para quien no la utilice. Ni sentiría nadie la tentación de conservar

<sup>1</sup> Empleo el término renta territorial porque el adecuado vocablo económico renta tal vez no fuera entendido por aquellos que tienen costumbre de usarlo en su sentido corriente, que se aplica al rendimiento de los edificios y mejoras lo mismo que al de la tierra; pero hablando de renta o renta territorial, naturalmente significo el total valor anual de la tierra, tanto aquella parte que va ahora al arrendatario o colono, como aquella parte que va al propietario.

tierra en expectativa de un futuro aumento en su valor cuando estuviera seguro de que este aumento le sería exigido en impuestos. Nadie podría permitirse conservar ociosa tierra de valor cuando sobre ella cayesen impuestos tan pesados como si la tuviera en el más pleno uso. Así, la especulación sobre la tierra sería enteramente destruída, y la tierra no en uso se haría libre para aquellos que desearan utilizarla.

El enorme aumento en la producción que resultaría de franquear así los medios naturales y las oportunidades para la producción, al propio tiempo que era removida la tributación que ahora embaraza, restringe y multa la producción, aumentaría enormemente el fondo anual de que se sacan todos los ingresos. Al mismo tiempo haría mucho más igual la distribución de la riqueza. La gran parte de este caudal que ahora toman los poseedores de la tierra, no como recompensa de algo que ellos añadan a la producción, sino porque se han apropiado como cosa suya los medios naturales y las oportunidades de la producción, y que a medida que el progreso material avanza y el valor de la tierra sube constantemente, se va haciendo mayor y mayor, sería virtualmente repartida entre todos al ser utilizada para fines comunes. La remoción de las restricciones del trabajo y la apertura de las oportunidades naturales al trabajo, harían al trabajo libre para emplearse a sí propio. El trabajo, el productor de toda la riqueza, no podría nunca convertirse en mercancía despreciada mientras estuviera sin satisfacer el deseo de cualquier forma de riqueza. Con las oportunidades de empleo abiertas para todos, el espectáculo de hombres voluntariosos buscando vanamente empleo no se volvería a presenciar, no podría haber sobrante de trabajo sin empleo, engendrando esa encarnizada competencia de trabajadores por ocupación que reduce los salarios hasta el coste de la mísera vida. En vez de una competencia unilateral de los trabajadores para encontrar empleo, los patronos competirían entre sí para obtener trabajadores. No habría necesidad de asociaciones para elevar o mantener los salarios, porque éstos en vez de tender hacia el más bajo tipo con que los trabajadores pueden vivir, tenderían al más alto punto que los patronos pudieran pagar, y así, en vez de no obtener más que una mera fracción de sus ganancias, el trabajador obtendría el pleno producto de su trabajo dejando a la pericia, a la previsión y al capital de los patronos aquellas adicionales ganancias que justamente le son debidas.

La igualdad en la distribución de la riqueza que así resultaría produciría economías inmensas y aumentaría grandemente el poder productivo. El coste de la vagancia, el pauperismo y el crimen que fluyen de la miseria sería economizado a la sociedad; la acrecentada movilidad del trabajo, la mayor inteligencia de las masas que resultaría de esta igualdad en la distribución de la riqueza, el mayor incentivo para la invención y para el uso de procedimientos mejorados que resultaría del aumento en los salarios, acrecentaría enormemente la producción.

Suprimir todos los impuestos excepto uno sobre el valor de la tierra sería al propio tiempo simplificar grandemente la maquinaria y gastos de gobierno y reducir mucho los gastos gubernamentales. Un ejército de

funcionarios de Aduanas, de Hacienda, de patentes y de liquidadores, escribientes, contadores, vigilantes, policías y empleados gubernamentales de todas clases podrían ser suprimidos. Los corruptores efectos de la tributación indirecta serían eliminados de nuestra política. Los sindicatos y asociaciones interesados ahora en mantener alta la tributación, cesarían de emplear dinero en sobornar electores y asediar con sus camarillas al poder legislativo. Nosotros libertaríamos del fraude y de los falsos juramentos, de la estafa y cohecho que ahora acompañan a la recaudación de gran parte de las rentas públicas. Nos libraríamos de la desmoralización que proviene de leyes que prohíben actos en sí mismos inofensivos, castigan a los hombres por crímenes que el sentido moral no condena y ofrecen un continuo premio al fraude. «La tierra está fuera de las puertas». No puede ser ocultada ni trasladada. Su valor puede ser determinado con mayor facilidad y exactitud que el valor de cualquier otra cosa, y los impuestos sobre este valor pueden ser recaudados con absoluta certidumbre y con el mínimo de gastos. Descansar en el valor de la tierra para el total de las rentas públicas simplificaría tanto el gobierno, eliminaría tanto incentivo para la corrupción, que podríamos confiadamente asumir como funciones gubernamentales la administración del telégrafo, de los ferrocarriles y aplicar confiadamente el creciente superávit a la consecución de dichos beneficios comunes y a proveer aquellas conveniencias públicas que la progresiva civilización pueda reclamar.

Y pensando en lo que es posible en esta dirección del manejo de los recursos comunes para aplicarlos a beneficios comunes, no es sólo la gran simplificación del gobierno la que resultaría de la reforma que propongo para que se examine, sino el más alto sentido moral que se daría a la vida social por la igualización de las condiciones y la supresión de la miseria. La avidez de riquezas que convierte en resorte de los negocios la idea de que cada hombre sea tratado como si fuera un bribón, e induce a desesperar de ver en los puestos de confianza pública hombres que no abusen de ellos para fines egoístas, no es sino el reflejo del miedo a la necesidad. Los hombres pisotean a otros por el frenético temor de ser ellos mismos pisoteados, y la admiración con que se mira hasta los menos escrupulosos conquistadores de dinero nace de hábitos mentales engendrados por la fiera lucha por la existencia, a la cual la mayoría de nosotros nos vemos obligados a consagrar nuestras mejores energías. Pero cuando nadie tema a la necesidad, cuando cada cual se sienta seguro de su capacidad para ganarse una fácil e independiente vida para sí y para su familia, aquella popular admiración que ahora estimula hasta al hombre rico a seguir aumentando su riqueza será otorgada a cosas distintas que el ganar dinero. Aprenderemos a mirar al hombre que se afana por obtener más de lo que puede usar, como un loco, como verdaderamente lo es.

Tenemos sólo los ojos para la abyección y la vileza que se han mezclado con los hombres, sin advertir que el egoísmo, la codicia, el vicio, el crimen, son en gran parte el resultado de las condiciones sociales que hacen surgir las malas cualidades de la naturaleza humana, y aho-

gan las buenas, sin advertir que hay aun hasta ahora entre los hombres patriotismo y virtud bastantes para asegurarnos el mejor manejo posible de los asuntos públicos, si nuestras disposiciones sociales y políticas nos permitiesen utilizar aquellas cualidades. ¿Quién no ha conocido hombres pobres a quienes se les podría confiar con tranquilidad incontables millones? ¿Quién no se ha encontrado a hombres ricos que experimentaban la mayor simpatía hacia sus semejantes y la más ardiente devoción para cuanto beneficiase a su especie? Mirad hoy la caridad, por incapaz que sea para producir un bien permanente. Al menos demuestra la existencia de simpatías desinteresadas, capaces, si son dirigidas rectamente, de mayores resultados.

No es una mera reforma fiscal la que yo propongo: es la conformidad del más importante ajuste social con las leyes naturales. A aquellos que nunca han consagrado su pensamiento a esta materia puede parecerles irreverentemente presuntuoso decir que la evidente intención del Creador es que el valor de la tierra sea la materia de tributación, que la renta sea utilizada en beneficio de toda la sociedad. Sin embargo, para cualquiera que lo reflexione, decir esto no resultaría más presuntuoso que decir que el Creador se ha propuesto que los hombres anden sobre sus pies y no sobre sus manos. El hombre, en sus relaciones sociales, se halla tan comprendido en el plan de la Creación como el hombre en sus relaciones físicas. Tan exactamente como el pescado fue dispuesto para que nadase en el agua, y el pájaro para que volase en el aire, y los monos para vivir en los árboles, y los topos para minar bajo el suelo, fue dispuesto el hombre para vivir con sus semejantes. Es por naturaleza un animal social. Y el plan de la Creación tiene que abarcar la vida y desarrollo de la sociedad tan exactamente como abarca la vida y la evolución del individuo. La civilización no puede ponerlos por encima de la ley. Los ferrocarriles, el telégrafo y la maquinaria economizadora de trabajo son tan accidentales como las flores y los árboles.

El hombre es conducido por sus instintos y necesidades a vivir socialmente. La sociedad así formada tiene ciertas necesidades y funciones, para las cuales ha menester rentas. Estas necesidades y funciones aumentan con el desarrollo social requiriendo rentas cada vez mayores. Ahora bien; la experiencia y la analogía, si no las instintivas percepciones de la mente humana, nos enseñan que hay un medio natural de satisfacer toda necesidad natural. Y si la sociedad humana está incluida en la Naturaleza, como lo está seguramente, esto tiene que aplicarse a las necesidades sociales lo mismo que a las necesidades de los individuos, y tiene que haber un método de tributación natural o justo como hay un modo de caminar natural o recto.

Sabemos, aparte anormalidad, que el modo natural o recto de marchar un hombre es sobre sus pies y no sobre sus manos. Sabemos esto con certeza, porque los pies son adecuados para caminar, mientras que las manos no lo son; porque andando sobre los pies, todos los demás

órganos del cuerpo quedan libres para desempeñar sus funciones propias, mientras que andando sobre las manos no; porque un hombre puede andar sobre sus pies con facilidad, comodidad y celeridad, mientras que ningún aprendizaje le permitiría caminar sobre sus manos más que torpe, lenta y penosamente. De igual modo podemos saber que el modo natural o recto de obtener los ingresos requeridos por las necesidades sociales es la tributación del valor de la tierra. El valor de la tierra es, en su naturaleza y relaciones, adecuado para fines tributarios, exactamente como los pies, en su naturaleza y relaciones, son adecuados para caminar. El valor de la tierra<sup>1</sup> sólo nace a medida que en la integración de la sociedad, la necesidad de alguna renta pública o común, comienza a sentirse. Aumenta a medida que la evolución de la sociedad avanza, y, por consiguiente, a medida que se necesitan mayores ingresos. El impuesto sobre el valor de la tierra no disminuye el incentivo individual para la producción y la acumulación como lo hacen otros sistemas de impuestos; por el contrario, deja en perfecta libertad las fuerzas productivas e impide que surjan restricciones de la producción. No fomenta los monopolios ni causa injustas desigualdades en la distribución de la riqueza, como hacen otros impuestos; por el contrario, produce el efecto de abatir los monopolios e igualar la distribución de la riqueza. Puede ser recaudado con mayor certidumbre y economía que ningún otro impuesto; no se presta al fraude, corrupción e inmoralidad que nace de otros impuestos. En una palabra: se conforma con toda exigencia económica y moral. ¿Qué puede ser más acorde con la justicia que el que el valor de la tierra, que no es creado por el esfuerzo individual, sino que nace de la existencia y crecimiento de la sociedad, sea tomado por la sociedad para las necesidades sociales?

En un capítulo precedente, tratando de imaginar un mundo en el que las materias primas y las oportunidades fueran tan libres como el aire, dije que un mundo como éste en que nos encontramos es el mejor para hombres que usaran la inteligencia con que han sido dotados. Así es evidente. Las mismas leyes que causan la injusticia social, cuyos resultados son la desigualdad, el padecimiento y la degradación son beneficiosas en su naturaleza. Todo este mal es el reverso del bien que podría haber.

El hombre es más que un animal. Y mientras más consideremos la constitución de este mundo en que nos encontramos, más claramente veremos que su constitución es apta para una evolución superior a la vida animal. Si los fines para que este mundo existe fueran meramente capacitar al hombre-animal para comer, beber, vestir confortablemente y albergarse durante sus cortos días, un mundo tal como el que anteriormente procuramos imaginar sería el mejor. Pero el fin de este mundo, al menos en cuanto al hombre concierne, es evidentemente el des-

1 El valor, debe siempre recordarse, es una cosa totalmente distinta de la utilidad. Nacen muchos intereses y confusiones de confundir esas dos diferentes ideas. Nada tiene valor, por útil que sea, hasta que alguien está dispuesto a dar en cambio de ella trabajo o productos del trabajo.

arrollo de las facultades morales e intelectuales aún más que las del animal. Ya consideremos al hombre en sí mismo o en sus relaciones con la Naturaleza externa, la sustancial verdad de aquella audaz declaración de las Escrituras hebreas que el hombre ha sido creado a imagen de Dios se impone a la mente.

Si todas las cosas materiales necesitadas por el hombre pudieran ser producidas igualmente bien en todos los puntos de la superficie de la tierra, podría esto parecer más conveniente para el hombre en cuanto animal; pero, ¿cómo se hubiera levantado por cima del nivel animal? Como vemos en la historia de la evolución social, el comercio ha sido y es el gran civilizador y educador. Las al parecer infinitas diversidades en la capacidad de las diferentes partes de la superficie terrestre conducen a aquel cambio de productos, que es el más poderoso agente para impedir el aislamiento, disipar los prejuicios, acrecentar el saber y ensanchar el pensamiento. Estas diversidades de la Naturaleza, que aparentemente aumentan con nuestro conocimiento de los poderes naturales, como las diversidades en las aptitudes de los individuos y de las sociedades, que de modo análogo aumentan con la evolución social, hacen surgir facultades y dan origen a deleites que nunca hubieran surgido si el hombre hubiese sido colocado como un buey en un ilimitado campo de alfalfa. La «internacional ley de Dios», que nosotros violamos con nuestros aranceles —tan miopes son los prejuicios egoístas de los hombres—, es la ley que estimula el progreso mental y moral; la ley a que es debida la civilización.

Y de igual modo, cuando nosotros consideramos el fenómeno de la renta, se nos revela una de las adaptaciones más hermosas y benéficas, en la que el espíritu humano percibe más que en ninguna otra cosa pruebas del Espíritu Infinito y vislumbres del Gran Arquitecto.

Esta es la ley de la renta: a medida que los individuos se reúnen en sociedades y la sociedad crece, integrando más y más a sus miembros individuales y haciendo los intereses generales y las condiciones generales de más y más importancia relativa, nace, además del valor que los individuos pueden crear para sí propios, un valor que es creado por la sociedad en conjunto, y que, adherido a la tierra, se hace tangible, concreto y capaz de determinación y apropiación. A medida que la sociedad crece, crece también este valor que nace de aquello con que la sociedad, como un conjunto, ha contribuido a la producción y lo representa en forma tangible, en cuanto distinto de aquello con que el esfuerzo individual ha contribuido a esa producción. Por virtud de la ley natural en aquellos aspectos que es propósito de la ciencia que llamamos Economía política descubrir, como el propósito de las ciencias que llamamos Química y Astronomía es descubrir otros aspectos de la ley natural —todo progreso social necesariamente contribuye al aumento de este valor común; al crecimiento de este fondo común.

He aquí una provisión hecha por la ley natural para las crecientes necesidades del desarrollo social; he aquí una adaptación de la Naturaleza, por virtud de la cual el natural progreso de la sociedad es un progreso hacia la igualdad y no hacia la desigualdad; una fuerza centrípeta que tiende a la unidad creciendo a expensas y aun balanceando una fuerza centrífuga que tiende a la diversidad. He aquí un fondo perteneciente a la sociedad en su conjunto, del cual sin la degradación de los asilos, particulares o públicos, puede proveerse a los débiles, a los desvalidos y ancianos; con el que puede proveerse a las necesidades comunes de todos como derecho común de cada uno y mediante el cual la sociedad, a medida que progresa, puede pasar por métodos naturales y fáciles etapas, desde una asociación rudimentaria para fines de defensa y de policía, a una sociedad cooperativa en la cual la fuerza de los asociados, guiados por la inteligencia asociada, puede dar a cada cual más de lo que sus esfuerzos multiplicados muchas veces pudieran producir.

Haciendo de la tierra propiedad privada, permitiendo a los individuos que se apropian este fondo que notoriamente la Naturaleza dispone para uso de todos, arrojamos el pan de los niños a los perros de la Codicia y de la Avidéz; causamos una desigualdad primaria que da origen en todos sentidos a otras tendencias a la desigualdad; y por esta perversión de los divinos dones del Creador, por esta ignorancia y violación de sus leyes sociales, nacen, en el corazón mismo de nuestra civilización, aquellas horribles y monstruosas cosas que presagian la putrefacción social.

## EL LABRADOR AMERICANO

Se afirma frecuentemente que ninguna proposición para el reconocimiento de los derechos comunes a la tierra puede llegar a ser una cuestión práctica en los Estados Unidos a causa de la oposición de los labradores dueños de sus haciendas, los cuales constituyen el gran núcleo de nuestra población, y que, cuando se deciden a ejercerlo, alcanzan un poder político dominador.

Cierto que las nuevas ideas hacen su camino más lentamente entre una población agrícola que entre la población de las ciudades y villas, aunque, a mi juicio, esto es verdad en menor grado en los Estados Unidos que en cualquier otro país. Mas aparte esto, me parece que aquellos que consideran a los pequeños labradores de los Estados Unidos como un inexpugnable baluarte de la propiedad privada de la tierra se equivocan mucho.

Aun admitiendo, cosa que no hago, que los labradores pudieran ser lanzados a una oposición contra medidas que produjeran grandes beneficios generales, porque en apariencia se opusieran a su pequeños intereses personales, no es verdad que medidas como las que he propuesto sean contrarias a los intereses del gran conjunto de los labradores. Por lo contrario, estas medidas serían tan claramente beneficiosas para ellos como para los asalariados. El labrador del término medio pudiera al principio repugnar la idea de hacer virtualmente de la tierra propiedad común; pero dadle tiempo para la discusión y la reflexión, y aquel que trate de persuadirle que establecer toda tributación sobre el valor de la tierra sería arrojar toda la tributación sobre ellos, tiene tan pocas probabilidades de buen éxito como los dueños de esclavos la tenían de persuadir a sus negros de que los ejércitos del Norte querían capturarlos y venderlos en Cuba. La generalidad de los labradores puede leer, escribir y contar. Y sobre los asuntos que afectan a sus propios intereses hacen las cuentas con mucha precisión. No están fuera de las grandes corrientes de las ideas; sin embargo, pueden influir en todas éstas más pausadamente y distan mucho de ser campesinos contentos, ignorantemente satisfechos de las cosas tales como son e impenetrables a las ideas de mudanza. Cada vez están más descontentos. Su pesada y estéril vida les parece más pesada y más estéril cuando la comparan con la excitación y lujo de las ciudades de las que constantemente leen, aun cuando no

las ven frecuentemente, y las grandes fortunas acumuladas por hombres que nada añaden al conjunto de la riqueza, produce en ellos la sensación de la injusticia. Por lo menos están comenzando a sentir que soportan más que su parte equitativa en la carga social y ganan menos que su equitativa parte en los beneficios; y aunque no ha llegado todavía el tiempo de que despierte su pensamiento, con la decadencia de las viejas fórmulas políticas se vuelve más y más a las cuestiones económicas y sociales.

Es evidente que el cambio en la tributación que yo propongo como el medio por el cual los iguales derechos al suelo pueden ser establecidos y conservados, sería beneficioso para los labradores que trabajan tierra perteneciente a otros o aquellos cuyas haciendas pertenecen virtualmente a los poseedores hipotecarios y aquellos que buscan haciendas. Y no solamente aquellos labradores cuya oposición se espera —aquellos que son dueños de sus haciendas— forman, como después demostraré, una decreciente minoría tan sólo de electores agrícolas y una pequeña y aún más rápidamente decreciente minoría de los votos acumulados, sino que el cambio sería tan notoriamente ventajoso para los pequeños labradores que constituyen el gran conjunto, que cuando llegaran a entenderlo lo apoyarían en vez de oponerse. El labrador que cultiva la pequeña granja de su propiedad con sus propias manos es un propietario, cierto; pero en mayor grado es un trabajador, y en la propiedad de sus existencias, mejoras, herramientas, etc., es un capitalista. De su trabajo ayudado por su capital, más que de ninguna ventaja representada por el valor de su tierra, es de donde deriva su sustento. Su principal interés es el de productor, no el de propietario.

Vivía en Dublín, hace algunos años, un caballero llamado Murphy, «Cozy Murphy» era llamado por abreviar, y porque era muy notable ejemplo de los Murphy. Cozy Murphy poseía tierras en Tipperary; pero como tenía un agente en Tipperary para cobrar las rentas y desahuciar a los colonos cuando éstos no pagaban, él vivía en Dublín como lugar más confortable. Andando el tiempo sacó la conclusión de que el sitio más confortable en Dublín, en realidad el sitio más confortable del mundo, era la cama. En consecuencia, se metió en la cama y permaneció en ella casi ocho años; no porque estuviera enfermo, sino porque le placía. En ella hacía sus comidas, bebía su vino y fumaba sus cigarros, y leía las cartas, y jugaba a las cartas y recibía las visitas, y tomaba las cuentas a sus agentes, y extendía los cheques; todo en la cama. Después de vivir ocho años en la cama se sintió un día cansado de ella y se levantó, se vistió y durante algunos años hizo la vida de las demás gentes hasta que se murió. Pero su familia quedó exactamente también como si aquél nunca hubiese estado en la cama. En realidad quedó mejor. Porque mientras sus rentas no disminuyeron un ápice porque aquél se metiera en la cama, sus gastos fueron menores.

Este era un propietario típico —un propietario puro y simple—. Ahora consideremos lo que ocurriría al labrador y lo que sería lejos de su

familia si él y sus hijos se metiesen en la cama y permaneciesen allí, y apreciaríamos en cuánto exceden sus intereses como trabajador a sus intereses como propietario.

No es menester que se entregue a abstracciones el labrador que trabaja para ver que el suprimir toda tributación, excepto la que recaiga sobre el valor de la tierra, sería provechosa realmente para él, cualquiera que fuese su efecto sobre los mayores propietarios. Dejad que el labriego trabajador considere cómo recae sobre él el peso de la tributación indirecta sin que pueda arrojarla sobre ningún otro; cómo ésta aumenta el precio de casi todas las cosas que tiene que comprar sin aumentar el precio de la que tiene que vender; cómo le obligan a contribuir a los gastos del Estado en proporción mucho mayor a lo que posee que lo están quienes son mucho más ricos, y verá que reemplazando la tributación indirecta por la directa saldría muy ganancioso. Dejemos que piense más y verá que resultaría aún mucho más ganancioso si la tributación directa se limitara al valor de la tierra. La tierra del labriego trabajador es tierra mejorada, y usualmente el valor de la mejora y el capital empleado en el cultivo representa una proporción más alta al valor de la tierra desnuda. Ahora bien, como toda tierra útil no es tierra mejorada como la del labrador, como hay mucha más tierra utilizable que tierra mejorada, sustituir el tributo que ahora pesa sobre las mejoras y sobre su caudal con un tributo sobre el mero valor de la tierra independiente de las mejoras, sería manifiestamente ventajoso para los dueños de la tierra mejorada y especialmente para los pequeños propietarios, el valor de cuyas mejoras alcanza una proporción mucho mayor al valor de su tierra que en el caso de los propietarios mayores; y verían que, por uno de los efectos de considerar las mejoras como materia adecuada para la tributación, son gravados más pesadamente hasta sobre el valor de sus tierras que los propietarios de más importancia que ellos.

El labriego trabajador no tiene más que mirar en torno para comprobarlo. Próximo a su granja, que es de 80 o de 160 acres, encontrará parcelas de 500 o de 1.000, o en algunos sitios, de 10.000 acres de tierra igualmente utilizable, sobre la cual las mejoras, el capital, las herramientas y los edificios son mucho menores en proporción que lo son sobre su pequeña granja, o que acaso estén totalmente sin mejorar y sin explotación; en las ciudades encontrará lotes de un acre, medio acre y un cuarto de acre sin mejorar o ligeramente mejorada, que valen más que toda su granja. Si sigue mirando verá parcelas de tierras mineras o de tierras con otras superiores ventajas naturales, que poseen inmenso valor y en las que, sin embargo, las mejoras gravadas suman poco o nada; mientras que cuando mire a las grandes ciudades encontrará lotes vacantes de 25 pies por 100, que valen más que toda una sección de tierra agrícola como la suya; y si llega al centro de las ciudades encontrará los más magníficos edificios, valiendo menos que el suelo sobre el que se levantan, y manzana tras manzana en que la tierra cuesta por pie de fachada más que toda su granja. Notoriamente, establecer todos los

tributos sobre el valor de la tierra sería disminuir relativamente y absolutamente los impuestos que el labriego trabajador tiene que pagar.

Lejos de que el efecto de colocar todos los tributos sobre el valor de la tierra sea beneficiar a las ciudades a expensas de los distritos agrícolas, es notoriamente verdad lo contrario. El gran aumento del valor de la tierra se origina en las ciudades, y con las actuales tendencias a la concentración esto continuará ocurriendo. Poner todos los impuestos sobre el valor de la tierra, sería reducir la tributación de los distritos agrícolas relativamente a la tributación de las aldeas y ciudades. Y esto sería completamente justo. Porque no es sólo la presencia de su propia población lo que da valor a la tierra de las villas y ciudades, sino la presencia de la más diseminada población agrícola respecto de la cual aquéllas constituyen centros industriales, mercantiles y financieros.

Aun cuando a primera vista pueda parecer al labrador que suprimir todos los tributos sobre las cosas que no sean sobre el valor de la tierra, sería eximir de tributación a los más ricos habitantes de las ciudades y gravarle a él indebidamente, la discusión y la reflexión le demostrarían ciertamente que el caso es el contrario. La propiedad personal no es, ni ha sido nunca, ni nunca podrá ser equitativamente gravada. El hombre rico siempre escapa más fácilmente que el hombre que tiene muy poco; la ciudad, más fácilmente que el campo. Tributos que aumentan los precios gravan a los habitantes de los distritos nuevamente colonizados con tanto peso, y en muchos casos con mayor peso aún, que a los habitantes de las grandes ciudades. Los tributos sobre las mejoras, manifiestamente caen más pesadamente sobre el labriego trabajador, una gran parte del valor de cuya granja consiste en el valor de las mejoras, que sobre los dueños de tierra inculta utilizable, o sobre los de aquellas tierras que, como la de las ciudades, guarda una más alta proporción con el valor de las mejoras.

La verdad es que el labriego trabajador ganaría inmensamente por este cambio. Aunque tuviera que pagar más tributo sobre el valor de su tierra, sería librado de los tributos que ahora pesan sobre su caudal de mejoras y de los impuestos indirectos que ahora tan pesadamente gravitan sobre él. Y como el efecto de gravar la tierra no mejorada tan pesadamente como si lo estuviera, sería inducir a sus simples detentadores a venderla y destruir los meros valores especulativos, el labrador en los distritos escasamente poblados tendría que pagar muy poco o nada. Hasta que toda tierra igualmente buena que hubiese en torno de él estuviera en uso y tuviese todas las ventajas de una vecindad bien poblada, sus tributos serían casi nominales.

Lo que el labrador dueño de su granja perdería sería el valor en venta de su tierra, pero la utilidad de ella para él sería tan grande como antes —más grande que antes en realidad, puesto que obtendría mayor recompensa de su trabajo sobre ella—. Y como el valor en venta de otra tierra sería de igual modo eliminado, esta pérdida no haría más difícil

para él obtener otra granja si deseaba trasladarse, y sería mucho más fácil para él establecer a sus hijos u obtener más tierra si podía cultivar más ventajosamente. La pérdida sería nominal; la ganancia real. Es mejor para el pequeño labrador, y especialmente para el pequeño labrador que sustenta a su familia, que el trabajo sea caro que el que la tierra sea cara. Aunque esto aparezca paradójico, los pequeños propietarios no se benefician por el alza en el valor de su tierra; por el contrario, esto los va exigiendo. Pero antes de hablar de esto, permitidme que muestre cuánto error hay en el supuesto de que los pequeños e independientes labradores constituyen, y continuarán constituyendo, la mayoría del pueblo americano.

La agricultura es la ocupación primitiva; el labrador es el explorador americano; y aun en aquellos casos relativamente sin importancia, en que la colonización ha comenzado por la busca de metales preciosos, no se hace ésta permanente hasta que la agricultura en alguna de sus ramas toma arraigo. Pero a medida que la población aumenta y el desarrollo industrial avanza, la importancia relativa del agricultor disminuye. Que la población no agrícola de los Estados Unidos va fácil y rápidamente aventajando a la población agrícola, es patente. Conforme al censo, la población urbana de los Estados Unidos en 1790 no era más que 3 por 100 del conjunto de la población, mientras que en 1860 ha subido hasta el 22.5 por 100<sup>1</sup>. La agricultura es, sin embargo, el empleo más vasto, pero el conjunto de las demás ocupaciones la sobrepujan mucho. Conforme al censo, que aun no siendo satisfactorio, es, sin embargo, la única autoridad que tenemos, el número de las personas dedicadas a la agricultura en 1880 era de 7.670.493 contra 17.392.099 dedicadas a las ocupaciones lucrativas de todas las especies. O si tomamos el número de adultos masculinos como mejor indicio del poder político que podamos encontrar, hallaremos, en resumen, que los Estados presentan 6.491.166 varones de más de diez y seis años consagrados a la agricultura, contra 7.422.639 dedicados a las demás ocupaciones. Conforme a estas cifras, los votos agrícolas están ya en una patente minoría en los Estados Unidos, a la par que la preponderancia de los votos no agrícolas, grande ya, va fácil y rápidamente creciendo<sup>2</sup>.

Mas al par que la población agrícola de los Estados Unidos está ya en mayoría, los hombres dueños de sus granjas forman ya una minoría en la población agrícola. Conforme al censo, el número de granjas y planta-

<sup>1</sup> Es un ejemplo del descuido con que las cifras del censo han sido acumuladas, que aun cuando el compendio (Cuadro V) da la población urbana, no suministra ninguna noticia en cuanto a lo que entiende por población urbana. El único dato proporcionado al investigador es que la población urbana está contenida en 286 ciudades. Siguiendo este dato al través de los otros cuadros, he inferido que se refiere a las poblaciones y villas y ciudades de más de 8.000 habitantes.

<sup>2</sup> Comparando los resultados relativos a las distintas ocupaciones en 1870 con los de 1880, se verá que mientras en la última década el aumento de personas consagradas a la agricultura ha sido únicamente de 29,5 por 100, en los servicios personales y profesionales, el aumento ha sido de 51,7 por 100; en el comercio y transporte, de 51,9 por 100, y en las industrias manufactureras, mecánicas y mineras, 41,7 por 100.

ciones en los Estados Unidos era, en 1880, de 4.008.907. El número de arrendatarios que pagaban la renta en dinero o en participación, se cifra en uno de los **Boletines del Censo** en 1.024.601. Esto no dejaría más que 2.984.306 propietarios nominales de granjas a deducir de las 7.679.493 personas empleadas en la agricultura. Pero los dueños efectivos de sus granjas tienen que ser mucho menos que éstos. La forma más común del arrendamiento agrícola en los Estados Unidos no es la de pago de renta en dinero o en participaciones, sino en hipoteca. La proporción de granjas americanas ocupadas por sus dueños nominales, pero sujetas a hipotecas, solo podemos sospecharla. Pero apenas puede dudarse de que el número de granjas hipotecadas tiene que exceder mucho al de las granjas arrendadas, y no es una estimación demasiado alta la de cifrar las granjas hipotecadas en una mitad del número de las que no pagan renta<sup>1</sup>. Sea lo que fuere, lo cierto es que los labradores realmente dueños de sus granjas no son más que una minoría de los agricultores y una pequeña minoría de los consagrados a la agricultura.

Además de esto, todas las tendencias actuales conducen a la extinción del labrador americano típico —el hombre que cultivaba sus propios acres con sus propias manos—. Este movimiento no hace más que empezar, pero va y tiene que ir, conforme a las actuales condiciones, con rapidez creciente. El notable aumento de grandes granjas y la disminución de las pequeñas mostrado por el análisis de las cifras del censo a que ya he hecho referencia, no es más que el testimonio del hecho —demasiado notorio para que necesite la prueba de las cifras— de que la tendencia a la

1 "Si pudieran establecerse los hechos concretamente, no tengo la menor duda de que aparecería que por lo menos un 50 por 100 de los propietarios de pequeñas granjas en los Estados antiguos son meramente nominales. Que este número, al menos, de los pequeños labradores, en dichos Estados se halla tan acribillado de deudas, tan cargado con hipotecas, que su esfuerzo supremo es pagar los intereses continuamente crecientes para que haya un techo sobre las cabezas de su familia; un esfuerzo que no puede tener más que un fin.

"En los más nuevos Estados se encuentra una situación de cosas análoga. La única diferencia es que allí el pequeño labrador, habitualmente, se ve obligado a principiar con lo que para él es una montaña de deudas. Tiene que obtener su tierra y pagar en plazos, abonando intereses, y no puede conseguir título alguno del campo hasta que estos plazos, con sus intereses, han sido pagados plenamente. Tiene también que obtener sus enseres agrícolas a crédito con interés, para lo cual hipoteca sus cosechas. Tiene que obtener crédito para sus aperos, su barraca, sus semillas, su alimento, sus vestidos. Con esta balumba de deudas tiene que principiar el labrador pequeño en los Estados más nuevos, si no es un capitalista, o si no, no comenzará nunca. Principiando de ese modo, el final corriente no es difícil de imaginar.

"Al viajar por aquellas comarcas, una de las cosas más notables que llama la atención del observador es el gran número de rótulos que por todas partes se encuentran, consagrados exclusivamente a anunciar que pequeñas granjas, más o menos mejoradas, están en venta. También se ve uno obligado a deducir que el conjunto de la clase de pequeños labradores se ve compelido por alguna causa a buscar la mejor y más rápida venta que le sea posible lograr para todo cuanto posee.

"Todas las regiones agrícolas de nuestro país están saturadas de agentes de préstamo que representan capital de todos los grandes centros monetarios del mundo, buscando colocación de préstamos y adquiriendo hipotecas sobre granjas, hasta una suma que en conjunto excede a todo cálculo. En este movimiento los capitalistas locales, los abogados y los negociantes locales, aparecen como activos cooperadores." (*Land and Labour in the United States* by Wm., Godwin Mopdy. New-York, 1883, pag. 85.)

concentración, que en tantas otras ramas de la industria ha reemplazado el artesano con la fábrica, ha alcanzado a la agricultura. Los inventos, unos tras otros, han dado ya al gran labrador una aplastante ventaja sobre el labrador pequeño; y las invenciones continúan<sup>1</sup>. Y no solamente en la producción de sus cosechas, sino en el transporte y venta de éstas, y en la adquisición de lo que necesita tiene hoy el gran productor agrícola ventajas sobre el pequeño. Hablar, como algunos hacen, de la división de las grandes granjas en pequeñas propiedades, es tan quimérico como hablar de que la gran fábrica de calzado abriera paso de nuevo al zapatero a jornal con sus leznas y sus tirapiés. La granja extensa y el gran rancho cercado subsistirán mientras duren las actuales condiciones. Si se manifiesta ahora en las tierras nuevas, es porque en las tierras nuevas encuentra mayor libertad para su desenvolvimiento. Pero la tendencia existe dondequiera se sienten las modernas influencias industriales, y se está manifestando en las propias islas británicas lo mismo que en nuestros más viejos Estados<sup>2</sup>.

Esta tendencia significa la extirpación del labrador americano típico, que con sus propias manos y con la ayuda de sus hijos cultiva su pequeña granja. Cuando un abogado de Brooklyn o un banquero de Boston puede darse una vuelta en su vagón-palacio por el Nuevo Noroeste, comprar algunas secciones de tierra; contratar su roturación, sembrar, segar y trillar; dejar en ellas un administrador y sacar en la primera cosecha un beneficio de 6 a 10.000 dólares por sección, ¿qué probabilidad le queda al labrador emigrante del antiguo tipo que llega fatigosamente en el carro que contiene a su mujer y a sus hijos y los pocos enseres que con su yunta constituyen todo su capital? Cuando los capitalistas ingleses y americanos puedan recorrer millas cercadas de espino de alambre y llenar el gran cercado con copiosos rebaños que puedan ser cuidados, llevados al mercado y vendidos con un minimum de gasto y un maximum de provecho, ¿qué puede esperar el hombre que inicie la cría de ganado con unas pocas vacas?

Del labrador americano típico de la era que comienza a desaparecer se han destacado dos tipos: el capitalista rural y el bracero rural. El primero no trabaja con sus propias manos, sino con las manos de otros. No pasa sino una parte del tiempo, en algunos casos apenas alguno, en la tierra que cultiva. Reside en una amplia villa o en una gran ciudad, y acaso es un banquero o un especulador tanto como un agricultor. El otro

1 Uno de los más importantes inventos agrícolas que se han hecho acaba de anunciarse: el tanto tiempo esperado desgranador de algodón. Si esta máquina hace lo que se dice que ya ha sido demostrado, tiene que revolucionar la industria de los Estados algodoneros y producir tan trascendentales efectos sociales y políticos como la invención de la máquina de desbriznar algodón, que hizo revivir y extendió la esclavitud negra en los Estados Unidos y la convirtió en un agresivo poder político.

2 La persistencia de las pequeñas propiedades en alguna parte del Continente europeo se debe, a mi juicio, a subsistencia de costumbres distintas de las de los pueblos de habla inglesa y al hecho de que las modernas tendencias no se han sentido allí tan enérgicamente.

es proletario, un nómada —parte del año un trabajador, parte del año un vagabundo, emigrando de granja en granja y de sitio en sitio, sin familia ni hogar ni ninguno de los influjos y responsabilidades que principalmente desarrollan el carácter—. Si continuamos tratando la tierra como ahora, algunos de nuestros pequeños labradores independientes tenderán hacia uno de dichos extremos y muchos más tenderán hacia el otro. Pero junto a la tendencia a la producción en grande escala que opera extirpando al pequeño labrador independiente, hay en la elevación del valor de la tierra otra poderosa tendencia que opera en la misma dirección.

En el saqueo del Palacio de Verano, en Pekin, por las fuerzas aliadas en 1860, algunas joyas de valor cayeron en manos de los soldados. ¿Cuánto permanecieron en ellas? Si un duque de Brunswick distribuyese sus montones de diamantes entre los pobres, ¿cuánto tiempo los conservarían los pobres? Los campesinos de Irlanda y los vendedores de frutas de Londres tienen sus borricos que solo valen unos pocos chelines. Pero si por una combinación de circunstancias los borricos se hicieran tan valiosos como un caballo de sangre, no se encontraría un campesino o un vendedor de frutas que tuviese un borrico. Donde los pollos son baratos, el pueblo corriente los come; pero donde son caros, solo se encuentran sobre las mesas de los ricos. Lo mismo ocurre con la tierra: a medida que se hace más cara tiene que pasar, desde la mano de aquellos que trabajan para vivir, a poder de los ricos.

Lo que ha causado la extrema concentración de la propiedad de la tierra en Inglaterra no es tanto la conversión de la tenencia feudal en simple propiedad, la expropiación de las casas religiosas y el arrendamiento de las tierras comunes como los efectos de la elevación en el valor de la tierra. Las pequeñas propiedades, de las cuales había muchas en Inglaterra hace dos siglos, y aun hace un siglo<sup>1</sup>, se han convertido en parte de grandes propiedades, principalmente mediante compra. Gravitan hacia el poder del rico, exactamente como los diamantes o los cuadros de valor o los hermosos caballos gravitan hacia las manos del rico.

Mientras que las masas sean bastante imbéciles para permitir la propiedad privada de la tierra, se estimará ésta con fundamento la posesión más segura. No puede arder ni ser destruida por un accidente; no puede ser robada; tiende constantemente a aumentar en valor con arreglo a la población y al progreso de las artes. Siendo su posesión un visible signo de riqueza segura y colocando a su propietario, a medida que la competencia se hace más encarnizada, en la situación de ser un señor o dios para con los seres humanos que no tienen derechos legales sobre este planeta, granjea consideraciones y deferencias sociales. Por estas razones la tierra alcanza, en proporción con la renta que da, un precio más alto que

<sup>1</sup> Según Macaulay, a la subida de Jacobo II, en 1685, la mayoría de los labradores ingleses eran propietarios de tierras que cultivaban.

ninguna otra cosa, y el hombre para quien una renta inmediata es de más importancia que una inversión de fondos segura, encuentra más barato arrendar tierra que comprarla.

Así, a medida que la tierra crece en valor en Inglaterra, los pequeños propietarios no solamente se ven tentados o compelidos por las vicisitudes de la vida a vender sus tierras, sino que les resultaba más provechoso venderlas que conservarlas, puesto que podían arrendar tierras más baratas de lo que podían arrendar capital. Vendíéndolas o arrendándolas el labrador inglés, convertido así de propietario en arrendatario, adquiriría, durante un tiempo al menos, el uso de más tierras y más capital, y la propiedad de la tierra pasaba, de este modo, desde las manos de aquellos cuyo objeto primario es ganarse la vida, a las manos de aquellos cuyo objeto primario es una inversión segura.

Este proceso tiene que verificarse en los Estados Unidos a medida que sube el valor de la tierra. Podemos observarlo ya. Solamente en la parte más nueva de nuestras crecientes ciudades es donde encontramos gentes de moderados medios que viven en casa propia. Donde la tierra vale más encontramos a dicha gente viviendo en casas alquiladas. En dichas ciudades, manzana tras manzana son subastadas y vendidas generalmente, bajo hipoteca, a familias que procuran asegurar así un hogar para los suyos. Pero creo que la general experiencia es que, a medida que pasan los años y la tierra adquiere un mayor valor, estas casas y lotes pasan desde la propiedad nominal de sus habitantes a la posesión de los grandes propietarios y son ocupadas por arrendatarios. Así, en los distritos agrícolas donde la tierra ha aumentado poco, si es que ha aumentado algo en valor, es donde encontramos haciendas que hayan estado, durante largo tiempo, en posesión de la misma familia de labradores. Un inspector de una de las grandes ramas ferroviarias me dijo que había llamado su atención hacia la suprema importancia de la cuestión de la tierra la gran emigración de agricultores hacia el Oeste, la cual, después de minuciosas investigaciones, encontró que se debía al alza en el valor de la tierra. A medida que la tierra sube en valor, el labrador encuentra más difícil cada vez adquirir tierra propia para sus hijos, al par que el precio por el cual puede vender lo que posee le permite obtener una superficie considerablemente mayor de tierra donde ésta es más barata. O se ve tentado o forzado a hipotecar, y la hipoteca come y come hasta que se lo come todo, y hasta que aquel se convence de que el partido más discreto que puede adoptar es hacer efectiva la diferencia entre la hipoteca y el valor en venta de su granja y emigrar hacia el Oeste. Y en muchos casos comienza otra vez nuevamente bajo el peso de una hipoteca. Porque a medida que la colonización va avanzando, gran parte de la tierra vendida a los colonos por las compañías ferroviarias y por especuladores lo es bajo hipoteca. Y el resultado habitual puede inferirse de anuncios como los colocados en el depósito de Council Bluffs, ofreciendo en venta miles de granjas mejoradas en condiciones ventajosas en cuanto al pago. Compra un hombre bajo hipoteca, falta en los plazos o se aburre y se traslada y la granja que él ha mejorado es vendida a otro bajo hipoteca. Ge-

neralmente hablando, el resultado final es que el acreedor hipotecario, no el deudor, se convierte en propietario absoluto. El cultivo bajo hipoteca es realmente la forma de transición entre el cultivo por el pequeño propietario y el cultivo por el gran propietario o por el terrateniente. El hecho es que el labrador americano típico, el cultivador de una pequeña granja, de la cual es el propietario, es el producto de condiciones bajo las cuales el trabajo es caro y la tierra barata. A medida que cambian estas condiciones haciéndose barato el trabajo y cara la tierra, aquel tiene que desaparecer, como ha desaparecido en Inglaterra. Ya se ha hecho imposible en nuestros más viejos Estados a un hombre empezar sin nada para convertirse por su trabajo en dueño de una granja. A medida que el dominio público desaparezca, esto se hará imposible en todos los Estados Unidos. Y como en los accidentes y mutaciones de la vida los pequeños propietarios se ven desposeídos de su hacienda o encuentran imposible competir con el gran cultivo de las explotaciones principales capitalistas, no pueden reponerse y tienen que aumentar la masa de los arrendatarios y trabajadores. Así, la concentración de la propiedad territorial avanza y tiene que avanzar si la propiedad privada de la tierra continúa. Lejos de concordar con el interés del labrador la defensa de la propiedad privada de la tierra, la permanencia de la admisión de ésta significa que los hijos de aquel, si no él mismo, perderán todo derecho a su suelo nativo, pasarán desde la condición de hombres libres a la de siervos.

## LA CIUDAD Y EL CAMPO

Cobbett comparaba a Londres, ya en su época, con un gran lobanillo que crecía sobre la bella faz de Inglaterra. La comparación es exacta. Nada más claramente muestra la insanidad de las actuales tendencias sociales que la rápida creciente concentración de la población en nuestras grandes ciudades. En los mataderos de New-York, se sacrifican semanalmente unas 12.000 cabezas de ganado vacuno, y, además, excluyendo lo que se exporta, vienen unas 2.100 reses muertas, por semana, en los vagones frigoríficos de Chicago. Considérese lo que esto, como artículo de aprovisionamiento de una gran ciudad, sugiere en cuanto a los elementos de fertilidad que en vez de ser devueltos al suelo de que son tomados, se pierden por las alcantarillas de nuestras grandes ciudades. El reverso de esto es el carácter destructor de nuestra agricultura, que año tras año va disminuyendo la productividad de nuestro suelo, y reduciendo virtualmente la superficie de tierra aprovechable para sustentar nuestros crecientes millones de habitantes.

En todos los aspectos de la vida humana se están produciendo efectos similares. Las vastas poblaciones de estas grandes ciudades se hallan enteramente divorciadas de todos los geniales influjos de la Naturaleza. La gran masa de ellas, no pone en todo el año los pies sobre la madre Tierra, ni deshoja una flor silvestre, ni oye el murmullo de los arroyos, el crujido de las mieses o el susurro de las aguas cuando la ligera brisa pasa a través de los bosques. Todas las dulces y alegres influencias de la Naturaleza les están vedadas. Los rumores de aquella están ahogados por la charla de la gente en el cuarto próximo o en la vivienda inmediata; sus panoramas, cortados por los altos edificios. El Sol y la Luna salen y se ponen, y en la solemne procesión las constelaciones cruzan el espacio; pero aquellas aprisionadas multitudes miran hacia ellas como pudiera hacerlo un hombre desde el fondo de un pozo. La blanca nieve cae en el invierno solo para convertirse en sucio lodo sobre el pavimento, y cuando el sol lanza en el verano un calor más que meridional, es reverberado por masas de ladrillo y piedra. Acertadamente han dispuesto las autoridades de Filadelfia que cada uno de los árboles de sus jardines ostenten su nombre; porque ¿de qué otra manera podrían conocer los árboles los niños que crecen en tales ciudades? ¿Cómo podrían siquiera distinguir entre la hierba y el trébol?

Esta vida de las grandes ciudades no es la vida natural del hombre. Bajo tales condiciones tiene que deteriorarse física, mental y moralmente. Y el mal no termina aquí. Este es solo uno de los aspectos de él. Esta antinatural vida de las grandes ciudades, implica una igual antinatural vida en el campo. Exactamente como un lobanillo o tumor viene absorbiendo alguna parte de los jugos del cuerpo y con sus ponzoñosas raíces empobrece todas las demás partes del organismo, así el hacinamiento de los seres humanos en las grandes ciudades empobrece la vida humana en el campo. El hombre es un animal gregario. No puede vivir de pan solamente. Si padece en su cuerpo, en su inteligencia y en su alma por hallarse aglomerado excesivamente con sus semejantes, también padece de igual modo por hallarse demasiado aislado de ellos. La hermosura y la bondad de la Naturaleza palidecen para el hombre donde no encuentra éste otros hombres; su infinita diversidad se hace monótona donde no hay compañía humana; sus disfrutes materiales son pobres y escasos; sus más nobles facultades languidecen; todo lo que le hace más alto que el animal padece por falta del estímulo que proviene del contacto del hombre con el hombre. Considerad la aridez de la vida del labrador aislado; la agobiadora alternativa de trabajar y dormir en que pasa gran parte de aquella; considerad, lo que aún es peor, la monótona existencia a que su mujer está condenada; su carencia de distracciones e incentivos y de satisfacciones del deseo y del sentido de armonía y belleza; la continua carga de cuidados y fatigas que hacen a la mujer cansada y marchita cuando debiera estar en su primavera. Ni las incomodidades y males del hacinamiento en las casas son peores que las incomodidades y males de tal vida. A medida que las ciudades crecen, amontonándose progresivamente las gentes hasta encajarse en hileras, familias sobre familias, van aquellas separándose progresivamente en el campo. La tendencia en todas partes donde este proceso de concentración urbana sigue, es hacer la vida rural misera y penosa, y sustraerle aquel estímulo social y aquellas satisfacciones sociales que tan necesarias son para los seres humanos. La antigua y saludable vida social de la aldea y de la villa, va desapareciendo en todas partes. En Inglaterra, Escocia e Irlanda, el enraucamiento de la población en los distritos agrícolas es tan ostensible como su concentración en las ciudades y grandes villas. En Irlanda, cuando cruzáis los caminos, vuestro cochero, si es viejo, os señalará lugar tras lugar que, cuando él era muchacho, constituían el emplazamiento de populosas aldeas resonantes en las tardes del verano con las risas de los niños y los alegres deportes de los jóvenes, y ahora, enteramente desoladas, mostrando como únicos indicios de la ocupación humana las solitarias cañas de miserables pastores. En Escocia, donde en ciudades como en Glasgow, los seres humanos se hallan tan apelmazados que dos terceras partes de las familias viven en un solo cuarto cada una, y si cruzáis las calles en la noche del sábado pensaréis, si habéis visto alguna vez la Tierra del Fuego, que estas pobres criaturas deberían envidiarla, hay vacías comarcas un tiempo populosas, ahora entregadas al ganado, a la gallina silvestre y al gamo; villas que un tiempo enviaron sus millares de guerreros, ahora ocupadas por un par de criadores de caza. Así, al través de Tweed, mientras que Londres, Liverpool, Leeds, Manchester y Notting-

ham han crecido, la vida campesina de la «alegre Inglaterra» está casi extinguida. Dos tercios del total de la población están aglomerados en las ciudades. Grupos de aldeas como aquellas por las que, según la tradición, Shakespeare y sus colegas vagabundearon, han desaparecido; verdeantes pueblecitos donde floreció el «árbol de Mayo» y la emplumada flecha partió del arco hacia la Diana del blanco, están arados o cercados por la valla de algún dominio señorial, mientras que aquí y allí quedan recuerdos juntamente de una desaparecida fe y de una muerta población en grandes iglesias o en sus ruinas —iglesias tales que ahora no podrán verse repletas, a menos que la gente fuese llevada desde las ciudades en trenes excursionistas.

De igual modo, en los distritos agrícolas de nuestros antiguos Estados puede señalarse igual tendencia, pero es en los nuevos Estados donde puede encontrarse su más plena expresión, en ranchos que se miden por millas cuadradas, habitados por vaqueros semisalvajes cuya vida social está limitada a «echar el lazo» o a una periódica borrachera, en una de las ciudades de la línea férrea; y en granjas de Bonanza, donde en la primavera los ojos se cansan de ver océanos de mieses ondulantes antes de descansar sobre un solo hogar, granjas donde los cultivadores están alojados en barracas y donde solo el administrador disfruta el lujo de estar casado.

Que las actuales tendencias están precipitando a las sociedades modernas hacia una catástrofe inevitable, muéstrase en la siempre creciente concentración de la población en las grandes ciudades, si no en otras cosas. Hace un siglo New-York y sus suburbios contenían unos 25.000 habitantes, ahora contienen más de dos millones. El mismo grado de desarrollo en otro siglo le daría una población de 160 millones. Una ciudad así, es imposible. Pero ¿qué diremos de ciudades de 10 a 20 millones, que si las actuales tendencias continúan serán vistas por muchachos que ya han nacido?

No quiero seguir ahondando en esto. Deseo tan solo llamar la atención hacia el hecho de que esta concentración de la población empobrece la vida social en los extremos, así como la envenena en el centro; que es tan dañosa para el labrador como para el habitante del tugurio urbano.

Esta antinatural distribución de la población, como la antinatural distribución de riqueza que da a un hombre cientos de millones y hace vagabundos a otros individuos, es el resultado de la acción de las nuevas fuerzas industriales en condiciones sociales no adaptadas para ellas. Nacen primariamente de que consideremos la tierra como propiedad privada, y secundariamente de nuestra negligencia para asumir funciones sociales que el progreso material nos impone. Suprimidas sus causas, volveríamos a una natural distribución de la riqueza, que daría a cada uno espacio para respirar, y compañía.

En esto consistiría la mayor ventaja de los medios que yo he propuesto para el labrador. Con el reconocimiento de los comunes derechos al suelo, la hacinada población de las ciudades se esparciría y la diseminada población del campo se haría más densa. Cuando ningún individuo pudiera beneficiarse del avance en el valor de la tierra, cuando nadie temiese que sus hijos pudiesen ser despojados de sus derechos naturales, nadie necesitaría más tierra que la que pudiera usar provechosamente. En vez de haciendas escuálidas y semicultivadas, separadas por grandes parcelas sin cultivo, los hogares estarían más próximos. Los emigrantes no se fatigarían cruzando acres incultos, ni el grano tendría que ser transportado al través de millares de millas de tierra medio labrada. No se abandonarían el uso de la maquinaria; donde el cultivo en grande escala permitiese economía, proseguiría aquel; pero con la ruptura de los monopolios, con el alza de los salarios y con la mejor distribución de la riqueza, la industria de esta clase asumiría la forma cooperativa. La agricultura cesaría de ser destructora y se haría más intensa, obteniendo más fruto del suelo y devolviéndole lo que se le extrae. Una distribución de la población rural más densa, granjearía economías de todas clases; el trabajo sería mucho más productivo y la vida rural participaría de las comodidades, recreos y estímulos que ahora solamente pueden ser obtenidos por las clases favorecidas en las grandes ciudades. Roto el monopolio de la tierra, parece que la vida rural tendería a retornar al tipo primitivo de las aldeas circundadas por campos cultivados, con sus pastos y bosques comunes. Pero sea como fuere, el labrador participaría plenamente de todas las enormes economías, y en todas las inmensas ganancias que la sociedad puede obtener, sustituyendo, con la cooperación ordenada, la anarquía de la incesante y codiciosa rebatiña.

Que las masas ahora corrompidas en las casas de alquiler de nuestras ciudades, bajo condiciones que fomentan la enfermedad y la muerte, el vicio y el crimen, tengan para cada familia su hogar sano, instalado en su jardín; que el labrador pueda sustentarse con un trabajo cotidiano de dos o tres horas que más parezca una sana distracción que una fatiga; que su hogar esté repleto de todas las comodidades que ahora se consideran lujo; que se le suministre luz, calor y fuerza, si lo necesita, y se le ponga en comunicación con sus vecinos mediante el teléfono; que su familia disponga libremente de bibliotecas, conferencias y aparatos científicos y medios de instrucción; que puedan visitar el teatro, asistir al concierto o a la ópera con tanta frecuencia como les guste hacerlo, y al propio tiempo hacer una excursión a otras partes del país o a Europa; que, en una palabra, no solo el hombre victorioso, uno entre mil, sino el hombre de condición vulgar y de previsión y prudencia corriente, disfrute cuanto el progreso de la civilización trae para elevar y dilatar la vida humana, parece, a la luz de los hechos existentes, un sueño tan loco como nunca haya sido imaginado por la mente de un aficionado al atschish. Sin embargo, los poderes que ya están al alcance del hombre, lo hacen fácilmente posible.

En nuestra vesánica lucha por levantarnos uno sobre otro, ¡cuán poco tomamos de aquellas buenas cosas que la generosa Naturaleza nos ofrece! Considerad este hecho: para la mayoría de las gentes en países como Inglaterra, y aun en gran parte de los Estados Unidos, la fruta es un lujo. Sin embargo, la madre Tierra no es avara de sus frutos. Si quisiéramos hacerlo, todos los caminos podrían estar flanqueados por árboles frutales.



## CONCLUSION

He aquí, a mi juicio, el sentido y el significado de los grandes problemas sociales de nuestro tiempo: se nos ha dado más que a ningún pueblo en ningún tiempo precedente, y, **por tanto, se nos exige más.** Hemos realizado y continuamos realizando enormes progresos materiales. Es necesario que progrese proporcionalmente en lo moral. La civilización, a medida que progresa, **exige** una mayor conciencia, un más agudo sentido de la justicia, una más cálida fraternidad, un más amplio, elevado y sincero espíritu público. Faltando esto, la civilización tiene que ser destruida. No puede sustentarse sobre la ética del salvajismo. Porque la civilización une a los hombres cada vez más estrechamente, y continuamente tiende a subordinar al individuo al conjunto y a hacer más y más importantes las condiciones sociales.

Los problemas sociales y políticos, frente a los cuales estamos, son más oscuros de lo que ven quienes no piensan en ellos; sin embargo, su solución es simple cuestión de adecuado arreglo de las fuerzas sociales. El hombre domina la Naturaleza material estudiando sus leyes, y en las condiciones y fuerzas que parecen más estériles ha encontrado ya sus más ricos caudales y sus más poderosos servidores. Aunque apenas hemos comenzado a sistematizar nuestro conocimiento de la Naturaleza física, es evidente que ésta no se resistirá a ningún deseo nuestro, si nosotros no buscamos la satisfacción de aquel sino en conformidad con las leyes de ella.

Y esta facultad de adaptar los medios a los fines que ha permitido al hombre convertir el un tiempo infranqueable océano en un gran camino, trasladarse con una velocidad que deja atrás a la golondrina, suprimir el espacio en la comunicación de su pensamiento, convertir las rocas en calor y luz y fuerza y en materias para mil usos, pesar las estrellas y analizar el sol, fabricar hielo bajo el Ecuador y crear capullos de flores en los inviernos septentrionales, le permitiría también, si la utilizara, dominar las dificultades sociales y evitar los peligros sociales. El imperio de la ley no está confinado a la Naturaleza física. Tan ciertamente abarca el universo mental y moral, y el desarrollo y vida sociales tienen sus leyes tan fijas como las de la materia y el movimiento. Para hacer la vida social sana y feliz tenemos que descubrir aquellas leyes y procurar nuestros fines en conformidad con ellas.

No pido, a nadie que lea este libro, el que acepte mis opiniones: le pido que reflexione.

Quien prescindiendo del prejuicio y del egoísmo aplique honrada y cuidadosamente su pensamiento a buscar las causas y los remedios de los males sociales que tan notorios son, hace con esto lo más importante que está en su mano para suprimirlos. Esta obligación primaria recae sobre nosotros individualmente como ciudadanos y como hombres. Aunque seamos capaces de hacer cualquiera otra cosa, esto es lo primero. Porque «si el ciego guía al ciego ambos caerán en el abismo».

La reforma social no se conseguirá por el estrépito y la perturbación, por el lamento y las acusaciones, por la formación de partidos o por la revolución, sino por el avance del pensamiento y por el progreso de las ideas. Hasta que pensemos correctamente no puede haber acción recta, y cuando pensemos con acierto, **la acción recta seguirá**. La fuerza está siempre en las manos de las muchedumbres. Lo que oprime a las masas es su propia ignorancia, su míope egoísmo.

La gran obra actual de cada hombre y de cada conjunto de hombres que quieren mejorar las condiciones sociales es la obra educativa —la propagación de las ideas. Sólo en la medida en que ayude a esto es útil para cualquiera otra cosa. Y en esta tarea cuantos discurran pueden ayudar— primero adquiriendo ideas claras y después tratando de despertar el pensamiento de aquellos con quienes se hallan en contacto.

Muchos hay demasiado degradados, demasiado embrutecidos por la agobiadora fatiga y la lucha por una existencia animal, para pensar por sí mismos. Por consiguiente, la obligación recae con tanta mayor fuerza sobre aquellos que pueden hacerlo. Si son pocos los hombres que piensan, por esta razón son los más poderosos. Que nadie imagine que carece de influjo. Sea quien fuere y esté dondequiera situado, el hombre que piensa se convierte en una luz y en una fuerza. Que los hombres tengan que dar cuenta el día del juicio de cada palabra ociosa que digan, parece una afirmación excesiva. Pero más claro que esto es que la teoría de la persistencia de las fuerzas que nos enseña que cada movimiento continúa accionando y reaccionando, tiene que aplicarse lo mismo al universo del espíritu que al de la materia. Quienquiera que llegue a estar imbuido por una noble idea, arde en una llama en la cual otras antorchas se encienden, e influye sobre aquellos con quienes se pone en contacto, sean pocos o muchos. Cuán lejos puede extenderse esta influencia así perpetuada no le es dado verlo a aquél. Pero puede ser que el Señor de la Vida lo sepa.

Como dije en el primero de estos capítulos, el progreso de la civilización necesita que se consagre atención e inteligencia cada vez mayores a los asuntos públicos. Y por esta razón estoy convencido de que cometemos un gran error privando a un sexo de voz en los asuntos públicos, y que de ningún modo podemos acrecentar la atención, la inteligencia y la devoción que deben dedicarse a la solución de los problemas sociales, como emancipando a nuestras mujeres. Aunque en un más rudo estado social bastase la inteligencia de un sexo para la administración

de los intereses comunes, las muchísimo más intrincadas, más delicadas y más importantes cuestiones que el progreso de la civilización hace perentorias, requiere la inteligencia de las mujeres tanto como la de los hombres; y esto no podremos obtenerlo nunca hasta que las interese. En los asuntos públicos. Y he llegado a creer que gran parte del descuido, de la superficialidad, de la inconsciencia que advertimos en torno de las cuestiones públicas de la mayor urgencia, provienen del hecho de que nosotros impidamos a nuestras mujeres que tomen la parte que les corresponde en esas cuestiones. Nada interesa plenamente a los hombres sino cuando interesa también a las mujeres. Hay quienes dicen que las mujeres son menos inteligentes que los hombres; pero ¿quién dirá que son menos influyentes?

Y estoy plenamente convencido, como ya he dicho, que para realizar cualquier gran mejora social debiera invocarse la solidaridad mejor que el egoísmo, el sentido del deber mejor que el deseo del propio provecho. El anhelo es pariente de la admiración, y la admiración que los ricos y poderosos excitan es lo que asegura la perpetuación de las aristocracias. Donde el Jack de los diez peniques mira con aversión al Joe de los nueve peniques, la injusticia social que hace de las masas del pueblo leñadores y aguadores para unos privilegiados, tiene el más fuerte baluarte. Cuéntase de cierto agitador florentino que cuando recibió un nuevo par de botas dedujo que estaban satisfechos todos los agravios populares. ¡Cuán frecuentemente vemos reproducida esta anécdota en los movimientos de los trabajadores y en la lucha de las **trades-unions**! Esta es la flaqueza de todos los movimientos que se fundan únicamente en el egoísmo.

Y como el hombre está constituido de tal manera que le es absolutamente imposible alcanzar la felicidad sino buscando la felicidad ajena, de igual modo parece estar en la naturaleza de las cosas que los individuos y las clases sólo pueden obtener sus propios justos derechos luchando por los derechos ajenos. Un ejemplo: Cuando los trabajadores de cualquier oficio forman una **trade-union**, alcanzan, subordinando el interés individual de cada uno al interés común de todos, el poder de concertar condiciones mejores con los patronos. Pero este poder hace muy poco camino cuando la asociación de las **trades-unions** es contenida y refrenada por el ansia de trabajo de otros que están fuera de sus límites. Ninguna asociación de trabajadores puede elevar sus propios salarios mucho sobre el nivel de los salarios corrientes. El conato de hacerlo es análogo al de desaguar un bote sin obturar la vía de agua. Por esta razón es necesario, si los trabajadores han de hacer algo efectivo y permanente en bien propio, no sólo que cada oficio busque el interés común de todos los oficios, sino que los trabajadores diestros se encaminen hacia aquellas medidas generales que han de mejorar la condición de los simples braceros. Aquellos que necesitan más solicitud, aquellos en cuyo sostén debe lucharse, si el trabajo ha de ser emancipado y conseguida la justicia social, son los menos capaces de sostenerse o luchar por sí propios, los que no tienen las ventajas de la pro-

piedad, de la maestría o de la inteligencia —los hombres y las mujeres que están en el principio mismo de la escala social—. Obteniendo los derechos iguales de éstos, obtendremos los iguales derechos de todos.

De aquí que, como Mazzini dijo, sea en torno de la bandera del deber, mejor que en derredor de la bandera del egoísmo, donde los hombres tienen que agruparse para conquistar los derechos del hombre. Y en esto puede verse la profunda filosofía de Aquel que mandó a los hombres amar a sus prójimos como a sí propios.

En este espíritu y no en otro está la fuerza para resolver los problemas sociales y llevar adelante la civilización.

I

CONDICION DE LOS TRABAJADORES  
AGRICOLAS INGLESES

Habiendo negado un anónimo corresponsal que escribe bajo la firma de «Un inglés nacido libre» en una comunicación al **Frank Leslie's Illustrated News-paper** las afirmaciones relativas a la condición del trabajador agrícola inglés, hechas en el capítulo X, William Saunders, Esq., de Londres, a la sazón en New-York, replicó en la siguiente carta:

«Un inglés nacido libre» que «niega terminantemente» la exactitud de las afirmaciones de Mr. George, se devana los sesos para imaginar de qué fuente ha obtenido éste sus informes. Sobre este punto puedo ilustrarle, porque yo puedo afirmar por conocimiento directo que Mr. George ha obtenido sus noticias por una personal investigación en las localidades a que se refiere. Desearía poder sustentar la opinión color de rosa que «un inglés nacido libre» tiene sobre la condición del trabajador agrícola en Inglaterra. Durante cincuenta años he estado en íntima relación con la vida agrícola en la parte meridional del país, y durante ese tiempo el tipo de los salarios ha pasado desde un dólar y medio por semana a tres dólares y medio. En Wiltshire, actualmente, los salarios son de dos dólares y cuarto por semana a tres dólares. Debe notarse que éstos no son los salarios de los muchachos, sino de los hombres casados, y que son los salarios completos; por regla general, no se les da ningún alimento, y por regla general también, los trabajadores pagan renta por la vivienda, y siempre una renta muy alta por la tierra hortícola, si tienen alguna. Aun el más alto tipo mencionado es insuficiente para proveer a la familia del alimento bastante, de la clase más ordinaria. Cuesta cuatro dólares por semana la comida para cinco personas en los asilos de Wiltshire. Así, si un hombre con mujer y tres hijos invierte todos sus salarios en alimentarse, aún quedará por bajo de la manutención del asilo, que está calculada a un tipo infimo.

La afirmación de «un inglés nacido libre» de que es raro que un operario viejo de la clase industrial vaya a un asilo, es enteramente contraria a mi experiencia, y pregunto cómo le es posible a un hombre

economizar para la vejez cuando tiene que mantenerse y sustentar a su familia con una suma con la cual los económicos encargados de aplicar la ley de Pobres no pueden sostener a los pobres.

»En cuanto a las tierras comunes, no sólo han sido, sino que están siendo valladas por los propietarios. También es éste el caso en las márgenes de los caminos, de modo que las clases trabajadoras han perdido la posibilidad que antes tenían de sustentar bueyes, asnos y gansos, y los niños se ven despojados de sus antiguos lugares de juego. En cuanto a las veredas, son a menudo cercadas; pero vuestro comunicante tiene razón cuando dice que el interceptar un camino antiguo promueve la indignación del pueblo y algunas veces éste echa abajo el obstáculo. Así ocurrió recientemente en el caso de Mr. E. P. Bouverie, que cerró un sendero cerca de Devices, en Wiltshire. Se incoó un proceso y aunque se probó que el público había disfrutado del uso de la vereda durante un siglo, el propietario, sin embargo, pudo probar que durante este período la finca había estado vinculada de manera que ningún propietario había podido transmitir al público un derecho de paso, y, por consiguiente, el sendero fue cerrado. Por éstas y análogas disposiciones de leyes redactadas por los propietarios, le es posible a un propietario realizar constantes usurpaciones contra el público; porque si él sostiene una reclamación durante veinte años prescribe en su favor, pero ningún lapso de este tiempo puede legalizar la posesión que el público tenga contra la reclamación presentada por los dueños de una propiedad familiar. Así las propiedades familiares van creciendo continuamente y las públicas van disminuyendo.

»Al referirse a un caso cerca de Londres «un inglés nacido libre», engaña a sus lectores. El pueblo de Londres insistió en exceptuar un área de 15 millas en torno de dicha ciudad de la aplicación de la ley sobre «Cerramiento de tierras comunes», y, por consiguiente, el ejemplo a que se refiere no es aplicable a Inglaterra en general.

»Para los americanos tiene que ser un rompecabezas hallarse con tan diferentes afirmaciones acerca de los trabajadores ingleses, y como vuestro comunicante no hace público su nombre o dirección, será inútil comprobar sus afirmaciones con el implícito testimonio que su carta nos proporciona sobre el asunto. Rotundamente afirma que «una igual distribución de la propiedad» es el principio general en que se funda el artículo de Mr. George. Le reto a que señale un solo párrafo de cualquiera de los voluminosos escritos de Mister George que justifique la idea de que éste defiende una igual distribución de la propiedad. Los escritos de Mr. George son una protesta contra la confiscación que los propietarios hacen de la propiedad creada por el trabajo, y la afirmación de que él defiende una igual distribución de la propiedad es enteramente infundada.

»Ni es más feliz vuestro comunicante en la afirmación de sus propios principios que en la presentación de las opiniones de Mr. George. Nos dice que «un hombre obtiene en Inglaterra como en América y en cual-

quier otra parte, por su trabajo, exactamente tanto como su trabajo vale, conforme a la ley de la oferta y la demanda». Un ejemplo de cada lado del Atlántico condenará esta afirmación. En Wiltshire (Inglaterra) millares de acres de excelente tierra están incultos, mientras que millares de seres extenuados, pero voluntariosos trabajadores, demandan medios de producir alimentos para sí y sus familias. La tierra permanece fuera de cultivo y los trabajadores permanecen sin trabajar aquélla, porque un propietario se yergue sobre la tierra y dice a todo labrador que la necesita para cultivarla: «No lo harás a menos que me pagues seis dólares por acre al año, con aumento en lo futuro si me da la gana de pedírtelo al fin de cada año». Si un trabajador viene al propietario y le dice: «Dejadme cinco acres de esta tierra sobre la cual yo trabajaré y crearé alimento para mi familia y para los demás», el propietario le replica: «No tendrás esa tierra a menos que me pagues 15 dólares por acre al año». Y cuando el trabajador le replica por qué le pide a él tanto más de lo que pedía al labrador, el propietario le dice: «No queremos que tengan tierra los trabajadores, porque si no, los labradores no podrían obtener braceros». Así la tierra permanece sin cultivo y el obrero sin trabajo y sin alimento, porque el propietario se interpone entre la demanda y la oferta.

»En New Jersey, no lejos de donde estoy escribiendo, hay millares de acres de tierra produciendo miasmas y mosquitos. Millares de manos voluntariosas rellenarían esta tierra y la cubrirían de casas y fábricas; pero al mismo tiempo un agente de los propietarios se yergue en el pantano y pide, en nombre de un hombre que nada ha hecho, el pago de un millar de dólares o dos millares de dólares por acre antes de permitir que sean suprimidos los mosquitos y erigidas las casas y las fábricas.

»Bajo estas circunstancias vuestro comunicante puede bien decir: «Yo querría saber en qué parte de este país o de cualquier otro país del globo obtiene el hombre que carece de capital el pleno fruto de su trabajo». Verdad es que aquellos que tienen capital y aquellos que pueden aprovecharse de los injustos privilegios que la ley concede al capital en relación con el dominio de la tierra, son las únicas personas que pueden obtener los plenos frutos de su trabajo y del trabajo ajeno; y si la universalidad de la injusticia es una razón suficiente para mantenerla, indudablemente Mr. George está equivocado.

»Quiero admitir, como sostiene «un inglés nacido libre», que en algunos respectos el trabajador agrícola está mejor que su hermano el trabajador en las hacinadas ciudades de Europa y América; pero, ¡santo cielo!, ¿es éste motivo para rebosar gratitud? Pasé el verano último en New-York, y a pesar de las comodidades de que pude rodearme, mi sino fue bastante duro. Pero, ¿cuál será la condición de las familias y de los inquilinos aprisionados en las casas de alquiler durante los calores estivales? Nadie puede pensar en ello sin resolverse a hacer cuanto está en su mano para disminuir tan terrible padecimiento. Y esto que pasa en New-York y demás ciudades, es el tremendo e inmediato resultado

de la propiedad territorial. En Londres los propietarios demandan y reciben de la clase trabajadora 30 millones de dólares anuales, y están constantemente elevando sus exigencias. Esta es la causa del hacinamiento. Cada mes el propietario mata más niños que destruyó Herodes en toda su vida, y, sin embargo, como vuestro comunicante nos recuerda, son hombres de excelente carácter. Que todos sean hombres honrados, no lo niego; pero esta condición no disminuye las terribles consecuencias del sistema de que son agentes. De lo que yo me quejo no es de los abusos, sino de las consecuencias necesarias de la propiedad territorial, que como un torniquete inmenso aplasta a las masas con terribles efectos a cada vuelta de la espiral. La laboriosidad, la inteligencia y la inventiva nos brindan promesas de mejora que parecen estar casi a nuestro alcance; pero antes de ser logradas, el propietario avanza sus fauces, y el resultado es el desaliento y la miseria. Si este estado de cosas continúa será por culpa, no de los propietarios, sino de los trabajadores que tienen el poder y debieran tener la resolución de libertarse y libertar a sus hijos de una fatal influencia.

»Vuestro respetuosamente,

»William Saunders.

»New-York, 24 de Julio de 1883.

## II

### UN PEDAZO DE TIERRA

Por Francisco G. Saw

Escena: Un campo comunal. —El trabajo abriendo hoyos con un palo para plantar patatas—. El Capital pasando con una azada al hombro.

**Trabajo.**—Oye, Capital, ¿vas a utilizar la azada este año?

**Capital.**—No, voy a pescar.

**Trabajo.**—Entonces, préstamela.

**Capital.**—¿Cómo?

**Trabajo.**—Como un buen vecino. No la necesitas y a mí me serviría de mucho. Podría hacer plantaciones en un campo más grande y obtener acaso cincuenta bushels de patatas más, si la tuviera.

**Capital.**—Esa es una razón muy egoísta. Estarías usándola hasta fin de año. Tendrías tus cincuenta bushels más y yo no tendría azada. Tú estarías mucho mejor, y yo estaría mucho peor de lo que ahora estamos. Eso no es equitativo.

**Trabajo.**—¡Oh! Te la devolveré tan buena como está ahora o te haré una nueva.

(Nota.—Esta es la necesaria conservación o reposición del capital consumido por el uso).

**Capital.**—Mejor es eso, pero aún no es justo. Tú tendrías cincuenta bushels más que no podrías haber obtenido sin mi azada; mientras que yo no estaré mejor que ahora. No, gracias; me guardo mi azada. Anda, hazte una para tí. Yo he invertido diez días en hacerla.

**Trabajo.**—Sí, pero esta es la estación de plantar y no tengo tiempo que perder; necesito utilizarla ahora. No puedo comprender por qué no me la has de prestar en vez de dejar que se enmohezca, que es lo que le va a pasar puesto que no la vas a utilizar.

**Capital.**—No se enmohecerá. Te diré lo que pienso hacer. El labrador necesita como tú una azada y me ofrece en cambio de ésta una ternera. Estoy dispuesto a hacer el trato y aceptar la ternera. La enviaré a los pastos comunes: al fin del año tendré una vaca quizás con una ternera al lado. ¿No crees ¿tú que esto vale mucho más que la azada nueva que me ofreces?

(Nota.—El capital se propone aprovecharse de las fuerzas activas de la Naturaleza que se manifiestan en el crecimiento tanto como en la productividad de la tierra y que pueden ser utilizadas por el Trabajo o por el Capital resultado del trabajo).

**Trabajo.**—Sí que lo es. No había pensado en eso. Sí; si tú puedes cambiar tu azada por una ternera, tú tienes derecho a una recompensa igual por lo uno que por lo otro. Pero, ¿cuánto quieres ganar al hacer el cambio?

**Capital.**—Calculo que tanto como valgan diez bushels de tus patatas cuando las arranques.

**Trabajo.**—Tomaré tu azada y te daré una nueva y diez bushels de patatas. ¿Te satisface?

**Capital.**—Prefiero la ternera. Además, te puede faltar la cosecha.

**Trabajo.**—No espero, nunca ha ocurrido; sin embargo, hay algún pequeño riesgo. Lo acepto y te daré doce bushels en vez de diez. ¿Qué dices a eso?

**Capital.**—Trato hecho. He aquí la azada y me voy a mi lancha.

(Nota.—Así el Trabajo emplea la riqueza que el Capital ha acumulado con su pasado trabajo, y como ambos están interesados en la cosecha, el Trabajo y el Capital resultan partícipes. Los diez bushels que el Capital recibirá por el uso de la azada pueden llamarse interés, al cual tiene justo derecho por su posibilidad de cambiar la azada por algo que le dará un beneficio igual con su mero crecimiento, y los otros dos bushels son el seguro contra el riesgo de una falta de cosecha).

#### ENTRA EL PROPIETARIO

**Propietario** (asomándose por la valla).—¡Eh, Trabajo! ¿Por qué estás trabajando en esa tierra pantanosa? De este lado de la valla es mucho mejor la tierra. Podrías sacar cincuenta bushels de patatas más aquí que ahí, con el mismo trabajo. Harías mucho mejor en arrendarme esta parcela a mí; no te llevaría mucho por utilizarla.

**Trabajo.**—Verdad es que el suelo es mejor y yo sembraría ahí si no la hubiéseis vallado; pero sabéis tan bien como yo que esta tierra del común es libre y que todo cuanto pueda crear aquí es mío, mientras que si planto en ese lado de la cerca me encerrarían en la cárcel por intruso, o me dejaréis que obtenga la cosecha y me la arrebataréis, a menos que acepte tus condiciones. ¡Las leyes parecen hechas para vosotros, los propietarios! ¿Qué derecho tenéis para cercar la mejor tierra? Fue un tiempo toda comunal. Si la cultiváseis yo no diría una palabra, vuestro derecho a ella es tan bueno como el mío o el de cualquier otro, pero no es mejor; y no veo qué derecho tenéis para echarme de ella cuando tú no quieres cultivarla por ti mismo.

**Propietario.**—La cultivé durante algunos años y la cerqué para impedir que el ganado entrase; la limpié de piedras, la drené y obtuve buenas cosechas.

**Trabajo.**—¿Te compensaron las cosechas lo que gastaste?

**Propietario.**—Muy lindamente, puedes creerlo. No supondrás que era tan idiota que hiciese las mejoras sin estar seguro de ello. Pero este año he obtenido otra tierra mejor aún, y yo te arrendaría esta parcela por una renta equitativa.

**Trabajo.**—Sí, supongo que ya le has quitado la crema; pero, ¿a qué llamas una renta equitativa?

**Propietario.**—Mira, la tierra es aún mucho mejor que la del común y más fácil de trabajar que cuando yo la cerqué. El drenaje está hecho y no hay piedras en el campo. Además, la cerca durará tres años y tú tendrás que cercar tu parcela comunal si has de recoger la cosecha. Esto es cosa para pensarlo; éstas son ventajas efectivas.

**Trabajo.**—Sí que lo son. ¡Bien! Creo que me pondré en lo justo si convengo en darte una tercera parte del valor de la cerca; esto es, diez bushels de patatas y cinco bushels más a cuenta de las otras mejoras.

**Propietario.**—¿Conservarás la cerca tan bien preparada como está ahora?

**Trabajo.**—No; quince bushels es todo lo que puedo darte.

**Propietario.**—Y ¿Cuánto me darás por el uso de la tierra?

**Trabajo.**—Nada absolutamente. Te pagaré lo dicho por el uso de las mejoras y eso vas ganando, porque ya estás bien pagado por ellas con las cosechas que has obtenido, que han disminuído la fertilidad del suelo. Me avengo a pagarte por el beneficio que obtendré de ellas y nada más. Si no quieres dejarme la tierra por los quince bushels me

quedo en el comunal; puedo obtener otro tanto aquí. Pero no me has dicho qué derecho tienes para cercar la mejor tierra y para llamarla tuya.

**Propietario.**—Me la dió el Rey.

**Trabajo.**— Y ¿qué derecho tiene el Rey para quitar al pueblo la tierra y dártela?

**Propietario.**—No importa que tuviera o no derecho. Tenía fuerza. La tierra es mía y no puedes cultivarla sin mi permiso.

**Trabajo.**—¡Bien! No discutamos ahora la cuestión de derecho. ¿Me quieres dejar la parcela este año al precio que te ofrezco?

**Propietario.**—Sí; quédate con ella. Eso voy ganando. Pero si no fuera por este maldecido común, ya me pagarías más.

#### AL AÑO SIGUIENTE

(En el intervalo, el Propietario ha conseguido una ley autorizándole para cercar el común y ha tomado posesión de él. En consecuencia, lo ha cercado ya. Esta vez no contra el ganado, sino contra el Trabajo).

**Trabajo** (yendo al Propietario).—¡Por favor, señor, como el común está cercado ahora, no hay tierras libres sobre las cuales trabajar, y quería arrendarle esta misma parcela por otro año.

**Propietario.**—¡Hum...! Parece que te fue muy bien en esa parcela el año último, ¿no es verdad?

**Trabajo.**—Sí, señor. Pude dar al Capital una azada nueva y pagarle por el uso de la suya, y tuve bastante para sustentar a mi familia cómodamente después de pagaros la renta.

**Propietario.**—¿Y tú esperas obtener la tierra por el mismo precio este año?

**Trabajo.**—Espero que me la dejaréis en las mismas condiciones, señor. Si me veo obligado a pagar más, ya no podré dar al Capital tanto como antes por el precio de su azada, y mi familia perecerá por falta de las comodidades a que está acostumbrada.

**Propietario.**—Esto no es asunto mío. El Capital tiene que contentarse con menos pago y tú tienes que reducir los gastos de tu familia. No hay tierra comunal para que la cultives ahora o para que pasten en ella tus terneras. Tenéis que cortar vuestros vestidos conforme al paño de que disponéis o ponerlos los vestidos viejos cuando no tengáis paño.

**Trabajo.**—Me doy cuenta, señor, y sólo quiero esperar que consideréis mis circunstancias.

**Propietario.**—Lo que tengo que considerar es mi conveniencia. Yo administro mi propiedad sobre principios estrictamente económicos. Me pagaste quince bushels de patatas el último año a cuenta de mis mejoras. Convinimos en esto como cosa justa, ¿no es verdad?

**Trabajo.**—Si, señor.

**Propietario.**—¡Bien! Quiero darte facilidades y no imponerte más cargas este año; pero tienes que repararme la cerca.

**Trabajo.**—Muy pesado me será, señor. Tengo que cercenar otro tanto del sustento de mi familia; pero me hago cargo de que tengo que hacerlo como decís, y si tengo que hacerlo, lo haré.

**Propietario.**—Ahora bien: ¿cuánto convienes en darme por el uso de mi tierra? El año pasado no quisiste darme nada y tuve que aceptar tus condiciones porque tenías la tierra comunal a que volverte. Este año no hay tierras comunales y tienes que aceptar mis condiciones.

**Trabajo.**—Espero, señor, que serán tales, que me permitirán vivir y sostener a mi familia confortablemente, cosa que ahora me será bastante difícil por el trabajo adicional a que me obligáis para reponer la cerca.

**Propietario.**—¡Confortablemente! Ni lo sé ni me preocupo de eso. Deberías contentaros con lo necesario para la vida y no hablar de lujos... Pero es inútil que malgastemos conversación sobre el asunto. La renta de la parcela este año es de cincuenta bushels en total.

**Trabajo.**—Pero, señor...

**Propietario.**—No hay pero que valga. Esa es la renta.

**Trabajo.**—Pereceremos, señor, y no te servirá de nada la tierra. Necesitáis alguien que la cultive.

**Propietario.**—Algo de verdad hay en eso; pero, como he dicho, cincuenta bushels es la renta. Habéis de saber que tenéis que tomar la tierra por el precio que digo, y ya sé yo que encontrarás tu expediente para salir adelante. Si no puedes, y encuentro que verdaderamente no tienes bastante para vivir, acaso no te exija la totalidad de la renta, sino que dejaré una parte como atrasos para que la pagues cuando tengas un año excepcionalmente bueno, y os daré algunas de las patatas, pero por caridad, para manteneros vivos y que no vayáis al asilo, donde tendría yo que pagar para sustentaros a ti y a toda tu familia.



*La séptima edición de "Problemas Sociales" se terminó de imprimir en diciembre de 1967 en Antares - Tercer Mundo. Transv. 6º N° 27-10, Bogotá.*



